Serhiy Zhadan
Orfanato

Traducción del ucraniano de Andrei Kozinets

Galaxia Gutenberg

© Ekko von Schwichow

Serhiy Zhadan

Considerado como uno de los escritores más importantes de Ucrania, Serhiy Zhadan nació en Starobilsk, cerca de Luhansk, en el este de Ucrania, en 1974, y estudió alemán en la Universidad de Járkiv. Es una de las figuras más influyentes de la escena de Járkiv desde principios de la década de 1990. Debutó en la literatura a los diecisiete años y ha publicado numerosos volúmenes de poesía y prosa. En 2022, Zhadan ha sido nombrado Personaje del Año por *Gazeta Wyborcza* (Polonia) y ha recibido el prestigioso Premio de la Paz de los libreros alemanes por su «destacada labor artística y su postura humanitaria con la que se dirige a las personas que sufren la guerra, a quienes ayuda arriesgando su propia vida».

Ha recibido muchos otros premios, entre ellos el Premio Hannah Arendt de Pensamiento Político 2022 (Alemania) y el Premio de Literatura del EBRD 2022 (Reino Unido), este último por la novela *Orfanato*. Zhadan vive en Járkiv.

2014. Rusia ha invadido la región ucrania del Donbás. En medio de la destrucción causada por la guerra, Pasha, un maestro de treinta y cinco años, busca a su sobrino de trece que ha quedado atrapado en un orfanato al otro lado del frente de guerra.

Pasha se ve obligado a aventurarse en zonas de combate, atravesar fronteras cambiantes y forjar alianzas incómodas por el camino en un espacio donde la vida civil se ha derrumbado. Y se da cuenta de dónde están sus verdaderas lealtades en una lucha cada vez más desesperada por rescatar a su sobrino Sasha y llevarlo a casa.

Si toda guerra necesita su magistral cronista, Ucrania tiene a Serhiy Zhadan, merecedor del Premio de la Paz de los Libreros Alemanes y considerado por Timothy Snyder como uno de los más importantes creadores culturales en activo de Europa. Siguiendo la estela del paisaje apocalíptico de *La carretera* y la narración bélica de *Adiós a las armas*, *Orfanato* es una novela inolvidable que muestra con crudeza y compasión los daños humanos provocados por el conflicto desatado por la agresión rusa. Escrita con una impresionante intensidad, *Orfanato* será recordada como la novela definitiva de la guerra en Ucrania.

La edición original ucraniana se publicó
en Meridian Czernowitz Chernivtsi en 2017, bajo el título Інтернат
Traducción del ucraniano: Andrei Kozinets Kozinets

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: noviembre de 2022

© Serhij Zhadan, 2017
© Suhrkamp Verlag Berlin, 2018
Todos los derechos reservados y gestionados a través de Suhrkamp Verlag Berlin
© de la traducción: Andrei Kozinets, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022
Imagen de portada: © Albert García Gallego

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-19075-99-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

–Ve a buscarlo –le dice el padre a voz en grito.

–Que lo vaya a buscar ella –le responde Pasha–, es su hijo.

–También es tu sobrino –le recuerda el padre.

–¿Y qué?

–Y es mi nieto.

La tele suena de fondo. El padre no la apaga ni siquiera durante la noche. En su casa, la tele es como una llama eterna: se queda encendida no tanto para entretener a los vivos como para conmemorar a los muertos. El padre está tan pendiente del pronóstico del tiempo que pareciera que fueran a hablar de él. Una vez acabado el parte meteorológico, se queda sentado un rato como si no diera crédito a lo que acaba de oír. Pasha, en cambio, no mira la tele, y menos durante el último año, pues las noticias son simplemente aterradoras. Se queda en su cuarto, sentado en el sofá junto al escritorio abarrotado de libros de texto; de golpe no aguanta más, se pone en pie de un salto y sale a la calle. El padre se gira al oír el restallido de los resortes del sofá que crujen como ramas de una hoguera encendida por excursionistas. El mobiliario de la casa es viejo pero resistente: seguramente sobrevivirá a sus dueños actuales. La hermana había propuesto reiteradamente cambiar al menos el tapizado de los sillones, pero Pasha se negaba. Cambiarlo para qué, decía, era lo mismo que hacerse un *lifting* a los setenta: claro que era posible, pero mejor sería tomar un analgésico. Como últimamente la hermana casi no se dejaba caer por casa, ya no se había vuelto a hablar sobre cambiar el tapizado.

Pasha amaba su casa, había vivido siempre allí y tenía la intención de seguir viviendo. La habían levantado unos prisioneros de guerra alemanes nada más acabar la contienda. Era un edificio bastante espacioso, capaz de alojar a dos familias. Estaba ubicado en la segunda calle, contando desde la Estación de tren, dentro de un sector de casas de vecindad habitadas mayormente por ferroviarios. El pueblo entero se estructuraba alrededor de la Estación, que proveía de empleo y también de esperanza, pues parecía un corazón ennegrecido por el humo de las locomotoras que bombeara la sangre de los barrancos y los bosques de la zona. Incluso ahora, cuando la playa de maniobras estaba desierta como una piscina sin agua y los únicos que merodeaban los talleres eran golondrinas y personas sin techo, la vida seguía aferrándose a la Estación. Solo que ahora no había empleo. Por alguna razón, es precisamente en los poblados obreros donde primero desaparece. Una vez clausurados los talleres, el personal se dedicó a sus

propios asuntos, refugiado en angostos patios con pozos resecos por el sol abrasador en verano y en bodegas cuyas reservas de comestibles se agotaban mucho antes de que llegara la Navidad.

Eso que Pasha, en comparación con el resto, no se podía quejar: al fin y al cabo era funcionario. «Efectivamente –piensa Pasha al salir de casa y entornar tras de sí la puerta forrada con mantas de hospital–, un funcionario con un sueldo presupuestado al fin y al cabo.» La nieve en el patio, de color rosa y azul, con profundos poros oscuros, refleja el sol del atardecer y un cielo crepuscular. Cortante al tacto, la nieve huele a aguas de marzo, cubre una tierra negra y viscosa, por lo que no hay necesidad de pronóstico alguno: el invierno será lo suficientemente largo como para que a todos les dé tiempo para adaptarse, llegar a asquearse y terminar acostumbrándose. Y una vez acostumbrados, empezará otra cosa. Pero de momento el mundo se parece a un puñado de nieve en unas manos tibias: se está derritiendo, se hace agua, y mientras tanto las manos se enfrían, pierden ese cálido movimiento interno y se vuelven gélidamente frígidas. Aun siendo fruto del deshielo, el agua es letal. El sol se hunde dentro de un complejo sistema de espejos acuáticos y sus reflejos; a nadie le da tiempo para calentarse a su luz: inmediatamente después de la hora de comer, tras unos bocinazos húmedos que se quedan flotando en el aire sobre la Estación, empieza a oscurecer, y la sensación del deshielo y el falso efecto de calor desaparecen al instante.

Pasha rodea la casa y luego avanza por un sendero húmedo que serpentea entre árboles. Durante mucho tiempo la familia de Pasha había compartido esa casa con un ferroviario a quien pertenecía la mitad. La otra mitad era de la familia, muy unida, por cierto, de la que formaban parte Pasha, el padre, la madre y la hermana. Hará ya quince años, cuando aún vivían todos juntos, la mitad perteneciente al ferroviario ardió. Por suerte lograron sofocar el incendio y salvar la otra mitad. El ferroviario, sin embargo, no quiso reconstruir su parte: fue a la Estación, tomó un tren en dirección al este y desapareció para siempre. La familia de Pasha simplemente mandó derribar la parte quemada del edificio y después de encalar por fuera la antigua pared medianera siguió habitando su parte. Vista desde fuera, la casa se parecía ahora a media hogaza de pan negro sobre el mostrador de una tienda. Cuando el padre iba a por pan, por cierto, siempre compraba media hogaza para no pagar de más. Y también para que no sobrara. La vida junto a la Estación así se lo había enseñado.

Unos árboles negros se yerguen entre la nieve, sus ramas puntiagudas se perfilan contra un cielo rojizo: tras la cerca comienza la calle con sus casitas blancas de vecindad; aquí y allá se ven las luces eléctricas como limones amarillos, jardines, vallas, chimeneas de cuyas bocas se elevan columnas de humo como si fueran hombres cansados que se quedaran hablando en la calle en pleno enero, dejando escapar un vaho tibio. Las calles están desiertas, no hay nadie a la vista; tan solo desde la Estación llega, intermitente, un eco metálico de los vagones enganchándose, como si alguien moviera allí muebles de hierro. Y además, en dirección al sur, del lado de la ciudad, se oyen, desde la mañana y durante todo el día, potentes detonaciones aisladas que van variando de intensidad: ora más frecuentes, ora menos. Las resonancias se expanden a gran altura en el aire; la acústica en invierno es confusa: es difícil determinar desde dónde vuelan los obuses ni dónde caen. El aire es fresco, los árboles huelen a humedad, el silencio es tenso. Ese tipo de silencio solo se puede oír cuando todo el mundo se queda callado de repente y empieza a escuchar. Pasha cuenta hasta cien y vuelve sobre sus pasos. Diez estampidos, más o menos. La noche anterior hubo seis. Durante el mismo lapso de tiempo. A ver qué dicen en el telenoticias.

Pasha sorprende al padre en la cocina. Está de pie, encorvado sobre la mesa, metiendo cosas en una bolsa de deporte.

–¿Te vas lejos? –le pregunta Pasha.

Aunque para qué preguntar: está claro que se prepara para ir a buscar al nieto. Mete escandalosamente un diario viejo en la bolsa (releer los diarios viejos tiene el mismo sentido que repasar los crucigramas ya resueltos), las gafas (Pasha discute todo el tiempo con el padre por esas gafas de lentes gruesas que distorsionan la imagen: «Es mejor entonces que lleves unas de sol, con esas no ves nada»), el carnet de jubilado (si tiene suerte, tal vez viaje gratis), un teléfono móvil cuya pantalla está gastada como la superficie de un guijarro, un pañuelo limpio. El padre lava y plancha él mismo sus pañuelos, se niega a cargar a la hija con esa faena. Una vez al mes se planta delante de la tabla de planchar y alisa los pañuelos con esmero, grises por el uso, como si secara estropeados billetes de grivnas recién salidos de la lavadora. Pasha no deja de proveerle de clínex, pero el padre sigue utilizando pañuelos, es una vieja costumbre desde la época en que trabajaba en la oficina de la Estación cuando las servilletas de papel ni existían. De las otras tampoco había. Aunque el padre casi no sabe usar el móvil, lo lleva siempre encima. El aparato tiene magulladuras y un botón

verde muy gastado. Es Pasha quien pone dinero en la cuenta de prepago, el padre nunca ha aprendido a hacerlo. Ahora el padre está guardando con esmero las cosas dentro de la bolsa, hurga en ella, calla enojado: se hace cada vez más complicado tratar con él, es imposible decirle nada porque se enfada como un niño. Pasha va hacia los fogones, coge la tetera y bebe a morro. Como en verano los pozos se secan, da miedo beber el agua del grifo: a saber qué hay ahora en las cañerías. Es por eso que la gente del pueblo hierve el agua antes de beberla y evita cogerla de los acuíferos locales. El padre sigue sin contestar mientras hurga en los bolsillos.

–De acuerdo –dice Pasha–. Iré yo a buscarlo.

Pero el padre no se rinde así como así. Saca de la bolsa el diario, lo despliega, lo vuelve a plegar, lo dobla en cuatro partes, lo vuelve a meter en la bolsa. Sus dedos, secos y amarillentos, rompen con nerviosismo la hoja; a Pasha ni siquiera lo mira, sigue encorvado sobre la mesa, quiere demostrar algo, está en guerra con el mundo entero.

–¿Lo has oído? –le dice Pasha–. Iré yo a buscarlo.

–No hace falta –responde el padre.

–Si ya te he dicho que iré yo a buscarlo –insiste Pasha con cierto nerviosismo.

El padre vuelve a sacar escandalosamente el diario de la bolsa y sale de la cocina. Luego abre de un tirón la puerta de la sala. Un haz de luz cálida que proviene de la pantalla de la tele penetra en la oscuridad del pasillo. Acto seguido, el padre cierra la puerta de un golpe tras de sí como si se fuera a encerrar dentro de una nevera vacía.

Primer día

Una mañana de enero, larga e inmóvil como la cola de espera en un centro de atención primaria. El frío matutino de la cocina, la penumbra color grafito al otro lado de la ventana. Pasha se acerca a los fogones y percibe enseguida el olor dulzón a gas. Siempre lo ha asociado con un despertar vigoroso por la mañana. Cada amanecer, hacer los preparativos para ir al colegio, meter en la cartera las libretas de sus alumnos y los libros de texto, entrar en la cocina, aspirar el olor dulzón a gas, tomar un té cargado, desayunar el pan de ayer, convencerse de que ha tenido suerte en la vida y, tras convencerse, correr hacia el cole. Ese olor lo acompaña durante toda la vida; si amanece fuera de casa, ni siquiera tiene ganas de desayunar porque echa de menos su cocina por la mañana que desprende el olor a fogones requemados. Pasha mira por la ventana, observa la nieve negra y el cielo negro, se sienta a la mesa, sacude la cabeza para despertarse del todo. Son las seis de la mañana, es un lunes de enero y comienza otro día sin ir a trabajar.

Del alféizar de la ventana, coge unas libretas, las hojea, las vuelve a poner en el mismo sitio, se pone de pie, va hacia el pasillo, echa un vistazo al cuarto de estar. El padre duerme sentado en el sillón; desde la pantalla de la tele alguien bañado en sangre intenta llamar a gritos su atención, pero no lo consigue, pues el padre bajó el volumen a cero la noche anterior, ahora ya no hay manera de llegar a él ni siquiera gritando. Pasha se queda quieto durante un instante, mirando la sangre en la pantalla. El que grita desvía la mirada hacia Pasha y ahora le grita a él como pidiendo que no apague la tele, que le preste atención porque tiene algo importante que decirle, algo que a Pasha también le afecta. Pero Pasha encuentra rápidamente el mando a distancia, pulsa un gran botón rojo –como si apretara un tubo de dentífrico–, arroja el mando sobre la mesa y sale a la calle, entornando con cuidado, para no despertar al padre, la puerta de la sala de estar. Sin embargo, las bisagras rechinan con un sonido de alarma en la penumbra matutina, el padre se despierta al instante, coge el mando y, sin decir palabra, vuelve a encender la tele en cuya pantalla está ocurriendo algo

aterrador que afecta a todo el mundo. En ese momento Pasha ya ha llegado corriendo a la Estación.

*

«Algo va mal –piensa él–, algo va mal por aquí.» No hay ni un alma, ni una sola voz. Ni siquiera se oyen las locomotoras. Ni hay nadie que venda nada. La nieve azul oscuro se hace agua, la temperatura casi supera los cero grados, pero el cielo está nublado, la humedad flota en el aire y se transforma de vez en cuando en una llovizna apenas perceptible; más allá, sobre las vías férreas, cae una densa niebla que ahoga el sonido de los pasos y de las voces. «Es temprano –razona Pasha–, solo eso, es muy temprano.» En dirección al sur, allí donde comienza la ciudad, se percibe igualmente un silencio sospechoso, sin detonaciones ni aire desgarrado. Por detrás de una esquina aparece un autobús. Pasha respira con alivio: el transporte sigue circulando, todo está en orden. Simplemente es muy temprano.

Saluda al conductor; este, temeroso, encoge la cabeza dentro del cuello de su chaqueta de piel. Pasha avanza por el pasillo del vehículo vacío de pasajeros, toma asiento en la fila de la izquierda al lado de la ventana. Luego no se aguanta y se cambia a la fila de la derecha. El conductor contempla con desconfianza sus movimientos por el retrovisor como si tuviera miedo de perderse algún detalle importante. Cuando Pasha cruza la mirada con la suya, el conductor desvía los ojos, arranca el motor y tira de la palanca de cambios. El metal cruje resentido, el autobús se pone en movimiento, el conductor hace una especie de vuelta olímpica en medio de una niebla hueca, y la Estación se queda atrás. «En autobuses como este se transporta a muertos al cementerio –se le ocurre a Pasha–. Esos coches fúnebres, con una franja negra pintada sobre los laterales. ¿Habrá allí asientos para pasajeros –se pregunta– o es que la viuda se tiene que sentar sobre la tapa del ataúd? ¿Y dónde voy a llegar yo con ese catafalco móvil?»

El autobús recorre una calle desierta, luego otra. Más allá, tras la esquina, estará el mercado callejero donde unas jubiladas comercian a diario algunas cosas congeladas. El autobús gira en la esquina, pero no se ve ni a las jubiladas ni a transeúntes. Pasha ya es consciente de que algo realmente va mal, de que algo extraordinario ha sucedido, pero hace ver que no pasa nada. Que no cunda el pánico, desde luego. El conductor se esfuerza por desviar la mirada, y arrea su coche fúnebre a través de la niebla

y la lluvia. «Debí haber mirado las noticias quizá», piensa Pasha, presa del nerviosismo. Y lo más sospechoso es aquel silencio, tras todos esos días en que el cielo al sur, sobre la ciudad, parecía un armazón de metal al rojo vivo. Los alrededores están quietos y desiertos como si todo el mundo se hubiera marchado con el tren de medianoche. Solo se han quedado Pasha y el conductor, pero también ellos dejan atrás los dos bloques de pisos que se elevan sobre un terreno arenoso y el garaje, y circulan fuera del poblado. Un largo paseo bordeado por álamos conduce a la carretera; los álamos se asoman entre la niebla como niños por detrás del hombro paterno. En algún lugar allí arriba ya se mueve el sol, en algún lugar seguramente ya ha hecho su aparición, y aquí, aunque no se lo ve, ya se lo siente de todos modos. Y no se siente nada más. Así que Pasha observa con desconfianza toda aquella humedad circundante e intenta comprender qué es lo que se le escapa y qué fue lo que le quiso trasmitir aquel tipo bañado en sangre sobre la pantalla de la tele. El conductor sortea con cuidado los baches helados, alcanza la carretera y gira a la derecha. El autobús llega a la parada y se detiene como de costumbre porque allí suele haber alguien que espera para subir. Hoy no, por lo visto. El conductor, más por hábito que por otra cosa, se queda esperando un rato, con las puertas del autobús abiertas, luego se vuelve hacia Pasha como si le pidiera permiso, acciona el cierre de las puertas y vuelve a arrancar. El coche gana velocidad y va a parar directamente junto al puesto de control.

–Malditos… –alcanza a decir el conductor.

El puesto rebosa de militares: están apostados tras unos bloques de hormigón, bajo unas banderas nacionales destrozadas, mirando en silencio en dirección a la ciudad. ¿Cuántas veces debió haber pasado Pasha por aquel sitio durante los últimos seis meses desde que, tras unas escaramuzas, se había restablecido allí el poder gubernamental? Viajando a la ciudad o de vuelta a casa, a la Estación, tuvo que esperar cada vez para que le comprobaran los papeles, es decir, para que lo metieran a uno en problemas. Aunque es verdad que a Pasha siempre lo dejaron pasar sin decir palabra ni hacer preguntas puesto que él era un lugareño, tenía el padrón en orden, y por tanto el Estado no lo tenía en su punto de mira. Pasha estaba acostumbrado a las miradas de indiferencia de los gendarmes, a sus movimientos de autómata, a sus uñas orladas de negro, al hecho de que tenía que entregarles el pasaporte con el sello del padrón y quedarse esperando mientras su propio país verificaba una vez más su legalidad. Los

militares le devolvían el pasaporte en silencio; Pasha lo guardaba en el bolsillo intentando no cruzar la mirada con ninguno de ellos. Las banderas nacionales se desteñían lluvia tras lluvia, sus colores se disolvían en el aire gris del otoño como la nieve en agua tibia. Pasha mira por la ventanilla y ve llegar a toda velocidad un *jeep* recubierto con planchas de hierro oscuro. Del vehículo saltan tres hombres armados con fusiles. Sin hacer caso al coche fúnebre de línea en el que viaja Pasha, corren hacia la multitud que se va congregando rápidamente más adelante. Los militares apostados en el puesto de control se hablan a gritos, se arrebatan unos a otros los prismáticos para mirar la carretera allá lejos, fuerzan la vista, los ojos rojos de humo y una constante falta de sueño, rodeados por profundos surcos. Pero la carretera sigue vacía, tan vacía que da miedo. Por lo general, hay tráfico a todas horas. A pesar de que la ciudad estuvo durante mucho tiempo bloqueada casi por completo y el cerco se fue estrechando sin parar, nunca había faltado quien conseguía sortear el asedio por esa única carretera, en una dirección o en la contraria. En su mayoría, se trataba de militares que transportaban municiones a la ciudad asediada o voluntarios que llevaban desde el norte, del territorio libre de combates, distintas cosas, como ropa de abrigo o antigripales. ¿Quién iba a necesitar antigripales en una ciudad bombardeada con artillería pesada, a punto de ser tomada? No obstante, eso no detenía a nadie: convoyes enteros, que viajaban desde tierra adentro, rompían una y otra vez el cerco para proveer a los asediados, siendo bombardeados como era de esperar. Estaba claro, sin embargo, que la ciudad acabaría por firmar su rendición y que las tropas se batirían en retirada llevándose las banderas nacionales del país del que Pasha era ciudadano, moverían de una forma u otra la línea del frente hacia el norte, donde estaba la Estación, y por consiguiente harían que la muerte se aproximara una decena de kilómetros. Pero ¿a quién le preocupaba aquello? También había civiles que se atrevían a intentar penetrar a toda costa en la ciudad yendo por el asfalto destrozado de la carretera. Los militares trataban de disuadirlos, pero nadie de la zona se fiaba completamente de ellos, cualquiera se creía el más listo y se echaba a la carretera bajo el fuego de mortero para ir a buscar aunque fuera un certificado de la Seguridad Social, ni más ni menos. Y es verdad: puestos a elegir entre la muerte y la burocracia, es mejor a veces elegir la muerte. Los militares se enfadaban, de vez en cuando cerraban el puesto de control al tránsito, pero, una vez cesaban los bombardeos, la cola de los que querían pasar volvía a formarse.

Y no tenían otro remedio que franquearles el paso.

En ese momento la carretera está totalmente desierta. Al parecer, allí, en la ciudad, realmente sucede algo aterrador, algo capaz de hacer desistir a los conductores de minibuses y estraperlistas. Una multitud de hombres sin afeitar, rabiosos a causa de la falta de sueño y la desesperación, se congrega entre bloques de hormigón y alambre de espino, se gritan unos a otros, descargando la rabia mutuamente. De la multitud se separa un soldado alto y flaco y se dirige hacia el autobús. De debajo del casco, que le queda algo grande, asoman unos ojos frenéticos, frenéticos y abiertos de par en par: lo más seguro es que los tenga así de abiertos por miedo. El soldado hace una seña con la mano como diciendo: «¡Alto ahí, no os mováis!». Aunque, en realidad, ellos ya estaban quietos, inmóviles, y contenían la respiración. De pronto, el espacio en el interior del autobús se agranda, el aire se enrarece de tal manera que aunque uno intente atraparlo con la boca bien abierta es imposible respirar. El soldado se acerca a la puerta del autobús y golpea con la mano abierta contra el metal. El coche, como un submarino hundido, responde con un sonido sordo; el conductor abre la puerta con una brusquedad excesiva.

–¿Dónde vas tú, joder? –le grita el soldado y, agachándose, sube al vehículo.

Se ve obligado a agacharse, el casco se le desliza hacia delante y le tapa los ojos; Pasha cree que lo conoce aunque ¿de qué? «¿De qué me suena?», piensa Pasha. El soldado lo mira con aire hostil, se le acerca, se pone bien el casco, se enjuga con la mano los ojos y le grita a la cara:

–¡Papeles! ¡Papeles, joder!

Pasha rebusca en los bolsillos; de repente los bolsillos se vuelven tantos que Pasha se pierde en ellos y no encuentra lo que busca, y saca todo tipo de basurilla: toallitas húmedas con las que cada mañana en el cole se lustra las botas, temarios impresos para las clases, avisos de la oficina de correos para recoger un paquete. «Es verdad –piensa Pasha mirando asustado a la cara al soldado–, tengo que recoger el paquete, el paquete, el paquete. Se me ha olvidado», piensa, y su piel al instante se vuelve húmeda y fría como si fuera a él a quien hubieran enjugado con toallitas húmedas.

–¿Y? –grita el soldado cerniéndose sobre él.

Lo más grave es que Pasha no acierta a comprender en qué idioma le habla: ¿en ruso?, ¿en ucraniano? Las palabras que salen de su boca suenan tan rotas y desfiguradas que carecen de entonación ni acento, simplemente

grita algo como si quisiera expectorar un resfriado a escupitajos. «Debería hablar el idioma oficial, el ucraniano», entra en pánico Pasha y recuerda que un mes antes, allí mismo, habían desplegado una unidad procedente de la región de Zhitómir[1] y cómo se reían de él al oírlo cambiar torpemente del ruso al ucraniano y viceversa. «¿Serán los mismos o no?», barrunta Pasha, febril, mirando los ojos enfurecidos del otro que reflejan todo su miedo, el de Pasha.

–Los he dejado en casa –responde Pasha.

–¿Qué? –no da crédito el soldado.

El conductor pega un bote sobre el asiento y se queda de pie, sin saber qué hacer: darse a la fuga o quedarse quieto. Pasha tampoco sabe qué hacer y va pensando: «Ya me vale, ya me vale».

En ese momento alguien pega un grito fuera, un grito tan agudo y prolongado que el soldado se sobresalta, gira sobre sí mismo y, tras empujar al conductor, busca la salida. Este se cae sobre el asiento pero enseguida vuelve a incorporarse y sigue al soldado hacia fuera. Pasha también salta del autobús y los tres van corriendo hacia la multitud que de pronto se queda en silencio y se abre. Y entonces desde el sur, desde detrás del horizonte y como salido de un pozo de aire, empieza a fluir, procedente de la ciudad aislada por el bloqueo, un torrente humano. Los hay que andan solos, otros forman grupos de dos o más personas, y emergen fatigosamente desde detrás de la línea del horizonte, camino de la multitud que permanece en silencio, a la espera. Apenas visibles en el horizonte, los que llegan, a medida que se acercan, aumentan paulatinamente de tamaño, lo mismo que las sombras a partir del mediodía. Ya nadie usa prismáticos ni nadie grita como si se cuidara de perturbar aquella procesión que poco a poco llena la carretera, extendiéndose a lo largo de centenares de metros. Los combatientes caminan de forma acompasada, puede parecer incluso que no tienen prisa en absoluto, aunque enseguida queda claro que simplemente no pueden andar más rápido: están extenuados, es mucho el esfuerzo que les cuesta recorrer esos últimos centenares de metros. Pero deben avanzar y helos allí, acercándose con terquedad, guiados por la bandera de su país sobre el puesto de control que les sirve de punto de referencia, ascendiendo desde el fondo de la quebrada con aire de pasajeros de un coche de línea a los que hicieron bajar y continuar a pie por no llevar billete. El tiempo parece acelerarse, todo sucede tan deprisa que no caben sustos ni alegrías: los primeros ya han llegado junto a los bloques de hormigón pintado, al

tiempo que en la lejanía no dejan de aparecer otros muchos que a su vez comienzan a descender hacia el fondo de la quebrada dirigiéndose al norte para reunirse con los suyos. Y cuanto más se acercan, tanto más nítidas se vuelven sus facciones, tanto más silencioso se hace el ambiente alrededor. Porque ahora ya se distinguen sus ojos que no reflejan más que agotamiento y frío glacial. Su respiración es igual de gélida: ni siquiera desprende vaho. Los rostros están negros por la mugre, el blanco de los ojos reluce. Llevan cascos o gorros negros roídos. Los pañuelos, grises por el polvo de ladrillo, ciñen los cuellos. Armas, correajes, bolsillos vacíos, petates sobre las espaldas, las manos ennegrecidas por el aceite de engrasar, las botas manchadas de barro y de polvo de cascotes. Los primeros en llegar escudriñan con una mirada de recelo y reproche las caras de los que allí están, expectantes, como si estos fuesen culpables de algo y como si todo tuviese que ser al revés: son ellos, los que abandonan ahora la ciudad asediada, quienes deberían estar allí, esperando bajo el cielo plomizo de enero, mirando en dirección al sur, más allá de la línea del horizonte donde no hay nada excepto fango y muerte. El primero de los recién llegados se acerca a la barrera de protección y de repente alza el puño y se pone a vociferar como si maldijera a los dioses por su perfidia. Blasfema, amenaza, se enfada; las lágrimas corren por su rostro purificándolo. La multitud se abre todavía más y los que llegan, se mezclan con los que aguardan como se mezcla el agua turbia del río con el agua transparente de la mar. La concurrencia ya no cabe en el espacio acotado por los bloques de frío hormigón. El que se puso a dar voces sigue en medio del gentío diciendo algo a gritos sobre la injusticia y la venganza, lamenta que la ciudad se hubiese rendido y quedara abandonada, con todos sus habitantes, en manos del enemigo, que no la defendieran, que optaran por huir para escapar de la encerrona. Es cierto que quienes lo consiguieron están ahora a salvo, pero ¿qué hay de los que se quedaron allí, en las calles barridas por disparos? ¿Qué hay de ellos? ¿Quién los rescatará?

–¿Cómo pudimos huir y abandonar la ciudad como traidores? –chilla sin bajar los puños–. ¿Cómo es posible? ¿Quién responderá por ello? Olezha, Olezha –grita–, mi compadre, ni siquiera pude enterrarlo, arrastrarlo hasta la nieve, allí sigue, carbonizado, en la gasolinera. ¿Quién se hará cargo de él? ¿Quién rescatará tu cuerpo? ¿Quién?

Grita y amenaza con el puño a una nube de lluvia. Hasta que uno de los que llegaron después de él, mientras se abre paso a su lado, le arrea un

mandoble en la cabeza, como si dijera «cállate ya, está claro que estamos jodidos». Entonces, todo el mundo se pone a hablar a la vez: unos preguntan, otros responden, llevan a alguno a un sitio al reparo para que entre en calor, a otro lo arropan con una vieja manta chamuscada. En eso llega de pronto al puesto de control otro grupo que carga a hombros una camilla sobre la que yace un cuerpo tan destrozado y ensangrentado que Pasha no puede menos que desviar la mirada mientras un oficial empieza a pedir a gritos una ambulancia, aunque ¿qué ambulancia puede haber allí? La camilla la cogen quienes aún tienen fuerzas y la llevan al autobús. «Anda –le gritan al conductor–, arranca, lo llevarás a la Estación.» Pasha piensa que ahora mismo regresar a casa es la mejor opción y junto con los otros se dirige hacia el autobús, pero al lado de la puerta ya se ha apostado un militar que, sin mirarlo siquiera, lo aparta de un empujón. De modo que a Pasha no le queda otra opción que quedarse mirando cómo, con mucha precaución, pasan la camilla hacia la parte central del autobús. Pasha se fija en los cabellos del herido pegados con sudor y en la palidez azucarada del hueso del cráneo, parecido a un melón abierto, con su dulce meollo a la vista. Repara también en la mano acalambrada que se aferra al borde de la camilla con la misma fuerza con la que solo se puede aferrar la vida.

El autobús intenta dar media vuelta, pero la multitud alrededor se agita, todos chillan y estorban, estorban y chillan, pidiendo a gritos que no estorben. Por último, alguien da la orden, el gentío se pone en movimiento y se hace a un lado, el autobús da media vuelta y desaparece tras el cruce. A Pasha lo han desplazado hacia el arcén; intenta salir de allí moviéndose con torpeza cuando alguien lo llama a sus espaldas:

–¿Tienes tabaco? –le pregunta un combatiente, con el pelo color plata sucio, que va sin casco.

–No tengo –responde Pasha.

–¿Tienes algo? –insiste el combatiente.

Pasha automáticamente mete la mano en el bolsillo y saca el pasaporte.

*

Pasha se queda en el arcén destrozado por las orugas de los blindados y las ruedas de los camiones y se esfuerza por recordar dónde ha visto unos dedos como aquellos, acalambrados, exánimes, aferrados a la vida. Fue la semana pasada –se acuerda de golpe–, el último día de clases, un día de

viento fresco y de sol pálido de invierno. Alguien lo llama desde el pasillo, él sale, las maestras meten a los alumnos en las aulas; la chavalada, nada más entrar, se pega a las ventanas para mirar lo que sucede fuera. Pasha se asoma al aula donde está su clase. «A ver –les grita–, todo el mundo en silencio, volveré enseguida». Sin embargo, nadie le hace caso; a su lado pasa corriendo la directora del colegio, agitando pesadamente su cuerpo enfermizo. Pasha corre tras de ella, va a parar a la escalinata del colegio, se detiene. Enfrente de la entrada hay un *jeep* con militares que lleva por matrícula una consigna de guerra pintada en blanco sobre negro. Como Pasha no entiende de consignas no acierta a identificar a qué unidad pertenecen. Tal vez sean unos milicianos, o tal vez miembros de la Guardia Nacional. La bandera que porta el *jeep* es idéntica a la que ondea a la entrada del colegio. Es decir, no ha habido cambio de gobierno.

Los militares se ponen a correr de aquí para allá, preocupados; uno de ellos informa a alguien por teléfono, el jefe se acerca a la directora, la coge con firmeza del brazo, la lleva aparte y le habla en tono frío. Pasha capta fragmentos de la conversación: el militar no parece estar pidiéndole a la directora su autorización, antes le impone condiciones. «No –dice el militar–, no se puede, no se puede ir a otro sitio, tiene que ser aquí mismo, somos nosotros los que os protegemos al fin y al cabo, llame donde quiera, incluso a Kiiv si hace falta.» La directora se encoge dentro de su traje negro de etiqueta, su cara se vuelve gris, lo cual al instante la hace parecer más vieja. Quiere contradecir al militar, pero no se atreve. Se vuelve hacia Pasha como si quisiera pedirle apoyo, mientras que el militar, al pasar junto a él, le da una palmada en el hombro que sacude las partículas de tiza que manchan su americana.

Luego llega una vieja furgoneta UAZ, apodada «píldora», de color marrón, como el de una pastilla deshecha de jabón para lavar ropa, de la que comienzan a bajar a unos heridos. Los militares los cargan a las espaldas como si fueran sacos de mercancías: al parecer, no tienen camillas. Luego suben con dificultad los escalones y caminan por el pasillo vacío en el que sus pasos resuenan con fuerza. Giran a la derecha y abren de un puntapié, con sus botas manchadas de barro, la puerta de la primera aula que encuentran a su paso. Es decir, del aula donde se imparten clases de Lengua Ucraniana. Es decir, del aula donde Pasha enseña a sus alumnos. Depositan a los heridos directamente en el suelo, entre los pupitres. Pasha entra corriendo detrás de ellos y acto seguido anuncia a la clase que pueden

marcharse a casa. Los alumnos pasan, asustados, por encima de la sangre fresca, se congregan en el pasillo, indecisos. Pasha sale al pasillo y dispersa la clase a gritos. «¡A casa! –les grita–. ¡A casa! No tenéis nada que hacer aquí.» Les grita en ruso, como siempre lo hace en el patio, fuera de clase. Luego entreabre con timidez la puerta. El aula huele a roña y sangre, a nieve y tierra. Los combatientes introducen en el aula mantas y algunas prendas de abrigo, mueven los pupitres, acomodan a los heridos en los rincones.

Entra un combatiente que carga una ametralladora al hombro sin quitarse el cigarrillo de la boca. Tiene el pelo negro y los ojos oscuros, quizá por eso su mirada parece irradiar desconfianza; el polvo le ha penetrado en las arrugas del rostro: caras como aquella, Pasha solo se las había visto a los mineros que salían del pozo. El combatiente observa inexpresivo a los heridos, se da cuenta de la presencia de Pasha, lo saluda con una inclinación de cabeza, le habla con un acento del Cáucaso. Aunque se hace un lío entre ruso y ucraniano, se esfuerza por hablar amigablemente, como si de verdad le importara que Pasha se fíe de él. Algunas palabras que dice en ruso, enseguida las traduce al ucraniano, se esmera por hablar correctamente como si estuviese en un examen. «Vale –dice–, no tengas miedo, profesor, no entregaremos tu colegio, lo defenderemos –añade–. Podrás seguir enseñando a los críos.»

–¿Y estos quiénes son? –Señala el hombre con la cabeza los retratos que cuelgan de las paredes.

–Poetas –contesta Pasha, inseguro.

–¿Son buenos? –duda el de la ametralladora.

–Están muertos –dice Pasha curándose en salud.

–Correcto –ríe el otro–. Poeta bueno, poeta muerto.

Abre la ventana con cuidado y coloca la ametralladora sobre el alféizar. Como si fuera a probarla. Pasha recoge las libretas del escritorio, las mete en la mochila y cuando ya está por salir, fija la mirada en el herido que acomodaron junto al radiador recién pintado: yace de cara a la pared, envuelto en dos mantas lanudas, con manchas de sangre reseca, cubierto con un saco de dormir viejo y gastado. Únicamente se le ven el pelo, mucho tiempo sin lavar, y el cuello, sin rasurar también hace mucho tiempo ya. La manga de su guerrera está cortada a lo largo del brazo para poder curarle la herida: entre las vendas asoma la piel mugrienta, con numerosos cortes pequeños; el saco de dormir no llega a cubrirle la mano izquierda. Parece

un pasajero de coche cama que al amanecer asoma la mano de debajo de la manta, que le ciñe el cuerpo quieto y somnoliento, marcando la curva de las rodillas y el hueco del vientre, lo mismo que el santo sudario reproduce la forma del cuerpo de Cristo. La desnudez de un maltrecho cuerpo masculino destaca entre los bártulos y ropas de abrigo tiradas desordenadamente en las literas contiguas del compartimiento. Pasha piensa que aquella mano flaca y desnuda, cubierta con pelillos ralos, se ve igualmente fuera de lugar allí, sobre las tablas del suelo del aula repintadas durante las vacaciones de verano, con pupitres y la pizarra al costado. Y de repente contempla cómo la mano se aferra al saco de dormir, se aferra con el miedo a soltarlo, como si el saco fuese el último lazo que la uniera a la vida. Durante un instante Pasha se queda sin poder dejar de mirar los dedos largos y negros, con cortes y magulladuras, de color azul gasóleo, cuando de pronto el viento fresco del invierno irrumpe desde la calle y empuja bruscamente la ventana que el hombre de la ametralladora consigue sujetar. Solo entonces Pasha se repone y sale aprisa del aula yendo a parar a los brazos de la directora.

–Pável Ivánovich, Pável Ivánovich –lloriquea ella agarrándolo del brazo–. ¿Cómo es eso? Dígales que se vayan.

«Hasta sus lágrimas son falsas –se le ocurre de pronto a Pasha–. No sabe llorar siquiera –piensa–, sencillamente no sabe cómo se hace. Y reír tampoco sabe.»

–¡Dígales! –sigue ella tratándole de usted como si se dirigiese a un revisor de tranvía–. Dígales que se vayan.

–De acuerdo, de acuerdo –intenta tranquilizarla–. Se lo voy a decir.

La acompaña a su despacho, la ayuda a sentarse, sale, cierra tras de sí la puerta. Se queda de pie un rato al lado de la puerta escuchando cómo la directora, instantes después de calmarse y dejar de lloriquear, telefonea a alguien para armarle un escándalo.

–Yo paso –susurra Pasha y marcha a casa.

Los militares están apostados en la escalinata, fumando. Cada vez que van a entrar en el colegio, se pasan con esmero un trapo limpio por las botas. Las manchas de sangre cuesta limpiarlas. Pero al final se dejan quitar.

*

Cuando sopla viento húmedo, los olores se perciben con mayor intensidad. Quienes han llegado huyendo desde el sur huelen a quemado como si

hubiesen pasado mucho tiempo junto a una hoguera. El ambiente se llena al instante del olor cargante a ropa mojada. Son cada vez más los que llegan. Algunos, sin detenerse, se dirigen a la Estación; otros suben al *jeep*; a aquellos otros se les ayuda a acomodarse en la caja de un camión. Queda poco sitio disponible ya. Uno de los combatientes, al pasar junto a Pasha, lo roza sin querer con su rígido chaleco antibalas. Pasha se encoge reaccionando al contacto, retrocede un paso hacia el arcén, luego otro –su alta bota aplasta la nieve entremezclada con barro amarillo–, después otro y otro.

–Es mejor que se quede donde está –oye una voz a sus espaldas.

Pasha se vuelve y se encuentra cara a cara con un hombre: chaqueta de la marca Jack Wolfskin, botas de montaña, mochila para ordenador portátil, una barba de varios días bien cuidada, mirada irónica, incluso condescendiente. Habla con seguridad, aunque si uno se fija bien, nota que su barbilla es algo frágil, las finas arrugas alrededor de la boca revelan un carácter caprichoso y, según parece, se deja la barba para parecer más duro de lo que en realidad es. Aparenta unos cincuenta años y mira a Pasha como a un inferior. De la misma manera como miran los pasajeros que viajan en tren desde la estación de origen a los que van subiendo en las paradas intermedias: tanto unos como otros han pagado el billete, pero los primeros parecen llevarles a los últimos, a fuerza de pasar más horas viajando, una ventaja incomprensible. Se hace llamar Peter, es así como lo dice: «Peter», a la inglesa, pero en un ruso bastante aceptable, aunque con un acento que no intenta ocultar.

–Es mejor que no pise allí. –Señala la cuneta con la cabeza–. Podría perder una pierna. Incluso le propongo que nos marchemos de aquí ya mismo porque esos acabarán liándose a tiros por lo furiosos que están.

Se da media vuelta y empieza a abrirse paso entre el gentío. Pasha mira a los lados, contempla allí abajo una sopa de nieve y se precipita detrás de Peter.

Logran alejarse con dificultad del puesto de control, donde la multitud se hace menos densa; Peter, previsor, esquiva a un grupo de militares que discuten encolerizados, sortea a los heridos colocados directamente en la calzada sobre mantas y abrigos viejos. Pasha va detrás de Peter siguiendo sus pisadas una por una, procurando no mirar a los ojos a los combatientes. Cuando era niño hacía lo mismo al pasar delante de perros callejeros: lo más importante era no mirarlos a los ojos, de lo contrario podían advertir la

presencia extraña al momento. A pesar de los meses que han transcurrido desde el comienzo de la guerra, Pasha no ha logrado acostumbrarse a la presencia de los militares: intentaba esquivarlos siempre que podía. Cuando alguno lo detenía cerca de la Estación para preguntarle algo, respondía secamente, desviando la mirada por encima del interlocutor. Pero ahora hay tantos, y todos ellos desprenden un olor incomprensible a barro, hierro, tabaco y pólvora. Pasha esquiva con precaución el grupo de turno mientras nota la mirada de desconfianza que le dirigen los combatientes, acelera el paso y alcanza a Peter. Este, mientras tanto, ha llegado junto a un viejo Ford azul marino, rodeado por militares. Han desplegado sobre el capó un mapa artesanal, con senderos dibujados a mano y cotas marcadas con lápiz rojo. Al haber estado expuesto a la lluvia, el papel del mapa está húmedo y se parece a un mantel manchado de vino sobre una mesa de la cantina de una estación de tren. Peter se abre paso entre los militares, le da palmaditas en el hombro a uno, con la mirada fija en el mapa le estrecha la mano a otro, y enseguida se pone a discutir acaloradamente deslizando su uña rosada cuidadosamente recortada por el mapa casi deshecho. Pero los combatientes también gritan y señalan en el mapa con sus dedos, negros y congelados, en desacuerdo con Peter. Al final uno de ellos, al parecer, jefe, bajito y robusto, con el pelo cano cortado al rape, escupe, enfunda su cráneo voluminoso en un gorro deportivo de color negro, se cuelga del hombro la metralleta y da la orden de subir al vehículo. Un combatiente alto de avanzada edad, flaquísimo y cargado de espaldas, se coloca al volante. El del pelo cano y gorro deportivo se acomoda en el asiento del copiloto. El resto sube detrás. Peter, no se sabe cómo, consigue hacerse sitio entre ellos, aunque, por lo que se entiende, nadie lo ha invitado, pero él se mete igual e, incluso, intenta cerrar la puerta tras de sí. En esas, se acuerda repentinamente de algo, mira hacia fuera y le grita a Pasha:

–¿Usted va a venir o qué? ¡Deprisa! ¡Suba de una vez!

Pasha, sorprendido, se asusta y corre hacia el Ford. Pero en los asientos traseros ya hay al menos cuatro combatientes, y como todos ellos llevan chalecos antibalas, dan la impresión de ser especialmente anchos y macizos. Por si eso fuera poco, está Peter, que también ocupa sitio, y cuesta entender cómo todos ellos pueden caber allí. Pasha, indeciso, permanece fuera, junto al Ford, pero Peter insiste:

–¡Vamos, vamos! –le grita, dándose palmadas, a modo de llamada, en su flaco muslo ceñido con tela tejana de color negro.

Y así es como viajan: delante, el conductor chepudo y el jefe, que se esfuerza tercamente por descifrar algo en el mapa hecho pedazos; detrás, los combatientes enfundados en chalecos antibalas y Peter, con Pasha sentado sobre sus rodillas. Pasha está incómodo, jamás se había sentado sobre las rodillas de nadie, quizá solo cuando era niño. Los combatientes también están incómodos por la presencia de Pasha. Se hace el silencio, solo se oye el sonido sordo del entrechocar de los chalecos antibalas.

El Ford rueda despacio por la carretera adelantando la interminable hilera de los militares que se dirigen, desde el puesto de control, hacia la Estación. Miran, esperanzados, el Ford, pero al ver cuántos pasajeros lleva, desvían la mirada, decepcionados. El viaje no dura mucho: en la entrada del poblado, el conductor gira a la derecha, acelera, y el coche, dejando unas huellas profundas como cortes en la nieve amarilla, entra en el parking del motel. Pasha es el primero a quien empujan afuera; detrás de él, sale el resto del pasaje hacia el aire cargado de humedad.

La construcción es de dos plantas, sobre la entrada principal cuelga un letrero que pone «Paradise». En el ala derecha se encuentra la cafetería; en la izquierda, el lavadero de coches; por la parte central se accede a la recepción. Los cristales de las ventanas del primer piso quedaron destrozados por una onda expansiva, y los dueños las han tapado con plástico transparente. Arriba, sobre el tejado, asoma una antena parabólica, agujereada por un fragmento de proyectil, que parece un girasol matutino, vuelto hacia el este, en dirección al sol.

El parking está atestado de vehículos militares y civiles: pesados camiones KrAZ, turismos con matrículas polacas que no han pasado por los trámites de aduana, un montón de coches usados y siniestrados, sin el parabrisas, con las puertas rayadas o los capós arrancados. Más allá hay todo un tanque sobre cuya torreta se amontona una gran cantidad de trapos sucios y multicolores. En sus flancos blindados, sujetas con cuerdas, hay mantas y sacos de dormir, bolsas, mochilas, incluso alguien se las apañó para enganchar un plegatín. Junto a la cafetería hay un grupo de militares: fuman, gritan y discuten. Los que han venido con Pasha, se les suman. Peter mira el letrero, escéptico.

–Paradise –dice entre risas–. El primer círculo del infierno, más bien. Entonces, ¿usted viene? –le pregunta a Pasha bruscamente y se dirige a donde los militares.

A Pasha no se le ocurre nada mejor que seguirlo. «¿Por qué le sigo? –

piensa–. ¿Por qué, en general, le hago caso?», se pregunta mientras intenta no perder de vista la melena calculadamente descuidada de Peter en medio del gentío. Pasha se abre paso a empujones entre los militares y entra en la cafetería.

En el interior hay varias mesas y una barra; arriba de la barra, sobre la pared, una especie de trofeos de caza: un faisán disecado, cuernos de ciervo, incluso una cabeza. Pasha cree que es de perro, aunque puede estar equivocado. A un lado está la puerta del retrete; en el otro, una pantalla de plasma cuelga de la pared. Alrededor de las mesas no hay ni un solo sitio libre; los combatientes, sentados, miran su propio reflejo en la pantalla. Detrás de la barra hay una mujer que mira con odio a la clientela, aunque el suyo es un odio en cierto modo cansado: a ella misma se la ve mustia y falta de tinte, es decir, lleva el pelo pajizo con raíces negras, como si en un campo de hierba seca y marchita brotaran tallos nuevos. A sus espaldas, sobre unos anaqueles, hay botellas de Coca-Cola y montoncitos de tabletas de chocolate. Sobre el mostrador, delante de ella, están expuestas oscuras piezas de pescado seco. La mercancía más importante, sin embargo, la saca de algún lugar en el interior, de debajo de una trampilla pesada que hay en el mostrador, oculta por las piezas de pescado. La saca y la sirve. Todo el mundo habla a la vez atendiendo poco a lo que se dice, por lo que se interrumpen todo el tiempo los unos a los otros. El olor a pescado seco es tan cargante que da la impresión de que lleven tres días velando a un muerto.

Peter avanza con seguridad hacia la barra. Saluda con alegría inclinando la cabeza a la señora y esta le responde con una sonrisa forzada, sin dejar de servir. Peter le pregunta algo y ella asiente con la cabeza, sin disimular tampoco su inquina ni dejar de vigilar atentamente la sala. Peter abre una puerta lateral, Pasha se escurre tras él y va a parar a la sala contigua. Allí también hay mesas, la estancia está abarrotada de militares, el jaleo es el mismo: las voces se fusionan formando un zumbido amenazador. No obstante, en un extremo de la sala, debajo de unas escaleras que llevan hacia el primer piso, hay una mesa pequeña, justo para dos, y Peter va directamente allí, saludando de pasada a un combatiente, negro de humo y alcohol. Este, sin mirar, lo saluda con la mano y dice algo. Mientras Peter se aleja y se deja caer luego sobre una silla de plástico, el combatiente sigue hablando, asiente con la cabeza, como si conversara con alguien invisible. Pasha toma asiento al lado de Peter y acto seguido aparecen de no se sabe

dónde pescado y alcohol en unos vasos de plástico. Peter coge con descuido uno de los vasos e incluso lo choca contra otro, igualmente de plástico y desechable, brindando con alguien. El frotar desechable de un plástico contra otro, la transfusión desechable del alcohol al gaznate. Peter, con un ademán animoso, detiene el vaso que sujeta con la mano en el aire y seguidamente, en un movimiento apenas perceptible, arroja su contenido debajo de la mesa, sobre un suelo frío de piedra. Luego saca de un bolsillo pequeño, casi oculto, una petaca igual de diminuta, forrada de piel marrón, desenrosca la tapa y se sirve en el vaso algo exquisito. Como a Pasha no lo invita, este pega los labios a su vaso, traga el líquido amargo del embotellado local que le abrasa la garganta y tose hasta que alguien intenta meterle en la boca un trozo de pescado. Peter observa inquisitivamente la escena con una expresión de asco, aunque no está claro qué es lo que provoca su vigilante repulsión: Pasha o el pescado. De todas formas, Peter consigue controlarse enseguida y vuelve a sonreír, grita algo en dirección a la concurrencia en respuesta a la pregunta de alguien y hace un comentario sobre lo que oye hablar en la mesa vecina. Después de tomar un trago de lo suyo, aborda a Pasha.

–¿A qué se dedica? –pregunta.

Pasha vacila al no saber en qué idioma responderle. Al final opta por el ruso.

–Soy maestro de escuela –contesta conciso.

–¡Ajá! –ríe Peter.

Mete la mano en el bolsillo y saca, uno detrás de otro, dos paquetes de tabaco: uno sin abrir, con cigarrillos fuertes y baratos, y el otro empezado, con cigarros más flojos, sin apenas contenido de nicotina. Vuelve a guardar los baratos, saca del paquete dos de los flojos y le ofrece uno a Pasha. Este declina la invitación y Peter vuelve a guardar el cigarrillo en el paquete, al tiempo que coge el suyo con los labios en un movimiento descuidado, saca de un bolsillo oculto un zippo novísimo, levanta hábilmente con el pulgar de la mano izquierda la tapa, enciende el cigarrillo, vuelve a guardar el encendedor y aspira el humo. «¿Por qué arrugará la cara de esa manera? –piensa Pasha sin querer–. Ni que estuviese fumando picadura.»

–¿Y sus alumnos? –se interesa Peter, mientras suelta el humo, por lo que su voz suena ronca e íntima.

–Están de vacaciones –explica Pasha.

Peter afirma contento con la cabeza.

–Ajá –dice–, de vacaciones. Es que se han inventado los colegios para estar de vacaciones, creo –continúa–. Cuando estaba de vacaciones, siempre iba con mi padre a pescar.

–¿En un río? –precisa Pasha.

–En el océano –aclara Peter.

–¿Qué océano?

–El Pacífico.

Pasha no sabe qué decir.

–¿Usted adónde iba? –pregunta Peter al ver que Pasha calla.

–A la ciudad.

Pasha se revuelve nervioso en la silla. El tono de Peter es tan afable que enseguida provoca desconfianza.

–Ajá –vuelve a decir en tono alegre Peter–. ¿Unos recados?

–Eso, recados –asiente Pasha tras una breve reflexión–. Un sobrino mío está en un orfanato. Me lo quiero llevar por las fiestas.

–Ya veo que aquí todos los días son festivos.

Pasha decide que es mejor no responder nada ante la observación de Peter.

–Quizá me lo lleve la próxima vez –dice Pasha tras un breve silencio.

–Ajá –le da la razón Peter–. Dentro de un par de meses.

–¿Por qué tantos? –se asombra Pasha.

–Hasta que fijen una nueva línea del frente, instalen un nuevo puesto de control –explica Peter–. ¿Por qué no fue a buscar a su sobrino antes si está de vacaciones? ¿No lee las noticias?

–Pues, la verdad es que no las leo –se sincera Pasha.

–Yo tampoco las leo –se sincera Peter a su vez–. Yo las escribo –añade tras una breve pausa calculada y, entre risas, suelta el humo en todas direcciones.

–¿Y qué hago? –pregunta Pasha, desconcertado–. Mi sobrino tiene problemas de salud, me preocupa.

–Debe llevárselo ahora –le aconseja Peter, con una sonrisa–. Estos –señala con la mano a los combatientes que hay alrededor– todavía tardarán unos días en salir de la ciudad. Todos ellos tendrán otras cosas más importantes de las que estar pendientes que de usted. El gobierno en la ciudad está cambiando de signo. Quién sabe qué va a pasar con el orfanato. Al nuevo gobierno –señala con la cabeza hacia donde, según él, debe de estar ese nuevo gobierno– los orfanatos lo tienen sin cuidado. Se dedicarán

a hacer una purga en la ciudad después de que los vuestros se marchen.

A Pasha le duele el oído al escuchar ese «los vuestros», pero se contiene y no replica.

–Por allí habrá tiroteo, ¿cierto? –supone Pasha.

–Con más razón –admite Peter–. Con más razón. No sería un buen plan pasar las vacaciones bajo un bombardeo de artillería.

Pasha reflexiona febril. No se le ocurre nada mejor que llamar al padre. Saca su Nokia, marca el número.

–Y tampoco habrá conexión telefónica hasta dentro de dos meses –comenta Peter–. A no ser que vuestro gobierno haga el esfuerzo. –Peter vuelve a hacer hincapié en la palabra «vuestro»–. Hasta ahora no lo ha hecho –añade.

Pasha mira la pantalla del móvil: no hay cobertura. Eso que anoche todavía había.

–Inhiben las frecuencias a propósito –explica Peter– para que los vuestros –señala alrededor– no sepan cuál es la situación. Nadie sabe nada, nadie confía en nadie. Como en la Edad Media –añade, y aplasta con esmero el cigarrillo a medio consumir en un cenicero fabricado con una lata de cerveza–. ¿No enseñará Historia? –Mira a Pasha con reparo.

–No –responde Pasha–, Historia, no.

–Bien hecho –lo elogia por alguna razón Peter–. Estudiar Historia en vuestro país es como pescar: nunca sabes qué pescarás. Aunque me gusta ese amor vuestro por la historia –reconoce Peter y saca otro cigarrillo, acciona el zippo y vuelve a soltar el humo hacia el techo–. Buenos chicos, sí, señor, seguid descifrando, hurgando, como tiene que ser. Aunque os aconsejaría que… –Peter lo señala recostado en el respaldo de la silla mientras sujeta el cigarrillo con dos dedos.

Pasha, atento a lo que va diciendo el otro, repara de golpe en un cuarteto de militares que entra en tromba en la sala. Sus caras se ven especialmente oscuras, sus movimientos son pesados y nerviosos, tienen los ojos inyectados en sangre a causa del humo y la rabia; recorren con la mirada la estancia y al instante identifican con claridad y de forma inequívoca a los únicos civiles en la sala: Pasha y Peter. Se dirigen implacables hacia estos sorteando las otras mesas. El resto de los comensales advierte de pronto aquel movimiento, las conversaciones cesan, todos siguen con la mirada a aquellos cuatro que avanzan hacia la mesa de Peter y Pasha, el ambiente se aquieta y se vuelve tenso. Únicamente Peter, enfrascado en lo que está

contando y sentado de espaldas a la sala, no se da cuenta, mientras observa a través de jirones de humo de tabaco a Pasha y habla haciendo pausas tan elocuentes como si estuviese atento a la cadencia de su propia voz:

–Aunque os aconsejaría que tuvierais cuidado con la historia. La historia, usted sabe, es una cosa…

Se calla por un instante mientras rebusca mentalmente alguna fórmula ingeniosa para la ocasión, cuando de pronto se percata del silencio general y se le congela la mirada. Se queda mirando muy fijamente a Pasha, que, a su vez, no acierta a comprender por qué lo mira así, hasta que de golpe cae en la cuenta de que lo que el otro mira son los cristales de sus gafas, los mira y ve reflejarse en ellos a aquellos cuatro que ya se yerguen a sus espaldas. Entonces, una breve expresión de pánico cruza su rostro, un extremo de la boca se le contrae a causa de los nervios, la vena del cuello se le hincha al sentir un convulso deseo de volverse, pero Peter recupera la calma hábilmente y le da una calada al cigarrillo, si bien con cierto nerviosismo, aspira el humo, lo suelta con cuidado y concluye la frase de la siguiente manera:

–¡… de la que nadie tenía derecho a privaros!

–¿Quiénes sois, vosotros? –dispara la pregunta en la nuca de Peter el primero de los cuatro en llegar.

Pasha observa, asustado, sus botas, de puntas magulladas, con briznas de hierba pegadas al cuero; sus rodilleras, magulladas igualmente; los grandes bolsillos laterales de su uniforme, atestados de algo metálico y cortante; el kaláshnikov que acuna en los brazos como si fuese un bebé que no consigue dormirse; el chaleco con varios cargadores de reserva; trozos de cinta adhesiva[2] de color sobre las mangas. Y lo que es más importante: el cuchillo, enfundado en un bolsillo especial a la altura del corazón, con un mango negro cubierto de muescas profundas. A Pasha le da por contar, involuntariamente, aquellas muescas, pero el combatiente insiste:

–¿Quiénes sois, vosotros?

Dos de los otros tres militares se colocan a ambos lados de la mesa para cortar las posibles vías de fuga. «Aunque, qué fuga ni qué ocho cuartos –piensa Pasha, desesperado–. ¿Qué fuga?» El cuarto se asoma por detrás del hombro del primero y mira con tanta suspicacia que Pasha se quita incluso las gafas, aparentemente para limpiarlas, aunque en realidad para hacerse el ciego. Entonces, Peter se vuelve hacia ellos con una sonrisa despreocupada en la cara.

–Soy de la prensa –explica y mete la mano en el fondo del bolsillo, por lo visto, para sacar el carné, cosa que hace que los cuatro militares se pongan tensos al momento. Pero Peter ya ha sacado la mano del bolsillo y les enseña los papeles–. Todo está en orden –procura hablar de forma fácil y sencilla–. Soy de la prensa. Aquí está el carné.

El primero lo toma y, sin mirarlo, se lo pasa al que está a sus espaldas.

–Hans –le dice–, compruébalo.

Hans coge el carné y lo estudia con atención, ayudándose con el dedo cuya piel está enrojecida, y la uña negra de suciedad. Peter, sonriente, extiende la mano como diciendo «devuélveme el carné, estamos teniendo una conversación interesante, así que no nos molestéis». Hans vacila primero y luego le alarga la mano con el documento. Sin embargo, a mitad de camino se detiene y vuelve a mirar el carné.

–¿Cuándo has cruzado la frontera? –pregunta por sorpresa.

–Hace un mes –responde Peter tras una pausa calculada.

–Ajá –desconfía Hans–. Te vengo vigilando desde el otoño.

–Anda ya –repone Peter, desafiante.

–Te lo digo yo –le espeta a su vez Hans y le pasa el carné al primero. Este calla y mira a Peter.

–Oigan. –Peter se pone de pie y los cuatro vuelven a entrar en tensión–. En otoño también estuve por la zona. Aquí tienen el pasaporte, con todos los sellos.

Saca el pasaporte y se lo entrega al primero. Este, sin decir palabra ni apartar la vista de Peter, se lo pasa al otro. Peter intenta tranquilizarse, vuelve a meter la mano en el bolsillo, por lo que los cuatro vuelven a tensionarse por enésima vez, y saca el paquete de tabaco.

–¿Quieren fumar? –les pregunta mirándolos uno por uno.

Pero todos callan. Hans, mientras tanto, después de hojear el pasaporte, se lo pasa al primero, se inclina y le dice algo al oído. Este asiente con la cabeza y le devuelve el pasaporte a Peter.

–Y bien, ¿cuál es el problema? –pregunta Peter con una inquietud impostada.

El primero de los militares se queda mirando a Peter un buen rato sin decir palabra y cuando este, al no poder aguantarle la mirada, desvía los ojos, deja caer:

–El problema es que hay un topo. Es decir, alguien que pasa información al enemigo. Y, al parecer, es un civil.

–¿Un civil por qué? –sonríe Peter.

–Porque al resto los conocemos a todos –responde el militar–. Hay un topo. ¿Tú no sabrás quién es? –le pregunta a Peter de repente.

Acto seguido los cuatro rodean a Peter. Este palidece.

–No –dice–, ¿cómo voy a saberlo?

–¿Estás seguro? –vuelven a preguntar.

–Estoy seguro –responde Peter sin vacilar.

–De acuerdo –asiente el militar–. Puedes marcharte –le da permiso a Peter con un movimiento de cabeza y de golpe se gira hacia Pasha–. Ahora tú.

Pasha, desconcertado, cuelga las gafas en la nariz y empieza a hurgar en los bolsillos, encuentra el pasaporte y se lo entrega al militar. Sin embargo, se da cuenta enseguida de que eso no basta: hay que convencerlos de que todo está en orden y no hay ningún problema con él.

–Estoy con él –dice febril y desvía la mirada en dirección a Peter.

Y de pronto descubre que Peter ya no está: ha desaparecido mientras tanto, se ha esfumado en el aire, dejando sobre la mesa el paquete de tabaco fuerte sin abrir.

*

Pasha está sentado en una habitación amplia y fría, con un ordenador y una caja fuerte de hierro negro; por lo visto, se trata del despacho del motel. No ha podido ver con detalle el letrero en la puerta: Hans lo condujo escaleras arriba; de un empujón, leve pero firme, para que ni se le pasara por la cabeza oponer resistencia, lo introdujo en la penumbra húmeda del pasillo. De todos modos, ni había pensado en resistirse: avanzó en medio de la oscuridad casi a ciegas y se detuvo obediente al oír una orden a sus espaldas. Hans se acercó a la puerta, trató de abrirla, el pomo crujió en su mano al romperse, pero la puerta no cedió. Entonces la forzó con el hombro y se metió en la habitación vacía. Al entrar, miró escéptico la caja fuerte, pero no intentó abrirla.

–¡Quédate aquí! –le gritó a Pasha–. Espera.

–¿Mucho tiempo? –preguntó Pasha, previsor.

–Lo que haga falta –cortó Hans–. Después de comprobarlo todo te dejaremos marchar.

Pasha cruzó la habitación y se sentó en una de las tres sillas que había

junto a la pared. Luego, tras cambiar de idea, se pasó a otra. Hans se quedó mirando sus movimientos, en silencio.

–Quédate aquí –dijo por fin–. Y ni se te ocurra fugarte.

–De acuerdo –aceptó enseguida Pasha.

Hans salió cerrando cuidadosamente la puerta maltrecha tras de sí.

Pasha espera sentado. En la habitación hace frío; aunque la ventana sin cristal está tapada con plástico, eso no protege del viento ni de la humedad. Está sentado y piensa: «Joder, cómo me he dejado pillar de esta manera». Hasta ahora se había podido librar de algún modo. Es verdad que se había cruzado con militares una que otra vez, pero por pura casualidad, entre una cosa y otra, en la calle, en la tienda, en la Estación. Cuando le preguntaban quién era, les respondía que maestro de escuela. Normalmente colaba, sin importar el bando al que los militares pertenecían. Hay quien dice que los curas y los maestros, en tiempos de guerra, son los últimos en ser molestados. Craso error. Pasha recuerda que la primera vez que unos hombres armados le hablaron fue la primavera pasada, cuando recién empezaba todo. Habían aparecido en la ciudad asaltando comisarías y arrancando banderas de los edificios oficiales. La mayoría de los locales sencillamente no sabían cómo posicionarse al respecto ni qué esperar de ellos. Pasha tampoco lo sabía ni quería saberlo. En una ocasión, mientras caminaba a su casa tranquilamente, decidió tomar un atajo a través del parque; fue recorriendo despacio un sendero bañado por el sol de mayo: el año escolar tocaba a su fin, pronto llegaría el verano, Pasha tenía ganas de encerrarse en su habitación y no salir hasta la primera campana del curso siguiente, en otoño. Entonces, dos hombres armados con fusiles le cerraron el paso. Bueno, que le cerraran el paso es un decir: fue Pasha quien, debido a su propio despiste y miopía, cayó sobre ellos. De modo que aquellos dos tuvieron que reaccionar: ir armado obliga. Conque lo detuvieron, si bien lo hicieron, hay que decirlo, de forma cortés, sin agresividad. Pasha recuerda que algunos de los invasores, especialmente si venían de fuera, se comportaban justo así: trataban a los locales con una actitud marcadamente cortés, sonreían todo el tiempo al hablarles. Regalaban bombones a los críos, cedían el asiento en el transporte público a los ancianos, aguardaban pacientemente en la cola de los comercios, como diciendo «estamos aquí para serviros, somos como vosotros, os damos protección: podéis seguir criando a vuestros hijos en paz». En efecto, cualquiera desea caer bien a todo el mundo, sobre todo si lleva armas y no sabe contra quién acabará

teniendo que utilizarlas. Aquellos dos también le habían hablado a Pasha de forma marcadamente afable, como a un viejo conocido, como si dijeran «¿dónde vas con tanta prisa, colega, sin mirar por dónde pisas?». Uno de ellos, de rostro redondo y suave, había soltado al instante una risa infantil, despreocupada; el otro, al parecer, también quiso echarse a reír, pero no lo consiguió: se limitó a fruncir los labios y desvió los ojos. Pasha enseguida captó aquella mirada, la de un pescador que sabe esperar y sabe exactamente lo que espera.

Y también se fijó en su nariz, como clavada en medio de la cara, aplastada entre las dos mejillas, como la de un viejo sifilítico o la de un boxeador. Entretanto, el carirredondo ya le estaba dando palmaditas en el hombro a Pasha, bromeando, bonachón, sobre su miopía. Pasha no se había sentido a gusto con ellos, de eso se acuerda perfectamente: su actitud resultaba artificiosa y algo impostada, como si estuviesen representando una farsa. Lucían un aspecto igualmente teatral, como dos actores que hubieran salido un momento para comprar tabaco: sus flamantes uniformes de camuflaje aún olían a almacén, llevaban pañuelos de pirata sobre la cabeza y gafas de sol, lo mismo que los veraneantes de las playas de Crimea. Sus AK-47 viejos, seguramente arrebatados a los policías locales, contrastaban con sus flamantes zapatillas de deporte blancas, adquiridas tal vez expresamente para este país, para esta guerra, unas zapatillas que no se habían impregnado todavía del polvo de las calles ni manchado del verde de la hierba, novísimas, festivas, en absoluto a tono con la ropa de camuflaje y los fusiles. Pasha se quedó mirando sus zapatillas, sin saber qué decir. Ellos, entretanto, siguieron riendo, hasta que el de la nariz aplastada preguntó como quien no quiere la cosa:

–¿Y quién eres tú, a ver?

–Soy maestro de escuela. –Pasha tragó saliva con dificultad. «Ojalá no pregunten qué asignatura doy», pensó.

–¿Y qué enseñas? –preguntó el chato como si adivinara sus miedos.

–Un poco de todo –respondió evasivo.

Como estaba delante de ellos sin levantar la vista, creyeron que tenía miedo, de suerte que ya no siguieron hablándole en tono afable, sino más bien con condescendencia, como a un cagón que temía mirarlos a los ojos. Cuando Pasha, en realidad, estaba mirando sus flamantes zapatillas.

–Estáis enseñados para la mierda aquí, todos vosotros –dijo el chato, y los dos volvieron a reír.

Pasha se despidió de ellos con un movimiento de cabeza, los rodeó en silencio y empezó, poco a poco, muy despacio, a alejarse. «Ojalá no me griten nada –pensaba–. No me griten ninguna barbaridad.» Mientras caminaba, contenía incluso la respiración, para que los otros no pudieran oír lo rápido que le latía el corazón. «¿Por qué no les respondí nada? –se preguntaría luego–. ¿Por qué me callé?» Recorrió diez metros, veinte, medio centenar, cien. Las risas a sus espaldas habían cesado. Pasha tomó el sendero hacia su izquierda, todo había terminado.

*

Pasha saca el móvil, mira la hora. Son las doce. Ya lleva una hora allí sin que nadie venga a buscarlo ni lo deje marchar. Me quedaré esperando un rato más, se convence, un poco más. Espera, sigue esperando y, cuanto más espera, más frío hace: la ventana, tapada con plástico, no retiene nada de calor; desde la calle, de tanto en cuanto, irrumpe a ráfagas un viento fresco. Pasha intenta no hacer caso al frío, luego empieza a sentir lástima de sí mismo, cómo se le ocurrió salir de casa en un momento tan inoportuno, se lamenta. Está enfadado con los militares que lo retienen allí, en aquella habitación helada, no hay derecho. Y cuanto más frío pasa, más justificada le parece su indignación. «¡Qué demonios! –se dice Pasha para sus adentros–. ¿Qué pretenden? Ahora mismo iré a cantarles las cuarenta.» Se pone en pie, decidido, se acerca a la puerta y con la misma decisión tira de ella. Pero la puerta chirría de un modo tan amenazador que toda su determinación se esfuma al instante. Se queda de pie, sin soltar el pomo de la puerta, escucha alerta el silencio que reina en el pasillo, aguza el oído pero no distingue ningún sonido. No se decide a salir al pasillo, temeroso de toparse con alguien. Ni tampoco se atreve a cerrar la puerta por si de pronto vuelve a chirriar y alguien le sale al paso desde la oscuridad húmeda del pasillo. Sigue indeciso sin saber cuál de las dos cosas le da más miedo. Pero quedarse allí de pie también le da miedo, de modo que saca con precaución la cabeza al pasillo. Está desierto. «Luego volveré aquí –se promete–, después de encontrar a alguien, después de hacerme ver para que se acuerden de mí, volveré sin falta.» Deja la puerta sin cerrar, avanza a ciegas por el pasillo oscuro, tienta con cuidado una puerta, otra, luego otra más. La cuarta puerta está abierta; Pasha la empuja y va a parar a una habitación de huéspedes. Una luz que penetra a través del plástico de la ventana, aunque

difusa y parpadeante, le ciega los ojos habituados a la penumbra del pasillo. Pasha, como si estuviese sumergido bajo el agua, observa la cama deshecha y la mesilla abarrotada de botellas vacías de champán local. La tele en un rincón trasmite noticias de sucesos, y Pasha tiene la sensación de haber sido testigo ocular de los mismos al presenciarlos aquel mismo día, en vivo y en directo, a la intemperie, a unos kilómetros de allí. Se queda prendado de la imagen móvil en la pantalla y solo unos instantes más tarde repara en la ropa desparramada sobre la cama. Una falda negra, unas medias oscuras y ropa interior de mujer, ligera, casi ingrávida. También una blusa. Y una chaqueta. Sobre la chaqueta, hay una credencial que lleva impresa la palabra CAMARERA y otra, ANNA, escrita a mano con un rotulador azul. Anna en persona, al parecer, se ha ido a la ducha, barrunta Pasha al oír el sonido del agua que golpea en el plástico de la cabina de ducha, se estrella contra un cuerpo tibio de mujer, se desliza hacia abajo por sus largas piernas y se pierde dentro del desagüe. Y si ahora mismo Anna volviera a la habitación y sorprendiera allí a Pasha, se armaría un escándalo. «Posiblemente me fusilarían y todo», supone Pasha. No obstante, vuelve a mirar la ropa íntima desparramada en la cama y conjetura que, tal vez, aún conserva el calor de su cuerpo, y le atrae la idea de esperarla hasta que salga de la ducha, de ofrecerle la ropa, aguardar a que se vista, preguntarle su nombre. Por otra parte, para qué se lo va a preguntar, cae en la cuenta Pasha: Anna se llama, Anna. Ojalá la encuentre cuando la guerra se haya acabado, la encuentre y hablen de todo. «No sé si querrá hablar conmigo», duda Pasha al escuchar cómo corre el agua. Se gira y de pronto ve su propia cara. En el espejo de la pared de enfrente. El pelo claro, mucho tiempo sin cortar, las gafas de montura fina y barata, las bolsas debajo de los ojos, la barba de dos días que le da un aire no tanto de hombría como de desaliño. Un lunar sobre el pómulo derecho, la cicatriz en el cuello que tiene desde niño. Ajusta las gafas, se mira los dedos. Siempre ha odiado esa mano suya, además. Toma conciencia de que no se gusta. Y también de que, en realidad, tiene ganas de gustarse. Sale al pasillo y cierra la puerta sin hacer ruido.

*

La cantidad de gente en la sala, que ya era mucha, ha aumentado más todavía. O es que simplemente gritan más ahora. Pasha se escurre entre las

espaldas de los clientes, e intentando no llamar la atención de nadie, se abre paso hacia la salida. En un rincón, hay un grupo grande: sus integrantes, formando un corro, se agachan sobre la mesa mientras hablan en susurros, y se incorporan de vez en cuando hasta apoyarse en los respaldos de las sillas en un ataque de risa nerviosa. Uno de ellos da media vuelta y recorre, con una mirada perezosa aunque, en realidad, vigilante, la sala. Se fija en Pasha. Este reconoce a Hans y, asustado, se queda quieto, temeroso de moverse. El ojo perspicaz de Hans, al tropezar con Pasha, se entorna durante un instante al tiempo que una fina arruga se le contrae de forma apenas perceptible sobre la mejilla, pero no: su mirada sigue su recorrido, Hans se vuelve hacia la mesa y le palmea en el hombro a uno de los que están con él. Este gira la cabeza, mira fijo a Pasha y se pone de pie lentamente. Pasha sigue quieto, sin moverse, ni siquiera se atreve a ajustarse las gafas. El tipo camina con indolencia hacia él sorteando de forma descuidada las mesas y grupos de comensales, llega a su lado, le clava la mirada, calla. Luego saca del bolsillo el pasaporte de Pasha y lo deposita en la mano deforme de este. Después da media vuelta y regresa, caminando con paso perezoso, a la mesa. Pasha tarda en volver en sí; seguidamente se dirige aprisa hacia la otra sala y cuando va a rodear la barra, un combatiente jovencísimo lo agarra de la manga. El casco le cuelga del brazo como si fuese una marmita, sus altas botas están enrolladas con cinta adhesiva: al parecer, se las quitó a alguien cortando el encordado y por eso las ha debido de reforzar con lo que tenía a mano. La cinta adhesiva de sus botas chirría con cada movimiento; el combatiente, sin mirar a Pasha, lo arrastra con él hasta la barra.

–Un momento –le dice a Pasha–, no seas un cagado.

Ahora Pasha está detrás de él, mirándolo. Este, con dos dedos, le hace la V a la señora de la barra como si fuese la señal de la victoria cuando en realidad está pidiendo un par de copas. Mientras la mujer le sirve, el joven hurga en los bolsillos en busca de dinero para pagar, saca un puñado de billetes de poco valor, los mira contrariado, vuelve a meter la mano en el bolsillo sin soltar el brazo de Pasha y de pronto saca una granada de mano. La señora se queda de piedra, el combatiente deposita la granada sobre la barra y sigue hurgando en los bolsillos. Entretanto, la granada comienza a rodar por el mostrador, sigue rodando, muy despacio, la señora no consigue dejar de mirarla, ya el alcohol está rebasando las copas, y quienes están al lado también reparan en la granada, pero no logran decir palabra, solo

miran cómo la granada llega rodando muy despacio hasta el borde del mostrador, se queda quieta un instante, luego rueda por encima del borde y cae.

–¡Al suelo! –Alguien lanza un alarido haciendo estallar los oídos e intenta abrirse paso entre la concurrencia.

La mujer también chilla. Pasha, de un tirón, libera el brazo de la mano del combatiente y se precipita hacia la puerta, afuera, donde hay luz. No obstante, en esa época del año, luz casi no hay, es poca la luz y la que hay es húmeda y fría.

*

–¿Adónde vamos? –le pregunta el taxista.

–A casa –responde Pasha.

–¿Usted es militar? –continúa el taxista.

–Civil –contesta Pasha.

–De acuerdo. –El taxista, con el gesto avinagrado, estruja el volante al girar como quien estruja la ropa mojada.

Al principio va en silencio, pero luego no se aguanta más y se pone a hablar. Está tremendamente enfadado y nervioso. Si uno pasa por alto su enfado y nerviosismo, irá sabiendo por su boca que ya no quedan carreteras en condiciones, las carreteras las han dejado hechas mierda, las han dejado hechas mierda y no hay tutía, y que ya no quedan carreteras, no las había antes ni las hay ahora tampoco. Ni siquiera queda claro qué es lo que más le enfada: que no hubiese o que no haya o que, al parecer, no las habrá nunca. Así que está enfadado y nervioso, dice que, entre los militares y el resto, han dejado las carreteras hechas mierda y que su hermano está en la ciudad, refugiado en un sótano con otros, y no quiere salir de allí.

–Yo le digo a él –le comenta a Pasha– que salga, que lo traeré conmigo a este lado, aquí al menos hay trabajo, mientras que allí no está claro quién tomará el control ni tampoco qué va a pasar, tal vez el nuevo gobierno te mande al paredón, le digo, y mi hermano sigue allí, tiene miedo de dejar sola la casa, pero qué casa ni qué hostias –le comenta a Pasha–, quién carajo la querrá, la casa esa, y las carreteras –añade– las han dejado hechas mierda.

–Pero entonces –le interrumpe Pasha– ¿es posible evacuarlo de la ciudad?

–¿A quién? –no entiende el taxista.

–A tu hermano –aclara Pasha–. ¿Se le podría evacuar, a él? Es que todos los accesos están bloqueados.

Entonces el taxista estalla. Se pone a argumentar en contra y rebatir con furia lo que Pasha acaba de decir, y si uno pasa por alto sus aspavientos, llega a enterarse de que, según él, hay ciento veinticinco vías posibles para entrar en la ciudad y salir de ella. Se puede, incluso, sacar vagones enteros de contrabando, afirma. Algo a lo que se dedica más de uno. Y que él ya lleva dos viajes hechos de ida y vuelta en un día, después de esquivar todos los puestos de control y dejar con un palmo de narices a todos los generales. Y que lo que dicen en la tele no tiene nada que ver con la realidad, y que él no mira la tele porque no hay nada digno de ver.

–Entonces –lo vuelve a interrumpir Pasha–, ¿de verdad es posible entrar en la ciudad?

–Así es –asiente con la cabeza el taxista.

–Entonces, ¿al orfanato también se puede llegar?

–¿Al orfanato? –La cara del taxista adquiere una expresión sombría–. En principio, se puede. Solo que ayer cayó una buena allí.

–¿Lo han dejado hecho mierda? –puntualiza Pasha.

–Hecho mierda, sí –asiente el taxista–. Hecho mierda, eso creo. No lo sé seguro. Hace mucho que no voy por allí, no se me ha perdido nada en el orfanato ese.

Se quedan mirándose el uno al otro. Pasha, algo rellenito, con un gorro de lana en la cabeza, lleva tanto tiempo sin afeitarse que ya se podría decir que gasta barba y, lo que es más importante, usa gafas, lo cual enseguida provoca desconfianza. El otro, el taxista, enfundado en una cazadora de piel enorme, muy gastada y arrugada, como si no se la quitara ni para dormir, como si fuera su epidermis, se parece a una vieja iguana del zoológico. Si muriera, ni se dignarían despellejarla a esa iguana humana, tan gastada tiene la piel. La gorra que lleva también es de piel y también está gastada, tanto como una pelota de fútbol con la que hubieran jugado durante mucho tiempo en una pista de asfalto. Ojos redondos de pez, el mostacho le cubre el labio superior desgarrado: el taxista mira a Pasha e intenta adivinar su intención. Pasha, a su vez, lo mira a través de sus gafas de intelectual y piensa que todo ese deterioro que presenta el taxista en su indumentaria no se debe a la pobreza: su coche, aunque no es nuevo, no está nada mal: según parece, su antiguo propietario, algún holandés seguramente, lo tenía bien

cuidado. El taxista huele bien, es decir, no apesta, lo cual ya es algo, y si no fuera por ese desgaste que exhibe… Da la impresión de que todo el tiempo se frote contra algo como un gato contra la pierna de su dueño. O una vaca contra un poste de telégrafo.

–¿Entonces vamos? –le espeta la Iguana a Pasha.

–¿Seguro que me puedes llevar? –Pasha se ajusta las gafas con un movimiento involuntario y retira inmediatamente la mano. «Me odio –piensa–, me odio por este gesto. ¡Deja de ajustar las gafas esas de una vez!»

–Hasta el orfanato, no creo –dice la Iguana–. Hasta la estación de tren podría. A partir de allí, tú mismo.

–Vamos, pues –acepta Pasha entre dudas.

–¿Tienes pasta, al menos? –pregunta, por si acaso, la Iguana entornando su ojo de pez, redondo y acuoso como el aire de la mañana. Si bien no consigue entornarlo del todo: el ojo cala a Pasha hasta las entrañas.

El taxista hace virar el vehículo enfrente del motel, justo a los pies de los militares que están fumando y los miran como están acostumbrados a hacerlo, es decir, como a un blanco móvil. El Opel, salpicado de barro, pisa los charcos y bota por una franja estrecha de asfalto, y se aleja de la carretera principal hacia la humedad gris del paisaje invernal que se abre ante ellos tan pronto como suben una loma y giran para rodear una zona forestal. En aquel punto, los campos descienden bruscamente y luego continúan, hasta donde alcanza la vista y más allá, donde ya nada se atisba, detrás de la niebla y nubarrones bajos, semejantes a aviones de carga. Allí también hay algo, algo que respira, arde, centellea. Pasha intuye que es la ciudad. El coche salta de bache en bache, el taxista se cabrea, pero cuando el motel desaparece por fin tras la franja boscosa, se relaja, pisa el freno. «Voy a limpiar el parabrisas», le avisa a Pasha, se baja del vehículo, va a la cuneta, coge allí, a manos llenas, puñados de nieve dura y oscurecida y se pone manos a la obra. Pasha observa cómo la nieve se parte contra el cristal, se desliza, desdibujando el espacio, cómo el conductor, frunciendo la cara con una mueca de dolor, sopla sus dedos congelados, cómo aprieta su deteriorado pellejo contra el capó embarrado, tratando de alcanzar el parabrisas, y lo frota con grumos de hielo. Pasha se apea del coche y se queda mirando en dirección al sur, en un intento de matar el tiempo, que tampoco es que le sobre, por demás.

El campo, negro por los girasoles que se quedaron sin recoger el año anterior, es de tierra espesa y húmeda, salpicada a trechos de restos de nieve

gris, un gris tan intenso que azulea. Se ven surcos profundos dejados por vehículos militares que se habrían adentrado en aquella quebrada lúgubre con sus campos de girasoles no se sabe si para disparar una descarga y marcharse o para dejar pasar algún convoy que venía en dirección contraria. Pasha avanza un paso. Entre la costra de la nieve endurecida brotan unas hierbas afiladas: es mejor no pisar allí, se acuerda, y retrocede hacia el coche que se hace notar a su espalda desprendiendo un cálido olor a gasolina. Tras los girasoles helados se extiende una línea de alta tensión cuyos postes recuerdan los soportes en los que cuelgan redes de pescar. Sostenidos por su negro metal, los pesados cables cruzan el cielo antes de desaparecer detrás de la cortina de lluvia. A lo lejos, más allá de los campos, los árboles de una cooperativa de dachas enseñan su piel mojada y oscura dentro de otra quebrada. Este invierno, los árboles presentan en general un aspecto fuera de lo común: se muestran sensibles como animales, se sobresaltan con cada detonación, retienen el calor, son inmunes a las heladas y al pie del tronco, derritiendo la capa de nieve, hacen que aparezcan hoyos oscuros en los que reverdecen las hierbas que sobreviven del año anterior. La corteza, húmeda e indefensa, deja en los dedos, si uno la toca, manchas oscuras de una savia corrosiva como pintura, como la sangre que mana de un corte. Y tras las dachas, alineadas a lo largo de un riachuelo de uso industrial cuyas orillas están inundadas de juncos, apenas si se puede distinguir la valla de unos talleres de reparación, ubicados en un barranco henchido de lluvia y niebla que se curva en dirección a la ciudad. Allí, el aire se hace tan denso que ya no se puede ver nada más, aunque también allí hay algo, más aún: allí es donde todo empieza, allí comienza la ciudad. Y por último: en un extremo del panorama, por encima de la línea del horizonte, donde la luz del cielo presenta tonalidades lechosas con reflejos de estaño, asoman las chimeneas de la fábrica: altas, frías, muertas. Y lo que más sorprende es la ausencia total de aves. Como si hubiese habido una hambruna y se las hubiesen comido todas. Y en medio pasa la línea del frente. La línea del frente auténtica. Y si antes, mientras la ciudad se encontraba asediada, a Pasha jamás le había tocado cruzarla, hoy, en cambio, todo apunta a que tendrá que cruzarla, esa línea del frente.

*

La última vez que Pasha había viajado en taxi fue hace un mes, al volver de

la ciudad. La carretera era un blanco de disparos constante, pero todo el mundo creía que, si uno iba a toda velocidad, había menos posibilidades de que te mataran. Quienes iban a hacer aquel viaje junto con Pasha se pusieron a hacer dedo a la salida de la ciudad, al lado de una gasolinera fuera de servicio: eran unas señoras que formaban una manada lóbrega y aterrorizada que, lo mismo que Pasha, regresaban a casa, donde la Estación, cargando bártulos que les colgaban por todo el cuerpo, como pecados. Pasaron esperando mucho tiempo allí sin que nadie quisiera llevarlas. Al final, un Lada frenó en seco en medio de un charco; una de las señoras le hizo una seña al conductor, como diciendo «acércate más, ¿acaso no ves que es un marrón cargarlo todo pisando charcos?», pero este se puso a vociferar con tal exasperación que el grupo, sin protestar, se vio obligado a meterse en el agua. Siguió desgañitándose durante todo el viaje, una vez que había salido en carrera lejos de la gasolinera, en dirección a la campiña, de un negro carbón, que se extendía entre la ciudad y la Estación. La atravesó sin dejar de acelerar en ningún momento, sin encender las luces: corría e insultaba como podía a aquellas mujeres desgraciadas. Estas, a su vez, se limitaban a asentir con la cabeza en silencio, como si le dieran la razón en todo, cual unas devotas que habían ido a la iglesia a expiar sus pecados: allí estaban, implorando perdón, porque si no, para qué habían ido. Pasha, incluso, estuvo a punto de intervenir, en un intento de defender el honor de aquellas señoras, pero no lo hizo, no defendió su honor y, además, al bajar del coche, pagó de más.

*

La carretera está tan destrozada que si se la sigue transitando es quizá exclusivamente en honor a su pasado. Es lo mismo que transitar por un lodazal. Sin embargo, la Iguana por lo visto la conoce tan bien como su propia carne: donde le pica, rasca; donde le duele, masajea. Cuando, sobre el arcén, aparece una gran cruz de madera, se persigna con entusiasmo al tiempo que mira receloso a Pasha para ver si este muestra la misma devoción. Pasha hace ver que no se entera. En un cruce de caminos y más abajo también, antes de llegar a un puente, se distinguen unos puestos de control abandonados: parecen nidos de pájaros que alguien hubiese saqueado. Ropa de andar por casa, cacharros, diarios, cajas de uso militar destrozadas, sacos terreros que el viento ha ido despedazando: todo aquello

ha quedado huérfano bajo el cielo abierto, se hunde en el barro, se mezcla con la nieve y con el cieno. Cada vez que el coche pasa por un puesto de control abandonado, la Iguana entra en tensión: a saber qué habrán dejado tras de sí aquellos que han estado pudriéndose allí durante los últimos meses, quién sabe qué sorpresas guardarán sus madrigueras. Ni tampoco se puede saber ya cuál de los bandos controló aquellos puestos: todo está quemado y destrozado por la metralla; desmochados, los árboles de los alrededores se parecen a los palos de los barcos pesqueros: altos, puntiagudos, sin una sola rama. Lo que más miedo da, sin embargo, es atravesar el puente debido a su condición de objetivo estratégico: enseguida provoca el deseo de volarlo, hacerlo saltar por los aires junto con los que se han atrevido a transitar por él. La Iguana incluso cierra los ojos al entrar en el puente. También Pasha, al darse cuenta, entorna los párpados. Y así van durante cierto tiempo, a ciegas. El miedo, aunque invisible, es omnipresente: pese a que no se percibe peligro alguno y el entorno es apacible y el cielo allí arriba tiene los reflejos de una plancha de hierro, el mero hecho de saber que uno puede estar en el punto de mira y le pueden meter un balazo en cualquier momento, sin importar los reflejos y movimientos que el cielo ofrezca a la vista, hace que la situación se vuelva extremadamente incómoda, de modo que uno tiene ganas de seguir quieto con los ojos cerrados y contar, pongamos, hasta cien, hasta que todos los monstruos de los alrededores se vayan lo más lejos posible, y lo dejen en paz.

La Iguana es el primero en perder la paciencia: pisa el acelerador, zigzaguea entre bloques de hormigón con avisos pintados en rojo y enfila a toda leche la carretera como sombreada con un lápiz de carbón. No obstante, antes de ganar la siguiente loma, junto a una franja boscosa y oscura que bordea a baja altura el asfalto, compuesta exclusivamente de moreras y acacias de ramas en punta, de repente gira el volante. El Opel se precipita con un ¡plas! dentro de un agujero lleno de nieve lo mismo que un perro dentro de un mar espumoso, los neumáticos patinan trabajosamente despidiendo trozos de hielo y tierra negra, pero el coche sigue avanzando de todos modos, avanza poco a poco saliendo a rastras de la papilla de nieve, alcanza terreno firme, un terreno herboso, cubierto con grava, debajo de la cual apenas si se puede distinguir una vieja pista, y resbalando sobre el barro continúa la carrera, a lo largo de las moreras, negras como la tinta con que se imprimen los titulares de los diarios.

–¿Adónde vas? –se sobresalta Pasha–. ¿Y si allí hay minas?

–¡Qué minas ni qué hostias! –le responde, colérico, la Iguana–. Hace dos años que no viene nadie por aquí, mira lo alta que está la hierba.

Efectivamente, la hierba rasca el fondo del Opel, golpea en las ventanillas: jamás conseguirían atravesar aquella selva si no fuese por la grava que alguien se preocupó de llevar allí, esa grava que no se ve pero se siente: cruje bajo los neumáticos como una manzana al mordisquearla, se desplaza con ruido sordo. La Iguana, animado, pisa el acelerador; en el cielo, justo encima de ellos, pende el sol traslúcido del mediodía.

–Esta pista antes estaba bien –se queja la Iguana–, se podía acceder desde la carretera a las dachas. Ahora parece un bosque, fíjate.

Durante un buen rato recorren la pista invisible aplastando hierbajos secos, con cuidado de mantenerse al cubierto de la franja boscosa para pasar desapercibidos. Si bien el bosque, de un extremo a otro, está lleno de claros barridos por los vientos de enero: por mucho que uno intente camuflarse, funcionará hasta que llegue al siguiente puesto de control, donde tendrá que buscarse la vida como pueda. Enfrente, por detrás de las moreras, se vislumbran ya las primeras vallas de la cooperativa, el bosque cesa bruscamente, más allá solo hay un llano horadado por topos y, después, una callejuela que serpentea entre las dachas, silenciosa como la muerte. El miedo vuelve a apoderarse de Pasha, le vuelven a dar ganas de cerrar los ojos y esconderse debajo de la manta, pero la Iguana no pierde el tiempo: pisa el acelerador y gira hacia el barranco en cuyo fondo debe de fluir el riachuelo. El coche se desliza hacia abajo campo a través botando en cada madriguera de topo; las dachas se van quedando arriba, mientras el Opel va a parar casi dentro del riachuelo, con pisadas de vacas en la orilla. Y son aquellas pisadas las que la Iguana sigue, manejando el volante y yendo cada vez más rápido, cada vez más lejos de las ventanas huecas de las dachas. Pasha no se aguanta y mira atrás y consigue incluso vislumbrar los marcos erizados de esquirlas de cristal, cosa que a él y a la Iguana no tiene por qué preocuparles ya: están alcanzando, juncos a través, la carretera de verdad, una de cemento, mala pero firme, por la que avanzan a toda velocidad, dando tumbos, y aquel traqueteo dura un tiempo inverosímilmente largo, hasta que llegan junto a la alta valla de los talleres de reparación. La carretera mejora, pero la Iguana no se da prisa, sino todo lo contrario: frena en seco. Aguza el oído, escruta con la mirada el entorno. Pasha baja la ventanilla. El aire huele a ciénaga y hierba muerta. Reanudan la marcha. La

valla sigue y sigue, hasta que, por fin, se ve un portón: metálico, pintado de azul, abierto de par en par. La Iguana arrima con precaución el coche al portón. Todo está desierto y en silencio. Sin embargo, es el tipo de silencio de cuando alguien ha salido un momento y está a punto de regresar. Un silencio que agobia y asusta. Se intuye que allí hay algo, detrás del portón, directamente en el suelo, entre un montón de monos de trabajo rotos y trapos sucios. Algo que está fuera de lugar. La Iguana frena y mira fijamente aquello. Pasha se asoma por detrás de su hombro, deseoso de verlo también.

–¿Qué hay allí? –pregunta alarmado–. ¿Eh? ¿Qué hay?

–Perros –responde la Iguana tragando saliva con esfuerzo–. Los mataron a tiros.

–¿Por qué? –insiste Pasha sin entender.

–¿Y yo qué coño sé? –aclara la Iguana–. Quizá para que no armaran jaleo.

Los perros son dos. Grandes, de pelaje oscuro y raza sin determinar. Yacen en un charco de agua sucia, uno al lado del otro. La nieve y el asfalto debajo de ellos están impregnados de sangre, los pelos que rodean las heridas se han pegado formando unos coágulos rojos, las fauces están petrificadas por el *rigor mortis*; sus colmillos se ven afilados, pero inofensivos ya; los ojos, redondos y vidriosos, como botones de cristal; negras, las almohadillas de las patas. El espacio interior tras el portón está desierto. La Iguana, callado, prosigue el viaje. Por un instante asoma el sol. Pasha lo mira de cara haciendo pantalla con la mano; luego posa la mirada en la Iguana: cree ver que los ojos de este se humedecen. Tal vez sea por el efecto del sol.

*

A su izquierda, se extiende la valla de hormigón; a su derecha, se prolonga la tubería del gasoducto pintada de amarillo. El tubo está partido a tramos cual un hueso, que duele y requiere curas. Sin embargo, no hay nadie para hacerlas: la calle está vacía, lo mismo que la carretera; tan solo algo más adelante se ve un montón de chatarra chamuscada, se parece a un trozo de carne refrita que alguien hubiese intentado masticar un buen rato y, al no poder, la hubiese dejado allí para que se enfriara. La Iguana rodea con cuidado los hierros calcinados que se amontonan.

–Es un tanque –dice–. Un T-64. Arde como una tea.

–¿Con qué le habrán dado? –se interesa Pasha.

–¡Y qué importa! –se sulfura la Iguana–. Eso no es nada. Había dos fiambres por allí. Estuve toda una semana viniendo por aquí y nadie se preocupó de enterrarlos.

–¿Y por qué no lo hiciste tú? –le encara Pasha de repente.

–¡Y a mí qué mierda me importan! –responde con tono bronco la Iguana, mientras su gorra apunta, amenazadora, a Pasha.

Este no sabe qué responderle. Se aparta de la ventanilla. La Iguana mira la carretera, tampoco dice nada.

–Da cosa –deja caer la Iguana de repente–. Da cosa tocar carne muerta. ¿Estamos?

Pasha asiente en silencio, frotándose, sin que se note, las manos como si las tuviese congeladas. El viaje continúa. La valla acaba, le sigue la carretera que conduce hasta la ciudad. A un lado de la calzada, hay viviendas de dos plantas, habitadas, en su mayoría, por los operarios de los talleres de reparación. Pasha contempla, azorado, las ventanas: la mitad no tiene cristales, el resto está tapado con plástico o cegado con listones de contrachapado. Se ven oscuras, las ventanas. No hay nadie. Pasha se da cuenta de que la última vez que ha visto gente fue delante del motel, aunque aquellas personas estaban tan furiosas que ni parecían personas. También estaba Anna, pero a ella ni siquiera la había visto. «¿Qué aspecto tendrá? –piensa–. ¿Sabré que es ella cuando la vea?» Y estaba Hans: Pasha recuerda su mirada hostil, la pereza con que movía los hombros, y de pronto se sobresalta, mira alrededor. La Iguana llega a la carretera y detiene el coche. Baja el cristal, saca su cabeza de cuero por la ventanilla y escucha atentamente, inquieto. Visto desde fuera, puede parecer que esté olfateando el aire. El aire, entretanto, huele a quemado y muerto: no tiene sentido seguir husmeando, de modo que la Iguana mete de vuelta la cabeza dentro de la madriguera, levanta aprisa y con un movimiento nervioso el cristal de la ventanilla.

–Al parecer no hay nadie –le informa a Pasha hablando solo con los labios–. ¿Lo intentamos?

–Vamos –responde Pasha. Con un solo movimiento de labios también.

El coche asciende con precaución el talud de la carretera. La valla se queda atrás, cediendo lugar, a la izquierda de ellos, a una amplia perspectiva, con la ancha carretera y los cielos bajos. Es tanto el cielo que

es lo único que se ve, pero cuando, poco a poco, la vista se acostumbra a tamaña cantidad de aire, los ojos reparan en un autobús blanco y gris, con las ventanas rotas, rodeado por un grupo de militares. No se puede saber a qué bando pertenecen: no llevan banderas, ni tampoco es posible distinguir, desde el coche, sus insignias; aparte de que Pasha no entiende de insignias. Sombríos y recelosos, se apuestan al lado del autobús con armas en las manos, mirándolos de frente. Miran fijamente su Opel. Miran atentos y sorprendidos, como diciendo «¿y esos quiénes son y de dónde vienen?». La Iguana incluso se agacha sobre el volante y, sin querer, va pisando el freno, aunque, en realidad, de lo que más ganas tiene es de meter la marcha atrás y, retrocediendo, volver a esconderse tras la valla, pero Pasha es consciente de que ir hacia atrás ya no es posible, de ninguna manera: cualquier cosa menos ir hacia atrás; atrás, no, por favor.

–Vamos –le dice en siseos a la Iguana–, acelera.

Y la Iguana acelera obediente, aunque con vacilación, gira el coche para enfilar la carretera y avanza muy, pero muy despacio. De la misma forma en que los niños van en mitad de la noche al váter: con mucho cuidado, lentamente, a tientas, con miedo de chocar contra una puerta abierta en el pasillo. Pasha y la Iguana, los dos a la vez, miran por el retrovisor y ven atemorizados cómo un combatiente se separa del grupo y encañona con su kaláshnikov el Opel, que se aleja tan despacio, y luego ven cómo un compañero del combatiente le toca en el brazo como diciéndole «déjalos marchar», y cómo este se sacude la mano del compañero y vuelve a apuntar al coche con el arma. A Pasha, entretanto, se le ocurre que tal vez valdría la pena bajar del coche, hablar con ellos, explicarse, enseñarles el pasaporte. ¿Quiénes son, sin embargo? ¿Quiénes exactamente? ¿Y cómo hablarles y explicar qué? No tienen dónde esconderse pase lo que pase. La Iguana parece que está paralizado, Pasha encoge el cuello. «Debía haber vuelto a casa», se lamenta, se lamenta sin quitarle el ojo al combatiente que los mira con reproche y exaltación. Pero súbitamente, detrás de los militares, al otro lado de la colina, el silencio estalla y suena un estampido; los combatientes echan cuerpo a tierra cayendo como manzanas maduras sobre la hierba, y el que les estaba apuntando también se pega al asfalto y rueda hacia la cuneta, y es lo último que Pasha consigue vislumbrar porque la Iguana pisa el acelerador a fondo, y el Opel sale a la carrera y vuela por la carretera desierta, bajo unos cielos húmedos, en los que, a partir del mediodía, irrumpen claros soleados como brazos de mar y ciegan la vista, y las aguas

alrededor se encienden con miles de reflejos como en el mes de marzo, aunque luego el cielo se vuelve a cerrar como las puertas de un ascensor, y de nuevo se instalan en el ambiente la humedad y la grisura con destellos de plata.

En la rotonda de la entrada a la ciudad, la Iguana se salta el reglamento y se mete en contradirección para sortear una barricada fabricada con palés de madera, y enfila luego a toda velocidad la avenida desierta por la que llega, sin dejar de acelerar, a la plaza de la estación de tren, igualmente desierta, como si todos los que necesitaban marcharse ya lo hubiesen hecho tiempo atrás. Frena.

–Ya estamos –le grita a Pasha–. ¡Baja!

Pasha baja de un salto del vehículo logrando al mismo tiempo pagar la carrera y aun sorprenderse por el precio, y eso que nunca había regateado, pagando lo que le pedían, pero en esa ocasión algo le toca la moral. «Las hemos pasado canutas juntos, ¿por qué me clavas ahora?», se indigna Pasha para sus adentros, pero paga, el muy hijoputa, paga lo que le piden.

*

El edificio de la estación está pintado de amarillo, pero al paso de las lluvias la pintura se ha vuelto oscura, pesada. Las banderas nacionales que pendían de la columnata de la entrada principal las han quitado por precaución: se sabe que las tropas se están retirando de la ciudad y no conviene enfadar más de la cuenta a los que entren cuando se hayan marchado definitivamente. Las papeleras que hay junto a las columnas están a rebosar de envoltorios de colores chillones y envases de plástico, entre ellos varias botellas de Coca-Cola vacías de las que cuelgan unas gasas ensangrentadas. El color de la sangre es asimismo llamativo. Se nota que las papeleras llevan mucho tiempo sin vaciarse. Ni siquiera las palomas las rondan. «¿Dónde están, por cierto? –piensa Pasha oteando con su mirada miope los alrededores–. ¿Hay alguien, en general?» Restos de nieve sobre el tejado de la estación, unos árboles torcidos a lo lejos; un cielo glacial desciende sobre la cabeza. Pasha desliza la mirada arriba y abajo y de pronto las ve: centenares de cálidos coágulos plumíferos que se aprietan como puños, centenares de picos que le apuntan desde arriba, centenares de ojos, redondos, helados de miedo constante. Las palomas se aprietan unas contra otras, forman una masa densa allí arriba, encima de la columnata, al abrigo

del pórtico de la entrada, se apretujan como si tuviesen frío, aunque en realidad no tienen frío, sino miedo: tienen miedo del ruido que llega de detrás de la factoría, tienen miedo del silencio de las calles aledañas, tienen miedo de los reflejos color mercurio del cielo, tienen miedo porque no hay ni un alma alrededor. Tienen miedo de Pasha: ha caído allí por sorpresa y da vueltas ahora junto a la estación; le tienen miedo, no despegan de él sus ojos redondos como soles. Pasha enseguida empieza a sentirse incómodo bajo las miradas fiscalizadoras de las palomas, se asombra por la gran cantidad de aves que caben allí. «¿Cómo han logrado meterse todas? –se pregunta–. ¿Y si se produce un accidente en la estación? ¿Y si la estación se quema? ¿Entonces qué? ¿Adónde van a ir? ¿Dónde podrán esconderse?» De pronto empieza a sentir pena por ellas, también por el chaval, su sobrino: por qué diablos sigue en aquel orfanato, hace tiempo que debían habérselo llevado a casa, vale que su madre es idiota, pero ¿acaso Pasha y su padre no serían capaces de cuidar de él? Lo serían, claro que lo serían, hace tiempo que debían haberlo hecho, sobre todo teniendo en cuenta la salud del chaval. «Siempre lo pospongo todo, nunca tengo tiempo suficiente para lo más importante, lo primordial, siempre me escaqueo, me aparto, me falta valor para decir lo que pienso y pensar lo que me da la gana, y ¿cuándo voy a ponerle remedio de una vez por todas?», se fustiga Pasha. Y también siente lástima por él mismo, tanta lástima como siente por esas palomas que lo miran con resignación y curiosidad como a un cazador de pájaros. Y en el momento en que la pena que siente por él mismo se vuelve especialmente intensa, Pasha desvía la mirada del pórtico, la baja y distingue las ventanas de la estación, y tras las ventanas, decenas de ojos que, lo mismo que los de las palomas, curiosos y fiscalizadores, vigilan cada uno de sus movimientos, cada paso suyo. Miran desde detrás de los cristales sin lavar, fijamente y con desconfianza. Y entonces Pasha se da cuenta de que, en realidad, el edificio de la estación está a rebosar de personas, de que están allí dentro como si se refugiaran en una iglesia en medio de una ciudad incendiada pensando que allí estarán a salvo mientras contemplan a través de las ventanas el mundo que se va estrechando inexorablemente. Y cuando en la calle contigua, al otro lado de la avenida, suena con un ruido seco una ráfaga de metralleta, Pasha por fin vuelve en sí y se lanza hacia las puertas de la estación. Las golpea con el hombro, las presiona con todo el peso de su cuerpo, pero no ceden, y entonces suena otra ráfaga: Pasha entra en pánico y ya está arañando las puertas como un náufrago el fondo del barco

del que ha caído por accidente, hasta que una mano, muy parecida a la de un niño, empuja la puerta hacia él. «Tengo que tirar, tengo que tirar de ella», se da cuenta Pasha, tira con fuerza y recibe en pleno rostro una vaharada con olor a cientos de personas atemorizadas, a miedo y sudor, una tufarada espesa que huele a histeria y falta de sueño. Pasha se adentra aprisa en la muchedumbre compuesta por cuerpos cálidos y silencio húmedo. Mientras lo hace, va pensando: «Todos ellos se dan cuenta, notan mi miedo, lo acojonado que estoy, me miran como a un payaso. Eso es lo que soy, un payaso –se recuerda–. Si no, ¿para qué mierda he venido, qué demonios se me ha perdido aquí?». Se quita las gafas que se le empañan al instante en aquel ambiente caldeado, las limpia con la manga del jersey, se las vuelve a poner (notando el absurdo de aquel movimiento tan característico de él), mira a su alrededor con actitud desafiante, como diciendo: «Soy todo oídos. ¿Alguien tiene algo que decir?». Y percibe decepcionado que nadie, absolutamente nadie está pendiente de él, que ya nadie lo mira. Y que, además, quienes podrían hacerlo, se arriman a las ventanas para mirar el mundo fuera como si se refugiaran allí de la lluvia y ahora vigilaran el cielo a la espera de que, por fin, amainase. Los que no han conseguido hacerse sitio junto a las ventanas, atiborran contrariados los bancos y las esquinas, a la espera de vete a saber qué. Pasha permanece de pie en medio de aquella aglomeración humana asustada y maloliente, consciente de que no hay tampoco ninguna razón especial para quedarse allí parado. Comprende que tiene que moverse hacia algún lugar y se pone en marcha, empieza a abrirse paso a través de la multitud viscosa, como si se sumergiera vestido bajo las aguas del otoño.

*

Solo hay mujeres y niños, hombres no. Pasha es el único que lleva barba. Como si hubiese ido a parar a una prisión de mujeres. «¿Dónde estarán los hombres? –se pregunta–. ¿Tal vez los hombres tienen prohibida la entrada aquí? ¿Tal vez están ocupados en asuntos muy importantes mientras yo estoy aquí, en este vestíbulo, con esta barba mía tan fuera de lugar? ¿Tal vez los hombres se hayan marchado dejando a sus mujeres en la consigna de la estación?» Mientras lo piensa, alguien lanza un alarido desde un rincón, y todo el mundo se vuelve al oírlo: la concurrencia se aquieta por un segundo, a lo que le siguen un rumor general y voces ininteligibles. Alguna

mujer despega la mirada de la ventana, otra incorpora su cabeza somnolienta, hasta ese momento apoyada en el hombro de la vecina, alguna se asoma desde detrás de una columna. El alarido, que es de mujer, no cesa mientras tanto; más aún: deja entreoír ciertas palabras y entonaciones sueltas. Pasha, ya no con ayuda de la razón, sino de los pulmones, advierte que tiene que ver con una criatura. Por eso se lanza hacia la multitud, intenta abrirse paso notando aquel olor a mujer que lo asedia, el aliento y el olor de cientos de mujeres, el olor a hogares abandonados y bártulos liados aprisa, el olor a congoja y quejas que no encuentran receptor. Sigue abriéndose paso, rogando: «Dejadme pasar, dejadme pasar, soy maestro», pero nadie le hace caso especialmente. Como no podría ser de otra manera, pues su voz apenas se hace oír en medio de aquellos chillidos y lamentaciones que no cesan.

Pasha choca en su avance contra la espalda de una mujer, esta al momento le cede el paso lanzándole una mirada furiosa. Pero le da igual, por fin llega al rincón y ve sentada en el suelo a una mujer bien vestida, es decir, vestida con ropa cara: una especie de chaqueta de piel rosa y botas altas con tacones. Está sentada sobre un trozo de cartón doblado y aprieta contra su cuerpo a una niña de unos dos años de edad. La aprieta con tanta fuerza como si alguien quisiera arrebatársela y chilla de tal forma como si quisiera darle a entender a todo el mundo que no dejará que se la quiten. Eso que todas, bien al contrario, se muestran con la disposición de proteger a esa mujer vestida de rosa aunque tampoco aciertan a comprender qué es lo que le ocurre ni de qué tienen que protegerla. La niña tampoco entiende qué le sucede a su mamá, por qué esta la aprieta con tanta fuerza contra su cuerpo ni qué pretende de ella, y por eso chilla asustada, puesto que no está acostumbrada a verla de aquella manera. Al mismo tiempo, las mujeres alrededor se lamentan como si allí se acabara de estrangular a alguien. Pasha advierte que falta poco para que, en efecto, estrangulen a alguien y se sienta al lado de la mujer intentando llamar su atención. Esta, no obstante, lo mira muerta de miedo y sigue chillando. Entonces Pasha no se contiene más y la agarra con su mano izquierda de la cabeza tirando de ella bruscamente. «¿Qué te pasa, qué te pasa? Dilo de una vez», se lo dice en siseos en pleno rostro. La mujer centra su mirada exánime en las gafas de Pasha y de pronto dice, aunque ni siquiera lo dice, sino, más bien, solloza desde muy adentro: «Me lo han quitado, me lo han quitado de la mano, me lo han quitado mientras dormíamos».

–¿Qué es lo que te han quitado? –sigue sin entender Pasha.

–El oro –aúlla la mujer–. Me han quitado el oro.

–¿Quién? –Pasha intenta liberar a la niña de los brazos de su madre.

–No lo sé –responde la señora apretando a la hija con más fuerza aún–. No lo sé. Estábamos durmiendo.

–¿Quién ha sido? –Pasha se pone de pie y mira alrededor–. ¿Quién ha sido?

Aunque habla en voz baja, todo el mundo lo está oyendo, él lo nota. Lo escuchan y ni siquiera parpadean. Lo miran con una expresión hosca y pegajosa, pero sin miedo. Lo miran como si le preguntaran: «¿Y tú quién coño eres? ¿De dónde vienes y qué haces aquí?». Pasha también las mira, recorre con la mirada sus rostros somnolientos, llorosos, coléricos, y se percata de que, en efecto, él es el único hombre allí y por consiguiente genera desconfianza, sospecha y cabreo. Como si fuese él quien las encerró allí, en aquel vestíbulo, atrancando la puerta desde dentro y prohibiéndoles la salida, por lo que se da por sentado que él es el único responsable de todos sus males inherentes al encierro, el único culpable y autor: el barbudo de Pasha, el maestro en anorak, el intruso, el que viene husmeando y haciendo preguntas. Pasha acaba por no soportar aquellas miradas, aquel mutismo, las lamentaciones a sus espaldas, los chillidos estridentes y lacrimosos de la niña, y también se deja ir:

–¿Quién ha sido? Os estoy preguntando quién ha sido. ¿Por qué no decís nada?

Las mujeres siguen calladas, aunque se hacen a un lado. Por detrás de ellas aparecen dos hombres. El que va a la cabeza es achaparrado como si lo hubiesen chafado con algo, con el pelo duro y los ojos claros, descoloridos por el sol. Tiene aires de jefe, de un antiguo jefe que no tiene ya a nadie a su mando, para ser más precisos. Va equipado con un tabardo forrado con tela de camuflaje cuyo cuello parece estar fabricado de piel de castor hecha unos zorros, y un pantalón de vestir planchado con raya, con las perneras metidas dentro de unas botas de goma azul. El que va detrás de él es muy joven, lo que se dice un mocoso, de ojos enrojecidos e hinchados y mirada rabiosa: como si se hubiese pasado la noche jugando a videojuegos y, encima, hubiese perdido. De gestos descarados, descoyuntado el caminar; su chaqueta está salpicada con una especie de lentejuelas y el calzado es de modelo juvenil: unas deportivas verdes oscurecidas por la humedad. «Ajá –piensa Pasha–, todavía quedan hombres por aquí, hay que ver. No todos se

han marchado. Los mejores siguen en su puesto.»

–¿Qué hay? –pregunta el achaparrado.

Se pone a parlotear embrollando las palabras. Aunque está frente a frente con Pasha, desvía la mirada y tuerce la boca mientras lo interroga como si hablara con espíritus. Al tiempo que interroga a Pasha, lo arrincona con su barriga prominente, hábil y seguro, en la esquina donde están la mujer y su hija que ya se ha calmado, intrigada por la aparición en la escena de nuevos personajes.

–Así pues –comienza a explicar Pasha manejando también con torpeza, de forma involuntaria, el lenguaje–, la mujer, entonces, estaba durmiendo, con la niña, le han quitado el oro. Y ella, pues, estaba durmiendo, y el oro se lo han quitado… –sigue explicando Pasha, cada vez menos seguro de sí mismo.

–¿Y tú quién eres? –le espeta bruscamente el achaparrado sin mirarlo a él, sino a una mujer con cara tumefacta, no se sabe si por una caída accidental o una paliza, que está cerca. De modo que Pasha duda de quién de los dos, él o la mujer, debe responder la pregunta.

–¿Yo? –pregunta Pasha por si acaso.

–Tú –repite el achaparrado–. ¿Y si fuiste tú quien robó el oro?

–¿Yo? –expira Pasha, más perplejo todavía, sin salir de su asombro.

Cuando está a punto de decirle al achaparrado todo lo que piensa de él, mientras traga el aire caliente y viciado a bocanadas, una voz se le adelanta:

–Ha sido él, él –suelta con convicción, aunque por lo bajini, desde un costado una fulana con fundas de oro en los dientes.

Pasha se vuelve hacia la voz: hasta se le corta la respiración por la rabia, intenta vislumbrar a la fulana aquella, busca su mirada pero solo distingue el reflejo opaco de sus fundas de oro entre el mujerío. A Pasha se le ocurre que jamás había visto tanto oro, tal vez sea el oro que le robaron a la señora con la hija, piensa, probablemente haya sido aquella fulana quien se lo robó y se lo guardó debajo de la lengua: da igual que le dificulte el habla, porque así no se lo van a quitar. Pasha se lanza hacia ella para decirle a la cara todo lo que piensa al respecto, pero el achaparrado extiende bruscamente la mano a modo de barrera y Pasha se da de bruces contra ella, se echa hacia atrás, vuelve a la carga en un intento de llegar hasta la mujer, pero el achaparrado, sin bajar la mano, la abre más todavía separando sus dedos gordos con pelos claros, como decolorados. Pasha mira aquellos dedos y retrocede atemorizado.

–Alto –le ordena el achaparrado–. Alto ahí. ¿Tú quién eres?

–Soy maestro de escuela –le dice Pasha.

–¡Qué maestro ni qué hostias! –grita desde un costado otra mujer. También con fundas de oro, por cierto–. ¡Él es el ladrón!

–Silencio –interviene el achaparrado levantando con dificultad la mano–. Lo vamos a averiguar. ¡La documentación! –Se gira hacia Pasha.

Pasha cavila que antes tiene que pedirle al otro que se identifique, de ninguna manera debe entregarle su pasaporte en mano. Acto seguido, se lleva la mano al bolsillo para sacar el documento. El achaparrado interpreta el gesto a su manera e intercepta la mano de Pasha. Se la retuerce como si fuese ropa mojada mientras lo hace colocarse de cara a la pared. Entretanto, el mujerío ya está vociferando:

–¡Ha sido él! –gritan–. ¡Él, seguro! ¡Ha estado aquí dando vueltas, merodeando! ¡Él ha sido!

–Silencio –las interrumpe el achaparrado y se dirige a su joven compañero–: Regístrale los bolsillos.

–¿Quiénes sois vosotros? –fuerza por fin la pregunta Pasha negando con la cabeza.

–Cierra la boca –le sugiere el joven y empieza a cachearlo.

A medida que lo registra, va sacando sucesivamente de sus bolsillos chicles, clínex, monedas y, finalmente, clips de oficina. Luego, lo deja caer todo de las manos haciendo que se desparrame por el suelo pringoso. Después le mete la mano en un bolsillo de su pantalón tejano y saca el monedero, lo abre a la vista de la multitud para evitar toda sospecha, hurga dentro con auténtico interés, saca viejos recibos, la tarjeta de cliente del súper, el aviso de correos. Cuenta los billetes uno por uno, se para un instante. «Vamos, vamos», le mete prisa con un movimiento de cabeza el achaparrado, y el joven, con un gesto enérgico, devuelve el monedero al bolsillo del pantalón de Pasha y sigue cacheándolo, palpándole los costados con sus manos huesudas como las de la muerte; luego mira dentro de la mochila. Hurga en ella como si fuese su casa, saca unos bocadillos, la botella de agua, un libro –una novela negra– viejo y gastado. Mientras tanto Pasha sigue de pie, cabizbajo, mirando al rincón donde la mujer aprieta a la niña contra el pecho, y la mujer lo mira a Pasha de tal modo como si nunca, ni un minuto de su desgraciada vida, tuviese duda de que fuera él, un friki con barba y gafas, quien le robara su oro. En esas, ponen a Pasha bruscamente de cara a la concurrencia.

–¿Por qué coño vas por ahí sin llevar documentación? –se dirige el joven no tanto a Pasha como a todo aquel público femenino de dientes de oro–. ¿Eh? –acentúa la pregunta con un tono teatral.

–Sí que llevo documentación –le replica Pasha, ofendido, y nota que está a punto de romper a llorar mientras piensa que todo el mundo se va a reír cuando lo vean a él, un grandullón barbudo, llorar ahí de pie.

Pero no le dejan que llore: el achaparrado empuja a Pasha por la espalda, y los dos atraviesan la margarina pringosa de la muchedumbre como un cuchillo de carnicero.

–Calma –alza la voz el achaparrado hacia algún punto por encima de sus cabezas como si se dirigiera a los pájaros–. Lo vamos a averiguar.

Los pájaros no responden.

*

Por dentro, la guarida del jefe de guardia de la estación recuerda la celda de un condenado a la pena capital: es igual de angosta y mal ventilada. La persiana de la ventanilla que comunica el despacho con el vestíbulo está bajada, de manera que no se puede saber qué sucede allí fuera. La pantalla del ordenador sobre la mesa está reforzada con cinta adhesiva. También con cinta adhesiva está sujeto al cristal de la ventanilla el calendario del año anterior. Un vaso de plástico con monedas y chinchetas, una calculadora, varios ejemplares de diarios sindicalistas: cuesta esfuerzo tratar con amabilidad a la clientela en un lugar de trabajo como aquel. Vaya, una tele portátil también, de color rojo, con la pantalla tan cubierta de polvo que parece ceniza: en su conjunto, el aparato tiene la apariencia de una cámara de gas en miniatura. Introducen a Pasha en la oficina y lo colocan junto a la pared. El achaparrado cierra la puerta con llave y guarda la llave en el bolsillo. Por lo menos no le ha dado por tragársela, piensa Pasha al ver la escena. Quiere sentarse sobre la única silla que hay allí, pero el joven se le adelanta y de un salto aterriza en el asiento, para encender acto seguido la tele. No echan nada extraordinario: tan solo aparecen unas sombras en la pantalla, que caminan atravesando nubes de humo, se desangran, lanzan maldiciones a la cámara. El achaparrado también se sienta. Lo hace directamente sobre el escritorio aplastando con el culo la calculadora. Con un ademán rápido, deja caer el tabardo con el cuello de piel de castor en las manos del jovenzuelo, quien se queda en esa misma postura, sentado con

los brazos extendidos a modo de percha, como si sostuviera el pan de la bienvenida con su salero encima.[3] El achaparrado se cruza de brazos sobre el pecho mientras se rasca de cuando en cuando con un gesto resuelto la mandíbula: está «averiguando». Debajo del tabardo lleva una americana de color verde oscuro, a tono con sus botas de goma. Pasha, finalmente, mete la mano en el bolsillo interior del anorak, saca el pasaporte y, sin decir palabra, se lo enseña al achaparrado. Este, también en silencio, hojea el librito gastado de tapas azules, hasta dar con la foto del titular, la mira fijamente (Pasha se quita las gafas enseguida y dirige su mirada miope hacia ninguna parte), encuentra el sello del padrón.

–¿Vienes de la estación? –pregunta en tono calmado.

–Sí –se lo confirma Pasha.

–¿Eres maestro?

–Lo soy.

–¿Por qué no lo has dicho desde el principio?

A Pasha le vuelven las ganas de llorar. Pero no se debe llorar, y él intenta justificarse ante ellos diciendo que no le dio tiempo, que no se dio cuenta. Que no insistió, que no lo oyeron, que fue un malentendido. Mientras habla y habla, piensa: «¿Con quién estoy hablando? ¿Quiénes son? ¿Qué hacen en el despacho del jefe de guardia de la estación? Debería preguntárselo, debería preguntárselo…». Mientras se decide a preguntárselo, alguien llama a la ventanilla. El joven se gira como una veleta sobre la silla, sube un poco la persiana, lo suficiente para deslizar medio cuerpo hacia fuera, y se queda así, escuchando a través de aquella especie de tronera, atendiendo durante un tiempo infinitamente largo los llantos y las quejas, infinitamente largos también, de alguien. Luego comienza a responder. Su voz suena sorda: Pasha apenas si distingue una palabra de cada dos, y lo que consiguen entender los ansiosos de saber, los que están al otro lado de la ventanilla, es un misterio. El joven habla con mucha decisión como si hubiese tenido que contenerse un largo tiempo por falta de audiencia hasta que, de repente, le ha llegado la oportunidad: ahora puede hablar todo lo que quiera. «No –dice–. No habrá tren. Mañana, tampoco –añade–. Pasado mañana, tampoco. –Suma y sigue–. Para ir allí, no habrá. Desde allí, tampoco. No habrá ninguno. –Pinta un cuadro bastante sombrío–. No está –dice–. Ese tampoco está. Ni ellos tampoco. ¡Ninguno, ninguno está!», no deja esperanza alguna. Pero los pasajeros, al otro lado de la ventanilla, no se rinden, siguen intentándolo, procuran sonsacarle algo,

por muy poca cosa que sea. No obstante, el jovenzuelo tampoco está dispuesto a revelar así como así todos los secretos ferroviarios. «¿Dónde? –pregunta asombrado– Y yo qué coño sé», da él mismo una respuesta que no admite réplica, cierra la tronera, y se gira hacia Pasha y el achaparrado. Vuelven a llamar tímidamente a la ventanilla. El joven, sin volverse, asesta un puñetazo en el cristal. Al otro lado se hace el silencio.

–Entonces… –comienza Pasha, desconcertado–, ¿sois jefes de guardia de la estación?

–Sí, somos jefes de guardia –responde el achaparrado–. Tú, maestro, no te cabrees porque te hayamos retorcido las manos y arrastrado la jeta por las baldosas; si supieras lo que está pasando aquí, la cantidad de desconocidos que merodean por los alrededores. Los jefes auténticos se han largado. Así que nos hemos hecho cargo. No te cabrees, ¿vale?

A Pasha, entretanto, ya se le ha pasado el cabreo. Después de oírles llamarlo «maestro» se desenfada enseguida, no les guarda rencor, se ajusta las gafas con el dedo índice, se las ajusta y se odia por eso.

–¿Dónde tenías que ir tú? –le pregunta el achaparrado.

–Solo quería resguardarme un rato y luego marcharme –explica Pasha.

Mientras lo está diciendo, oye cómo la calle allí fuera vuelve a temblar. Si no supiera lo que está ocurriendo, podría pensar que se avecina una tormenta. El achaparrado también oye cómo retumba, además, oye retumbar cada vez más cerca, por eso no se da prisa ni presiona a Pasha, sino que le dice como si nada:

–Vete entonces. Y cuidado con pisar minas.

–¿Y dónde hay minas? –se desconcierta Pasha.

–¡Por todas partes! –se alboroza jocoso el achaparrado y rompe a reír dando empujoncitos al joven con el puño. Pero este no se deja contagiar por la alegría del compañero: lo mira con cara de mala leche apretando los maxilares en un ataque de ira.

–Tengo que ir al orfanato –interviene por fin Pasha.

Al momento se hace el silencio. El achaparrado intercambia con el joven miradas elocuentes. Este se limita a emitir un silbido intermitente.

–Vaya –se sorprende el achaparrado meneando la cabeza–. ¿En serio?

–¿Por qué lo dice? –se pone nervioso Pasha–. Mi sobrino está allí.

–Rediós. –El achaparrado vuelve a menear la cabeza–. Rediós.

–Pero ¿cuál es el problema? –vuelve a la carga Pasha, con cierto tono de desafío.

Sin embargo, los otros dos callan limitándose a asentir con la cabeza. Incluso el joven ha dejado de apretar, colérico, la mandíbula: sigue sentado, examinando con una mirada hosca sus deportivas verdes. Visto desde fuera, puede parecer incluso que lo que realmente le provoca el mal humor son sus deportivas: si tuviese otras diferentes, tal vez estaría más contento.

–¿Entonces qué? –pierde la paciencia Pasha.

–De acuerdo –se decide a algo el achaparrado–. De acuerdo, Pasha –lo llama por primera vez por su nombre–. Hagámoslo así. Más o menos dentro de una hora, Aliosha –señala al joven– conducirá a un grupo por la carretera de ronda pasando por la dársena. Irás con ellos hasta el ramal, donde la planta cárnica, ¿la conoces?

–Sí, la conozco –se acuerda Pasha.

–Puedes ir con ellos –le propone el achaparrado–. Tienes que desviarte al lado de la planta, desde allí ya queda cerca. Luego cruzas el barranco, subes la loma y allí está el orfanato. ¿Entendido?

–Entendido –asiente Pasha–. ¿Y dónde los va a conducir?

–Fuera de la ciudad –explica el achaparrado–. Tú, por ejemplo, ¿cómo piensas salir?

–¿De dónde? –sigue sin entender Pasha.

–De aquí.

Pasha calla. Ellos, mientras tanto, no vuelven a insistir: está todo claro sin necesidad de palabras. «La he cagado –piensa febril–. La he cagado, y de qué manera.»

–Y bien –levanta la voz el achaparrado–, ¿irás con ellos?

–Iré –acepta Pasha mientras se afana mentalmente en calcular las consecuencias–. Iré –repite, esta vez con mayor seguridad.

–Entonces, vuelve dentro de una hora aquí, a la ventanilla –concluye el achaparrado.

–Hecho –le dice Pasha–. Volveré.

Hace ademán de marcharse. No obstante, el achaparrado no hace ningún movimiento para abrirle la puerta. Mira a Pasha con expresión interrogativa como esperando que este pronuncie las palabras correctas.

–¿Cuánto es? –se entera por fin Pasha.

–No, nada –esboza una sonrisa bonachona el achaparrado. Y sin embargo libera acto seguido de debajo de su culo la calculadora y, después de hacer chasquear sus botones en una combinación ininteligible, regatea con un tono de confianza–: Bueno, ¿cuánto tienes? ¿Tienes cien? Anda,

dámelos.

Pasha le entrega lo que se le pide. El achaparrado saca la llave, abre la puerta, se asoma con cautela al pasillo, le franquea rápidamente el paso y se encierra dentro. «Como si hubiese pasado por el confesionario», piensa Pasha y se dirige a la sala de espera.

*

Están bombardeando en algún lugar muy cerca de allí, y lo que más inquieta es que no hay manera de prever dónde va a caer el siguiente obús. Las detonaciones son constantes, ahora más allá de las vías férreas, ahora al otro lado de la avenida. Quienes se refugian en la estación buscan el abrigo de las paredes; tras cada explosión, un aullido sordo recorre el vestíbulo, luego se hace el silencio. Al poco tiempo, el silencio vuelve a interrumpirse por un estruendo al otro lado de las ventanas, y las refugiadas prorrumpen de nuevo en gimoteos. Por lo pronto, hay incendio allí fuera; junto a la entrada se desata el griterío, todo el mundo se precipita hacia la puerta, miran lo que está ocurriendo a través del cristal. Pasha también mira, de pie junto a toda aquella marabunta de señoras que media hora antes estuvieron a punto de despedazarlo a mordiscos con sus dientes de oro; mira y ve elevarse, más allá de los edificios de bloques, una columna de humo negro y espeso, tan negro y tan espeso como si allí incineraran cadáveres. «¿Dónde es? ¿Dónde?», pregunta una mujer bajita, con abrigo negro y las manos enrojecidas por el frío con las que, cada tanto, se ajusta el pelo que se le suelta por debajo de la boina. «¿Dónde?» Luego, ella sola se hace a la idea y se pone a chillar como una salvaje, a pleno pulmón, les da un susto a los niños y a los pájaros ya de por sí atemorizados a más no poder. «¿Qué pasa? ¿Qué ocurre allí?», se preguntan unas a otras las que no están en primera fila, al igual que los niños que, alarmados, preguntan una y otra vez: «¿Qué? ¿Qué pasa?». Y al final todo el mundo cae en la cuenta: la mujer que grita es, obviamente, residente de uno de aquellos bloques que están en la zona del incendio, así que no es de extrañar que chille de aquella forma; que grite todo lo que pueda, qué remedio. Pasha da media vuelta y cruza el vestíbulo, luego el pasillo, sorteando los bultos oscuros de los cuerpos que se alinean a lo largo de las paredes y se aprietan contra los radiadores: estos, al parecer, ofrecen mayor seguridad. Avanza agachándose con cada fogonazo en el cielo, con cada ruido que llega desde la calle; y

cuando explota ya muy cerca, detrás de los vagones estacionados en las vías, flexiona las piernas como si se fuera a poner de cuclillas, y de esa guisa, agachado, llega corriendo hasta la zona de las consignas, se abre paso a empujones entre los cuerpos, halla una especie de boquete junto a una columna, se deja caer dentro, se guarece, se hace el muerto.

Nota que alguien se aprieta contra su hombro, busca el abrigo de su brazo. «Es la fulana –cae en la cuenta Pasha–. La que esconde el oro debajo de la lengua.» Está sentada, temerosa de hacer el mínimo movimiento. «De acuerdo –piensa Pasha–. Que se apriete contra mí, que se caliente con mi calor. ¿Cuándo fue la última vez que estuve así, recostado al lado de una mujer?», se esfuerza en hacer memoria. Abandona el intento. «Lo recordaré la próxima vez que piense en ello –reflexiona–. En otra ocasión. Oye, qué bien se está aquí, es cálido y seguro, y huele a mujer», sigue pensando. Cierto es que la mujer huele de forma extraña, como quien hubiese andado, con una pelliza por abrigo, mojándose en la lluvia, para luego meterse tal cual en la cama de uno, bajo la manta. Huele a perro: si bien es un olor a ser vivo, desprende reminiscencias de algo callejero, vagabundo. Pasha mira de reojo: en efecto, es un perro. Su pelaje gris está empapado de agua de lluvia, los ojos oscuros reflejan miedo. ¿Cómo ha ido a parar allí? Pasha se propone apartarlo, le toca con la mano el espinazo y advierte un temblor de resignación. «Anda, anda, vete de aquí», conmina Pasha al perro. Pero este se resiste y no se va, vuelve el hocico hacia Pasha, busca su mirada, dándole a entender que no tiene adónde ir. Lo mismo que Pasha, en realidad. «Lo suyo no es normal –piensa Pasha–. Un perro debería hacer de guardián, enseñar los dientes, y este hace todo lo contrario: está recostado a mi lado, con la cabeza debajo de mi brazo, como si no tuviese ganas de ver a nadie.»

Al igual que el resto de las refugiadas, por demás: apartan la mirada, se envuelven en mantas, se ocultan dentro de su ropa como peces en el limo. A cierta distancia de allí, en la esquina de enfrente, hay un abuelito sentado en una silla. Lleva un abrigo verde de mujer y un gorro con orejeras maltratado por la humedad. Por lo visto, se ha traído la silla desde casa. Sostiene entre los brazos una especie de almohadones atados entre sí. Todas, al huir, se llevaron alguna cosa consigo; el abuelo, al parecer, había decidido que, si no era con aquellos almohadones, no tenía sentido alguno marcharse a ninguna parte. Pasha mira alrededor, observa a la multitud. Hay quien duerme sobre una colcha directamente en el suelo, hay quien se rodea de sus bártulos para vigilar que no le roben ninguno, hay quien se ha traído un

carrito. Pero, en general, el equipaje es escaso. Lo cual es comprensible: con las prisas, cogieron lo que tenían más a mano. En primer lugar, la documentación y objetos de valor. Es por eso que ahora, allí sentadas, otean alrededor con recelo: con unos pendientes de oro en el bolsillo, no dan ganas de toparse con algún desconocido en el pasillo de las consignas. Pasha capta aquellas miradas, las de quienes se saben víctimas potenciales de un atraco (solo bastaría con que alguien se tomara la molestia) y por tanto se sienten vulnerables e indefensos. En su domicilio, en cambio, ponte a buscar todas aquellas pulseras y billetes: a ver si las encuentras. Mientras que ahora lo llevan todo encima: solo con hurgar con esmero en sus bolsillos o debajo de la ropa, sería pan comido. Como son conscientes de ello, vigilan alrededor con expresión de sentirse acorraladas, recorren con la mirada los cuerpos extraños allí reunidos y cuando se fijan en uno, en sus ojos asoman al instante el miedo y la hostilidad. El perro también lo nota: allí nadie lo quiere ni desea que se quede, y es únicamente con la debilidad de alguien, antes que con su generosidad, con lo que puede contar. Quizá por eso mismo haya escogido, sin vacilar, a Pasha.

*

Esta vez, el obús retumba directamente por encima del tejado. Incluso se va la luz. En la oscuridad sobrevenida, las mujeres vuelven a gimotear. El perro busca con todavía más insistencia el abrigo del brazo de Pasha. A Pasha también le gustaría refugiarse bajo el brazo de alguien, pero no hay tal brazo en toda la estación. Al cabo de cierto tiempo, la luz vuelve: las bombillas iluminan con una luz tenue y parpadeante el pasillo. Las mujeres se calman enseguida: alguna saca provisiones, otra hurga en las bolsas, las hay que comprueban la integridad de sus bolsillos. Pasha no aguanta más, se pone de pie y se dirige hacia la salida. El perro, por supuesto, le sigue los pasos. Después de atravesar la penumbra del vestíbulo, ambos miran por las ventanas. La lluvia ha disuelto la humareda que se elevaba detrás de los bloques de pisos. En la calle reina el silencio, al parecer, han dejado de bombardear. La atmósfera en el vestíbulo se ha vuelto menos respirable todavía. El cielo de enero esparce su plata oscura al otro lado del cristal. Pasha se abre paso a empujones en un intento de acercarse a la ventana. Las mujeres vigilan con una expresión avinagrada cada uno de sus movimientos. Lo hacen sentirse un ladrón que ha vuelto a la escena del

crimen. «¿Qué hago aquí parado? –se pregunta–. ¿Qué estoy esperando? En cualquier momento puede caer algo aquí y no habrá quien me desentierre luego. Aplastado por un bloque. Ese Aliosha, ¿a qué hora iba a salir con el grupo?» Saca el móvil y consulta la hora. Aún quedan treinta minutos. «¿Adónde nos conducirá? Qué ocurrencia es la suya: arrastrar un atajo de mujeres por las traviesas de la vía férrea a través de un polígono. ¿Acaso podremos llegar lejos de esa manera? Lárgate de aquí, ahora mismo», se dice Pasha y se dirige hacia la puerta. Cuando llega allí, se detiene vacilante. Nota cómo, partiendo de los pulmones, una oleada de flojera e indecisión recorre su cuerpo. Sin embargo, respira hondo, empuja la puerta y sale a la calle. La puerta se cierra tras de él al momento. El perro, no obstante, consigue colarse detrás.

De nuevo, Pasha está de pie en el umbral y siente la respiración de las palomas encima de su cabeza, observa el cielo que, de vez en cuando, cruzan, flotando, unos filamentos de humo. «Cruzaré corriendo la avenida y me meteré por los callejones. Hay que llegar donde los bloques de pisos. Allí, creo, ya han dejado de disparar. Si me paran, diré que voy a casa», se decide Pasha. Revisa los bolsillos: el pasaporte, las llaves, el monedero, el móvil. Ya puede ponerse en movimiento. Sin embargo, no se mueve. Sigue parado, sin entender cuál es el problema. Hay un exceso de silencio. El silencio es total. Inusual, incluso. Y es que, durante los últimos meses, se ha acostumbrado simplemente a que el aire no deje de vibrar. Hasta hace tan solo una hora las sacudidas eran constantes. Recién hace media hora se ha ido la luz. Y ahora todo está en silencio. Y desierto. Y el humo que flota cruzando el cielo lo hace de forma igualmente silenciosa y melancólica. Y de pronto, en medio de aquel silencio, Pasha comienza a percibir un fragor. Desde el lado de la avenida, nota que algo se mueve, se mueve hacia donde él está. Y aunque, de momento, no se ve nada, el fragor se vuelve cada vez más nítido, cada vez más amenazante. No sería mala idea, entonces, esconderse en algún lugar fuera del alcance de aquel fragor, guarecerse bajo el brazo de alguien, quedarse esperando en un rincón a que pase el peligro, con los ojos cerrados por el miedo. El pánico se apodera de Pasha. «¿Qué hacer? ¿Dónde huir?», piensa. Las palomas encima de su cabeza comienzan, nerviosas, a hacer frufrú con sus alas. También las mujeres, dentro de la estación, se han pegado a los cristales de las ventanas y miran fuera, sin entender qué ocurre: ¿qué es ese fragor y de dónde viene? Pasha, petrificado, permanece de pie sobre los escalones mojados por la lluvia de

la entrada, y acusa el recibo de todas aquellas miradas: tensas, las de las mujeres; desconfiadas, las de los pájaros, amén de otra mirada, la de alguien ignorado que lo observa desde ninguna parte. Cuando la espera es demasiada, tanta que provoca dolor del corazón, desde detrás de una esquina, en la plaza de la estación, hace su entrada torpemente un tanque, enfangado, verde, con unos troncos[4] atados a su parte trasera y tres pasajeros encima de la torreta. El blindado gira bruscamente y rueda veloz hacia la terminal. Llega junto a los escalones de la columnata lanzando amenazante gases de escape y se detiene. «Es un T-64», adivina Pasha de forma automática. La torreta gira muy despacio, apunta con el cañón a Pasha. «Ahora va a disparar», piensa Pasha, temeroso incluso de tragar saliva. «Ahora me va a pegar un tiro.» Siente cómo su camiseta se empapa en sudor frío, siente que no siente las piernas, siente que no siente nada. Está mirando, como hechizado, la boca del cañón. En tanto que los tres que están encima de la torreta observan a Pasha con auténtica curiosidad, como si se preguntaran: «Y ese de las gafas, ¿de dónde ha salido?». Intercambian voces de alegría mientras hablan de algo. Pasha no distingue lo que dicen, lo único que comprende es que están hablando de él, y no de forma halagüeña, precisamente. Sus uniformes están sucios, las caras están tiznadas de humo, una espuma densa de lodo cubre sus botas. La bandera que llevan clavada en la torreta es pardusca y está manchada como una gasa con la que hubieran envuelto una herida abierta durante mucho tiempo. Pasha trata de descifrar durante un buen rato los colores de la bandera, pero ni siquiera se distinguen. Lo único que está claro es que no es la misma que ondea a la entrada del colegio donde él trabaja. «Lo más importante es que te quedes quieto, no te muevas de donde estás», se advierte a sí mismo.

Entonces, el motor del tanque se cala y se hace un silencio de verdad. Los pájaros se aprietan unos contra otros. Las mujeres tras las ventanas están inmóviles y miran. El perro intenta esconderse entre las piernas de Pasha, mientras observa temeroso a los desconocidos. No obstante, uno de los combatientes, el que está pegado a la torreta abrazando el cañón, llama a gritos:

–¡Eh, vamos, vamos!

Pasha, confundido, mira a los lados, sin saber qué hacer.

–¡Ven aquí, vamos! –grita con alegría el combatiente.

Entonces Pasha se da cuenta de que no es a él a quien están llamando, sino al perro. «No dejaré que se lo lleven, no se lo dejaré, por nada del

mundo», toma la decisión Pasha. Entretanto, el combatiente ya está hurgando en los bolsillos. Saca una barrita de chocolate Snickers, con el envoltorio raído. Rompe el envoltorio, le pega un mordisco al chocolate y el resto lo tira sobre el asfalto, debajo del tanque. El perro enseguida se incorpora y con la cola entre las piernas se lanza a por la barrita. La coge con la boca, se la traga con avidez y se recuesta debajo del blindado, intentando no mirar a Pasha. Los combatientes se ríen, Pasha esboza una sonrisa de desconcierto, aunque aquello no tiene gracia en absoluto.

Luego, el que ha gritado, se pone de pie sobre el blindado y, dando un salto, aterriza en el suelo de asfalto. A causa del impacto, de los tacones de sus botas se desprenden trozos de tierra que vuelan en todas direcciones. Se ajusta la correa del fusil y se quita de la cara, tirando de él, el pañuelo palestino de color gris. Es alto, recio, con pinta de deportista. El pelo del lado izquierdo de su cabeza es cano, lo cual le da aspecto de zorro polar. Su mirada también es la de un zorro: rapaz y desconfiada. Va equipado con unas rodilleras negras, un chaleco antibalas gastado y unos guantes de piel sin dedos. Los otros dos combatientes saltan del tanque detrás de él. Están igual de sucios; uno lleva tabardo; el otro, una chaqueta de piel con ropa de camuflaje debajo. Van subiendo los escalones, se acercan a Pasha; si bien lo miran desde abajo, lo hacen con una expresión que no deja lugar a dudas de quién manda allí.

–¿Y tú quién eres? –le pregunta el del pañuelo palestino, el que se parece a un zorro. Habla en ruso, pero con un acento extraño, como si hubiese aprendido el idioma mirando la tele. Por un instante, el sol se asoma entre la niebla y hace refulgir sus canas.

Pasha, como si recitara una lección aprendida de memoria, explica: el colegio, las vacaciones, el orfanato, el sobrino. Saca el pasaporte, enseña el sello del padrón.

–¿Eres de aquí? –se sorprende el Zorro–. ¿Y por qué no estás en la guerra?

–Tengo discapacidad –explica Pasha y mira su pasaporte en las manos del combatiente: ¿se lo devolverá o no?

Este manosea el documento, vuelve a repasar sus páginas gastadas, vuelve a ajustarse el pañuelo palestino, cierra el librillo del pasaporte, hace una pausa calculada y se lo devuelve a Pasha.

–¿Y qué tienes? –le interroga.

Pasha le enseña su mano derecha intentando separar, sin conseguirlo,

los dedos.

–¿Qué te ocurre? –sigue sin entender el combatiente.

–Es que tiene mal los dedos –le aclara levantando la voz a sus espaldas el de la chaqueta de piel–. ¿No lo ves?

Pasha, por si acaso, enseña la mano a los tres, como si quisiera confirmárselo: sí, es verdad, tengo mal los dedos. El Zorro examina la mano con una mirada de desconfianza, pero rápidamente pierde interés, tanto por Pasha, como por su problema con la mano.

–¿Quién hay allí? –pregunta señalando con un movimiento de cabeza la terminal de la estación.

–Mujeres, niños –dice Pasha mientras se guarda el pasaporte en un bolsillo interior del anorak.

–¿Hay militares?

–No he visto ninguno.

–¿Y tú tienes armas?

Pasha calla.

–Pero qué va a tener armas, ese –se ríe el de la chaqueta de piel–. Vámonos ya.

El combatiente del pelo cano se vuelve y con un silbido llama al perro. Este se le acerca corriendo, obediente, sin levantar la vista para mirar a Pasha, se arrastra tras los militares. El de pelo cano llega a la puerta de la entrada y tira de ella con decisión. Los cuatro, junto con el perro, desaparecen dentro.

–Iros al diablo –masculla Pasha una vez que están en el vestíbulo, se aparta de ellos y se encamina arrastrando los pies hacia el primer andén.

*

En la época invernal, le asaltan invariablemente recuerdos de la infancia: árboles negros sobre la nieve; los operarios de la Estación regresan, en fila india, del trabajo, como si fuesen cazadores de vuelta de una batida. Luces de oro, sombras azules del crepúsculo. Ahora también es invierno: las fiestas navideñas aún no han terminado. La lluvia y la niebla hinchan la tierra de agua, y el cielo, por exceso de humedad, se parece al cuerpo de un ahogado que flota junto a la orilla: tumefacto, de piel grisácea con reflejos azulados. No dan ni ganas de mirar un cielo como ese. Pues Pasha no lo mira: está sentado sobre un banco y mira sorprendido la hierba muerta bajo

las suelas de sus botas que brota a través del pavimento y la nieve. Se está fresco al aire libre. Se pone la capucha: el anorak abriga, la mochila le da calor en la espalda. Podría quedarse así sentado un tiempo infinito, mientras nota cómo las sombras del temprano ocaso invernal descienden del cielo y se expanden por el espacio como un tinte violeta que desdibuja los perfiles de las cosas y difumina las líneas. «¿Por qué me ha abandonado? –piensa Pasha en el perro–. ¿Por qué no se ha quedado conmigo?» Corren tiempos extraños: imposible retener a nadie, imposible evitar soltarse. Tuvo la misma sensación por primera vez varios meses atrás, en otoño, cuando empezó el asedio de la ciudad; el ferrocarril dejó de funcionar y la Estación se quedó desierta. Los alumnos de los cursos inferiores no hacían ningún comentario al respecto: tenían miedo, no sabían encontrar las palabras adecuadas. Los de los cursos superiores tampoco sabían encontrarlas, pero ellos no le tenían miedo a nada. Discutían a gritos sin hacerle caso a Pasha. Él no intervenía cuando le pedían que hiciera de árbitro en sus discusiones, bromeaba en respuesta, desviaba la conversación hacia el tema de los deberes. «No es asunto vuestro –les decía–. A lo que tenéis que dedicaros es a estudiar.» Pero eran malos estudiantes. Se comportaban igual de mal. Simplemente no hacían caso a las explicaciones de Pasha. En una ocasión, cuando el bombardeo se empezó a notar especialmente cerca, Pasha intentó sacarlos del aula para conducirlos a un refugio, según les dijo. Se burlaron de él. Los alumnos se pegaron a las ventanas intentando avistar humo en el cielo. Pasha se quedó quieto, esperó unos minutos y se dirigió al refugio él solo. En el pasillo se topó con la directora: esta llevaba una capa espesa de maquillaje sobre la cara y las cejas pintadas. Parecía un payaso de circo que hacía tiempo que se había dado a la bebida. «¿Usted está bien?», le preguntó la directora. Pasha asintió con la cabeza: «Sí, todo bien». «¿Y sus alumnos?», preguntó la mujer con indiferencia. «Sí, ellos también están bien», le aseguró Pasha. Después de aquel incidente, los alumnos dejaron de hablarle como si no existiera. Y la asignatura que les daba, tampoco. Una vez que las clases terminaban, Pasha respiraba aliviado y se marchaba a casa. Cuando, por la mañana, llegaba la hora de volver al colegio, respiraba aliviado también. Mientras andaba aquellos quinientos metros que separaban su casa del colegio era cuando mejor se sentía. A veces, cuando volvía por la tarde a casa, se sentaba en una parada de bus y hacía ver que esperaba una *marshrutka*.[5] Con la cabeza arrebujada en el cuello del anorak, miraba los oscuros manzanares tras los cuales chispeaba y

retumbaba el bombardeo de turno. En otoño, cualquier sonido resuena y hace eco en el cielo como dentro de una cisterna vacía. «¿Qué podía haberles dicho? ¿Podría enseñarles algo que no fuese la gramática? –piensa Pasha–. Cada cual decide por sí mismo qué hacer y con quién estar. Cada cual por su lado», sigue pensando y se arrebuja más en el anorak en un intento de protegerse de la niebla densa, de las sombras que cercan la estación, de los estampidos que vuelven a oírse en algún lugar más allá de los bloques de pisos.

*

–Eh, *pasmao* –se oye una voz con un deje de fastidio–. ¿Estás vivo o qué?

Pasha se incorpora bruscamente, todavía semidormido, sintiendo en la boca un regusto dulce de sueño y de reposo. Enfrente, se ha plantado Aliosha: su chaqueta, abrochada hasta el último botón, le ciñe el cuello, haciendo que su cabeza se parezca a la de un pájaro, lo mismo que su mirada. La de un buitre, pongamos. Sin moverse de sitio, chapotea en el agua con sus deportivas verdes, saca las manos, con las palmas enrojecidas, de los bolsillos, las sopla expulsando por la boca aire frío, se sorbe los mocos con la nariz congelada, mira con los ojos inyectados en sangre.

–¿Tío, te vienes, o es que piensas quedarte aquí muerto de frío? –pregunta–. Vamos, está pagado ya, hay que ir.

–Ya voy –dice Pasha y repara en que Aliosha no está solo.

Detrás de él, bajo una llovizna tan fina que parece salida de un pulverizador, se apelotonan aproximadamente una decena de pasajeros, con una mujer de unos cuarenta años en cabeza. Lleva una chaqueta de plumón oscura, falda corta y tacones. Su ropa es de buena calidad, va bien peinada. Muestra estar segura de sí misma. Podría pasar por una oficinista que vuelve a casa del trabajo. En la vida real, debe de ser alguna funcionaria que sabe dejarse untar. Lo único que no encaja en esa imagen es aquel voluminoso saco de obra que carga en la espalda. Dentro del saco, algo tintinea con un sonido pesado: algo así como vajilla metálica u objetos de cobre. «Como si llevara un botín tras saquear una iglesia», piensa Pasha. Detrás de ella, cogidas del brazo para apoyarse mutuamente, caminan otras dos mujeres, una mayor y otra joven. Por lo visto, madre e hija. La mayor llama constantemente la atención de la joven con un «¡Ánnushka!», pero esta no le dice nada en respuesta. Ánnushka pugna por tomarle una pequeña

ventaja como si fuese una corredora que pretendiera descolgarse del pelotón en una curva. Pero la madre la retiene: se cuelga de su brazo como un abrigo viejo mientras sujeta con la otra mano una bolsa de deporte. Detrás de ellas, una chica muy joven, casi una niña, hace rodar un carrito de bebé. A Pasha se le ocurre que podría ser una alumna suya. «¿Qué podría enseñarle a ella, yo? –se pregunta escéptico–. Al parecer, ha sido perfectamente capaz de aprenderlo todo por su cuenta.» El carrito está atestado de botellas de agua y ropa, sin empaquetar siquiera: se amontonan sin más, formando un bulto grande y húmedo. Las ruedas del carrito han sido desportilladas en las aceras locales. Se nota que le dan un uso activo al carrito, que es un objeto imprescindible en casa. Por lo demás, no hay ningún bebé dentro de él, ni apetece preguntar dónde está. La siguiente es una mujer con un abrigo de pieles, y es lo único que lleva, es decir, no lleva ni maletas, ni sacos, ni bolsas; por lo visto, aquel abrigo es el único objeto de valor del patrimonio familiar, así que no se lo quita de encima, y se hace uno con él.

«Se parece a una ardilla», piensa Pasha. La mujer camina pisando charcos con unos zapatos dados de sí. Los tacones están gastados y torcidos, por eso mismo, si se la mira de espaldas, puede parecer que la señora tenga pezuñas en vez de pies. Le sigue un anciano que arropa bajo su abrigo de plumón, apretándola contra el cuerpo, a una adolescente, tal vez hija o nieta, con un abrigo gris de entretiempo y una maleta escolar en la mano derecha. Luego viene una joven rubia segura de sí misma, que sujeta con fuerza un paquete de cigarrillos con una mano y, con la otra, arrastra una maleta con ruedas. La rubia lleva unas deportivas blancas, unos tejanos gastados y una chaquetilla color naranja. Si hubiese tiroteo, seguramente ella sería el primer objetivo a batir: es la más vistosa del grupo.

Pasha deja pasar toda aquella extraña procesión y se pone en la cola. «Será por poco tiempo –piensa–. Iré con ellos hasta la planta cárnica y luego adiós, muy buenas.» La procesión, mientras tanto, avanza despacio, como si nadie tuviese prisa en llegar a ninguna parte, como si dispusiesen de todo un vagón de tiempo como uno de aquellos que, por centenares, están estacionados allí en las vías, entre la niebla, aguardando como animales que van al matadero: la mayoría están destrozados y quemados; algunos presentan boquetes con bordes desgarrados; los hay más o menos enteros, sin embargo. Están quietos, como si esperaran su turno en la cola: ninguno saldrá con vida. La fila humana se desplaza despacio por el andén,

se inmoviliza y se agacha con cada fogonazo que ilumina el cielo vespertino. Cuando llega al final del andén, Aliosha se detiene y se vuelve hacia el grupo. Todo el mundo se queda quieto. La adolescente alza la cabeza para preguntarle algo al abuelo, pero este le hace con el dedo una señal de «¡shhhh!», como diciéndole: «Calla, escucha, no es el momento».

Aliosha, con un gesto decidido, se enjuga la nariz y mira al grupo.

–Vamos a ver –empieza–. Apagad los móviles y no fuméis.

«Como en el teatro», piensa Pasha.

–No os separéis de mí –continua Aliosha con un tono de fastidio–. Lo suyo es estar callados. E ir deprisa. Si nos descubren, allá vosotros.

«Diantres, menuda pieza, ese», se indigna Pasha. Pero no dice nada porque se les ha ordenado que callen.

Aliosha salta del andén zambulléndose directamente en la niebla. La mujer que carga el saco de obra se queda esperando por si aquel le ofrece la mano y la ayuda a bajar. Como no lo hace, ella salta tras él. El saco hace tintinear sus hierros. Aliosha suelta un siseo amenazante desde la oscuridad. La siguiente en saltar hacia las sombras es Ánnushka, que tira de su mamá. Lo hace de forma bastante ágil, a diferencia de la madre, que cuelga de ella como el lastre de la barquilla de un globo aerostático. La chica del carrito también quiere saltar, pero no se decide. En ese momento Pasha no aguanta más: se acerca a la chica al abrirse paso entre el resto, salta primero, luego baja el carrito y finalmente le extiende la mano. Cuando la chica, al aterrizar, se afirma en el suelo, le retira bruscamente la mano a Pasha con un gesto de aprensión, agarra el cochecito y desaparece en la niebla. Ahora es el turno de la rubia que se abre paso hacia Pasha y le arroja, desde el andén, la maleta. Pasha la atrapa, despellejándose las manos, y la coloca en el suelo. Acto seguido atrapa a la rubia.

–Con cuidado –advierte ella fríamente–. Y desaparece también.

Luego, con precaución, Pasha ayuda a bajarse a la adolescente y después le alarga la mano al abuelo. La mano de este es huesuda e inflexible. Con una mano como aquella, en colegios malos, los viejos maestros tiran de las orejas a quienes catean. La última que se queda de pie encima del andén es la ungulada. Pasha le ofrece la mano, la mujer se apoya en ella, su mano resulta agradable y seca al tacto, como si la señora acabara de salir de un piso bien caldeado, y hela aquí, saltando con una facilidad sorprendente, choca contra Pasha y se separa de él con la misma facilidad mientras se ajusta con un gesto rápido el pelo. Tiene el rostro mojado por la

lluvia, aunque sonriente, como si estuviese encantada con aquel paseo. O tal vez simplemente quiere ocultar lo aterrorizada que está.

–¿Qué tienes en los dedos? –le pregunta a Pasha–. ¿Una fractura?

–Está todo bien –responde Pasha de mala gana.

–De acuerdo –no le cree ella, le da la espalda y se aleja pisando la grava de la vía férrea con sus pezuñas.

Pasha se vuelve para mirar el edificio de la estación. Observa cómo desde dentro salen al andén hombres con metralletas; los sigue, corriendo, el achaparrado: se le ve en apuros, ni siquiera le ha dado tiempo de ponerse el tabardo. Luego sale a la carrera el perro, se mete en medio del grupo, sujetando con las fauces cierto objeto oscuro, algo que es mejor no mirar. Así que Pasha no lo mira.

*

La grava cruje bajo las suelas; de vez en cuando uno tropieza con cascos de botella y bolsas de plástico de supermercado; la nieve a lo largo de la vía férrea hace mucho que se derritió al calor del incendio que calcinó los vagones. Aliosha avanza como un zombi. Es decir, imparable. Las mujeres apenas si le pueden seguir el paso. A la que más apurada se la ve es a la rubia. Arrastra la maleta cuyas ruedas botan contra las piedras y la hacen voltear todo el tiempo; la arrastra como un ancla, sin poder abandonarla. Pasha la alcanza, se ofrece para llevarle la maleta. Pero la rubia, de una forma, se diría, marcadamente afectada, se asusta y rechaza el ofrecimiento, le da las gracias secamente, de tal manera que habría sido mejor que se las hubiera ahorrado. Pasha se detiene para dejar pasar adelante al resto de los integrantes de aquella procesión solemne. «¿Te ha dado calabazas?», se ríe la mujer del abrigo de pieles dirigiéndose a Pasha mientras señala con un movimiento de cabeza a la rubia. «Ajá», asiente Pasha, espera que pase el resto del grupo y solo entonces reanuda la marcha.

Al principio todo va según el plan: cuando Aliosha cruza corriendo de un punto a otro, el resto hace lo mismo; cuando Aliosha se agazapa dentro de la maleza húmeda, el resto se agazapa también; si Aliosha ordena callarse la boca, no hay quien rechiste. Después de dejar atrás rápidamente la vía de maniobras, pasan agachados bajo un vagón cisterna («más allá el cableado está cortado, hay peligro de descarga», advierte Aliosha) y siguen una larga fila de vagones destrozados y chamuscados. Luego la fila acaba, y

allí donde se encuentra la aguja y los rieles se desvían en dirección al norte, Aliosha toma a la izquierda, se aleja de la vía férrea por un sendero solo conocido por él, atraviesa un cañaveral de tallos altos y secos, al lado de un camión quemado, cruza de un salto un pequeño barranco y se agazapa, cuerpo a tierra, al pie de una valla de hormigón torcida. El resto hace lo propio. El abuelo intenta recobrar el aliento con dificultad; la nieta, a cobijo bajo su abrigo de plumón, rompe a llorar; la rubia manosea nerviosamente el paquete de tabaco mientras mira temerosa a Aliosha, pero como no le ha dado su permiso para que fume, no fuma. La ungulada saca del bolsillo un par de bombones, y ofrece uno a la adolescente. Esta, desconfiada, se queda quieta, pero al final acepta el bombón. El otro, la ungulada se lo ofrece a Pasha. Este rehúsa automáticamente.

–Anda, hombre –insiste la ungulada–. ¿Qué te pasa? Cógelo. ¿Cómo te llamas? Yo, Vera.

Pasha, a su vez, se presenta, pero sigue sin aceptar el bombón. «Como quieras», se ríe la ungulada, es decir, Vera, y se guarda el bombón en el bolsillo.

–Vamos a ver –dice Aliosha–, allí, más adelante, en el puente, puede que disparen. Hemos de pasar rápido, sin hacer ruido. ¿Estamos?

–Hagamos un cigarro y vamos luego –ruega la rubia.

–Fumarás en tu casa –responde Aliosha, se pone de pie y corre con sigilo a lo largo de la valla.

–Gilipollas –suelta la rubia, mientras este se aleja.

Aliosha la oye, sus hombros se contraen incluso con un espasmo, pero no se detiene en su avance. Así que la rubia se ve obligada a ponerse en marcha.

Cuesta andar: los pies no dejan de tropezar con cascotes y trozos de armadura de hormigón. De vez en cuando, Aliosha se detiene, saca el móvil e ilumina con él discretamente, a modo de linterna, el camino, lo que le permite salvar de un salto el hoyo de turno. En algún momento, la rubia no aguanta más: se sienta sobre la maleta y empieza a maldecir. La columna se detiene. Aliosha sigue a la cabeza, sin moverse. Vera se inclina hacia la rubia. Le dice: «Todo saldrá bien, cálmate, por favor». La ayuda a levantarse, la coge del brazo. «Vamos, tenemos que seguir», le dice. Y, con un movimiento de cabeza, hace una seña a Pasha: en vez de mirar, es mejor que ayudes. Pasha coge la maleta de la rubia y nota que está vacía. Pero la arrastra, la arrastra siguiendo al grupo.

Un rato después, Aliosha se mete por un agujero que hay en la valla; el resto le sigue de mala gana. Luego se arrastran por un descampado, bajo un cielo que se ilumina cada tanto en dirección al este con unos fuegos blancos. Cuando eso ocurre, se ve con claridad cada arbusto que jalona un sendero apenas visible. Da la impresión de que el grupo camina por un campo de fútbol hacia los vestuarios después de perder un partido. El modo en que se orienta su guía es un misterio. Ni él mismo, por lo visto, tiene mayor conocimiento del terreno que el resto, por eso, en algún momento, se para en seco. Al avanzar a oscuras, la mujer del saco choca contra él, la chica del carrito choca a su vez contra ella, Ánnushka y la madre chocan contra la chica. Todo el mundo se queda parado, esperando. «Un momento –pide Aliosha en voz baja–, solo un segundo.» «Se ha perdido», piensa Pasha. Se quita las gafas, limpia los cristales, como si eso pudiese ayudar en algo. La adolescente sale de debajo del abrigo de plumón del abuelo y se coloca la maleta escolar en la espalda. Vera se le acerca, le acaricia la cabeza. A la rubia se le acaba la paciencia: saca un cigarrillo, hurga en los bolsillos, encuentra un mechero, hace chasquear la piedra. El encendedor lanza una llama pequeña pero brillante. La rubia intenta atraparla con la punta del cigarro, lo intenta, pero no lo consigue.

–¡Estás loca! –Aliosha se gira, ve la llama y se precipita hacia la rubia–. ¡Apágalo! ¡Apágalo de una vez! –le grita en susurros.

De alguna parte llega un silbido corto y estridente, luego se oye una detonación, a unos cincuenta metros de ellos; trozos de tierra vuelan en todas direcciones, los expedicionarios echan cuerpo a tierra entre la hierba, la adolescente chilla, el abuelo suelta un «¡ay!» con una breve expiración de susto, como si quisiera y no pudiera contener el miedo dentro de sí. Durante algunos segundos se hace el silencio, luego algo vuelve a silbar arrancando la hierba.

–¡Seguidme! –grita Aliosha–. Rápido.

Todo el mundo se pone en pie y corre campo a través, como si practicara algún juego divertido. Solo que correr cuesta. Ánnushka tira de la manga a la mamá, esta la sigue dando tumbos, intenta no quedarse atrás. La mujer del saco desaparece en algún punto más adelante. El anciano, en cambio, se va quedando rezagado, se ahoga, no llega a seguirlos. Pasha se le acerca a la carrera, se libra de la maleta de la rubia, coge en brazos a la adolescente, con la mano agarra del brazo al abuelo y los va cargando a los dos. La tercera detonación se oye muy cerca, tan cerca que a Pasha le da la

sensación de que una corriente de aire caliente le roza la cara, aunque, en realidad, se trata más bien de un efecto del miedo, del miedo simplemente. Hay que salir corriendo, lejos de allí, hacia un lugar seguro. El cielo se vuelve a iluminar, enfrente se perfila la oscura silueta de una construcción. Desde algún punto dentro de la niebla llega el grito furioso de Aliosha: «¡Aquí, leches, venid aquí!». Todos corren en dirección a la voz. Pasha va en la cola del grupo, carga a la adolescente y al anciano y nota cómo se le agotan las fuerzas y se le doblan las rodillas. «Queda poco –se tranquiliza a sí mismo–. Vamos, vamos.» La construcción ya está muy cerca. Otra deflagración en el aire. Pasha sigue corriendo, llega junto a una pared. Al ver un boquete en el lugar donde antes había una puerta, se precipita dentro. Con el codo, se engancha a la jamba, se deja caer en el suelo apretando a la adolescente contra su cuerpo. Esta chilla, desesperada, Pasha intenta tranquilizarla, pero cómo lo va a conseguir en medio del pánico general. El anciano yace en el suelo junto a ellos, gimiendo con dificultad. La rubia corre hacia un lado y con un movimiento experto se lanza al suelo, al pie del muro. «¡Al suelo! –grita Vera–. ¡Al suelo, rápido, pegaos a la pared!» Todo el mundo se dispersa en la oscuridad, arrastrándose por el suelo, se quedan quietos. Los obuses caen en algún lugar cerca, al otro lado del muro. Tan pronto como empieza a sentirse el silbido del proyectil, entra el miedo, luego afloja. De hecho, da miedo mientras se oye el silbido, durante ese instante breve que dura. Entonces, uno piensa qué hacer, no queda ya tiempo para seguir aterrorizado. Ráfagas de metralla restallan con un sonido seco. Aunque siguen sonando lejos. «Ya es algo», piensa Pasha. Se quita la mochila, la coloca a modo de almohada debajo de la cabeza. Saca el móvil y consulta la hora. Todavía son las cinco. «Igual que la víspera de fin de año: ya llevas horas de celebración cuando miras el reloj y ves que tan solo son las cinco de la tarde», piensa. ¿Cuánto tiempo tienen que quedarse allí tirados? El suelo está mojado: Pasha lo nota enseguida en la espalda, pero le da miedo incorporarse, por lo que sigue tumbado e intenta no pensar en nada. «Lo más importante es no dormirme. Si me duermo, ya no me despertaré», reflexiona y acto seguido se duerme. Su sueño es breve y agitado, como de costumbre; no sueña con nada. Tan solo vislumbra unas imágenes en las fases finales del sueño, como si alguien se las enseñara durante un instante, y cuando él pretende examinarlas con más detenimiento, ese alguien se alejara ocultándose en la penumbra, lo mirara con malevolencia y soltara desde la oscuridad una risa maligna. «¿Qué

contienen esas imágenes? –barrunta Pasha–. ¿Qué representan?» Un pasillo recién encalado, con unas manchas oscuras que se traslucen a través de la pintura blanca como a través de la piel de un cadáver. Una escalera de hierro está soldada a la pared; sobre su extremo superior se ve una escotilla abierta. Si uno sube por la escalera, va a parar al tejado cuya superficie de piedra está mojada. «No –se corrige Pasha–. Lo que está mojado es este suelo en el que estoy tumbado, con la cabeza apoyada en la mochila, y allí arriba, ¿qué hay?» Allí está el desván, atestado de sus cosas viejas. Y en medio, dos maletas grandes. «¿Tengo yo maletas en el desván? –se pregunta Pasha–. No –se responde–, no tengo.» Y se acerca a las maletas. Se acerca y quiere abrir una de ellas. Esta, mientras tanto, desprende un olor a perro tan espeso, que no se decide a abrirla. Entonces, aquel que le está enseñando todo eso, se oculta en la penumbra, como diciéndole: «Vamos, vamos, ven conmigo, tienes que ver qué hay allí dentro, te dará miedo, te quedarás sin palabra, pero lo verás, vamos, vamos».

–¿Dónde está mi maleta, eh? –oye Pasha y no reconoce su voz–. ¿Dónde está, dónde?

*

Alguien le da un empujón en el hombro. Pasha, sin incorporarse, saca el móvil y lo utiliza a modo de linterna. Es la rubia. Lo empuja en el hombro con la punta de su deportiva como a un perro atropellado en la carretera.

–¿La maleta, dónde está? –repite con tono glacial.

Pasha vuelve en sí, se incorpora y se sienta con la espalda apoyada contra el muro de ladrillo.

–Allí –señala con la mano el boquete en la pared.

–¿Allí, dónde, joder? –No se da por enterada la rubia.

–Bueno, allí. –Pasha señala la oscuridad–. Usted salió corriendo y yo tuve que cargar con el abuelito.

–¡Qué abuelito ni qué hostias! –se sulfura la rubia–. ¿La dejaste tirada o qué?

–Si usted salió corriendo. –Pasha se ajusta las gafas con toda la mano, torpemente. Le parece que todavía nota el olor a perro, y además cree percibir que lo miran, desde la oscuridad, varios pares de ojos a la vez. Mientras, la rubia sigue molestando.

–¿Eres idiota? –chilla y le da otro puntapié con la deportiva, más

doloroso todavía, en la pierna esta vez–. ¿Eres idiota, joder?

–Pero si estaba vacía –se defiende Pasha.

–¿Acaso hurgaste en ella, gilipollas? –se enrabieta todavía más la rubia.

–Qué va –se asusta Pasha.

–¡Idiota! –vocifera la rubia–. ¡Anda, ve a buscarla!

Pasha, en efecto, como un idiota, se levanta, coge la mochila, se la pone y se prepara para salir.

–¡Siéntate! –le gritan desde la oscuridad. Pasha reconoce la voz de Vera–. ¡Tú también siéntate! –chilla Vera, quizá a la rubia–. ¿Quieres que te maten?

–Eso, vosotros –sisea, furiosa, la rubia, se gira y se dirige a tientas hacia la salida–. ¡Idiotas! –los insulta a modo de despedida y desaparece tras el boquete.

–Hay que detenerla –avisa Pasha vete a saber a quién.

–Que te sientes –le dice Vera ya muy cerca de él, se le arrima a rastras, encuentra su mano, tira de ella–. Siéntate. Cuando amaine, saldrás a buscar. Tanto a ella como su maleta.

Pasha se sienta, obediente. Vera se aprieta contra él, como si tuviera frío, y Pasha tiene la sensación de que hubiera regresado aquel perro de la estación de tren, solo que ahora huele a agua fresca y cuerpo de mujer. Está claro que ella no tiene frío en absoluto. Se quedan sentados así, apretándose el uno contra la otra; a Pasha le dan ganas de decirle algo, pero tiene miedo de que todo el mundo lo escuche y lo malinterprete, por eso calla sin más. Ella, entretanto, mete por sorpresa la mano en la manga ancha de su anorak, luego dentro de la manga de su jersey, le toca la muñeca congelada, toca su piel, en silencio, sin decir ni una palabra. Entonces, Pasha se decide y también quiere buscar su mano y tocar su muñeca, cuando, de pronto, en medio de la oscuridad, justo por encima de ellos, suena una voz de mujer:

–¿Y nuestro guía, dónde está? ¿Alguien lo ha visto?

Vera retira la mano como si nada hubiera pasado. Se levanta deprisa. Pasha también se levanta, ilumina con el móvil. Enfrente de él está Ánnushka, por detrás de ella se asoma su madre. Ambas miran a Pasha con aire de exigencia.

–¿Dónde está? –inquieren a Pasha.

–No lo sé.

–¿Y quién lo sabe? –vuelve a preguntar fríamente Ánnushka. La madre, aunque no pregunta, lo mira también con frialdad y exigencia.

–Hace mucho que no está. –Todo el mundo se gira al oír aquella voz: es la mujer que todo el tiempo fue en la cabeza del grupo. Está sentada al pie del muro. Junto a ella está el saco. Pasha la enfoca con la luz del móvil, le da tiempo para fijarse en los tacones rotos de sus zapatos.

–Quita esa luz –le pide la mujer y continúa–: No está, se ha largado. Se largó enseguida.

–¿Y ahora qué? –exige Ánnushka, esta vez a la mujer.

–Y yo qué sé –le responde esta.

Desde la oscuridad emerge el abuelo con la nieta. El abuelo tiene muy mala pinta: apoyado en el hombro de la niña, respira con dificultad, agarrándose el pecho.

–Tenemos que salir de aquí –le dice a Pasha.

–Necesita un médico –explica la nieta, dirigiéndose también a Pasha.

–¿Dónde vas a encontrar ahora uno? –intenta hacerle entrar en razón la mujer del saco, fastidiada.

Todo el mundo se queda en silencio. Pasha oye cómo su móvil da el aviso de que se está quedando sin batería.

–Tenemos que salir de aquí –le dice Ánnushka. Se lo dice con énfasis, como si Pasha no valorara la importancia de sus palabras.

–Bueno, pero ¿yo qué puedo hacer? –pregunta Pasha.

–Usted es el único hombre aquí –le hace ver Ánnushka.

La madre se muestra de acuerdo con la hija. El que discrepa es Pasha que señala con un movimiento de cabeza al abuelo: ¿y ese qué? El anciano limita su respuesta a una tos desesperada mientras manotea: es usted, usted es el único, yo paso.

–Tenemos que irnos –repite Ánnushka.

–Sí, tenemos que irnos –asiente Vera–. Mientras esté tranquilo.

Es cierto: fuera, al otro lado del muro, reina la calma. Ni siquiera se oye a la rubia. Pasha ha pensado en ir a buscarla, pero todos forman un denso corro a su alrededor: no hay manera de escabullirse. Así que helo aquí, como un cura rodeado por parroquianos ansiosos de que les aclare ciertos conceptos del sermón que acaba de pronunciar, mientras piensa: «Es una responsabilidad, una gran responsabilidad, guiar en la oscuridad a personas a las que apenas conoces hacia vete a saber adónde». Pasha no está habituado a algo así. Ni siquiera se había hecho jamás cargo de su clase, acostumbrado como estaba a hacer valer como excusa la iniciativa de los mismos alumnos y su autonomía. Tampoco en casa había asumido ninguna

responsabilidad. Era su hermana la que se encargaba de todo. Y cuando esta se ausentaba, tampoco había ninguna necesidad especial de responsabilizarse de nada. Y ahora tiene que hacerse cargo de un montón de mujeres, niños e inválidos a los que, encima, hay que guiarlos a alguna parte.

–De acuerdo –se decide Pasha–. ¿Adónde os dirigíais?

–A saber –responde desde un rincón con voz ronca la mujer de los tacones rotos. Recoge su saco y se acerca a Pasha–. El chaval aquel nos dijo que nos guiaría, así que fuimos con él.

–Tengo que ir a casa –dice en voz queda la chica del carrito desde la oscuridad–. Me están esperando, no saben dónde estoy.

–¿Y tú dónde vives? –le pregunta la de los tacones rotos.

–Cerca del colegio número 5 –responde la chica.

–Pero si eso queda en otra dirección –la tranquiliza la de los tacones rotos–. ¿Qué diablos haces aquí con nosotras?

–No lo sé –rompe a llorar la chica–. Él me dijo que haría de guía, y yo me fie de él. Tengo que ir a casa –les recuerda ella.

Pasha mira su carrito atiborrado de ropa de invierno y botellas de agua mineral y dice:

–Vale, vámonos. Cuando lleguemos al ramal, cerca de la planta cárnica, nos dispersamos y cada uno que vaya donde quiera. ¿De acuerdo?

–De acuerdo –dice la de los tacones rotos y carga a la espalda el saco que tintinea.

–De acuerdo –dice, vacilante, en voz baja la chica del carrito.

–De acuerdo, de acuerdo –dice, impaciente, la nieta–. Basta ya, vámonos de una vez.

–De acuerdo –dice Vera.

Pasha se gira y se encamina hacia la salida iluminando con la linterna del móvil.

–¡Eh! –le grita a sus espaldas Ánnushka.

Pasha se detiene.

–¿Que no piensas apagar la luz?

–Es que, sin luz, no veo nada –explica Pasha.

*

Salen al aire libre por el hueco de una ventana rota. Primero, pasan de

brazos en brazos a la madre. Pasha la sujeta por arriba y Ánnushka se encarga de asegurarla cuando llega al suelo. Luego Pasha hace bajar el carrito. El abuelo carraspea, pero lo mira como a un héroe. Consiguen llegar a unas vías de tranvía, las siguen. Creen que es lo más seguro: ¿a quién se le ocurriría poner minas en un trayecto de tranvía? No obstante, en un momento los rieles se desvían en dirección a la avenida principal. Entonces, hay división de opiniones. Pasha sugiere evitar la avenida, arguyendo que allí uno está expuesto todo el tiempo a que lo disparen. Según su opinión, es mejor desviarse hacia la derecha: allí debe de haber un puente para peatones que cruza las vías de tranvía, y es en aquella dirección donde comienza el arrabal en el que, seguramente, ya nadie podrá dar con ellos. Sin embargo, los argumentos de Pasha no suenan muy convincentes. Él es consciente de ello habida cuenta de que insiste en cruzar por el puente porque queda cerca del orfanato. Mentir sin pestañear no sabe, está claro, puesto que es maestro de escuela.

–¿Dónde? –le interrumpe la mujer del saco–. ¿Dónde vas a ir? Si hasta ayer había tanques al lado del puente. ¡Menuda ocurrencia!

–Allí no hay tanques –le replica Vera–. ¿De dónde has sacado eso?

Así que helos aquí discutiendo sobre los tanques, mientras Pasha se sume en la duda sobre qué hacer.

–De acuerdo –dice al final–. Vosotras haced lo que queráis, y yo iré hacia el puente.

«Tal vez así me dejen en paz», piensa.

–Correcto –le da la razón inesperadamente Vera–. Correcto. Yo voy contigo.

–Nosotras también vamos contigo –la secundan Ánnushka y la madre–. Vámonos.

–Y nosotros también –se suman el abuelo y la nieta.

La chica del carrito no se pronuncia, pero, por si acaso, no se separa de Pasha.

–Allá vosotros –replica secamente la mujer del saco, lo carga a la espalda y se larga en dirección a la avenida.

El resto toma la dirección contraria. En el cielo se ve algún que otro fogonazo; de repente, en algún punto lejano, detrás de ellos, se oye cómo algo se derrumba con un estruendo. El grupo se queda quieto.

–Es en el barrio de la Estación –dice con un hilo de voz Vera, pero nadie reacciona.

Y así siguen caminando: sin hablar ni mirar atrás, como si tuvieran miedo de contemplar allí algo aterrador.

*

–Ahora –se dice Pasha en susurros, aunque todo el mundo lo escucha–. Un poco más y ya está. Detrás de ese edificio de allí hay un parque, y después está el puente. Conozco el camino.

Aunque todos los del grupo conocen el camino: todos son del lugar. Por otro lado, ninguno puede garantizar que, al transitarlo, uno no pisará los sesos volados de alguien. De pronto, en dirección a la avenida, comienzan a sonar, frenéticas, ráfagas de metralleta. Pasha sale a la carrera hacia delante, el resto lo sigue, llegan corriendo hasta un oscuro bloque de *jruschovskas*,[6] se arriman fatigados a la pared.

–¡Vamos dentro! ¡Dentro del portal! –grita Ánnushka.

Corren en fila india a lo largo del muro, llegan al hueco de la puerta derribada por una explosión, Pasha entra, sin reducir la velocidad, por el agujero negro del portal y de pronto se para en seco. Contra su espalda choca Ánnushka, seguida por la madre que la escolta como si la llevaran atada con una correa.

–Vamos –sisea Ánnushka–. ¿Qué te pasa? No te pares.

–Quieta –le ordena en voz baja Pasha.

–¿Qué pasa ahí? –insiste, sin entender, Ánnushka.

–Silencio –susurra Pasha.

El resto se introduce en tropel dentro del portal, respira fatigosamente; el anciano, incluso, casi se ahoga, como si lo hubiesen retenido a la fuerza un buen rato bajo el agua. Sin embargo, todo el mundo cae en la cuenta enseguida. Allí hay algo fuera de lo normal. Se quedan paralizados, aguzan el oído.

–Silencio –repite Pasha–. ¿Lo oís?

Todo el mundo aguza el oído. Notan cómo, en el piso de arriba, una corriente de aire va de habitación en habitación. Entra por una ventana rota y sale por otra. Oyen cómo gotea el agua por las cañerías destrozadas, cómo el viento arrastra por los escalones diarios viejos. Y lo que es más relevante, oyen, ya del todo petrificados, cómo, en el rellano entre la tercera y la cuarta planta, alguien se sopla cuidadosamente los dedos, se frota las palmas de las manos, se enfunda unos guantes sin dedos y de forma muy,

muy silenciosa, para que nadie lo escuche, toma en las manos algún objeto metálico. Oyen cómo, con mucho, mucho cuidado, se incorpora, se asoma, agachándose, al exterior, camina, sortea hábilmente cristales rotos, escudriña el espacio, atisba a su alrededor, husmea, nota la presencia ajena, la de un intruso.

–Rápido –susurra Pasha, atragantándose de miedo–. En silencio. Seguidme.

Rodean el edificio caminando uno detrás de otro. Llegan corriendo hasta unos árboles cercanos. Continúan, haciendo carreras cortas desde un árbol hasta el siguiente. Hacia un lado, desde unos hierbajos rancios, llega un espeso olor a putrefacción. «No mires –se dice Pasha a sí mismo–, no mires.» Sigue corriendo. Advierte cómo, detrás de él, las mujeres jadean. Llega corriendo a un parque infantil, con columpios chamuscados, a un espacio descubierto. Pasha mira atrás: la mole oscura del edificio de *jruschovskas* asoma a lo lejos como una ballena que ha varado en la playa por desesperación. Las ventanas se ven negras, como tiznadas, allí no hay voz ni movimiento. Eso hace que el miedo se acreciente. Prosiguen su carrera hacia la siguiente arboleda, corren entre árboles, se funden con ellos, negros como los árboles mismos; incluso, da la sensación de que aquellas acacias retorcidas corren a su lado. Sin embargo, llega un momento en que la arboleda termina, y Pasha pisa el asfalto, haciendo resonar en él sus botas pesadas. Recorre lo que le queda del trayecto y se detiene justo delante del puente. Mejor dicho, delante de lo que queda de él. Ya que, incluso a pesar de la oscuridad reinante, se ve que allí ya no hay ningún puente, que lo que cuelga sobre el oscuro barranco invadido de vegetación no es más que vacío. Y el puente no está. Nada está. Y bajar hacia el barranco es lo mismo que bajar voluntariamente a los infiernos: uno tiene que estar muy motivado. Como Pasha carece de ese tipo de motivación, se queda parado sin más, con las manos apoyadas en las rodillas, respirando con dificultad. Lo mismo que las mujeres que, a su espalda, se quedan quietas, callan y respiran trabajosamente.

–¿Y ahora qué? –pregunta, intentando recobrar el aliento, Ánnushka–. ¿Ahora qué?

–No lo sé –se sincera Pasha.

–Pero ¿tú te dirigías a alguna parte, cierto? –lo acosa Ánnushka.

–Allí. –Pasha señala con la cabeza en dirección al infierno–. Me dirigía allí.

–Demonios –monta en cólera Ánnushka–. Payaso –le suelta a Pasha–. Basta ya, vámonos. –Agarra a la madre de la mano y tira de ella en la dirección por donde han venido.

–¿Dónde vais? –les grita Pasha, pero Ánnushka no le responde. La viejecita, entretanto, sí respondería si conociera la respuesta.

–Yo también me voy –levanta la voz, tras un silencio, la chica del carrito.

–Esperad –en cuanto recobra el aliento, Pasha intenta hablar en serio–. Vayamos en esa dirección. –Señala con la mano la niebla negra–. Allí debe de haber una salida. –Agita la mano trazando en el aire algo vago y por eso mismo aún más aterrador.

–No, no. –La chica empuja el carrito para evitar la tentación de discutir–. Me voy, me están esperando.

Nadie hace ademán de detenerla. Todo el mundo está tan confundido que ni siquiera sabe qué puede ser peor: quedarse allí con ellos, en las puertas del infierno, o irse donde, lo más seguro, se corre el riesgo de ser abatido por un disparo.

«Es una mierda que una mujer se te vaya –piensa Pasha–. Debería haberla retenido.» ¿Aunque cómo vas a retener a una mujer? ¿Quién puede retenerla? Pasha, por ejemplo, no puede, no sabe hacerlo. No lo puede hacer ahora ni lo pudo hacer el otoño pasado: hace muy poco, debía de ser septiembre, cuando la situación se había agravado especialmente y los convoyes con material de guerra llegaban a diario a la Estación. Cuando ya había tiroteos en medio de la carretera, Marina había ido a su casa; propiamente dicho, llegó corriendo y, en un ataque de histeria, empezó a decir que tenían que irse de allí ya, de lo contrario, sería demasiado tarde, que tenían que dejarlo todo y ponerse a salvo. A Pasha le incomodó entonces la presencia del padre que la escuchaba hablar desde la cocina, lo mismo que la de la hermana. Esta quería a Marina: se sentó con ella para tranquilizarla pero después se contagió de su histeria y empezó a gritarle a Pasha: «Qué clase de hombre eres, qué haces allí sentado, esperando, cógela a ella y salid de aquí». Pasha intentó calmar a todo el mundo, buscó excusas, dijo algo sobre su libreta de la historia laboral (¡la libreta de la historia laboral, qué leches!), sobre el curso académico; argumentaba que, en cualquier caso, ellos no tenían nada que temer, que no tenían nada que ver con todo aquello, que no tomaban partido por nadie, que él, Pasha, era un simple maestro de escuela, un simple maestro de escuela, repetía, como

si se disculpara por el hecho de serlo y admitiese que todo lo demás le interesaba más bien poco. Adónde iba a ir él, quién lo esperaba dónde, no tenían nada que temer, todo estaba en orden, él era un simple maestro. Finalmente, Marina no aguantó y salió corriendo. Pasha fue detrás de ella, pero cuando salió al patio, bajo los árboles, se detuvo. El otoño acababa de empezar, telas de araña se enredaban y se perdían entre las ramas, la hierba estaba en plena sazón y tupida, el cielo vespertino recordaba el metal fundido a punto de ser vertido en los moldes para fabricar con él alguna cosa útil. El padre salió de la casa, hizo ver que le sorprendía que Pasha siguiera allí: no dijo nada, sin embargo, anduvo por el caminito que conducía al portón, para acabar echando un vistazo al buzón. «Hoy es sábado –le recordó Pasha–: no habrá correo.» El padre, sin responder, volvió a la casa. «Está cada vez peor –pensó Pasha–. Se está convirtiendo en un friki. No me iré a ninguna parte.»

*

–Está muy mal –se hace notar la niña.

Pasha se vuelve. El viejo realmente está para el arrastre: no se mueve, tose, se frota la sien con la mano.

–Necesita un médico –dice la niña.

–Tal vez, es mejor llevarlo al hospital –reflexiona Pasha–. ¿Tú qué opinas? –le pregunta a Vera–. El hospital debe de funcionar, ¿verdad? No creo que el personal se haya ido corriendo.

–Creo que eso fue lo que hicieron –responde Vera–. Si les dio tiempo, claro.

–¿Y qué vamos a hacer con él ahora? –se desconcierta Pasha.

–Oye, conozco a un veterinario.

–¿A un veterinario?

–Sí. Trató a mi perro hace un año. Bueno, cuando aún tenía perro –puntualiza Vera–. Atendía en su casa, lo recuerdo. No es un médico con todas las de la ley, pero alguna cosa tendrá. No sé, algún analgésico o aspirina, quizá.

Al oír la palabra «analgésico», el viejo vuelve a toser, por lo visto, como si estuviera de acuerdo.

–¿Está lejos? –pregunta Pasha.

–Depende –responde Vera, y Pasha sobreentiende que cerca no está.

Se cuelga al viejo sobre su cuerpo como una capa de caballero y lo transporta, parando de vez en cuando para descansar. La niña corre a su lado, Vera no se queda atrás. Cruzan una calle, se meten por callejones, avanzan entre edificios. Al dejar atrás una guardería, llegan a la calle vecina, caminan a lo largo de un paseo jalonado por tilos. En el horizonte vuelve a verse un incendio. Da la impresión de que están fusilando la ciudad en círculo. El cielo torna su color oscuro en rosa, con reflejos azules, devolviendo con cada explosión un eco sordo. De cuando en cuando, en dirección a la avenida, se oyen ráfagas de metralleta. Y no hay nadie alrededor, solo la ciudad desierta y una niebla húmeda atravesada por tilos negros. Pasha encuentra un banco, deposita en él al anciano, se deja caer a su lado. Vera se queda de pie, no muy lejos, envuelta en la niebla de tal manera que da la impresión de que su abrigo de pieles desprende humo. La niña llora, mientras coge al abuelo de la mano. De pronto, algo se mueve al final de la calle. Viene alguien. Sin encender las luces, claro está, viene circulando hacia ellos. «¡Deprisa!», grita Pasha, coge al viejo, corre hacia un arco y mira atrás por si alguien se ha quedado rezagado. Luego, con mucho cuidado, espía desde detrás de la esquina y ve cómo, a toda velocidad, pasa por la calle una *marshrutka* de color verde ciénaga. Sus costados de hierro están desgarrados como los de un perro de pelea, el cristal de las ventanas está roto: pareciera que los pasajeros hubiesen ido saltando del vehículo en marcha.

*

Llegan a la casa del veterinario alrededor de las siete. Es un edificio de nueve plantas construido con bloques de hormigón. La mitad de las ventanas están rotas. Reinan la oscuridad y el silencio. Delante del portal hay un banco que está hecho polvo. Pasha se fija y se da cuenta de que lo destrozaron antes de la guerra, en tiempos, por así decirlo, de paz. El portal está equipado con un interfono, aunque la puerta está abierta de par en par: la oscuridad fluye desde dentro como un agua negra.

–¿Recuerdas la planta? –pregunta Pasha.

–Creo que es la tercera –dice Vera, dubitativa–. O quizá la cuarta.

–¡Joder! –Pasha deposita al anciano en el suelo, este se hunde en la niebla, la niña al instante acude de un salto en su ayuda, lo agarra de la mano–. Esperad aquí –dice Pasha y entra en el portal.

Una vez dentro, saca el móvil y enciende la linterna. Sobre los escalones hay casquetes desparramados, una capa espesa de cal, un zapato abandonado por alguien, trapos viejos. Pisando con cuidado, sube las escaleras. Vera lo sigue. Llegan a la tercera planta. Vera examina las puertas.

–No –dice Vera–. No es aquí. Su puerta era de metal.

Suben a la cuarta planta. Tampoco hay ninguna puerta metálica allí.

–¿Estás segura de que era de metal? –pregunta Pasha.

–No lo sé –vacila Vera.

Suben otra planta. Luego otra. Regresan a la tercera.

–Bueno, creo que es esa –señala Vera una puerta negra sin número.

La puerta realmente es de metal, pero está chamuscada, negra, por eso resulta difícil identificar enseguida de qué material está hecha. Pasha se acerca a la puerta y golpea cuidadosamente con el puño la superficie metálica. El eco retumba por la escalera. Al principio Pasha se asusta, pero luego se envalentona y aporrea la puerta sin parar.

–¿Quizá no nos escuchan? –titubea Pasha.

–¿Estás de broma? –le replica Vera.

Salen a la calle, Pasha apaga la linterna. El abuelo ni siquiera los mira. La niña, en cambio, se pone incluso de puntillas, ansiosa.

–No hay nadie –informa Pasha.

La niña rompe a llorar. Vera procura consolarla. Aunque no hay consuelo que valga. «¿Qué hacer? –piensa Pasha–. ¿Qué hacer?»

–¿Vosotros quiénes sois? –de pronto suena una voz.

En la oscuridad hay alguien delante de ellos, pero quién es no hay manera de saberlo. Como si fuese la misma oscuridad la que les estuviera hablando.

–Buscamos al veterinario –responde Pasha a la oscuridad.

–¿Cuál veterinario? –pregunta la oscuridad.

–El de la tercera planta –explica Pasha.

La oscuridad se queda un rato en silencio, reflexionando sobre lo que acaba de oír.

–No hay ningún veterinario en la tercera planta –dice después de pensar unos segundos–. En esa planta, hay un piso vacío, y en el otro vivían unos empresarios. Les metieron una granada dentro, fue en verano.

–Oiga –dice Pasha y, con pies de plomo, da un paso en dirección a la oscuridad–. No tenga miedo. Soy maestro.

–¿Maestro de quién? –preguntan sin entenderlo.

–Maestro, simplemente –explica Pasha–. Tenemos a un abuelito aquí. Está malo. Necesitamos un médico.

–¿Y qué tiene que ver el veterinario? –se obceca en no entender la oscuridad.

–¿Acaso hay algún otro médico por aquí? –pregunta Pasha.

–Pues no, no hay ninguno.

La oscuridad se separa del muro y comienza a moverse hacia Pasha. Aparece una mujer. Viste una chaqueta larga y un gorro de abrigo, las facciones de su rostro son indistinguibles. Lleva gafas. Es decir, tampoco ve gran cosa, lo mismo que Pasha.

–¿Cómo es que está con vosotros? –pregunta ella señalando al anciano con un movimiento de cabeza.

–Venimos desde la estación –comenta Pasha–. Hemos intentado escapar. Y entonces se ha puesto malo. ¿Por aquí hay algún hospital? ¿O al menos una farmacia?

–Qué farmacia ni qué hospital. –La mujer se enfada–. Llevamos dos semanas viviendo en un sótano.

–De acuerdo, de acuerdo –intenta calmarla Pasha–. No grite.

Se vuelve hacia Vera.

–Vámonos –le dice–. Seguiremos buscando.

El abuelo se pone en pie. Vera le hace de apoyo por un costado, y la nieta por el otro.

–Eh, vosotros –les grita la mujer cuando los ve alejarse–. ¿Dónde diablos lo vais a llevar? Si se va a morir. Dejadlo aquí, conmigo. Tengo botiquín y me queda algo de agua. Si se muere, por lo menos que no sea en la calle.

Pasha vuelve a cargar al anciano en la espalda. Caminan a lo largo del muro, doblan la esquina, bajan al sótano. La mujer va delante, pisando con seguridad aunque no se ve absolutamente nada: allí en lo alto, por encima de sus cabezas, debería colgar la luna o algo parecido, pero la niebla se extiende a tan baja altura que el cielo simplemente no existe. Solo que en algún punto, en el otro extremo de la ciudad, vuelven los estallidos que suenan con un ruido hondo y sordo, a intervalos iguales y prolongados. Pasha transita por la oscuridad como por el lecho de un río, temiendo perder el equilibrio y caer junto con el pasajero que carga en la espalda. Bajan las escaleras del sótano, la mujer abre la puerta. Cruzan por un pasillo; luego la

mujer abre otra puerta, a tientas. Una vaharada de aire enrarecido, que huele a encierro, les hiere el olfato al instante. Pasha no ve nada, pero nota la respiración de muchas personas.

–Por aquí –indica la mujer–. Pasad.

La puerta se cierra tras ellos. Entonces, alguien enciende una linterna en la oscuridad y enfoca directamente la cara de Pasha.

Aunque el espacio es angosto, allí hay metidas al menos dos decenas de personas: están sentadas a lo largo de las paredes, apoyadas las unas sobre las otras. Igual que en la Estación, la mayoría son mujeres y niños. Aunque hay un hombre, de unos cuarenta años, con gabardina y gorro de piel de reno. Mira a Pasha, luego desvía la mirada. A un lado hay una estufa de camping y una bolsa de plástico con provisiones. Cada uno tiene, también, algo de comida casera. Visten ropa de abrigo; además se tapan con mantas, alfombras y gabardinas. No se puede determinar con exactitud cuánto tiempo llevan allí dentro. Pero, a juzgar por lo viciado de la atmósfera y sus ojos enrojecidos, unos cuantos días. Es posible que, efectivamente, dos semanas. Después de echar un vistazo al lugar, Pasha descarga al anciano sobre el suelo de cemento. Varias mujeres se levantan a la vez, se les acercan, el hombre de la gabardina se aprieta todavía más contra el muro. Las mujeres despliegan en el suelo un abrigo de invierno de color gris, cogen al anciano en brazos y lo colocan encima, se inclinan sobre él cual las tres Marías y se ponen a discutir ruidosamente sobre cómo socorrerlo. La niña está a su lado, llorando. Pasha se concentra en escuchar los ruidos que llegan desde fuera. Ha oído dos detonaciones; sin embargo, es difícil determinar en qué dirección. «Si un obús impactara directamente aquí –piensa Pasha–, ni siquiera conseguirían desenterrarnos.» Saca el móvil. Son casi las ocho.

–Listo –le dice Pasha a la mujer que los ha guiado al refugio–. Tengo que irme. ¿Cuidarán de él?

–Bueno, puesto que está aquí, cuidaremos de él, claro –responde la mujer, con un tono calmado.

–¿Quiere apuntar mi número? –ofrece Pasha–. Por si acaso.

–¿Y cómo le voy a llamar? –ironiza la señora–. ¿Haciendo sonar un trozo de riel a golpes?

–De acuerdo. Intentaré volver mañana. Con un médico.

–Ya, ya –dice sin entusiasmo la mujer. Y luego añade–: ¿Y dónde va a ir usted tan tarde? Ya es de noche.

–Necesito llegar al orfanato –explica Pasha.

–¿Al orfanato? –se asusta la mujer.

–Ajá –repite Pasha con irritación–, al orfanato. Tengo que recoger a mi sobrino.

–¡Caramba! –se limita a decir la mujer–. Es mejor que se quede –le vuelve a ofrecer.

«En efecto, quizá debería quedarme –titubea Pasha– hasta mañana por la mañana, luego me iré, y si me voy ahora, puede que me tope con alguien por ahí.» Observa el sótano: paredes húmedas, techos bajos, la puerta abre hacia fuera. Si se la bloquea desde el pasillo, no hay chance de salir. «Una fosa común», piensa.

–No, gracias –dice–. Me voy. En el camino de vuelta intentaré pasar por aquí.

–Ya, ya –dice la mujer y le franquea el paso.

–Espera –le dice Vera a Pasha–. Voy contigo.

Nadie más pretende retenerlos.

*

Una vez en la calle, ambos se ponen a respirar a pleno pulmón. Al menos hay algo de aire para respirar. Caminan pegados a los muros de los edificios, se camuflan entre árboles. La lluvia arrecia, el aire se va helando. En dirección al norte comienzan unos fuegos artificiales en toda regla: el cielo se enciende y no se apaga, y Pasha cae en la cuenta de que, si consigue llegar a alguna parte, es poco probable que tenga ganas de desandar el camino. Vera camina en silencio, procura no rezagarse. Miran atentamente por dónde pisan, y cuando, en un momento dado, Pasha levanta la vista, vislumbra al final de la calle unas figuras. Dos o tres: en medio de la oscuridad es imposible ser más preciso. Pasha tira de la manga de Vera bruscamente, para que se ponga de cuclillas. De esa forma, con las piernas flexionadas, se desvían hacia el edificio más cercano, llegan corriendo, agachados, al portal. «¿Estará abierto?», piensa febril Pasha. Cuidadosamente tira de la puerta, esta cede. Se deslizan dentro, suben corriendo las escaleras, en el rellano entre la segunda y la tercera planta se detienen, se quedan quietos junto a la ventana, escudriñan la oscuridad espesa allí abajo y entonces ven al primero. Está apostado delante del portal. Mira hacia arriba, en línea recta. Es decir, a ellos. «Nos ha visto –

piensa Pasha–. Nos ha visto.» Pero el hombre desvía la mirada hacia un lado, espera a los suyos. Los suyos no tardan en llegar. Son tres. Al parecer, son tres. Van armados. Uno carga sobre el hombro el tubo de un lanzagranadas. El que ha llegado primero, saca un mapa y lo ilumina con una linterna. El resto se le arrima. La luz intermitente de la linterna ilumina unos guantes negros, unas pesadas gafas protectoras sobre el casco, unas insignias sin identificar. Pasha se esfuerza por distinguir los detalles, pero la linterna se apaga, vuelve la oscuridad, los tres se diluyen en medio de una lluvia negra. Lo único que queda a la vista son unas siluetas mojadas que se mueven despacio. Como si fuesen unos ahogados que recorren con un mapa en las manos el fondo de un río. Finalmente, el primero señala con la mano hacia un lado. Se van. Pasha respira, aliviado. Pero, de repente, uno se detiene, se vuelve y mira directamente hacia Pasha, como si lo distinguiera en la oscuridad, como si lo viera en medio de aquella negrura, y se dirige hacia el portal. Pasha se incorpora de un salto hasta ponerse completamente de pie, pero Vera le agarra de la mano y tira de él, susurrando: «Quédate sentado, quédate sentado donde estás». Se oye cómo entra en el portal, cómo los cristales rotos crujen con un sonido seco bajo las suelas de sus pesadas botas. Avanza sin encender la linterna, a oscuras. Camina cuidadosamente, moviéndose con habilidad. Un escalón, dos, tres, cuatro, cinco. Tienta la puerta del primer apartamento, luego la del siguiente. Todas están cerradas. Todo está en silencio. Durante cierto tiempo se queda quieto, aguzando el oído. El corazón de Pasha late con tanta fuerza, que él cree que es imposible no oírlo. «Lo oye –aventura Pasha–. Lo oye todo.» Hace chocar, con un sonido quedo, una pieza metálica contra otra. «Son las granadas», adivina Pasha. Sube un escalón, luego otro. Se detiene entre la primera planta y la segunda, justo por debajo de donde están Pasha y Vera. Vuelve a aguzar el oído. «Hay que salir corriendo –entra en pánico Pasha–. Hay que huir hacia arriba y escondernos en algún lugar allí.» Vuelve a intentar incorporarse, pero Vera de nuevo le da un tirón breve y fuerte. «Quédate sentado», articula con un solo movimiento de labios. Aunque no la ve en la oscuridad, Pasha nota que es ella la que ahora sisea: «Quieto, quieto ahí». El otro sube otro escalón, se queda quieto. Estará dudando si seguir o no. De pronto, se oye que la puerta del portal se abre.

–¿Dónde estás? –llaman con un tono hosco desde la calle–. ¿Dónde te has metido?

–Voy –responde.

Baja las escaleras pisando ruidosamente. El metal de la puerta de entrada emite un chirrido agudo. Dos sombras corren al otro lado de la ventana antes de desaparecer en la noche.

*

–¿Se han ido?

–Eso parece.

–¿Nos vamos nosotros también?

–Espera –razona Pasha, sensato–. Estarán por ahí, cerca. Esperemos un rato más.

–¿Tú de verdad eres maestro? –Se nota que Vera hace mucho que quiere preguntárselo.

–Sí, lo soy.

–¿Maestro de qué? –interroga Vera con insistencia.

–Maestro, simplemente.

–¿A quién decías que tenías en el orfanato? –continúa–. ¿A un sobrino?

–Sí, a un sobrino.

–¿Y por qué no se lo llevan sus padres?

–Solo tiene madre –explica Pasha–. Mi hermana, es decir. Somos gemelos.

–¿En serio?

–Sí.

–¿Entonces por qué no se lo lleva ella misma? –pregunta Vera.

–Es que está trabajando –dice Pasha con desgana e intenta cambiar de tema–. ¿Qué es ese abrigo de pieles que llevas?

–No es mío –responde Vera–. Lo cogí de la oficina.

–¿Y tú dónde trabajas?

–En un salón de masajes.

–¿Y qué es eso? –no entiende Pasha.

–Bueno, es una especie de salón –selecciona las palabras Vera–. «Salón de masajes» es simplemente el nombre oficial. El nuevo centro de negocios, aquel grande, el que está sobre la avenida, ¿lo conoces?

–Lo conozco –se acuerda Pasha.

–Pues, allí está nuestra oficina. El letrero es como el de una agencia de viajes. En verdad, muchos piensan que somos una agencia de viajes. Total, que me desperté por la mañana en el salón, bueno, en la oficina –se corrige

Vera–. Hasta entonces, habían disparado poco sobre la zona. Y aquella vez empezó a caer una tras otra. Nos fuimos corriendo a la estación con lo puesto. Yo agarré el abrigo de alguien. No llevo nada debajo, salvo el sujetador y los tejanos. Hostia, ojalá pudiera ir a mi casa para cambiarme.

Pasha quiere darle apoyo, pero no sabe cómo, por eso simplemente calla.

–Oye –se vuelve a impacientar ella–. A tomar por saco conmigo. Es mi trabajo. Pero tú ¿por qué no habías ido a buscarlo antes? Si tú sabías lo que estaba pasando aquí. ¿No ves la tele?

–No la veo –dice Pasha–. Ni me interesa la política.

–Pues aquí te quedas ahora –se enfada Vera–. Maestro de mierda.

Al cabo de un rato ella se pone de pie.

–Vamos, arriba, qué hacemos aquí esperando, sentados –dice.

Pasha se levanta obediente, coge la mochila, se ajusta las gafas (menos mal que está oscuro y ella no puede verlo), la sigue. Una vez en la calle, se detienen.

–¿Dónde vamos ahora? –vacila Pasha.

–Volvamos con los del sótano –propone Vera–. Es muy tarde ya, ¿adónde vas a ir? La primera patrulla que te encuentres…

–Anda ya –se niega Pasha–. No quiero volver al sótano. Demasiada gente allí dentro.

–Como quieras –dice Vera secamente.

–¿Te acompaño?

–No hace falta –dice ella, le extiende la mano, le da un apretón reteniendo su mano entre los dedos de él que se han puesto rígidos.

Y aunque están sumidos en la oscuridad, y el mayor deseo de Pasha en este momento es guardarse las manos en los bolsillos lo más profundo que pueda, le da tiempo de sentir los huesos finos de la mano de ella, el metal fino del anillo de compromiso y sus uñas, tan maltratadas como si hubiese estado realizando alguna dura faena manual. Como, por ejemplo, limpiar el pescado. O pugnar por salir de su propia tumba. Pasha empieza a sentirse incómodo. Retira de un tirón la mano, esconde las manos en los bolsillos, se gira y se va. Vera también se va, procurando no hacer ruido pisando con sus tacones gastados.

Pasha llega junto al edificio de la Casa de la Cultura y, por fin, el terreno comienza a resultarle familiar. No le queda ya mucha distancia por recorrer: hay que cruzar la plaza, luego seguir la carretera hasta una rotonda de

tranvía, atravesar el arrabal, subir por el parque, y allí cerca debe de estar ya el orfanato. Aunque es mejor no ir por la plaza. Y, en general, lo que más convendría ahora es regresar a aquel sótano bien provisto de manduca que habían llevado allí los otros. Pero allí está aquel abuelo moribundo. Y Vera, con el abrigo de pieles que no es suyo. Por eso Pasha prosigue su camino, ocultándose bajo los árboles, agachando el cuerpo, mirando atentamente a los lados. Cada vez que, detrás de los edificios, explota un obús, se detiene, poniéndose de cuclillas en medio de la maleza, se queda quieto en esa postura durante un rato, haciendo acopio de valor, y luego continúa. «La tele –piensa con irritación–. ¿Qué tiene que ver la tele? ¿Y la política? ¿A quién le puede importar la política?» Pasha se acuerda de cómo, el otoño pasado, durante la campaña electoral, lo estuvieron camelando unos que venían de la ciudad, miembros del equipo de uno de los candidatos, y le pedían que hiciera campaña por él. Pasha se negó. No le ofrecieron dinero, se limitaron a decirle: «Pável Ivánovich, usted apoya nuestra causa, ¿cierto?». «No pertenezco a ningún partido», fue la respuesta de Pasha. No lo presionaron. Aunque tampoco le dijeron nada grato a modo de despedida. Luego, el domingo de las elecciones, Pasha tuvo que permanecer en la escuela hasta la noche, de guardia. Los votantes que acudían al colegio electoral, con sede en la escuela, lo hacían con desgana. No obstante, fueron llegando. Pasha saludaba a los amigos de la infancia con los que hacía tiempo que había dejado de tener relación, a sus antiguos profesores, a quienes costaba reconocer. Y todos ellos caminaban despacio, como condenados, hacia las cabinas encortinadas con algo azul, votaban por su futuro feliz. «Así seré yo –pensaba Pasha al verlos–: Nada más jubilarme, seré como ellos.» Los militares, que venían de tanto en tanto para comprobar que todo estaba en orden, ni siquiera miraban a Pasha. Como si no estuviera allí. Aparte, él se comportaba como si, realmente, no estuviera presente. Pasha había votado uno de los primeros. Ni siquiera recuerda a quién. Al final de la tarde, los apoderados del candidato por quien Pasha se había negado a hacer campaña, armaron un escándalo, presionaron a la mesa electoral, se enzarzaron con los votantes, expulsaron por la fuerza al apoderado de la competencia. Llegaron los militares. Los apoderados se encerraron con estos en el despacho de la directora, estuvieron largo rato hablando sobre algo. Como resultado, los militares se marcharon y los apoderados acabaron haciendo a su antojo. «Menos mal que no hice campaña por él», se consolaba Pasha. Y un mes después, el candidato en

cuestión que, por alguna razón, no había salido ganador, falleció al pisar una mina. Lo enterraron como a un héroe. Sorprendentemente, resultó que en la Estación todo el mundo lo quería. Aunque, por alguna razón, nadie lo había votado. «¿En qué, pues, le podía haber ayudado yo?», pensaba Pasha mientras participaba en el acto solemne de despedida. Miraba desde lejos el rostro del fallecido, oscurecido por la muerte, la tela blanca con la que habían cubierto el cuerpo, el féretro forrado en rojo, a los combatientes apostados a un lado que miraban a todos los hombres presentes como a asesinos en potencia. Luego, el ataúd con el cuerpo se lo llevaron de la Estación a la ciudad. Y más tarde, unas semanas después, la cosa se puso muy fea.

*

«Ajá –razona Pasha–, ahora subo la colina y ya habré llegado.» Son pasadas las nueve. A esa hora, Pasha suele estar en su habitación, mientras el padre está mirando las noticias. Pasha se ajusta la mochila y comienza a subir los escalones de piedra. Son muchos, subir cuesta. Pasha nota lo exhausto y congelado que está tras el trajín del día. La niebla allí arriba es más densa; da la sensación de que uno se adentra en una nube de lluvia. Cuenta los primeros cincuenta escalones, se detiene, trata de recobrar el aliento. Continúa subiendo. Las botas le pesan cada vez más, los movimientos se ralentizan. Otros cincuenta escalones. Están destrozados, hay que estar atento, debe concentrarse en el ascenso y dejar de preocuparse por las detonaciones, dejar de hacerles caso. Estas se oyen en algún lugar lejano, a sus espaldas, mientras que aquí, en la ladera, uno se siente seguro y no tiene miedo, no hay nada que temer, otros cincuenta, apenas si le queda aliento, no hace deporte, camina poco, antes iba a correr, y ahora salir a correr es sencillamente peligroso: pueden pensar que estás huyendo; otros cincuenta, y otros, y otros, y, finalmente, llega arrastrándose al punto más alto, se detiene, se gira y contempla toda la ciudad que se extiende allí abajo. La lluvia ha cesado, la niebla se ha aposentado en el fondo del valle como si fuera leche muy hervida. Pasha mira la ciudad, pero no la distingue en absoluto. Lo único que ve es una hondonada negra que sobrevuelan, como unas cometas, humos negros de largas colas. La imagen le hace pensar en alguien que succionase las almas de los ciudadanos. Y esas almas, negras, amargas, se enganchan a los árboles, echan raíces en las profundidades, de

tal manera que no hay cómo arrancarlas. Y más allá, a lo lejos, en el otro extremo de la ciudad, algo llamea, sobre la línea del horizonte, como si fuera lava incandescente que hubiese irrumpido desde debajo de la tierra. Dentro de la ciudad misma, se oyen ráfagas de metralleta, por demás, de poca intensidad: al parecer, por hoy eso es todo, se puede ir a dormir. Si hay dónde hacerlo, claro está. Pasha se calma un poco. «No pasa nada –se dice–. Tan solo he tenido un día duro. Qué bien que ya haya terminado.» Entonces, se fija en unas bolsas de plástico, amontonadas ordenadamente sobre la hierba. Se acerca, toca aquello con la punta de la bota. Lo nota blando a la vez que elástico. Parece carnaza. Pasha pega un bote y sale corriendo. A sus espaldas, otra cometa negra se eleva en el aire.

*

Sobre el portón cuelga un candado nuevo, con una cadena larga que lo enrolla. Encima del metal han pintado a brochazos la palabra «Niños». Pasha busca el timbre, pero no está, de modo que se ve obligado a saltar la valla. Aterriza sobre la hierba mojada, se tuerce, con un movimiento torpe, el pie, sisea dolorido, no obstante se levanta y va a buscar a alguien vivo. Sin embargo, no se ve ni un alma por ahí. El pabellón principal está situado en un parque viejo, rodeado de manzanos menudos, negros y torcidos como mujeres que han trabajado a destajo en el campo toda la vida. Ni una sola luz, ni una sola voz. El letrero de la entrada sigue en su sitio, aunque la bandera que había encima del porche ya no está. «Eso está bien –aprueba Pasha–. ¿Para qué provocar?» De pronto, cae en la cuenta de que durante todo el día no ha visto en la ciudad ni una sola bandera. Excepto la del tanque. Un tanque, sin embargo, es un vehículo: hoy está aquí y mañana se ha ido a otro lugar. Mientras que las estaciones de tren y los colegios están abocados a permanecer en su sitio, hasta que los reduzcan a escombros a bombazos. Así que allí siguen: sin luz, ni calor, ni banderas.

Las ventanas están cegadas con planchas de contrachapado. La entrada principal está vallada con butacas traídas del salón de actos. «¿Dónde estarán todos? –Pasha empieza a ponerse nervioso–. ¿Qué pasa? ¿Se han ido?» Sube los escalones de la entrada, se acerca a la puerta, espía por una rendija. Pero no ve nada. Golpea con el puño, pero el contrachapado absorbe todo ruido. Baja los escalones, rodea el edificio. Se acerca al gimnasio, espacioso, blanco, con las ventanas rotas y una pared hundida: se

parece a un terrón de azúcar mordido y quemado. Se acerca a la puerta. La tienta. Está cerrada. Pero al otro lado hay alguien, alguien que está quieto, alternando el peso del cuerpo de un pie a otro, expirando un vaho tibio a través de las grietas de la puerta. Traslada el peso del cuerpo de un pie a otro, alternativamente, pero no se decide a abrir. «Menudo fastidio es todo eso –se enfada Pasha a costa de no se sabe quién–. Llevo todo el día mojándome con la lluvia, yendo de aquí para allá, teniendo que dar explicaciones todo el tiempo a cualesquiera y, encima, muerto de miedo por no se sabe qué. Estoy hasta la coronilla.»

–Abra –dice con una voz sorprendentemente autoritaria.

–¿Quién es? –pregunta una voz de mujer. Se nota que está asustada, pero su tono es firme: si hiciera falta, se echaría al suelo delante de un tanque para no dejarlo pasar.

–Vengo a buscar a Sasha –explica Pasha–. Es mi sobrino.

La puerta se abre. Detrás está Nina, la directora, de unos treinta años, con nariz afilada, mirada atenta, aire enfermizo y malhumorado, como si anduviese descontenta con todo. Lleva unos calentadores de punto en las piernas, un jersey negro y un jubón ceñido de color gris, también de punto y sin mangas. Se parece a una corneja gris. Como hace tiempo que conoce a Pasha, no se sorprende.

–¿Pável Ivánovich? –pregunta malhumorada–. ¿Es usted?

–Vengo a buscar a Sasha –vuelve a explicar Pasha.

–¿Está solo?

–¿Cómo? –no acierta a entender Pasha.

–¿Viene solo, sin militares? –precisa Nina.

–Ah, no –responde Pasha–. Vengo solo.

Nina lo deja pasar, echa el cerrojo a la puerta, con un movimiento de cabeza lo invita a que la siga. En una de las paredes, detrás de una cesta de baloncesto, un obús ha dejado un boquete. Por ahí entran y salen corrientes de aire. A lo largo de las paredes se amontonan botellas de plástico con agua.

–Hace mucho que cortaron el agua –explica Nina de pasada, sin detenerse–. La luz la conectan una hora o dos por la mañana. ¿Por qué no ha llamado para avisarme?

–No hay cobertura –aclara Pasha.

–¿En serio? –se sorprende Nina–. Aquí nosotros tenemos.

–Estáis sobre una colina –explica Pasha–. ¿Qué tal por aquí en general?

–se interesa–. ¿Disparan?

–Los últimos dos días, no. Pero antes hubo un impacto contra el gimnasio. La humareda que provocó cubrió toda la ciudad. Todo el mundo pensará que nos hemos quemado vivos aquí.

–¿Y dónde está Sasha? ¿Durmiendo?

–¿Durmiendo? –le devuelve la pregunta Nina al detenerse–. Pável Ivánovich, hace mucho que no duermen. Acaso durante el día –añade–. Cuando no da tanto miedo.

Salen del gimnasio, recorren un pasillo oscuro. Nina enciende una maciza linterna de camionero, se ilumina el camino. Las ventanas de la planta baja están tapadas con mantas y carteles propagandísticos arrancados de las paredes. El ambiente es frío y húmedo. Las plantas están congeladas. El suelo del pasillo está sucio: al parecer, no tienen agua para fregarlo. Por lo demás, parece una institución de enseñanza común y corriente. Hay materiales didácticos con dibujos de la flora y fauna local. Pasha llega a distinguir las siluetas de los lobos en medio de las nieves profundas, las hojas de los helechos que crecen sobre las piedras. «Helechos –piensa Pasha–. ¿Qué pintan aquí los helechos?» Hay tablones de contrachapado polvorientos con símbolos nacionales. Personajes de cuento dibujados en las paredes que recuerdan a alumnos graduados con matrícula de honor. El aire huele a quemado.

–Comida de momento no nos falta –comenta Nina–. Solo que cocinamos en una hoguera, como en un pícnic –añade–. Por cierto, mire eso. Le resultará interesante.

Han quitado la puerta de la última aula y está apoyada contra la pared. Sobre la puerta pone «Biblioteca». Pasha mira dentro. La ventana ha volado por una explosión, el techo está hundido. En el suelo, los libros forman un montón voluminoso y húmedo en el centro del aula. Se amontonan descomponiéndose como alimentos al sol.

–Menos mal que a los niños no les gusta leer –comenta Nina–. Cuando cayó el obús, aquí no había nadie. Todos estaban en la cocina.

–¿Queda alguno de los profesores? –pregunta Pasha, turbado.

–El profesor de Educación Física –informa Nina–. Valera. Y yo. El resto huyó. Los niños también: quien pudo, huyó. Los lugareños nos traen comida, antes nos abastecían de agua. Ahora ya no vienen, tienen miedo.

–Con razón.

–Sí.

Bajan unas escaleras y van a parar a un pasillo largo y aislado del resto. En las paredes cuelgan viejos carteles soviéticos de la protección civil. Por el suelo se desparraman máscaras antigás parecidas a cabezas de osos hormigueros. Allí se está más caliente y tranquilo. Solo que en las paredes hay demasiadas imágenes de explosiones nucleares.

–Hemos tenido suerte –explica Nina–. Este sótano lo construyeron como refugio antiaéreo. En caso de que estallara la Tercera Guerra Mundial. Construido expresamente para nosotros.

Se asoman al primer box.

–¿Sasha está aquí? –pregunta Nina en voz baja mientras apaga la linterna para no despertar a nadie.

Es verdad que nadie está durmiendo. Enseguida se oyen voces quedas que llegan de todos lados.

–Está en el tercer box –dice por fin una voz. «Es una niña», apunta Pasha–. Estaba aquí –continúa la niña invisible–, metiéndonos miedo. Lo echamos.

–Entiendo –responde Nina–. Ha venido su tío. Pável Ivánovich. –Y le enfoca la cara con la linterna.

–Lléveselo de aquí –pide desde la oscuridad la niña–. Nos mete miedo.

–Me lo llevaré, me lo llevaré –promete Pasha al instante.

Salen, entornan la puerta, se encaminan hacia el tercer box. Resulta que la puerta está cerrada por dentro. «Demonios», maldice en voz baja Nina y comienza a llamar delicadamente a la pesada puerta de hierro tras la cual, sin duda, uno puede sobrevivir a la Tercera Guerra Mundial.

–Sasha –pide Nina–, abre.

–¿Le causa problemas? –pregunta Pasha para darle ánimos de alguna manera.

–Todos –responde Nina–. Y él también. Sasha, ha venido tu tío. El tío Pasha –aclara ella para despejar cualquier duda.

Al principio nadie responde. Luego la puerta resuena pesadamente, se abre. En el umbral aparece Sasha, con pantalón corto de deporte, jersey grueso y un bate de béisbol en las manos. «Ha crecido», se fija Pasha.

–¿Pasha? –pregunta sorprendido.

–¿Estabas entrenando? –le devuelve la pregunta Pasha–. ¿De dónde has sacado eso? –Señala el bate.

–Lo trajeron unos de por aquí –explica Nina–. Así que se lo quedó. Sasha –se dirige al chico–, ya os advertí que no cerrarais la puerta por

dentro.

–¿Y tú qué haces por aquí? –pregunta el chaval a Pasha haciendo oídos sordos.

–Vengo a buscarte –dice Pasha.

–Ah –asiente Sasha–. Ya era hora.

Da media vuelta y regresa dentro del box.

–Le llevaré ahora un saco de dormir –dice con voz cansada Nina, antes de dejarlo a solas con el sobrino–. Quedaos a pasar la noche aquí y después marchaos.

–Sí, nos marcharemos –reacciona Pasha–. Nos marcharemos, sí.

Entra en el box. Es un sótano sin humedades, un entramado de cañerías se extiende a lo largo de las paredes. El suelo es de hormigón, igual que el techo. Uno incluso podría seguir viviendo allí tras un ataque nuclear. Solo que poco tiempo y tristemente. En un rincón, el chico armó un nido: había colocado unas colchonetas en el suelo, había puesto encima una manta de algodón y sobre ella, un saco de dormir. También había reunido varios almohadones, unas cacerolas, unos platos y botellas. Además, hay un paquete de fideos instantáneos de marca Mivina empezado. Libros. Pasha se fija en los títulos: Mayne Reid, Conan Doyle. Todos llevan un sello de biblioteca. Encima del libro de Mayne Reid hay un paquete de cigarrillos con filtro. Pasha mira con sorpresa los cigarrillos, el chaval capta su mirada, incluso hace un amago de esconderlos, pero al final se contiene, con un aire de independencia mira a Pasha de pies a cabeza.

–Has cogido peso –comenta.

–Es por el corte del anorak –se justifica Pasha.

–Un mal corte –acepta el chaval.

–¿Estás leyendo? –cambia de tema Pasha.

–Los cogí para tener papel para fumar –se burla el chaval.

–Entiendo. –Pasha no le sigue el juego–. Yo, cuando era niño, también leía esos libros. Se los leía en voz alta a mi hermana. A tu madre –puntualiza por las dudas.

–¿Cómo está ella? –el chaval deja de provocar y, esta vez, pregunta en serio.

–Está bien –responde Pasha con desgana–. Está trabajando.

–¿Cómo has llegado hasta aquí? –se interesa el chaval.

–Primero en taxi –responde Pasha–. Luego caminando.

–¿Y para volver? ¿También en taxi?

–Ya lo veremos –responde Pasha.

–De acuerdo –asiente el chaval–. Ya lo veremos. Acuéstate.

–¿Y tú?

–Yo me quedaré despierto un rato todavía –se ríe el chaval–. Voy a fumar.

Entra Nina, trae el saco de dormir. La sigue una niña de unos doce años, el pelo color alquitrán le cae sobre los ojos, su mirada denota curiosidad a la vez que desconfianza. Trae una almohada y una manta.

–Quédese a dormir aquí, en el box –dice Nina–. Así estaremos más tranquilos todos. Mañana ayudará a traer agua.

–De acuerdo –acepta Pasha.

–Buenas noches.

Nina sale sin mirar a Pasha ni al chaval. Ni que estuviera enfadada con ellos por algo. La niña, en cambio, se queda observándolos a los dos con curiosidad. Pero también ella se tiene que marchar al final.

Pasha se libera de la mochila, se quita las botas, el anorak. Las botas pesan como un muerto. Y también huelen a muerto. Pasha saca de la mochila unos bocadillos.

–¿Quieres? –se los ofrece al chaval.

–¿Los hiciste tú?

–Todos los ingredientes son frescos, ¿eh? –se ofende Pasha.

–Gracias, pero no –rehúsa el chaval, reconciliador–. Nos dan de comer. Duérmete.

–Y para ir al retrete, ¿cómo hacéis? –pregunta Pasha mientras se mete dentro del saco.

–Allí tienes las botellas. –El chaval señala una batería de botellas vacías–. Coge la más grande, solo que comprueba que esté vacía.

–¿Por qué? –se sorprende Pasha–. ¿Acaso no están todas vacías?

–Duérmete –le dice por respuesta el chaval.

«Está enfadado conmigo –piensa Pasha–. Se siente ofendido. Se enfada porque no vinimos a buscarlo antes, porque no lo llamamos a menudo, porque no lo visitamos. Y lo que es más importante, está enfadado por tener que estar aquí.» Pasha estaba en contra de que la hermana lo internara. «¿Para qué?», argumentaba. Lo que pasa es que la hermana ya lleva dos años sin hablarse con el padre. Las hostilidades habían empezado cuando ella todavía estaba viviendo con su Aram, fuera de la casa familiar. Luego, cuando Aram se había largado y la hermana se había quedado sola con

Sasha en su estudio situado en un bloque de pisos de hormigón, ella emprendió una guerra posicional contra el padre. Por si eso fuera poco, el chaval era un mal estudiante, se comportaba de una forma todavía peor, de modo que todo aquello podría derivar fácilmente en algún acto de delincuencia juvenil: su progenitor se había fugado, la madre trabajaba de azafata de tren, el chaval apenas la veía, el mundo rebosaba estímulos y desafíos: era tremendamente difícil no caer en la tentación. Por demás, el chaval se dejaba llevar con facilidad. No hacía caso de los consejos de Pasha, al abuelo simplemente lo ignoraba. Muy humano todo, en pocas palabras. Aparte, estaba la enfermedad. Al recordarlo, Pasha se arrepiente enseguida de haberlo recordado. Es mejor no recordarlo en absoluto. No obstante, es lo que ocurre. ¿Y qué es lo que ocurre? Es como si el signo de la muerte hace mucho que se cerniera sobre el chaval. Y la muerte en sí fuese tan solo una cuestión de tiempo. La hermana sencillamente lo había internado allí sin haber avisado a Pasha ni al padre. Después de aquello, este ya le retiró la palabra del todo. Pasha también sufría los enfados del padre, eso que él, Pasha, era quien menos se lo merecía: lo mismo que aquel, estuvo en contra de que al chaval lo internaran, reprobaba a la hermana, consultaba con las autoridades educativas, tenía charlas frecuentes con el chaval. Sin embargo, en algún punto se quedó a medias, cedió, tiró la toalla. El chaval lo notaba. Tal vez por esa razón le guardaba rencor: lo tenía por un blando, por alguien que no había conseguido salirse con la suya, que no había sido suficientemente perseverante para enfrentarse al mundo entero. «Es normal, cosas que pasan. Mañana me lo llevaré a casa, lo adecentaré, cuidaré de él. Y no pienso volver a internarlo. Uno puede leer a Mayne Reid estando en casa. Orinar en las botellas, también.»

*

Aunque hay otra cosa: Pasha es perfectamente consciente de ello. El año pasado, en primavera, cuando todo aquel conflicto armado acababa de empezar y nadie todavía entendía nada, Pasha y el chaval habían discutido con un exceso de dureza. Este insistió una y otra vez en que Pasha se posicionara en relación con el conflicto, que tomara partido, que aclarara qué iba a hacer al respecto y contra quién iba a disparar. Pasha, como era su costumbre, respondió con evasivas, diciendo que aquello no le incumbía, que ninguno de los bandos gozaba de su simpatía y que se negaba a tomar

partido. La reacción del chaval lo cogió por sorpresa, pues este dijo algo así como que, a partir de entonces, no quería saber nada de su tío, que se avergonzaba de él y que lo consideraba un imbécil redomado. Pasha, al principio, quedó desconcertado. Más tarde se enteró de que al padre de uno de los compañeros de clase de su sobrino lo habían torturado hasta matarlo durante las primeras semanas del conflicto. Pasha no lo sabía. Entretanto, más le valía haberlo sabido. Luego, a modo de excusa, intentó explicarle al chaval a qué se había referido realmente cuando habían discutido, pero este, al parecer, ya no pensaba cambiar la idea que se había hecho de él, mientras que Pasha, a su vez, no dio con el método pedagógico adecuado para convencerlo. Y así fue como partieron peras. Aunque no dejaron de relacionarse, se notaba que el chaval se había distanciado, se había alejado de Pasha y le había retirado la confianza. Pasha, por supuesto, se sintió dolido, mas ¿qué podía hacer? «Realmente, ¿qué podía haber hecho? –piensa mientras se deja vencer por el sueño–. ¿Qué podía haber hecho? ¿Qué?»

*

¿Dónde habría dejado ella su ropa? ¿Dónde está su casa? ¿Cuándo podrá volver allí? La mitad de ellos no tienen casa: se disgregaron por las ciudades vecinas, se marcharon en convoyes interminables de trenes, se desperdigaron por el mundo. ¿Cuánto tiempo tiene que pasar para que regresen? Y cuando regresen, ¿serán capaces de reconocer sus casas? Lo cierto es que antes todo aquello tenía un aspecto muy diferente. Ahora es difícil reconocer allí alguna cosa: viviendas sin voces, calles sin luz, plazas sin aves. En lo alto de las colinas se eleva un edificio macizo de color gris. Las ventanas están cegadas con planchas de contrachapado. Sobre el contrachapado, han pergeñado una especie de señas y advertencias que avisan de lo que ya se ha perpetrado, de lo que se habrá de perpetrar todavía. Con amenazas de castigo que sufrirán todos los que allí viven por lo que ha sucedido y por lo que habrá de suceder todavía. Y también quienes no han estado nunca allí. El cielo sobre el edificio es bajo y neblinoso, da la impresión de que la niebla sale directamente por los huecos de las ventanas, se extiende, se eleva, se retuerce formando nudos y lazos, se arrastra por el viento hacia el sur, en dirección al mar. Unos manzanos negros rodean el edificio, unos manzanos que hace mucho que no dan fruto,

pero que están allí donde los plantaron. La hierba, de color amarillo, está mojada; el fango, oscuro y pegajoso; el aire húmedo huele a caucho quemado. Por detrás de los árboles salen unos perros callejeros y se acercan al edificio, son tres, escuálidos y en estado de alerta. Sus miradas denotan tal exasperación y desespero como si los últimos días se hubiesen estado alimentando exclusivamente de cadáveres. Sabiendo que peor ya no se puede estar, que peor que ahora ya no estarán y que, en definitiva, ya no estarán de ninguna manera. Lo único que les queda es esconderse en aquella hierba, intentar entrar en calor cobijándose entre piedras, con la esperanza de que todo aquello acabe de forma rápida e indolora. Avanzan despacio en medio de la hierba, pisan el asfalto roto delante del edificio, husmean las voces que les llegan desde dentro, olfatean el olor de la impotencia. Se acercan más todavía, meten sus hocicos por los agujeros del contrachapado. Por lo pronto, notan un olor nuevo allí dentro, un olor distinto, desconocido. Un olor a persona extraña. Notan que es un olor muy diferente, que deja percibir, aparte de la fatiga y la indiferencia, algo amenazante, algo que los asusta de verdad. Probablemente, es un olor a poderío. Probablemente, es un olor a amor. Y es aquel olor que hace que se sientan cada vez más desasosegados. Hasta el punto de que empiezan a aullar, aspiran fatigosamente el aire húmedo, echan un vaho cálido por las fauces. No resisten: dan media vuelta y corren atrás, hacia la hierba, por entre las piedras.

Al filo del amanecer, la ciudad comienza a arder a gran escala.

---

1. Ciudad al norte de Ucrania, de lengua predominantemente ucraniana. *(N. de T.)*

2. Se utiliza en acciones de combate para distinguirse del adversario, que la lleva de otro color. *(N. de T.)*

3. Se refiere a la tradición popular eslava de dar la bienvenida a los visitantes de honor ofreciéndoles una hogaza de pan con un salero encima. El visitante debe pellizcar un trozo de pan, echarle sal y llevárselo a la boca en señal de gratitud. *(N. de T.)*

4. Se utilizan a modo de pasarelas en caso de que el vehículo se quede atascado en el fango. *(N. de T.)*

5. Minibús de línea, utilizado ampliamente en el espacio postsoviético donde la red de transporte público es escasa. *(N. de T.)*

6. Las *jruschovkas* son edificios de departamentos prefabricados (con paneles o ladrillos) construidos en la antigua Unión Soviética, de forma similar a los tradicionales monobloques o *monoblocks*. Deben su nombre al líder Nikita Jruschov, ya que ese tipo de edificaciones comenzaron

a ser construidas durante su gobierno (1953-1964). *(N. de T.)*

Segundo día

Ni siquiera discutían. Cuando a ella le disgustaba algo, se limitaba a callar. Y cuando algo le contrariaba a él, este simplemente salía a la calle. Luego regresaba. Se juntaban en la cocina como si nada hubiera pasado. Pasha corregía los deberes de los alumnos de forma marcadamente pausada. Marina no paraba de escribir y enviar mensajes cortos con el teléfono, como si estuviese haciendo algún test interminable. Se acostaban para dormir uno detrás de otro. Primero iba ella, luego, tras una espera deliberada para que a ella le diera tiempo a dormirse, se acostaba él. Se acostaba poniendo mucho cuidado para no despertarla. Ella, obviamente, no estaba dormida. Él, por supuesto, lo sabía.

Dos años antes, tras largos meses de noviazgo y de conversación, de interrupciones en la relación y de ataques de ternura mutua, Pasha le había propuesto matrimonio. Marina se enfadó. Sin embargo, se quedó a vivir en la casa de él. Y así siguieron conviviendo, con aquel enfado de por medio, incomprensible y disimulado. Si bien Marina se negaba a casarse con él, Pasha no se decidía a echarla: ¿cómo podía hacerlo ahora si él mismo la había invitado a venir? Así que compartían cama. Lo peor de todo era que Pasha, en aquellas circunstancias, ya no podía ocultarle nada: ella podía observarlo de cerca y nada se escapaba a su vista. Por las mañanas, ella veía su cuerpo, su cara, su piel, que iba perdiendo elasticidad, iba desluciéndose y agostándose como papel de diario expuesto al sol. Veía cómo se relacionaba con el padre, y cómo era incapaz de ponerse de acuerdo con él en las cuestiones más básicas. Veía el miedo que le tenía a la hermana. Veía cómo evitaba al sobrino. Cómo odiaba en silencio a la directora del colegio, cómo ignoraba a sus alumnos. Veía que simplemente no sabía ni cómo estar con ella, ni cómo hablarle, ni cómo hacerle el amor. Él parecía estar viviendo como si hubiese cometido un grave crimen a la vista de un testigo potencial que testificaría en su contra sin piedad y a sangre fría, sin pasar por alto ni un solo detalle, ni un solo episodio. «Yo mismo me tendí una trampa –pensaba a veces Pasha, desesperado– y la arrastré conmigo por alguna razón.» El invierno pasado la cosa se puso tan fea que aquello ya no

daba para más. Como si el aire hubiese sufrido una transformación, se hubiese electrizado: el mundo entero parecía haber enloquecido, no hacían más que hablar de política, ver las noticias, discutirlas. Pasha no las veía, pero no dejaba de dar su opinión. Solo que de forma poco convincente. Como resultado, Marina enfurecía y se enfadaba. Algo se había quebrado en la estructura misma del idioma, se había partido como la capa de hielo de un embalse en marzo, y estaba a punto de desintegrarse en un número infinito de trozos gruesos y afilados. Pasha ni siquiera intentaba ponerle remedio alguno: ¿acaso era posible recomponer un bloque de hielo que se iba quebrando y derritiendo en el agua fría? «Es una lástima –pensaba–, pero qué se le va a hacer.» Seguía acostándose a su lado. Simplemente, se quedaba cada vez más rato esperando para que a ella le diera tiempo a dormirse. Se acostaba vestido con ropa de deporte para no notar su calor.

Por las mañanas se despertaba y se quedaba todavía un buen rato tumbado, sin moverse. Para evitar a cualquier precio que ella se diera cuenta de que estaba despierto, que intentara preguntarle algo, que lo tocara por casualidad, ni que él, a su vez, la tocara a ella. En general, tenía la costumbre de quedarse acostado largo rato sin moverse después de que se despertaba, arrancándole de ese modo a la vida unos minutos adicionales de paz que le ahorraban tener que hablar con alguien o escuchar a ese alguien hablar. Como ahora. Saca el móvil, consulta la hora; antes de que la pantalla se apague, examina el suelo de hormigón. Sus botas siguen al lado del saco de dormir: macizas y voluminosas como pesas de gimnasio. Son las siete de la mañana, la pantalla se apaga y vuelve a sumirlo todo en la oscuridad; su anorak, todavía mojado por la lluvia del día anterior, huele a humo y humedad. En el olor a ropa mojada, Pasha lo nota, se mezclan los olores de la cal y de los ladrillos rotos, de la grava helada y de la hierba espesa entre los que tuvo que abrirse paso para llegar allí. Entonces, el recuerdo del día anterior, con sus olores, fogonazos y voces, se le viene encima, lo sacude como un tranvía nocturno sacude a su último pasajero, y Pasha se incorpora, apoyándose en un codo, escucha la oscuridad, se frota la cara con la mano entumecida.

–¡Basta ya de dormir! –oye una voz en la oscuridad.

Vuelve a sacar el móvil, enciende la linterna, escudriña la oscuridad. El chaval se sienta sobre unas mantas en plan Buda, impasible y algo amodorrado por la soledad. Está enfundado en un jersey de cuello alto que le llega hasta la nariz, un pantalón de chándal, calcetines de punto de mujer.

Parece un condenado a muerte dentro de una celda de aislamiento.

–¿Y tú por qué no estás durmiendo? –Pasha sale del saco y siente cómo enseguida el frío le sube por el cuerpo. Mientras dormía, no notaba lo baja que estaba la temperatura, pero nada más salir del saco, tiene la sensación de acercarse a un agua invisible y helada.

–Cuesta dormir a tu lado –explica en tono tranquilo el chaval–. Hablas contigo mismo en sueños. Ahora entiendo por qué Marina te dejó.

–No me ha dejado nadie –dice Pasha con cierto exceso de brusquedad, hurga en el saco, encuentra las gafas, se las coloca en la nariz, las ajusta con los dedos entumecidos–. No estábamos casados –añade por si acaso.

–Entiendo –entona el chico. Su voz está tan llena de desprecio que todo el cuerpo de Pasha se estremece.

–Qué frío hace –dice Pasha, se pone de pie, encuentra los tejanos, intenta embutirse en ellos, se hace un lío, se esfuerza para no perder el equilibrio–. ¿Qué cosas dije al menos? –pregunta con cautela, con el doble objetivo de averiguarlo y de evitar que el chaval piense que está muy interesado en saberlo.

–Algo sobre una reunión –responde el chaval.

–¿Qué clase de reunión? –no entiende Pasha.

–Una reunión de padres –aclara el chaval–. Olvídalo –deja de tomarle el pelo acto seguido–. Estabas llamando a una tal Anna. ¿Quién es Anna? –pregunta.

–Una camarera.

–Je, je –se ríe el chico–. Así que estabas llamando a una camarera. ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

«¿Cuándo comí?», se pregunta Pasha; incluso se queda apoyado sobre un solo pie, como una grulla, quieto, pensándolo. Luego, sin decir palabra, se acaba de poner los tejanos, el jersey, recoge del suelo el anorak, pesado y húmedo como una red de pescar, se lo pone también. «¿Cuándo comí?», vuelve a hacerse la pregunta.

–Vámonos –dice el chaval.

Se pone de pie, coge unas botas de goma de talla de adulto, saca de una de ellas una navaja de grandes dimensiones, de la otra, una linterna, se echa sobre los hombros una cazadora de color verde, sale el primero al pasillo. Pasha tarda en atarse los cordones de las botas, enrolla aprisa el saco de dormir, sale corriendo tras el chaval. Lo encuentra apostado al final del pasillo, mirándole impaciente.

–Son las botas –se excusa Pasha.

–Ajá –responde el chaval–. Apestan, lo sé.

Pasha quiere contestarle algo, pero aquel ya camina adelante, dobla la esquina, así que Pasha decide no seguir con aquella extraña conversación.

Suben a la planta baja. El chaval se gira hacia Pasha.

–¿Quieres que te enseñe a un zapador? –pregunta.

–¿Qué zapador? –no comprende Pasha.

–Uno que está muerto –explica conciso el chaval y sigue caminando.

Llegan a la primera planta. En un rellano de la escalera que conduce a la segunda planta, el chico abre una ventana y se sube al alféizar. A través de la ventana abierta irrumpe enseguida un viento húmedo, seguido por el sonido lejano de unas explosiones y ráfagas de metralleta, que resulta especialmente inquietante en el aire enrarecido de la mañana. Pasha sigue sin moverse porque no entiende dónde están disparando ni dónde está el peligro; no obstante, el chaval le tiende la mano con un gesto tranquilizador.

–Vamos –le anima–, por el gimnasio no podemos salir. Allí está Nina. No nos dejaría.

Pasha se decide y se sube a su vez al alféizar, dejando tras de sí unas marcas negras y densas como sellos impresos sobre un papel. El chico da un paso desde el alféizar directamente a la techumbre de la salida de atrás, pisa los sacos terreros que la protegen a modo de barricada, luego salta dentro de la densa niebla matinal. Pasha lo sigue. A través de la niebla, se enciende cual un fogonazo el bulto verde chillón de la cazadora del chaval. A Pasha le sirve de guía.

Recorren un camino de asfalto rodeando el pabellón del orfanato, llegan al jardín. Las hojas caídas desprenden una luz amarilla en medio de la niebla; cuando uno las pisa, nota su mojada elasticidad, tiene la sensación de que con el siguiente paso se hundirá hasta la cintura, quedará atrapado, cayendo dentro de un agujero o una escotilla abierta. Más tarde el camino desaparece del todo, pero el chaval sabe adónde va, se orienta con seguridad entre los árboles, sortea trozos de envarillado metálico que se asoman entre la hierba, pasa por encima de un poste de hormigón que yace entre los manzanos, esquiva las ramas tensas y mojadas. Pasha empieza a ahogarse enseguida, pero no lo deja ver: no quiere que el chaval se dé cuenta de cómo le cuesta correr por la mañana por entre los manzanos mojados.

–¿Queda mucho todavía? –pregunta, procurando no perder el aliento.

El chaval no responde, sin embargo. O sí responde, pero Pasha no lo oye. De pronto, se topan con una valla metálica. «Como la de un zoo», piensa Pasha. La valla que rodea el colegio donde trabaja es idéntica a esa. El chico encuentra unos barrotes que están doblados, se escurre entre ellos y se desliza al otro lado del manzanar. Pasha hace lo mismo, solo que tarda mucho más: primero intenta pasar entre los barrotes, se queda atascado, entra en pánico, tira hacia atrás, se quita el anorak y solo entonces consigue pasar. No se ve al chaval por ningún lado.

–¡Sasha! –llama Pasha a gritos en medio de la niebla–. ¡Sasha! ¿Dónde estás?

Se quita las gafas, las desempaña, se las vuelve a poner, aunque eso no cambia nada. Se pone el anorak, intenta entrar en calor. Dejó de llover antes de que despuntara el día; la niebla, sin embargo, lo envuelve todo, como si fuese nieve que se hubiese desprendido de las montañas y bajado al valle. Da un paso hacia delante, se detiene. Otro paso. Luego va deambulando en medio de la niebla, hasta toparse con el chico. Este está apostado al borde de un despeñadero, alargando su flaco cuello de adolescente, mira, receloso, algo que hay allí abajo. La niebla en el fondo del despeñadero es igual de densa; sin embargo, a través de unos desgarrones, bajo sus pies, se ve cómo se abre el valle, se vislumbra la hierba marchita, los arbustos mojados en los que la niebla se engancha enroscándose como tela de araña. Y más allá, la niebla extiende de nuevo su manto lechoso, con reflejos de plata opaca, hasta el infinito. Y en medio de aquella sopa de leche sin fin, algo retumba todo el tiempo y se ven unas llamaradas amarillas; restallan hasta la extenuación ráfagas de metralleta, explotan obuses, explotan reiteradamente, mucho más seguido que ayer, pero como no se ve nada, da la sensación de que exploten fuera de esta vida donde estamos nosotros. Desde el fondo del valle llega el olor a humo; el humo se trenza con la niebla como un mechón oscuro con el pelo gris de un muerto, y enseguida vuelve la sensación de miedo y de peligro.

–Ten cuidado –le advierte Pasha–. Aléjate de allí.

–¿Te da miedo? –pregunta el chaval sin volverse. Mira como hechizado hacia el fondo del despeñadero que esconde la niebla.

–¿Dónde estarán bombardeando ahora mismo? –cambia de tema Pasha, disgustado.

–En dirección a la ronda –responde el chaval aguzando el oído–. Y

ahora en la zona de la estación de tren –continúa tras una pausa.

–¿Cómo en la zona de la estación? –se sorprende Pasha–. Si ahí no hay más que mujeres. Ayer estuve allí –aclara.

–¿Fuiste de picos pardos? –se interesa el chaval–. ¿Y cómo van a saber quién hay allí? Quizá piensen que haya militares escondidos, por eso machacan.

–Anda, cómo no van a saberlo –dispara Pasha–. Ayer fueron por allí esos… –intenta encontrar las palabras adecuadas, pero no lo consigue– militares –aclara–. Si yo hablé con ellos.

–Vaya –se burla el chaval–, hablaste con militares…

–Basta, basta –se cabrea Pasha–. ¿Por qué estamos aquí?

–Un momento –pide el chaval–. Espera.

Siguen de pie al borde del precipicio, escuchando la niebla. Pasha es consciente de que allí abajo está la ciudad, con sus miles de edificios, miles de árboles, miles de guaridas y sótanos en los que, ahora mismo, se refugian miles de sus habitantes. Y vete a encontrarlos dentro de aquella niebla, vete a descubrirlos. No se deja notar ni la respiración, ni el latir del corazón, nada. Únicamente está aquella densa niebla que inunda los portales destrozados y las alcantarillas, cuyas tapas deformadas le franquean el paso. «Y nada se puede hacer por ellos –piensa Pasha–. Incluso queriendo evacuarlos a todos, no habría manera de juntarlos en medio de aquel maremágnum.» Solo queda escuchar cómo, alrededor de uno, todo se aniquila y muere.

–Las ocho menos diez –dice de pronto el chaval–. Escucha.

Pasha saca el móvil. En efecto, son las ocho menos diez. Aguza el oído, pero durante un tiempo no oye nada, excepto la estridencia de las ráfagas de ametralladora y las explosiones sordas de los proyectiles de mortero. Sin embargo, muy pronto, desde las profundidades de la niebla, al principio apenas audible y luego cada vez más insistente, empieza a oírse un zumbido metálico seco, unas señales rítmicas y tercas, sin fin ni esperanza.

–¿Qué es eso? –se extraña Pasha.

–Un móvil –explica el chaval.

–¿Qué móvil?

–El del zapador.

–¿Y qué hace un zapador por allí? –intenta comprender Pasha. La señal, mientras tanto, no ceja: al parecer, alguien intenta con insistencia ponerse en contacto con el zapador en cuestión.

–Te cuento –se pone a explicar el chaval–: por ahí está todo lleno de minas. –Señala la niebla con la mano–. Los militares querían evacuar la ciudad con todo el material y mandaron a unos zapadores para reconocer el terreno. Una mina hizo pedazos a uno. Hará unos cinco días. En algún lugar de allí. –Indica con la mano delante de él–. Y siguen llamándole al móvil cada mañana. A las ocho menos diez.

–¿Por qué a las ocho menos diez? –insiste Pasha.

–¿Eres tonto o qué? Justo antes de que comience la primera clase de la mañana.

–¿Y quién lo llama?

–¿Cómo que quién? –se sorprende el chaval–. Su hijo. O la hija. No le habrán dicho que papá ya no está, así que lo sigue llamando como tenían acordado.

–¿Con quién?

–Con su papá. Lo habrían acordado así antes de que este partiera en misión.

Pasha recuerda cómo, cada mañana, se prepara para ir al colegio, recorre el pasillo de la casa, desayuna en la cocina y entonces se pone de tan mal humor al recordarlo como si fuese a él a quien le sonara el teléfono, sin poder atender la llamada.

–¿Y qué clase de señal es esa? –Se refiere a la del móvil del zapador–. Podría haber instalado algún tono un poco más guay.

–Olvídalo –responde el chaval–. Tú tampoco es que tengas la melodía del himno nacional en tu móvil. Aunque podías haberla instalado: eres maestro, funcionario, ¿no?

–¿Por? –no termina de entender Pasha.

–Por la causa de la educación patriótica –se ríe el chaval–. ¿Conoces al menos la letra del himno?

–Oye –vuelve a cambiar de tema Pasha–, habría que recogerlo, ¿no? –Señala la niebla con la cabeza–. ¿Por qué tiene que estar allí tirado?

–¿Eres tonto? –vuelve a sorprenderse el chaval–. ¿Irás pisando minas? Cuando llegue la primavera y se vaya la nieve, lo recogerán.

–Si por aquí no hay nieve –argumenta Pasha.

–No, no hay –asiente el chaval.

Entretanto la señal cesa. Únicamente se oyen las explosiones. Uno se congela al estar parado allí, al viento, tiene la sensación de que la niebla se le mete debajo de la ropa por las bocamangas y los bolsillos.

–Volvamos –dice el chaval, escueto, se gira y se encamina de vuelta hacia el jardín.

*

–Pável Ivánovich, usted prometió ayudar con el agua –le recuerda Nina.

Está apostada en el pasillo, como si los esperara allí expresamente. Lleva enrollado en la cintura un chal de lana. Tiene un aire a la conserje de una residencia. De una residencia de hombres, además. Solo dejaría pasar a una persona ajena por encima de su cadáver. El chaval agacha la cabeza y se escurre hacia el búnker, para meterse dentro de su guarida. Pasha, mientras tanto, se queda, apartando la mirada.

–¿Dónde habéis estado? –interroga Nina. Aunque se esfuerza en hablar en tono severo, su voz suena cansada, como la de una esposa que se pasó la noche esperando al marido que acaba de llegar y a quien debe reñir, pero tiene demasiado sueño para hacerlo.

–En ninguna parte –responde Pasha–. ¿Qué pasa con el agua?

–Vaya a la cocina. –Nina acaba por desistir de echarle la bronca–. Allí esta Valera. Valériy Petróvich. El profesor de Educación Física –se hace un lío al intentar explicar de quién se trata–. Aproveche para desayunar –añade.

Valera, el profe, está sentado en el comedor junto a la salamandra encendida, tomando té y leyendo diarios viejos. Pasha entra, lo saluda brevemente. El comedor es espacioso, semioscuro, frío. La niebla, al otro lado del cristal de la ventana, mira dentro como lo hacen los niños al contemplar un terrario con serpientes. En un rincón, están apiladas ordenadamente las reservas de comestibles: cereales, macarrones, conservas. Sobre los fogones, hierve al fuego una tetera grande y tiznada, parecida al Reichstag destruido por las llamas. Valera, con un movimiento de cabeza, invita a Pasha, que sigue de pie, a que se siente. Está abrigado con una gabardina negra y vieja, aunque bien cuidada. Encima de la mesa, delante de él, hay un gorro con orejeras, como si Valera fuera a desayunárselo. Su pelo, peinado hacia atrás, está sin lavar hace tiempo ya. Su mirada es directa, aunque algo apagada, inerme. Se nota que es un hombre seguro de sí mismo, una persona de principios, solo que en ese momento las circunstancias le son adversas, de modo que cada vez son menos las razones para seguir siendo fiel a sí mismo. Aunque, de lavarse el

pelo, quizá volvería a recuperar la compostura. Aparte, lleva mostacho: recortado y amarillo por el tabaco.

Pasha se sienta, coge una taza con restos de café, piensa en dónde vaciarla; finalmente, desiste y mete en la taza hojas de té negro, las ahoga en agua hirviendo.

–Nina me pidió que trajera agua –informa Pasha.

–Ajá –responde Valera, escéptico. Como diciendo que le trae sin cuidado que se lo pidiera porque él, Valera, no necesita que se lo recuerden.

A Pasha eso lo enerva. Tampoco Nina le provoca simpatía, pero aquel profe de Educación Física directamente le repele. Pasha lo mira a los ojos. Valera no le aguanta la mirada, desvía la suya, sigue sentado, bebiendo té con aire de independencia. Pasha, a su vez, traga su brebaje, se quema el paladar, aparta la taza con un gesto resuelto.

–Vamos –dice mientras se pone de pie.

–Ya voy. –Valera intenta conservar la calma–. Acabo el té y vamos.

–Vamos –no le hace caso Pasha.

«Solo falta que pierda el tiempo esperando a este gilipollas», piensa y se encamina hacia el gimnasio.

Valera, contrariado, recoge el gorro de la mesa y lo sigue. Camina guardando la distancia, mostrando, por así decirlo, su actitud independiente. Por alguna razón, a Pasha, Valera le da rabia. Quizá a causa de su soberbia que no trata de ocultar. Quizá a causa de su debilidad.

En el gimnasio, cogen las botellas vacías. Pasha se cuelga en el hombro una ristra de ellas: unas cuatro de seis litros, por delante, y otras cuatro, por detrás. Valera hace lo mismo, sale el primero al exterior.

Dejan atrás el pabellón, se adentran en el parque. La niebla enseguida envuelve la gabardina negra, el plástico azul de las botellas. Pasha va detrás de Valera, orientándose por el ruido que hacen las botellas vacías al chocar entre sí, haciendo eco. Como un pastor, preocupado no tanto por el rebaño sino por mantenerse a su lado, temeroso de perderse en un aire espeso y compacto. Por último, llegan junto al portón. El profesor de Educación Física saca la llave del bolsillo, abre, desenrolla la cadena. Dejan el portón abierto, siguen andando. El asfalto está destrozado, agujereado en algunos tramos por las minas. La hierba de los márgenes se ha ajado, unas carbonizadas varillas metálicas de construcción yacen a un lado. De repente, por entre la niebla se asoma la marquesina de una parada de bus. Bueno, lo que queda de ella: un murillo negro, calcinado, y un montón de

ladrillos rotos. Sobre el murillo hay una bandera nacional pintada, quemada también. Debajo de los ladrillos se ve un letrero con la palabra «Orfanato», pintada en blanco sobre un fondo azul. Valera hace un alto. Deposita las botellas en el suelo, saca los cigarrillos.

–¿Quieres? –le ofrece uno a Pasha.

–No, gracias.

–La dejaron hecha trizas hace un mes –comenta Valera refiriéndose a la parada–. Ese día Ninka[1] quería ir a la ciudad. Desde entonces no la dejo salir. La llave del portón la tengo yo –advierte.

–Entiendo –dice Pasha. Su voz, sin embargo, suena algo desconfiada.

Valera termina de fumar. Vuelven a coger las botellas y siguen andando. Pronto aparecen unas casas. A través de la niebla se pueden distinguir sus tejados de color gris, con las chimeneas oscuras. Están en el arrabal. Vallas de uralita maltrechas por la metralla, los huecos negros de las ventanas, los troncos de los árboles desmochados por los proyectiles. En el cruce se encuentra el colmado: un edificio de grandes dimensiones de una sola planta con la puerta metálica de entrada. Delante, está el pozo. Envuelto cuidadosamente con mantas y chaquetones viejos, a modo de protección. Llegan junto a él, echan un vistazo alrededor. En medio de la niebla, las casas apenas son visibles, como en una imagen borrosa sobre papel fotográfico. Valera, con gesto acostumbrado, aunque con cautela, despoja el pozo de las mantas y comienza a sacar agua. Pasha sostiene las botellas, el otro vierte en ellas el agua de un cubo. Es incómodo sostenerlas: cada dos por tres se le escurren de las manos; Pasha, de cuando en cuando, se sopla los dedos entumecidos por el frío, sigue sujetando las botellas, intentando evitar que Valera repare en su mano deforme. Terminan de llenar la última botella, vuelven a tapar el pozo con mantas. Se quedan de pie, soplándose las manos en puño. El agua del pozo está helada, corroe la piel, la vuelve tiesa e insensible. Valera intenta, golpeando con el dedo, hacer salir un cigarrillo del paquete, pero los dedos no le obedecen, se queda con uno, pero desparrama el resto del paquete, los cigarrillos caen en el agua negra bajo sus pies, se hunden en el fondo del charco como torpedos. Valera maldice, se guarda el paquete en el bolsillo, coge las botellas. Pasha, a su vez, carga la ristra de las botellas sobre el hombro, se gira para ponerse en marcha, pero choca contra el profe. Este no se mueve del sitio. Tiene la espalda tensa, y, por lo visto, no se debe a la carga. Pasha mira impaciente por encima de su hombro: a unos pasos de ellos, envueltos

en la niebla, hay tres. O tal vez cuatro. Están quietos, no se acercan, así que no hay manera de distinguir quiénes son. Valera deja lentamente las botellas en el suelo.

–Oye, tú –comienza uno. Habla en ruso, remarcando los tacos para resultar más convincente–. Joder, ya te dijimos que de agua, nada.

–¿Es que necesitáis un pozo entero para vosotros solos o qué, joder? –responde Valera siguiéndole el tono.

–¡A saber quién coño eres tú, joder! –interviene otro.

–Vengo del orfanato –explica Valera.

–Me importa un cojón –le responden–. Os hubiéramos tenido que enviar al infierno hace tiempo.

–Pues, si te importa un cojón, ¡hala! –corta Valera, recoge las botellas y avanza en dirección a las voces.

Pasha se precipita detrás de él, camina al abrigo de sus espaldas, acarreando su pesada carga. Los que están allí, envueltos en la niebla, por muy extraño que resulte, les franquean el paso. Pasha, al deslizarse junto a ellos, consigue distinguir el olor a tabaco y a grasa para máquinas. ¿Será que comen la grasa aquella y con el tabaco se frotan el pelo? No consigue distinguir nada más con el olfato. Ni tampoco con la vista. Y cuando ya están lejos, y el colmado junto con el pozo desaparece por completo en la niebla, les llega una voz:

–¡Oye, tú, el del orfanato!

Valera se detiene, se queda quieto. Pasha vuelve a chocar contra él.

–¡Eres una mierda de carne muerta! –gritan desde atrás.

Pero Valera ya se ha desentendido; solo se le oye chapotear en el agua helada de los charcos con sus botas de goma de caña alta.

Caminan en silencio. Dentro del parque, la niebla lo envuelve todo: uno cree estar atravesando un muro, dejando atrás el mundo de los vivos, avanzando a tientas, hasta toparse con algo aterrador. Pasha camina, y oye delante el golpeteo suave de las botellas que se chocan entre sí, y, por lo pronto, cae en la cuenta, para su propia sorpresa, de que hace mucho que no se sentía tan bien y tan tranquilo. ¿Qué significa ese «bien», propiamente dicho? De bien, nada, por supuesto. ¿Qué tendrá de bueno vagar por un parque en el que, lo más probable, durante los últimos meses han enterrado cadáveres, y, con la misma probabilidad, volverán a enterrar otros? Sea como sea, uno se abre paso entre la niebla, camina acarreando agua: un quehacer, en definitiva, que, al menos, tiene algún sentido. Mientras uno

camina, no duda, a sabiendas de que tiene que llevar el agua hasta su destino. Y luego habrá que volver con las botellas vacías para coger más agua todavía.

Valera anda delante, cargado de espaldas. Se oyen sus pasos, su carraspeo. A él no se lo ve, en cambio. Como si fuese un muerto que caminara al costado. Pasha aprieta el paso, lo alcanza.

–¿Los conoces? –le pregunta señalando con la cabeza hacia atrás, aunque Valera no es capaz de ver su gesto.

–Los conozco –responde este, conciso, sin detenerse.

–¿Son vecinos?

–Vecinos –confirma Valera.

–¿Y qué pretenden?

–No pretenden nada, esos.

Valera escupe en el suelo, colérico, descarga las botellas y saca el tabaco. Pasha también deposita, aliviado, las botellas sobre la tierra hinchada de humedad. Nota los hombros cargados. Intenta recobrar el aliento atrapando con la boca la densa niebla.

–Están enfadados todos con Nina –explica–. El verano pasado, cuando comenzó todo, quisieron entregarla en la comandancia. Yo se lo impedí.

–¿Cómo se lo impediste?

–Simplemente lo hice y ya está. Y luego llegó el ejército. Y después comenzó todo eso. –Valera hace un gesto vago con la mano, como si señalara la niebla–. Bueno, vámonos. –Tira la colilla al charco, carga las botellas y reanuda la marcha.

«Es un tío legal –piensa Pasha, mientras coge las botellas–. ¿Por qué le tengo manía?»

*

En el gimnasio, ya lo está esperando el chaval.

–¿Dónde te has metido? –chilla–. Vámonos ya. –En un rincón del suelo está la mochila con sus cosas–. Estoy listo. ¿Cuánto tiempo tengo que esperarte todavía?

–De acuerdo, de acuerdo –le dice Pasha, reconciliador–. Ya nos vamos.

Y en ese momento se le acerca Nina.

–¿Estáis por iros? –pregunta.

–Pues, sí. –Pasha se ajusta las gafas, adoptando enseguida un tono seco,

el que suele emplear al hablar con sus alumnos.

–¿Cómo se van a ir ahora? –se pone nerviosa Nina–. Fíjese cómo bombardean. Esperen al menos hasta la hora de comer. A partir de las doce normalmente paran.

El chaval permanece a su lado, escuchando, receloso, la conversación.

–¿Cómo? –grita impaciente–. Vámonos de una vez.

Pasha vacila, no sabe qué hacer. Por un lado, quiere marcharse de allí cuanto antes, pero por el otro, al recordar lo que le costó llegar hasta la estación el día anterior, se le van las ganas de ponerse en marcha.

–Espera –le dice al chaval–. Deja que llame a tu madre.

–¿Para qué? –no acierta a comprender este.

–Para preguntarle qué tal están en casa, cuál es la situación –explica Pasha.

–Anda yaaa –dice el chaval, decepcionado–. ¿Qué situación va a ser?

Pero Pasha no le hace caso. Se hace a un lado, va al rincón, saca el móvil. El chaval y Nina se quedan a unos pasos de él, esperan, intercambiando de vez en cuando miradas breves. Mientras Nina mira al chaval con preocupación, este la mira con una especie de cabreo, sin disimular lo irritado que está.

Tardan en coger el teléfono, Pasha ya está a punto de cortar la llamada.

–Hola –oye de repente la voz de la hermana. Aunque, hablando en propiedad, más que la voz, oye su grito. Está acostumbrada a gritar. Grita en el trabajo, también en casa. Cree que así se hace entender mejor.

–Sí, Zhenia –dice Pasha–. ¿Estás en casa? ¿Qué tal por allí?

–Sí, estoy en casa –confirma ella a gritos–. Aquí es el acabose. El ejército está intentando romper el cerco. La Estación está petada de gente. Todo el mundo se va. Tienen miedo de que vayan a bombardear la Estación…

–Estoy con Sasha –la interrumpe Pasha–. Me lo quiero llevar a casa.

–¿Con Sasha? –grita, asombrada, la hermana–. ¿Cómo es que estás allí?

–Quiero llevármelo a casa –insiste Pasha. Como la conexión es muy mala, también se pone a gritar.

–¡Ni se te ocurra traerlo! –se indigna, pegando gritos, la hermana–. No hay cómo pasar. Esto está lleno de militares. Que se quede en el orfanato. Allí, al menos, le dan de comer.

–Vive en un búnker –le replica Pasha.

–¿En un búnker? –se azora la hermana–. ¿En un búnker por qué?

–Porque disparan –explica Pasha.

–Pues que siga allí –grita la hermana–. ¡Al menos no pasa hambre!

En ese momento la conexión se corta, pero Pasha no tiene ganas de volver a marcar. ¿Hablar con ella? ¿De qué va a hablar? Está de espaldas a Nina y el chaval, mira, tenso, el aparato negro del teléfono, gana tiempo, hace ver que espera una respuesta.

–Bueno, ¿y qué? –El chaval es el primero en perder la paciencia–. Vamos, coge tus cosas.

–¿Pável Ivánovich? –El tono interrogativo de Nina intenta devolverlo a la realidad.

–Vamos a ver –Pasha se vuelve bruscamente hacia ellos y habla dirigiendo la mirada justo entre uno y otra, es decir, sin mirar a ninguno a los ojos–. A ver. El acceso a la Estación está cerrado, los puestos de control, bloqueados. El ejército se ha ido de aquí. –Señala con la cabeza la ventana–. Esos –vuelve a señalar con la cabeza– están entrando.

–¡Pues nosotros nos vamos también! –lo interrumpe el chaval–. ¿Qué te pasa? ¿Piensas quedarte aquí? ¿Con Valera?

–¡Sasha! –le chilla Nina.

–¡Iros a la mierda! –El chaval se gira furioso, corre hacia el pasillo.

Pasha se queda de pie, sin saber qué hacer, luego se lanza tras el sobrino. Recorre el pasillo, dobla la esquina, corre a lo largo de las aulas, desiertas como las cámaras frigoríficas de un hotel. Llega hasta el final del pasillo, baja los escalones, hace retumbar sus pesadas botas en el suelo de hormigón del búnker. Llega corriendo junto al box, tira de la puerta. El chaval, como era de esperar, la había cerrado desde dentro. Pasha empieza a golpear con la mano en el metal de la puerta. «Ojalá esté bien –se preocupa–, ojalá no ocurra ahora. Ahora no, por favor.» Alertadas por el ruido, del primer box sale corriendo un grupo de chicas. Pasha, empero, está nervioso, preocupado por el chaval, quiere que abra la puerta, así que la sigue aporreando con gran estruendo, y consigue que se desprenda la capa de óxido que lleva diez años sedimentándose en la penumbra del pasillo. «Iros a la mierda –reacciona mentalmente, emulando al chaval, ante la presencia ajena–. Iros todas a la mierda. ¿Por qué teníais que salir de vuestras guaridas? ¿Acaso no habíais visto nunca cómo se discute en las familias numerosas y bien avenidas? ¡Claro! ¿Cómo lo ibais a saber? ¿Acaso habéis visto alguna vez a vuestros progenitores? Quedaos donde estáis, aguardando como unas ratas en la bodega de un barco a que os hagan

salir fumigándoos con veneno. ¿Qué os va a importar una familia normal que intenta llevar una vida normal, eh? ¿Qué sabréis vosotras de una vida normal, en definitiva?», se desgañita Pasha para sus adentros, se gira y de pronto las ve a todas. A las tres. A la mayor, la que tiene doce años, ya la vio el día anterior: fue ella la que acompañó a Nina cuando le llevó el saco de dormir. La reconoce por el pelo que le cae sobre la frente. Y también por la mirada, desconfiada, pertinaz. Desde la noche anterior, el grado de desconfianza que refleja su mirada ha ido en aumento, por lo visto. Y el miedo también. Viste un abrigo de plumón color de rosa desteñido, y esconde las manos en los bolsillos. En los pies, lleva calcetines de punto y unas pantuflas de andar por casa gruesas. Las pantuflas le quedan grandes: según parece, no son suyas. La que asoma tras su hombro aparentemente es menor, de unos diez años; se muestra igual de recelosa y asustada: su pelo claro está recogido en un moño, lleva varios jerséis de chico, puestos uno sobre otro, tejanos desteñidos y zapatillas de deporte gastadas. Sostiene en las manos una taza de plástico con algo caliente dentro: por lo que se ve, no ha querido dejarla en el box al salir corriendo al pasillo. A saber cuándo habría de volver. Y como cualquier líquido caliente tiende a enfriarse, es mejor tenerlo al alcance de la mano, por si acaso. Y está la tercera. Mira desde el otro lado del umbral, sin salir al pasillo. Lleva el pelo muy corto, como si acabara de salir del hospital. Temerosa, sin embargo, de que la devuelvan allí otra vez. La mirada de las tres denota pesadumbre. Las sombras debajo de los ojos son de un oscuro intenso. Al principio, Pasha se extraña, pero luego cae en la cuenta de que las tres van maquilladas. Pintarrajeadas tal como las mujeres adultas de la zona suelen pintarse, de forma llamativa. La extrañeza inicial de Pasha se torna en indulgencia: ¿y qué otras cosas podrían hacer allí, en el búnker? Se pasan el tiempo maquillándose unas a otras para mitigar el miedo. Aunque el miedo persiste. «Y yo les he pegado un buen susto –piensa Pasha–, quién si no.» Mientras las está mirando a ellas y el maquillaje de sus ojos con el que pretenden tapar el miedo, advierte que, en realidad, él no tiene nada que ver: su terror es constante, ha arraigado en ellas profundamente, viven con él todo el tiempo. Y no ha sido Pasha quien se lo ha provocado. Ya vivían asustadas. A sus ojos, allí, en el búnker, Pasha es simplemente otro imbécil como todos a su alrededor, lo mismo que sus progenitores que las han abandonado encerradas como conejos en una jaula: sobrevivid todo lo que podáis. Y como podáis. Permanecen de pie, observando a Pasha, calladas.

A la que lleva el moño se le caen las lágrimas: despacio, diluyen el maquillaje, dejando unos surcos bien claros. Una escena de lo más extraña, allí, en el pasillo de un búnker: Pasha con sus dedos deformes, el chaval encerrado dentro de un refugio antiaéreo escondiéndose del mundo entero, las niñas maquilladas de aquella forma absurda, en plan payasas, a punto de romper a llorar. Parecen unas *clowns* jóvenes que han venido a ver a un *clown* veterano para quejarse de los gajes del oficio. Mientras tanto, el payaso veterano también querría llorar, y si no lo hace es porque le da vergüenza deshacerse en lágrimas delante de unas niñas maquilladas. De modo que se sienta sin más en el suelo de hormigón, apoya la espalda en la puerta de hierro, y con un gesto cansado comienza a frotarse los ojos que le lagrimean a causa del polvo y la desesperación.

Entonces llega Nina. Al ver la escena, no dice nada, enseguida rodea con los brazos a las niñas y se las lleva dentro del box, aunque deja abierta la puerta tras de sí, de modo que Pasha puede oírlo todo. Oye cómo Nina le enjuga las lágrimas a una, cómo las desmaquilla, cómo le da un terrón de azúcar para el té a la otra, cómo les pide que le lleven unas toallitas mojadas. Alude a una hermana suya. A la pequeña, la que muestra más seguridad en sí misma, la que tuvo más éxito en la vida. Cuenta cómo esta siempre acababa por llevar la ropa que sus hermanas mayores, sus amigas y sus primas desechaban por gastada y porque ya les quedaba pequeña. La que Nina desechaba, también. Y cuánta de aquella ropa de segunda mano tenía y lo bien que le quedaba, tan bien que provocaba la envidia de todo el mundo. Incluso las que desechaban aquella ropa también la envidiaban. «Porque –explica Nina– no era cuestión de la ropa en sí, sino del sentido de la propia dignidad.» Y de la ausencia de miedo. Eso último, por supuesto, no lo dice, pero es como Pasha interpreta sus palabras. «Así es –reflexiona Pasha–, tiene toda la razón: no es cuestión de ropa, de lo que viste uno. Y es que todos nosotros aquí, si uno lo piensa bien, vivimos como en un orfanato: abandonados por todos, si bien maquillados. Vestimos lo que nos toca a cada uno. Por otro lado, eso tampoco cambia nada. Uno puede llevar ropa de segunda mano robada y sentirse al mismo tiempo el rey del mundo. Y el que otro tenga un buen anorak no impide que sea un imbécil gordinflón a quien no quiere nadie», piensa Pasha. «¿Y por qué será –sigue enfrascado en sus pensamientos– que nunca hablo con mis alumnos sobre esas cosas? Les hago escribir todos esos dictados absurdos, intento meterles en la cabeza todas esas estructuras gramaticales complejas e incomprensibles, les

enseño las normas de uso que nunca les serán de utilidad. Les enseño a hablar con corrección. Sin embargo, hablar sin más, hablar para que te escuchen y te entiendan, eso no se lo enseño. Y tampoco yo sé hablar de esa manera.»

«Y además –prosigue la reflexión–, ¿cómo consigue Nina que ellas le hagan caso, que dejen de llorar? ¿Por qué las palabras de ella hacen que sus miedos amainen? Tal vez porque tiene una voz queda y calma. Con una voz como esa no se profieren amenazas. Ni siquiera se usa como arma de defensa. Se emplea para decir precisamente que no se debe tener miedo. Lo que ocurre es que aquí todos los demás hablan a gritos. Todo el tiempo. En casa. En la calle. En los lugares públicos. En los espacios de ocio de masas. Pongamos por ejemplo a mi hermana. Sí, a mi hermana.» Pasha recuerda la reciente conversación telefónica con ella y nota un sabor amargo en la boca, como si hubiera chupado una cuchara de metal. Recuerda la última vez que se montó con ella en un tren hace dos inviernos, dos años atrás, antes de que comenzara todo. Resulta que es bastante incómodo viajar cuando tu hermana es azafata de tren. Sobre todo, si se encarga del vagón en el que vas tú. Te pide el billete, luego te trae la ropa de cama, cierra en tus narices la puerta del váter con la excusa de que está fuera de servicio. Bueno, a él no le pidió el billete, desde luego. Aparte, viajó gratis, compartiendo cabina con ella. Pero en lo demás, el viaje resultó eterno y agotador. Ya en el andén de la estación de salida la hermana había empezado a pegar gritos. Y siguió gritándole a quien se le cruzara por el camino durante todo el trayecto: a Pasha, a la azafata del vagón vecino, a la patrulla de la policía ferroviaria, al jefe del tren. Ni que hablar de los pasajeros, que ni siquiera tenían intención de enfrentársele. Más aún, hay quien aprueba esa forma de comportarse. Por lo general, hay personas a las que les gustan las mujeres gritonas. Algunos confunden su histerismo con temperamento. Incluso durante la noche la hermana dejó escapar un par de chillidos como si la sobresaltara su propio silencio. Durmieron sentados, en la litera de abajo: la litera de arriba la había ocupado un pasajero sin billete al que la hermana había colado en el vagón cobrándole bajo mano un dinerillo, aunque contante y sonante. Viajaron así sentados hasta el amanecer, mirando cómo tras la ventanilla, a la luz de las farolas de las estaciones, pasaban volando copos de nieve dorados; de vez en cuando, la hermana, extenuada, se dejaba vencer por el sueño, reclinando la cabeza sobre el hombro blando del hermano. Pasha se esforzaba por estar muy quieto para no interrumpir su

descanso; no obstante, cuando el vagón, de tanto en tanto, daba una sacudida, ella chillaba algo ininteligible en sueños, alarmando al pasajero acatarrado de la litera de arriba. Por la mañana, sin embargo, cuando ya habían cruzado a la orilla derecha del Dniéper y el tren estaba arribando a la estación de Kiiv, Pasha dormía como un tronco, con el cuerpo hecho un ovillo sobre unas mantas; la hermana, que entretanto ya había despertado a todos los señores pasajeros y expulsado al pasillo al habitante acatarrado de la litera de arriba, regresó a la cabina e, inclinándose sobre Pasha, le tocó levemente, a modo fraternal, en el hombro. Y cuando Pasha hubo abierto los ojos y la hubo reconocido, ella dijo: «Eso es».

–Eso es –dice Nina, inclinándose sobre él–. Eso es.

Pasha sacude la cabeza, se pone de pie, veloz.

–Vaya a la cocina –le dice Nina–. Coja algo para el camino. Yo hablaré con él. –Señala la puerta del box.

–Yo –replica Pasha–, hablaré yo.

–Desde luego que hablará con él –asiente Nina–, en algún momento. Tienen todavía mucho tiempo por delante.

Pasha sube las escaleras. Recorre el pasillo.

*

El profesor de Educación Física está sentado junto a la ventana, leyendo un diario. Fuera, la niebla comienza a desintegrarse en trozos, y cuando el trozo de turno se desgaja y el viento se lo lleva, el espacio del comedor se ilumina y es posible llegar al final de la página. Luego sobreviene una nueva masa de viscosa humedad y el profe aparta el diario quedándose a la espera de que la luz vuelva. En ese momento, parece estar reflexionando sobre lo que acaba de leer. Se calienta con las piernas extendidas hacia la salamandra incandescente. Encima de la salamandra, ha colgado su gabardina negra aún totalmente empapada de cuando fueron a buscar agua. La prenda cuelga de una vieja fregona que le hace de perchero: las mangas penden huecas, sin esperanza alguna. Se asemeja a un salteador de caminos crucificado en el año 33 d.C. El gorro de orejeras mojado cuelga al lado. Sobre los fogones, hierve la tetera: a ratos, el profe rebaja con agua hirviendo la mezcla de té bien cargada dentro de su taza. Pasha entra, se queda de pie en el umbral, sin saber si su llegada ha importunado al otro; pero el profe enseguida le hace una seña con la mano para que se siente al

lado del fuego. Pasha se acerca, le sonríe como a un viejo conocido, se acomoda sobre una caja con el fondo vuelto hacia arriba. Los leños crepitan, la niebla extiende su blancura al otro lado de la ventana: puede parecer que ambos hombres se han quedado atrapados por el mal tiempo en algún refugio de montaña y ahora tienen suficiente leña y tiempo para entrar en calor y reponer las fuerzas antes de reanudar la marcha. Lo que no concuerda con esa impresión son las detonaciones que no cesan en algún lugar más allá de la niebla. Y cuando uno vuelve la mirada, se topa con una pila de platos sin lavar amontonados allí desde quién sabe cuándo. Pero si uno hace la vista gorda y no presta oídos a las descargas de la artillería allá en la ciudad, si se concentra en mirar, pongamos, el fuego, se siente reconfortado y protegido. La única presencia inquietante es tal vez la de la gabardina crucificada, su silueta negra allí arriba. La muerte siempre está en algún lugar cerca, acechando.

–¿Quieres té? –pregunta el profe.

Pasha asiente con la cabeza. Coge una taza con la mezcla de té ya helada, vierte dentro el agua hirviendo, rodea la taza con las palmas de las manos: se calienta. El metal se caldea enseguida, le quema las manos, pero Pasha sigue sosteniendo la taza: no quiere soltar ese coágulo de metal caliente. El profe se atusa el mostacho, de forma algo cómica, como un actor de cine, vuelve a invitar a Pasha a que se siente. Este niega con la mano, como diciendo «yo me quedaré de pie y tú habla».

–¿De dónde vienes? –pregunta el profe–. ¿De la Estación?

Su forma de hablar es extraña: si bien utiliza un ruso correcto, sin mezclas, este suena impostado. Así es como hablan en aquella zona los jefes de las cuadrillas mineras, los funcionarios del partido en las reuniones oficiales o los maderos en las comisarías: su manera de hablar es la de las personas con pocos estudios que disertan, sin embargo, sobre grandes asuntos de Estado y, como temen meter la pata, hablan principalmente citando documentos normativos. Pasha está habituado a esa clase de ruso, él mismo sabe hablar de esa manera. Por lo que respecta a Valera, no obstante, aun aquel hablar formulista suyo suena simpático: se trata de ese tipo de lenguaje con el que los generales retirados relatan a sus nietos los hechos heroicos de sus biografías, ya sea con informaciones oficiales del Estado Mayor, o con mentirijillas de cosecha propia.

–De la Estación –dice Pasha–. Vengo de la Estación.

–Yo nací por aquí cerca –declara con satisfacción Valera–. En el barrio

de la clínica de atención primaria para los trabajadores del ferrocarril local. A veinte minutos de aquí caminando a paso rápido en línea recta. Recuerdo cómo construyeron este orfanato. Desde principios hasta mediados de los setenta. Éramos alumnos de la educación secundaria obligatoria. Veníamos por aquí para robar materiales de construcción.

–¿Para qué? –no comprende Pasha.

–No teníamos juguetes –explica el profe.

Viste un jersey grueso gris de cuello alto, pantalón negro de vestir que, por lo visto, se pone para ir a trabajar, por debajo del cual asoma un pantalón de chándal azul que, lo más seguro, también lleva en el trabajo. Se ha quitado las botas de goma y se ha puesto unas chanclas de caucho. «Es una lástima –piensa Pasha– que no tengamos a un profe de Educación Física como este en mi colegio.» En efecto, la profesora de Educación Física de su colegio les había salido rana: aparte de que era gritona (chillaba todo el rato, sin escuchar a nadie), se largó el otoño pasado nada más comenzar el asedio a la ciudad. Pasha, incluso, tuvo que sustituirla en varias ocasiones aunque nada bueno resultó de aquello: él iba a dar clase calzado con sus pesadas botas de invierno. No tenía calzado deportivo. A los de los cursos superiores aquello les ponía de los nervios. Pasha era consciente y al final fue a ver a la directora, le enseñó su mano deforme y le dijo sin tapujos que se iba a quejar formalmente, que no estaba bien que lo obligaran a él, un discapacitado, a dar volteretas en una barra de gimnasia. La directora, asustada, se alarmó. No por Pasha, desde luego, quien arriesgaba su vida, teniendo la mano como la tenía, con aquellas proezas gimnásticas, sino por poner a salvo su culo de directora, ya que Pasha, sin duda, cumpliría su amenaza. «En resumidas cuentas, si tuviésemos a un profe como ese –se lamenta ahora Pasha, quemándose los labios con el agua hirviendo–, daría menos asco entrar en el despacho de profesores.»

–¿Lleva mucho tiempo aquí? –pregunta Pasha.

–Desde que me gradué de la Facultad de Pedagogía –responde–. Soy un veterano de la educación. He sobrevivido a todos los de aquí –se pone menos formal–. Tú ya lo has visto: huyeron todos en desbandada. Ninka es la única que queda. Estoy haciendo el traspaso de mi experiencia profesional a los jóvenes compañeros.

–Entiendo –aprueba Pasha–. Son buenos los niños que tenéis aquí.

–Un contingente de calidad –le da la razón el profe–. Familias en riesgo de exclusión social, elementos criminales, la influencia nociva de la calle.

Padres alcoholizados, condiciones sociales desfavorables. No los quiere nadie, a esos niños. –El profe aparca el lenguaje burocrático–. Los traen aquí como cachorros a una perrera. Descargan la responsabilidad en el colectivo educacional. –Valera vuelve a abrazar el formulismo, por si acaso.

–¿No pensará que en otros centros la situación es mejor? –le replica Pasha–. En cualquier colegio es lo mismo: a nadie le importa nadie. No se sabe ni quién se ocupa de esos niños ni por qué los han traído al mundo.

–Los tienen para tener descendencia –apostilla el profe–. La calidad del proceso educativo, sin embargo, sigue siendo de muy bajo nivel. Nosotros sí que lo tuvimos bien –dice tras pensar un momento–. Cuando, por ejemplo, nos pillaron en los setenta por un delito contra el patrimonio del pueblo.

Pasha lo mira sin entender: ¿de qué patrimonio habla?

–Me refiero a los materiales de construcción –aclara el profe–. Organizaron un juicio público de compañeros. En el salón de actos del almacén de distribución mayorista. Invitaron a los padres, asistieron los profesores, la cúpula local del partido. Y entre todos, nos pusieron de vuelta y media. Sin contemplaciones. Con amenazas, chantaje, propuestas de dictar una condena de máximos. Ya no éramos unos niños, se entiende. Problemas propios de la adolescencia, la difícil adaptación a las exigencias sociales. Y nosotros, sin tener miedo. Es sorprendente: recuerdo ahora mis sensaciones de entonces y sí, para nada teníamos miedo. Sabíamos que nos iríamos de rositas. Después de amenazarnos un rato, nos dejarían en libertad. Porque teníamos detrás a todo un país. Con sus fábricas, sus industrias, sus minas y el programa del partido. Teníamos la seguridad de que nadie nos dejaría en la estacada. Y eso es muy importante. Sobre todo en la adolescencia. ¿Cierto?

–Cierto –asiente Pasha.

–Es lo que digo. –El profe se siente apoyado–. Todos nosotros simplemente fuimos afortunados. Tuvimos un buen país, una buena infancia.

–¿Y los juguetes? –le recuerda Pasha.

–Juguetes no había –acepta el profe–. Pero país, sí. Un país como tiene que ser. No de los peores. Al menos, educaba a los críos. A mí, sin ir más lejos, me dieron educación. Y yo no tenía miedo a nada. Me crie aquí. Regresé después de graduarme de la Facultad de Pedagogía –hace memoria el profe–. Ahora estoy trasmitiendo mi experiencia a compañeros jóvenes.

Yo, para que sepas, no me iré de aquí a ninguna parte. Porque me educaron así. En aquel otro país. Por eso todos se largaron y yo me quedé.

–Nina también se ha quedado –le recuerda Pasha.

–Es verdad –dice el profe, pero sigue con su rollo–. ¿Por qué crees que me quedé y no me largué? Porque no tengo nada que temer. Nunca me meto donde no me llaman. Simplemente hago mi trabajo. ¿Qué tengo que temer? ¿Estás de acuerdo?

Pasha asiente con la cabeza en silencio. Está claro que está de acuerdo. No hay duda. Si él, Pasha, es igual. Como el otro, siempre ha hecho su trabajo, no se ha ido corriendo a ninguna parte. «¿Qué tengo que temer? –se pregunta Pasha–. No tengo nada que temer, no soy culpable de nada –se responde–. No he pedido que nadie venga aquí, no he expulsado a nadie. Simplemente hago mi trabajo. Simplemente enseño a los niños a escribir con corrección. En mi opinión, es una ocupación más importante que montar guardia en los puestos de control. Los puestos de control los desmontarán, en cambio las normas de la gramática seguirán existiendo. Así que no se me puede reprochar nada. Y a él tampoco –piensa Pasha en el profe–. Es un buen tío, al fin y al cabo, sencillo y nada pretencioso. Todos se largaron y él se quedó. Y seguirá aquí, no cabe duda. Es verdad que los sobrevivirá a todos. Vivirá eternamente. Me caen bien personas como él.» Desde luego, Pasha se ha puesto sentimental. El té caliente y el fuego acogedor de la estufa han hecho mella en él. Hace mucho que no se sentía tan sosegado, tan en paz.

Entra Nina, que se ha envuelto el cuerpo friolero con una manta. Mete su nariz afilada en los platos y las tazas, cuenta las conservas, luego se acerca a la salamandra, extiende las manos, se calienta las palmas enrojecidas. Valera se percata de su presencia, pero no le hace caso especialmente, como si ella no estuviera allí. Ella tampoco se hace oír, parece que ni siquiera presta atención a lo que están hablando: piensa en sus cosas y se calienta las manos. Cuando Valera para de hablar, los estampidos y el restallar de la metralla allí fuera se hacen notar con más nitidez, lo cual de inmediato perturba la paz, como cuando uno abre la puerta del compartimiento caliente y adormilado al pasillo bullicioso del vagón. Así que Valera se apresura a continuar:

–Y lo más importante: ¿quién asumirá la responsabilidad de todo esto? –Señala con la mano alrededor–. Nadie. Ya verás, no habrá culpables.

–Nos harán culpables a nosotros –aventura Pasha.

–Qué va –replica con seguridad el profe–. Tienen que responder por ello los que lo empezaron. Ya me gustaría ver cómo intentarán escurrir el bulto. Me da curiosidad –repite– cómo harán para escurrir el bulto.

–No será la primera vez –aviva la conversación Pasha.

–Cierto– asiente el profe sacando de un bolsillo de la gabardina el paquete de tabaco, se inclina bruscamente sobre la salamandra, enciende el cigarrillo con su fuego y por poco no se quema las pestañas–. Aunque quizá tengas razón. Está claro que intentarán echarnos todos los muertos a nosotros, a los que nos hemos quedado aquí. Es lo que va a pasar, ya lo creo. ¡Y una mierda van a hacer de mí un cabeza de turco! –se sulfura Valera y todo su vocabulario letal propio del boletín oficial queda fuera de juego–. ¡Y una mierda! ¡No tengo nada que ver con todo eso! ¡Ni ellos tampoco! –Señala con el dedo algún punto detrás de Pasha. Pasha incluso se vuelve, aunque allí, entre la penumbra del pasillo y las paredes del comedor pintadas de azul, no hay nadie, por supuesto. Lo que sí está claro es que el profe se refiere a los pupilos, tanto a los que huyeron como a los que se quedan en el orfanato–. Ellos tampoco tienen nada que ver. Me dan lástima, créeme, Pasha.

–Te creo –le cree Pasha.

–Sí –se pone de acuerdo consigo mismo el profe–, me dan lástima. Han nacido en un país equivocado y en una época equivocada. Nosotros somos otra cosa. Tenemos cosas buenas que recordar. –El profe suelta una risa ciertamente liviana y bonachona, contagiando a Pasha, que comienza a sonreír–. Teníamos un país de verdad, no había que tener miedo. Siempre recuerdo mi infancia con una sonrisa, en serio, créeme.

–Te creo –corrobora Pasha.

–¿Y tú? –le pregunta con reparo a Pasha.

–Y yo –confiesa Pasha–. Yo también la recuerdo con una sonrisa.

–¿Y tú, Nina? –le hace caso finalmente a la directora–. ¿Tú te acuerdas de tu infancia con una sonrisa?

Nina mira el fuego sin decir palabra, como si no hubiese oído la pregunta. Luego contesta:

–No –responde–. No la recuerdo de esa manera –responde–. De mi infancia solo recuerdo la sensación de hambre.

–Bueno, todos pasábamos apuros… –disiente el profe.

Pero Nina lo interrumpe con una intervención breve:

–Todos, no –dice–. Todos, para nada. Yo sí que vivía apurada. No tenía

nada que comer. Lo mismo que mi madre. Aunque su infancia coincide con la época en que robabais materiales de construcción. Le habrá contado la historia, ¿verdad? –se dirige a Pasha.

–Me la ha contado –reconoce turbado Pasha.

–Uf –suelta el profe, contrariado, pero calla.

–No diga «uf» –Nina continúa hablando de forma calmada e inexpresiva, como si estuviera confesando pecados mortales y supiera de antemano lo que la aguarda–. Nadie murió de hambre, desde luego, según se puede ver, pero de mi infancia, como usted dice, no logro recordar nada bueno. ¿Sabe, Valériy Petróvich, cómo me decían en el colegio? A usted, como profesor de Educación Física, le hará gracia. Me llamaban Deportista.

–¿Por qué? –se sorprende Pasha.

–Porque todo el tiempo iba calzada con unas deportivas. En verano y en invierno también. Me las había dado algún vecino. Yo era huérfana de padre, y a lo que se dedicaba mi madre para vivir no hace falta que lo diga. Pero aquello a lo que se dedicaba no era lucrativo. Ella, dicho sea de paso, tampoco había tenido padre. También ella durante toda su vida había llevado ropa ajena. Y tampoco recordaba nada bueno de su infancia. Ni de ese país al que se refiere usted, tampoco. Y si ustedes no tenían miedo de nada, no era porque vivieran en ese país tan maravilloso, sino porque tenían a alguien que todo el tiempo les cubría las espaldas: si no eran sus padres, entonces estaba el comité regional de las juventudes comunistas. A mí, en cambio, nadie me cubría las espaldas. Y a ellos tampoco se las va a cubrir nadie. –Señala detrás de ella con la mano las paredes pintadas de azul–. Excepto usted y yo. Eso, sin embargo, no significa necesariamente que tengan que tener miedo. No tienen por qué tener miedo. De lo contrario, toda nuestra experiencia y nuestros conocimientos de adulto no valen un duro. No valen un duro.

Nina se calla. Pasha y el profe callan también, perplejos: no tienen nada que objetar, carecen de argumentos. Solo se oye el restallar seco de los leños en la salamandra, y de nuevo suenan nítidas las explosiones dentro del revoltijo de la niebla.

–Y otra cosa –añade Nina–. Usted, Valériy Petróvich, dice que no tiene nada que ver con lo que está pasando. ¿Cuándo fue la última vez que fue usted a votar?

–Yo, Nina, no voto –declara el profe con desafío.

–¿Y el nombre del diputado de nuestra circunscripción tampoco lo

sabe?

–No tengo ni idea.

–¿Y en qué bando está ahora combatiendo ni se lo imagina?

–No –se sincera Valera. A Pasha, la conversación le está resultando, de momento, amena.

–Entonces, ¿en qué se basa para acusar a alguien? –pregunta Nina–. ¿Qué derecho tiene, en general, de recriminar algo a alguien? ¿Sabe lo que les pasa por la cabeza a los padres de sus alumnos? ¿Sabe dónde están esos padres ahora? ¿A qué se dedican? ¿A quién de ellos han enterrado este último año? ¿O lo único importante para usted es que sus alumnos cumplan con las pruebas programadas?

–¿Qué tienen que ver las pruebas con todo eso? –dice Valera algo confundido.

–Sí tienen que ver –afirma Nina sin dar más explicaciones–. Tiene la costumbre de recordar lo bien, tranquilo y despreocupado que ha vivido. ¿Por qué entonces ahora tiene miedo?

–No tengo miedo.

–Sí lo tiene. Quizá no tenga miedo de los bombardeos, pero tiene miedo de llamar las cosas por su nombre. Y a ellos –Nina señala un punto a sus espaldas– también tiene miedo de decirles la verdad. Porque no es tan sencillo como recordar una infancia feliz.

–Valériy Petróvich se refiere a otra cosa –intenta meter baza Pasha, pero Nina, con una voz calmada pero firme, lo interrumpe.

–Se refiere a eso, a eso mismo se refiere: al miedo y la irresponsabilidad. Usted, por ejemplo, Pável Ivánovich, ¿habla de la guerra con sus alumnos?

–Soy profesor de Lengua –se excusa Pasha.

–¿Usted es consciente de que los padres de la mitad de sus alumnos están en la guerra? ¿Se lo imagina, al menos?

–Bueno… –vacila Pasha.

–¿Y se da cuenta de que la mitad de ellos combate contra usted? Contra nosotros –se corrige ella sobre la marcha.

–Nadie combate contra mí –replica Pasha secamente al percibir que la conversación ha ido tomando un curso que le desagrada–. Yo no estoy en el bando de nadie.

–Y cuando disparan contra su sobrino, ¿también permanece neutral? ¿Mientras caen los obuses sobre el orfanato donde él reside? ¿Contra quién

combaten entonces? ¿Contra mí?

–Yo no sé quién dispara.

–¿De verdad? –se sorprende Nina sin perder la calma–. Yo sí lo sé. ¿Quiere que se lo cuente? ¿Sabe adónde dan las ventanas de nuestro gimnasio? Valériy Petróvich lo sabe, es profesor de Educación Física.

–No lo sé –dice este con el mismo tono seco que ha empleado Pasha.

–Pues yo sí lo sé –insiste Nina–. Dan al sur. Y el obús que cayó aquí lo dispararon desde el sur. ¿Y qué es lo que tenemos al sur? Valériy Petróvich, ¿qué es lo que tenemos al sur?

–No lo sé –responde el profe con irritación.

–Sí lo sabe, lo sabe todo. Al sur está la frontera. La frontera nacional. La antigua frontera nacional –se corrige Nina–. Y es desde allí desde donde nos dispararon. ¿Qué tiene de incomprensible? ¿Qué secreto tiene para no darse cuenta? Y si usted evita confesárselo a sí mismo, ¿quién tiene la culpa entonces?

–Desde el otro lado también disparan –enseña los dientes Valera.

–Disparan –acepta Nina–. Solo que usted de eso tampoco habla. Como si no fuera con usted. Aunque hace tiempo debía haberse preguntado de qué lado está. Se ha acostumbrado a pasar la vida escondiéndose. Se ha acostumbrado a que alguien decida por usted, a que lo solucione todo por usted. Pues no va a colar. Esta vez, no. Porque lo ha visto todo y estaba al tanto de todo. Pero ha preferido callar y no tomar partido. No lo van a llevar a juicio por eso, desde luego, pero tampoco cuente con que las futuras generaciones honren su memoria. En definitiva –concluye Nina y se pone de pie con decisión–, no se haga ilusiones: todo el mundo tendrá que asumir sus responsabilidades. Y peor lo pasarán aquellos que no estén acostumbrados a responsabilizarse. Estoy haciendo la comida, Valériy Petróvich, podría usted ayudarme. Pável Ivánovich –se gira hacia Pasha–, usted podría quedarse a comer. Aunque Sasha lo está esperando: si lo prefiere, puede marcharse. Solo que llévese algo para el camino.

Pasha le da las gracias, con timidez; mete en los bolsillos varias latas de conservas y sale en silencio.

El chaval está sentado en el pasillo, con la espalda apoyada en la pared. Al ver a Pasha, se pone de pie. Sin decir palabra, se encamina a través del pasillo hacia la salida. Lleva su cazadora verde de otoño, fuera de temporada, unos tejanos negros, una mochila de piel y el bate de béisbol en las manos. Calza unas deportivas.

Pasan delante del pabellón. Por una de las ventanas asoma la gabardina negra del profe. Uno podría llegar a pensar, incluso, que es Valera quien agita la mano a modo de despedida. Aunque no se le ve la cara al profe. La mano, tampoco. Como si la ropa aún permaneciera cuando la persona ya no está.

*

Son las dos del mediodía, la niebla va bajando, se extiende a lo largo de las calles, se espesa y envuelve los árboles, desciende lentamente hacia el valle, en dirección a la ciudad. Se acercan al portón, saltan la valla y se adentran en el parque. El chaval sortea con seguridad las hojas caídas apiladas en montículos. Pasha intenta no quedarse atrás. No se hablan. El aire húmedo hace resonar sus pasos como si alguien clavara clavos en el tronco de un árbol. A la salida del parque, Pasha se detiene, el chaval lo advierte, aminora el paso. Pero no dice nada, espera que sea Pasha quien empiece a hablar primero.

–Tenemos que buscar la ronda –sugiere Pasha–: a través de la ciudad no podremos pasar.

–Ah, claro –dice el chaval, algo altivo.

–¿Sabes dónde queda la ronda?

–Lo sé –responde el chaval de mala gana: por lo visto aún no ha decidido cómo comportarse con Pasha.

–Sasha –le pide este–, deberíamos salir de aquí antes de que oscurezca. ¿Estamos?

El chaval cavila si tiene sentido seguir enfadado. El viento cambia de dirección arrancando girones de niebla del valle. El aire al instante empieza a tener un olor dulzón a quemado. Sabe a metal y a perro mojado. Pasha, asqueado, se estremece; el chaval entra en tensión y aprieta con más fuerza el bate.

–Vale –dice–. Tenemos que atravesar aquel barrio de allí, después habrá un cruce. Es mejor desviarnos antes porque allí había un puesto de control. Tomaremos un atajo, conozco el camino.

Pasha no se mueve, ponderando lo que acaba de escuchar. Un rumor de árboles empieza a oírse encima de sus cabezas. Pasha alza la cabeza. Percibe algo extraño. Finalmente, cae en la cuenta: están los árboles, está la niebla y más allá, en las alturas, está el cielo. Pero no hay aves.

Avanzan deprisa por el camino que serpentea. Dejan atrás trozos calcinados de hormigón armado, la parada de autobús destruida. El colmado, el pozo. Comienza la calle. Larga, infinita, densamente edificada. Casas de ladrillo, garajes, pérgolas. La uralita agujereada por la metralla. El arrabal. A ambos lados se extienden las tuberías de un gasoducto. Un tramo de tubería está partido y retorcido. Por lo visto, allí no hay suministro de gas. De electricidad, tampoco. Ni tampoco se ve a gente. En absoluto. A nadie. Solo los árboles se golpean unos a otros allí arriba con sus ramas desnudas. Y una cancilla de hierro chirría en alguna parte. En cambio, abajo, en el valle, donde está la ciudad, que se va quedando atrás, todo acaba de comenzar. Tal vez han terminado de comer y todo el mundo retoma el trabajo con nuevos bríos. Las explosiones aumentan de intensidad, empiezan a golpear ya muy cerca, allí mismo, dentro de aquella niebla. Pasha y el chaval aprietan el paso. Van deprisa, corren casi. Pero cuanto más rápido caminan, más miedo tienen, como si alguien los persiguiera por aquella calle muerta. Pasha comienza a creer incluso que alguien realmente sigue sus pasos, uno por uno, pisándoles los talones. «Tengo que calmarme –se dice a sí mismo–, allí no hay nadie.» Sin embargo, mira atrás a cada rato, intentando avistar algo en la niebla, que lo vuelve todo invisible y sospechoso. De pronto advierte que allí en efecto hay alguien, alguien que se mueve: se oye su respiración dificultosa. Durante un rato, Pasha procura no pensar en ello. Se limita a acelerar el paso, pero el chaval repara en su rostro desencajado por el miedo y advierte que algo va mal, que algo ocurre.

–¿Pasa algo? –pregunta el chaval.

–Todo bien –intenta disimular Pasha, pero involuntariamente vuelve a mirar atrás.

El chaval intercepta su mirada y también se vuelve. Lo cierto es que parece que ambos están huyendo, pero ¿adónde? Se detienen, escudriñan la niebla con la mirada, esperan. Un segundo, dos, tres. Les entra frío y con él, un miedo especialmente intenso. Allí sin duda hay alguien, alguien que está quieto, oliéndolos. Solo que no se ve a nadie tras aquellos jirones de niebla. Entonces, Pasha se pone en cuclillas. Y avista unos perros. Una decena, o quizá más. Unos perros callejeros, escuálidos, abandonados por todos. Están a varios metros, estirando sus cuellos flacos y mojados hacia ellos, aguzando el oído. El chaval también se pone en cuclillas. Los ve. Los perros se muestran precavidos, en estado de alerta. Sin embargo, no se los

ve asustados en absoluto. Se nota enseguida quién es allí el forastero y quién está en casa. Aunque su mirada es ceñuda, torva, no se dejan oír, aguardan.

–Vámonos –dice con un hilo de voz Pasha–. Déjalos estar.

Se ponen en pie, caminan, intentando disimular el pánico, evitando echarse a correr. El primero en impacientarse es Pasha: se vuelve hacia atrás, otra vez se pone en cuclillas. Los perros, que los siguen, se quedan quietos al instante, manteniendo la distancia. Pasha se pone de pie, da un paso hacia ellos: los perros retroceden de mala gana. Pero tan pronto como él se vuelve para seguir adelante, van detrás de inmediato.

–No les hagas caso –le aconseja el chaval–. Notan que les tienes miedo.

–No les tengo miedo.

–Anda ya –dice en voz baja el chaval–. Incluso yo noto que les tienes miedo. Yo también les tengo miedo. Vete a saber con qué se alimentan esos por aquí. Tú camina tranquilo.

Continúan caminando, cada vez más deprisa, cada vez más nerviosos, y poco les falta para volver a echar a correr. Son conscientes, sin embargo, de que tienen que evitarlo como sea, porque, de lo contrario, será una señal, un acicate para sus perseguidores. Pasha suda por la tensión; intenta idear algo, febril; nota, presa de los nervios, cómo un nudo se le forma en la garganta a causa del pánico. «¿Qué hago trayendo al chico conmigo? –piensa–. ¿Cómo podré protegerlo ahora?» El chaval, entretanto, muestra sentirse más seguro. Aunque solo sea porque lleva el bate. No obstante, los dedos con los que lo agarra están totalmente blancos. Aunque es posible que sea por el frío. Pasha repara en unos trozos de ladrillo tirados en el suelo. «Ya basta –reflexiona–. Hay que hacer algo, no tiene sentido seguir huyendo.» Cuando ya está a punto de hacerse con un trozo de ladrillo, el chaval llama su atención diciendo en voz baja aunque con claridad:

–Mira a tu izquierda.

Pasha mira y ve una cancela abierta, pintada de verde, que sirve de entrada a un patio. Cuando quiere darse cuenta, el chaval le coge de la manga y tira de él en dirección a la cancela. Pasha pisa pesadamente con sus botas el asfalto mojado, corriendo tras el chaval. Los perros, como era de esperar, salen a la carrera en pos de ellos, haciendo resonar los alrededores con sus ladridos, articulados por una decena de gargantas roncas y hambrientas, aullando contra el mundo entero, frenéticos y desesperados; se lanzan en su persecución hincando los dientes en la

densidad del aire. El chaval entra corriendo en el patio, Pasha lo sigue. «Ojalá se cierre –piensa en la cancela–. Ojalá se cierre.» Tira de la cancela desde dentro del patio. Esta por un instante –tan solo por un instante– se atranca, se bloquea, pero luego cede y se cierra con un chasquido. El perro que se encuentra más cerca, el jefe de la manada, se abalanza sobre ella con las patas delanteras, pero a Pasha le da tiempo de atrancarla desde dentro, y ahora, por mucho que intenten irrumpir, están a salvo. Los perros se dan cuenta, acometen, decepcionados, la cancela con sus hocicos, rugen, ladran su decepción, tratan de deslizarse por debajo de la verja metálica.

–Deprisa –grita el chaval y se adentra en el patio.

Pasha lo sigue. El patio está asfaltado; sobre el asfalto, una rueda de camión dejó un rastro de barro rojizo, al parecer, habían estado vaciando la casa. De pertenencias propias o ajenas. El candado de la puerta de la entrada a la casa está forzado aunque la puerta está cerrada. Justo detrás de la casa está el garaje, con las puertas abiertas de par en par. Dentro hay cajas de cartón vacías desparramadas por el suelo, herramientas y quincalla. Tras el garaje hay una ducha de verano al aire libre; el depósito de agua se derrumbó dentro de un parterre húmedo y oscurecido. Más allá está la verja, y después, la ciudad. El chaval empuja otra cancela, una interior, que está torcida, y corre por un sendero hinchado de humedad. Pasha nota cómo la tierra se le pega a las suelas de las botas, haciéndolas más pesadas, impidiéndole correr.

No obstante, tienen que correr. Lo hacen a través de un huerto de tierra negra que se quedó sin cosechar, entre los tallos de maíz mojados, entre las hortalizas gruesas, podridas hasta la raíz. Van a parar a un claro de hierba calcinada. El chaval es el primero en llegar; se detiene en seco, pasmado y temeroso. Pasha llega corriendo detrás, y su mirada tropieza en el acto con un revoltijo sangriento en medio de la hierba quemada: jirones de piel de vaca, huesos, tendones revueltos con tierra. «Estuvieron sacrificando reses –acierta a comprender Pasha–, luego ahumaron la carne.» El chaval no es capaz de moverse de sitio.

–¡No mires! –le grita Pasha–. ¡No mires!

Y le tapa la vista con la mano. El chaval, sorprendentemente, se deja hacer, no se resiste, no dice nada, permite que lo arrastre lejos de aquel montón de vísceras podridas, se detiene varias veces al enredarse en la hierba espesa, luego se quita de los ojos la mano de Pasha, sigue corriendo sin mirar atrás ni soltar el aire. «Aquella vez fue de la misma manera –

recuerda Pasha–, igual que ahora: el sobrino, pálido y decaído tras un ataque, y la doctora, de pie ante él, con los ojos llorosos y sin saber qué decir. Es mejor no recordarlo.»

Llegan a una pista de tierra, fuera de la ciudad, despachurrada por las orugas de los tanques. Mientras sortean los profundos surcos, el barro se adhiere con su pesada viscosidad a las suelas de las botas; corren a través de un pasto mojado hacia la antigua granja: dos vaquerizas ruinosas, bloques de hormigón sobre la hierba. Al lado se yergue una torre de agua, oxidada, con un cielo bajo de color plateado por encima que asoma entre la niebla. La puerta de una de las vaquerizas está echada abajo. La construcción en sí se asemeja al esqueleto de algún animal grande, eso es, de un bovino: las paredes blanqueadas por la lluvia, las vigas hundidas bajo el peso de la nieve, el resto hace tiempo que fue saqueado y transportado a las madrigueras y a las casas, no queda ni una sola ventana, ni una sola puerta, no hay más que agujeros negros y corrientes de aire frío. Entran corriendo dentro. En un rincón, hay dos nidos grandes hechos con paja. Al parecer, alguien buscó refugio allí. No se ven casquillos de bala por ninguna parte, eso quiere decir que no estuvieron disparando, sino que simplemente se habían guarecido. Lo más seguro es que fueran unos heridos: la paja se ve oscurecida por la sangre absorbida, en el suelo de tierra yacen, aplastadas, ampollas vacías, jeringas de un solo uso, vendas desechas por la humedad. Un olor penetrante a orina y tierra mojada se percibe en el ambiente. Pasha se acerca al vano de una ventana rota, intenta distinguir algo a través de la niebla. Pronto empezará a oscurecer. La niebla centellea y se asienta bajo la llovizna. Tras la cortina de lluvia negrean los tejados del arrabal, altos árboles, hileras de maizales. Y más allá, hacia la derecha, la línea del horizonte se quiebra hacia el valle, donde se encuentra la ciudad. Desde donde están, no se ve la ciudad, pero sí las altas columnas de humo negro que se elevan sobre ella. Vienen elevándose desde ayer, como si la tierra se abriera por una irrupción y dejara escapar lo más infame, y nadie supiera cómo ponerle barreras porque tampoco sabe cómo pudo suceder que la tierra se abriera y dejara escapar toda aquella negrura que se esparce ahora por el cielo de enero tapando todos los orificios y las aberturas. «¿Quién va a apagar esa humareda?», se pregunta Pasha. Arderá hasta que todo quede reducido a cenizas como si de una ciudad medieval se tratara: casa tras casa, calle tras calle, en unos días se habrá quemado la urbe entera.

–Están ardiendo los depósitos –dice el chaval.

–¿Qué depósitos? –no se entera Pasha.

–Los de la empresa ferroviaria –explica el chaval–. Allí, ¿lo ves?

Señala un punto a través de la lluvia. Pasha aguza la vista: tras la lluvia y los maizales se puede distinguir una humareda gris que la lluvia reprime con severidad haciendo que fluya pesadamente hacia abajo sin poder elevarse.

–¿Te imaginas la de cosas que se quemarán allí? –comenta el chaval con cierta fascinación.

–Me lo imagino –responde a eso Pasha–. Descansemos. ¿Tienes hambre?

–No –contesta el chaval–. Después de ver aquellas tripas se me ha ido el hambre.

–Esa Nina –cambia de tema Pasha tras un silencio– es tan brusca.

–Ella es legal –disiente el chaval.

–¿Por qué da lecciones a todo el mundo? Parece que está en un colegio.

–Es que lo está –le recuerda el chaval–. ¿Cómo tiene que ser si no? Siempre habla de esa forma. Es por eso por lo que no cae bien. Porque da lecciones a todo el mundo –puntualiza.

–A mí no hace falta que nadie me dé lecciones –se ofende Pasha–. Yo solo me aclaro.

–¿Y te has aclarado ya del todo? –pregunta el chaval.

Pasha calla. Recuerda a Nina y se enfada consigo mismo: ¿por qué no le contestó, por qué se quedó callado?

–Parece que a ella nadie le da lástima.

–¿Y quién debería darle lástima? –se interesa el chaval–. ¿El profe? ¿O tú tal vez?

–Bueno, ¿yo qué tengo que ver? –Pasha se esfuerza por hablar de una forma más sencilla–. Es que no se puede inculpar a todo el mundo. Todos somos diferentes.

–¿De verdad? –replica el chaval–. Y a mí me parece que todos sois iguales. ¿Sabes cómo intentaron quitar la bandera? ¿En el orfanato?

–¿Cómo? –no termina de entender Pasha.

–O sea, ellos quisieron quitarla y Nina intentaba impedirlo. Mientras, el resto se quedó mirando sin hacer nada.

–¿Y qué? –sigue en la inopia Pasha.

–Bueno, los que querían quitarla eran solo dos. Y estaba Nina sola. Y el resto simplemente mirando. Sin hacer nada. Eran unos cien los que miraban

sin mover un dedo. Todos iguales. Ninguno me da lástima.

–Vale –responde a eso Pasha–. Anda, vámonos.

–Vámonos –asiente el chaval.

Salen bajo la lluvia. Caminan encogidos, con los cuerpos transidos de frío, se hunden en el lodo. Detrás de la granja se extiende un descampado; más allá se distingue una zona forestal. Se encaminan hacia ella. Han perdido la noción del tiempo. Desde que han reanudado la marcha les cuesta avanzar, la dificultad del avance no disminuye ni aumenta. Mueven los pies mecánicamente, pesados a causa del fango que se les pega al calzado, esconden las manos heladas en los bolsillos. El chaval lo hace por turnos: mientras calienta una mano, la otra, con la que carga el bate, se le empieza a congelar. Llegan arrastrando los pies a la zona forestal. Pasha se abre paso a través de las ramas pinchudas, el chaval lo sigue. Van a parar a un terreno descubierto. Justo delante de ellos se abre una quebrada honda, una especie de barranco relleno de niebla como una almohada de plumón. Da la impresión de que es el lugar donde se concentra toda la niebla de la zona que se ha ocultado allí por un tiempo.

–¿Damos un rodeo? –pregunta Pasha.

–Imposible –razona el chaval–. Serían un par de kilómetros lo menos.

Están parados y miran hacia abajo con recelo. La hondonada es amplia. No se vislumbra el fondo. Tan solo el horror blanco rebosa a veces el borde del precipicio, se les acerca a los pies. Si uno diera un paso adelante, iría a parar *al más allá*. Aunque tampoco tiene uno ganas de dar un rodeo.

–¿Vamos? –Pasha da varios pasos hacia delante.

El chaval lo coge de la mano, le sigue los pasos. El terreno se inclina, Pasha resbala y mientras se va deslizando cuesta abajo, agarra con la mano libre los tallos espinosos de las zarzas y el escaramujo, se pincha, la mano le sangra, pero no hay tiempo para enjugar la sangre: tiene que sujetarse fuerte para evitar escurrirse directamente al infierno. Pasha se enfada, pero calla para disimular: no quiere alarmar al chaval. Tira de él, notando el calor de su mano. Es casi imposible ya distinguir al chaval en medio de la niebla, aunque está allí mismo, a su lado: se oye su respiración, el roce de sus deportivas contra el suelo, pero a él no se le ve. «Con cuidado, con cuidado –no para de advertirle Pasha–, mira por dónde pisas.» ¿Mirar para qué, empero, si no se ve nada? Se aferran el uno al otro, se agarran con las manos a la hierba mojada, a las zarzas, despellejándose las palmas, se hunden hasta la rodilla en la nieve que cayó en diciembre del año pasado.

Allí abajo hace más frío, la nieve no se derrite. Pasha posa la mano desgarrada con los dedos entumecidos en su superficie helada, dejando que esta absorba la sangre que se le desliza por la muñeca. El chaval se deja caer en la nieve boca arriba y suelta la mochila a su lado. Se queda tendido, intentando recobrar el aliento. Pasha coge un puñado de nieve, áspera al tacto, se la lleva a la boca.

–¿Sabe bien? –pregunta el chaval.

–Está fría –responde Pasha.

–No te vayas a constipar –le previene el chaval. Es probablemente la primera vez que le habla sin enfadarse, su tono de voz denota incluso cierta preocupación. Al menos es lo que Pasha cree haber percibido.

Subir por el otro lado es todavía más difícil. Pero no cejan, van trepando. Pasha va delante. Se ha colgado la mochila del chaval sobre el pecho, tira a este de la mano. El chaval se esfuerza, no se queda atrás. Aunque su cansancio es visible. Lo peor de todo es que no se ve cuánto les queda todavía por subir. Trepan y trepan, se agarran a la hierba tiesa, a las raíces de los cerezos. Y cuando ya no les quedan más fuerzas ni la seguridad de que avanzan en la dirección correcta, cuando el chaval no hace más que colgar de Pasha en forma de un lastre pesado y cálido, cuando la mano lastimada de este comienza a entumecerse y ya no la siente, entonces Pasha agarra de pronto una rama de cerezo y se da cuenta de que está en el límite, en el otro límite de la quebrada, en la orilla contraria del río de los muertos. Tira del chaval, lo ayuda a rebosar el borde, trepa detrás. Se dejan caer en la hierba, jadeantes, tardan un buen rato antes de entablar conversación.

–¿Y ahora qué? –pregunta por fin Pasha.

–Ahora recto. –El chaval señala con la cabeza–. Allí está la ronda.

Delante negrea un campo de girasoles sin cosechar. Los girasoles, oscuros y agostados, parecen un bosque calcinado. Más allá se ve otra zona forestal, y junto a ella pasa la ronda. Solo les queda atravesar el campo de girasoles.

Pasha va primero, el chaval lo sigue como ya es costumbre. Se abren paso entre los girasoles que les azotan las manos dolorosamente, el agua les entra por las bocamangas. «Así se van a quedar aquí –piensa Pasha en los girasoles–, como unos zombis. Abandonados y malditos. Hasta que alguien roture todo este campo.»

Siguen andando despacio, pero avanzan. El cielo oscurece, la masa

negra de la zona forestal se va aproximando. Quedan unos doscientos metros, ciento cincuenta, cien. Paulatinamente, en el aire que anochece se perfilan algunos árboles, resaltando sobre el fondo oscuro general. Al mismo tiempo, tras los árboles, se distinguen con claridad y nitidez unos vehículos militares: un convoy formado por camiones, remolques, tanques, blindados. Va despacio el convoy, no tiene principio ni fin: los vehículos que iban en cabeza ya han desaparecido tras un cruce, al resto no se lo ve en la oscuridad del anochecer. El tráfico es continuo, rueda por la carretera helada. «Vienen del sur –se fija Pasha–. Del lado de la frontera nacional. La antigua frontera nacional –se corrige a sí mismo–. La antigua.»

–Cuántos son –se asombra el chaval, hechizado.

–Qué inoportuno –responde a eso Pasha.

–Ajá –asiente el chaval–, si hubiésemos salido media hora antes, habríamos hecho dedo en la ronda. Hum, ¿te lo imaginas?

–¿Qué hacemos? –vacila Pasha–. ¿Esperamos?

En eso, uno de los camiones gira de repente abandonando la columna y frena; tres militares bajan de él de un salto. Pasha se agacha al instante y tira del chaval. «Silencio –susurra–, no te muevas, vienen aquí.» Los militares, en efecto, se adentran en el campo de girasoles, caminan con pereza en dirección a ellos. La distancia que los separa es cada vez menor. Pasha oye cómo se rompen los girasoles bajo sus pisadas, cómo alguno de ellos se echa a reír a carcajadas, cómo le mandan callarse la boca, cómo se callan todos poniéndose en guardia, se detienen, escuchan atentamente el silencio del atardecer. Observan la niebla, observan las columnas de humo en el horizonte. Deliberan sobre algo, dan media vuelta, regresan aprisa al camión. El vehículo arranca, se incorpora a la columna, se confunde con ella.

–Atrás –sigue susurrando Pasha–. Atrás, deprisa.

Corre agachándose, de vuelta al barranco. El chaval lo sigue, obediente.

*

Alrededor de las seis de la tarde, al oscurecer, regresan al arrabal. Por unos senderos apenas visibles, alcanzan la calle mayor. Por el camino, Pasha recoge trozos de ladrillos por si hubiera que defenderse. Pero la calle está desolada, sus pasos resuenan en ella haciendo eco, la ciudad se agita allá, en las tinieblas, como una persona extenuada en sueños. El suelo se ha helado,

respirar el aire frío es doloroso pero agradable. «Una vez en el orfanato, entraremos en calor –piensa Pasha–, pasaremos la noche allí y mañana haremos otro intento.»

–¿Estás helado? –le pregunta al chaval.

–No –miente este.

«Por supuesto que está helado», piensa Pasha. El frío insensibiliza las manos y la cara, dan ganas de encontrarse cuanto antes en un cuarto caliente: no importa que no tenga luz, tampoco agua, lo primordial es que no haga frío, lo primordial es entrar en calor.

Pasan delante del pozo. A pesar de la oscuridad Pasha distingue las huellas frescas de unas orugas. Por cómo son, parecen las de un tanque que estuvo girando sobre sí mismo allí, en el cruce, una y otra vez, sin saber adónde dirigirse. Pasha entra en tensión, pero no le comenta nada al chaval. Continúan su camino. Lo peor de todo es que las huellas conducen directamente al orfanato: los trozos de barro y terrones negros sobre el asfalto mojado y gris son recientes. El chaval, al parecer, también ha tomado nota y se ha dado cuenta, pero calla, no se pronuncia, camina con el cuello encogido y calentándose las manos en los bolsillos. El bate hace tiempo que lo carga Pasha bajo el brazo como una *baguette*. Pasan delante de la parada de autobús destruida, se acercan al parque. Les da miedo atravesarlo: el espacio entre los árboles se ve especialmente desierto; en caso de que alguno de los dos cayera en aquel vacío, quedaría atrapado y ya no podría salir. El chaval se atreve, pisa él primero el sendero. Camina entre troncos mojados, mirando atentamente las sombras bajo sus pies para no tropezar con la cabeza cercenada de alguien. Por fin, dejan atrás el parque, alcanzan el portón.

–El candado –susurra el chaval.

–¿Qué pasa con el candado? –dice Pasha sin entender.

–Lo han forzado –aclara el chaval.

Pasha se fija. El candado, en efecto, está forzado, aunque el batiente del portón lo han dejado cuidadosamente entornado. El chaval da un paso adelante.

–¡Quieto! –Pasha lo coge con fuerza del hombro–. ¿Adónde vas?

Se quedan mirando, sin saber qué hacer. Advierten que viene alguien en la oscuridad, del lado del orfanato, directamente a su encuentro. «Es el profe –barrunta Pasha–. Va a buscar agua. Habrá sido él quien ha abierto el portón. Además, es el único que tiene las llaves.» Sin embargo, el que viene

de la oscuridad es alguien bajo e indistinguible, una especie de gnomo con una caja en las manos. Pasha se espanta. El gnomo, al parecer, también. De inmediato, Pasha usa el móvil a modo de linterna: la luz de la pantalla arranca de la oscuridad por unos segundos los rasgos angulosos y los surcos profundos de un rostro. Una chaqueta de otoño hasta las rodillas, al parecer, de segunda mano, pantalón de chándal con franjas blancas, botas de invierno gastadas y curtidas por el uso. Sobre la cabeza, un gorro negro. Su expresión es adusta, la cara está surcada por profundas arrugas. Las ojeras negras denotan problemas de salud. De seguro que le apesta el aliento, aunque no dan ganas de comprobarlo. Sostiene en las manos un paquete de macarrones. Durante los pocos segundos que la pantalla del móvil permanece encendida, al gnomo le da tiempo de distinguir la barba de Pasha, sus pesadas botas, el bate en la mano, lo cual de inmediato lo hace ponerse sobre aviso. Sin embargo, cuando le echa una mirada al chaval, se relaja: entiende que son del orfanato.

–¿Dónde vais? –pregunta con una voz baja y afónica.

–¿Dónde está Valera? –Pasha no entiende quién es ese ni cómo hablar con él.

–¿Quién coño es Valera? –sisea el gnomo, nervioso.

–El profe de Educación Física –le da una pista Pasha.

–Se han llevado a vuestro profe. –El gnomo intenta esquivarlo, pero Pasha le cierra el paso.

–¿Se lo han llevado adónde?

–Al hospital –aclara el gnomo.

–¿Por qué?

–Lo han rajado.

–¿Quién?

–Y yo qué coño sé –pierde la paciencia el gnomo–. Alguien fue y lo rajó. Luego llegó un autobús, lo montaron en él y se lo llevaron al hospital.

–¿Y dónde están todos?

–Se largaron –se impacienta el gnomo–. Vosotros iros también, está la cosa jodida.

–¿Y adónde llevas los macarrones? –le interroga el chaval.

Pasha también quiere preguntarle sobre los macarrones. Pero no le da tiempo: el gnomo le propina un doloroso empujón en el codo, se abre paso con la barriga y echa a correr hacia el parque. Pasha va a perseguirlo, pero el chaval lo retiene.

–¿Adónde vas? –susurra–. Déjalo en paz. Vámonos de aquí.

–¿Irnos por qué? –Pasha no da crédito–. Tenemos que entrar allí para ver qué pasa.

–Allí no hay nadie –insiste el chaval–. Te lo acaba de decir, ese.

–No le hagas caso –trata de convencerle Pasha–. Tenemos que entrar. Quizá haya quedado alguien.

–Allí no hay nadie –reitera el chaval.

–¿Te pasa algo? –le pregunta Pasha.

–Estoy bien –responde–. Allí no hay nadie, vámonos de aquí.

«Está asustado –cae en la cuenta Pasha–. Le dio miedo el gnomo de los macarrones. Dios, qué pretendo de él si ni siquiera ha cumplido los catorce. Está claro que tiene miedo.»

–Sasha –se dirige al chaval en tono tranquilo como si no pasara nada–, hemos de entrar a ver, por si queda alguien.

–¿Y si uno de esos anda por allí? –argumenta el chaval–. Uno de los vecinos –detalla.

–¿Y si allí está Nina? ¿O alguna de las niñas? –se empeña Pasha–. Y tú dices que nos vayamos sin echar un vistazo siquiera.

–¿Y si se marcharon? –aventura el chaval–. ¿Y si a Valera realmente se lo llevaron al hospital?

–No me lo creo –responde a eso Pasha–. Hasta que lo vea con mis propios ojos no me lo creeré.

El chaval se queda pensando.

–De acuerdo –acepta–, vamos. Pero con cuidado.

Abren el portón. Este chirría rajando los oídos. Pasha se queda inmóvil por un instante, pero acaba por entrar en el patio. El chaval le sigue los pasos. Rodean el pabellón principal, se acercan al gimnasio. Todo está oscuro y en silencio, la puerta de la entrada está abierta. Pasha mira dentro con cuidado. Enciende la linterna del móvil. El suelo del gimnasio está salpicado de pisadas: huellas claras de calzado militar, un rastro ancho y sucio como si arrastraran sacos de cemento. Pasha empieza a sospechar lo peor, cruza deprisa el pasillo, corre al búnker. Entra en el primer box. Ropas desordenadas, sábanas arrugadas, colchonetas tiradas de cualquier manera. Se nota que se marcharon corriendo, y que tuvieron que dejar ropa y efectos personales. Incluso los cepillos de dientes siguen ordenados dentro de la taza seca. Pasha entra corriendo en el tercer box, el de Sasha. El saco de dormir ha desaparecido, los libros siguen en su sitio. No les interesaron los

libros, por lo visto. Salen del búnker, se dirigen al comedor. Entran allí, miran: la vajilla se desparrama por el suelo, los platos de metal presentan abolladuras, los tenedores están doblados. El rincón donde se guardaban los víveres está vacío.

–Mierda, se lo han llevado todo –comenta Pasha.

–¿Quiénes?

–Bueno, esos, los vecinos. Serán cabrones.

–¿Y tú qué esperabas? –se sorprende el chaval–. Odian a Nina a muerte. Si no le tuvieran miedo, hace tiempo ya que lo habrían quemado todo aquí.

–Pues ya no le tienen miedo –supone Pasha.

–Eso parece –asiente el chaval–. Pasha –llama la atención de este de repente.

Lo hace de tal forma que Pasha enseguida se lanza allí donde se encuentra. El chaval está mirando el rincón, Pasha intercepta su mirada: la salamandra fría, la silla volcada, las hojas de diario pisoteadas, con manchas de sangre ya seca. La gabardina sigue colgada allí arriba. Pasha arrima el móvil, ilumina. Distingue varios agujeros de bala en el paño, apenas visibles: para divisarlos, hay que aguzar la vista. Pasha se acerca más, toca la gabardina con la mano. Sigue húmeda. Cuenta los agujeros. Son cuatro.

–¿Por qué lo han hecho? –pregunta el chaval con un hilo de voz.

–No lo sé –responde Pasha–. No lo sé.

–¿Lo han matado, ellos? –inquiere el chaval.

–Tal vez –contesta Pasha–. Tal vez. Ninguno da lástima –añade mientras introduce los dedos entumecidos por los agujeros del paño–. Ninguno.

El corazón se le encoge, nota cómo se le enturbia la mente, siente un leve mareo. Trata de volver en sí. Siente que, hace ya dos días, un muelle viene comprimiéndose en su interior: grande, frío, hecho de acero. Se comprime todo el tiempo, cada minuto, cada segundo. Se comprime a más no poder. Se comprime oprimiéndole el pecho, le impide la respiración, corta el paso del aire. Y cuando ya no tiene nada que respirar, cuando deja de sentir el pecho a causa de la falta de oxígeno, Pasha, mentalmente, despacio, sin darse prisa, se pone a contar: diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno. Final.

El muelle se descomprime con violencia empujando fuera el corazón, dolorosamente; Pasha intenta tomar una bocanada brusca y profunda, tose,

se ahoga, dobla el cuerpo con las manos apoyadas en las rodillas, procura recobrar el aliento, con dificultad, mientras siente cómo el muelle sigue descomprimiéndose, lo lanza hacia atrás, hace que se gire dándole el impulso para seguir adelante.

–Deprisa –urge al chaval–. Deprisa, vamos.

El chaval se sorprende por la entonación de su voz, seca y exigente; se sorprende, pero no objeta: si dice que tienen que irse, pues se irán. Apagan la linterna del móvil, salen fuera, se deslizan por el hueco del portón, desaparecen entre los árboles.

*

«Todos son iguales –repite Pasha mientras avanza de prisa en medio de la oscuridad–, todos.» Entre sus conocidos, seguramente todos. Todos y cada uno.

Pasha recuerda un mes de septiembre, hace dos años, la primera semana del curso, un día soleado de otoño que parecía estival, el rodar perezoso del sol sobre los tejados de uralita de la Estación, hileras de vagones color ladrillo mojado circulaban tras un paseo de tierra seca jalonado por pinos. El alumnado se afana junto a las empalizadas de alrededor del colegio para adecentar el terreno, lo desbroza, con unas viejas azadas, de las malas hierbas que provienen de la estepa y lo inundan todo. Algo más lejos, en el campo de deportes, los de los cursos inferiores también están recogiendo algo, lo amontonan, se muestran activos. Para el profesorado es una buena oportunidad de calentarse al sol. Pasha se encuentra en su despacho, ha abierto la ventana, respira el aire cálido con un aroma ligeramente amargo a causa del humo, y observa somnoliento a los niños. Vádik, el profesor de Manualidades, hace de capataz. Se puede decir que es amigo de Pasha, viste un pantalón tejano de trabajo y una camisa oscura, se muestra nervioso y distraído. No quiere a los niños, ni siquiera lo disimula. Él tampoco cae bien a los niños ni estos lo disimulan tampoco. En general, los niños no disimulan nada. La educación universal la inventaron precisamente para quitarles esa mala costumbre. Los de los cursos superiores no trabajan tanto como se estorban entre sí: los chicos intentan imponerse los unos a los otros a gritos, las chicas los miran con una admiración mal disimulada. Los chavales del último curso se meten con Dimka, el que vive junto a las cocheras de la Estación. Es flaco, con los hombros poco desarrollados y el

pelo pajizo sin peinar. Dimka es un mal estudiante, su vestimenta es pobre. Incluso tiene problemas para hablar. Por eso se meten con él. Lo utilizan como un saco de boxeo. Aunque obra a su favor el hecho de que está intentando devolver los golpes, si bien de forma algo mecánica, sin mostrar entusiasmo, se defiende, los chilla, pero son cuatro o cinco a la vez los que lo acosan, así que tiene todas las de perder. Pasha se da cuenta de que esa vez la cosa ha ido demasiado lejos: a Dimka le han quitado un zapato y están tratando de lanzarlo, entiéndase, el zapato, a la copa de un arce, triste y otoñal, pero a Pasha le da pereza intervenir. Al fin y al cabo, está el profe de Manualidades, es su responsabilidad, que sea él quien ponga orden. Este, entretanto, fuma apoyado en un poste, y es obvio lo poco o nada que le importa qué va a ser de todos aquellos chicos. Aunque acaben por matarse entre ellos. Y con más razón porque es lo que están haciendo. Tumban a Dimka dentro del parterre y comienzan a enterrarlo. La lámina de la azada reluce al sol. «Tengo que intervenir», piensa Pasha, pero no interviene. Tampoco Vádik lo hace. Llega el momento en que la azada golpea finalmente a Dimka en pleno cráneo, suena el golpe sordo del metal contra el hueso y luego un alarido desesperado, irreprimible, terrorífico: Dimka yace en una especie de tumba a medio cavar y esparce furibundo con la mano la sangre por la frente que se le mete en los ojos, le ciega la vista, se mezcla con tierra. Entonces sí, el profe de Manualidades corre a su lado, sacude, como a unos cachorros de perro, a los acosadores, agarra a Dimka y lo lleva dentro. El resto de los profesores también acuden a la carrera, alarmados por los gritos del herido, y entre ellos Pasha, que se agita, yendo de un lugar a otro, ofrece su ayuda, estorba a todo el mundo.

Más tarde, a raíz del incidente, se celebró una reunión de padres. Se supo que Dimka no tenía padre. Bueno, lo tenía, pero este no pudo asistir a la reunión porque estaba preso. Asistió la madre, armó un escándalo. Los culpables callaban, intentaban escurrir el bulto. El profesorado, por alguna razón, miró de hacer lo mismo: se pusieron a hablar todos a la vez; primero acusaron a Dimka, luego a los acosadores. La madre también recibió su parte: la culparon de maleducar a su hijo, de no dedicarle suficiente atención. Pasha quiso tomar la palabra para explicar cómo había sucedido todo, pero se inhibió: se levantó y salió al porche a fumar. El profe de Manualidades salió detrás de él. «Puta», dijo refiriéndose, aparentemente, a la madre. Le pidió a Pasha un cigarro. «Me queda solo uno», se excusó Pasha. El otro lo tomó por una invitación: metió los dedos en el paquete,

pescó el último cigarrillo, se lo fumó deprisa y volvió dentro, para seguir con la discusión. Y Pasha dejó de fumar desde entonces. Del todo.

Hará un año y medio de aquello. Tan solo un año y medio. Qué tiempos aquellos, qué vida: tranquila, pausada. Hace no más de un año y medio Pasha iba al trabajo, por las noches y los fines de semana daba clases particulares, tenía suficiente para vivir. Compraba en tiendas de segunda mano y almacenes de mayoristas; aparentaba vestir bien. Aunque, en realidad, el anorak que ahora lleva está gastado. Las botas las compró defectuosas: tuvo que llevarlas después al zapatero. Pero son de marca. Su móvil es de los baratos, la mochila es de fabricación china. Aunque, a fin de cuentas, no necesita más. Marina se compraba la ropa ella misma. A restaurantes no iban: simplemente no había restaurantes en la Estación.

Desde entonces ha pasado un año y medio. Dejó de haber demanda de profesores particulares. Los niños se desperdigaron. Marina lo abandonó. El profe de Manualidades fue a parar al otro lado de la línea del frente.

*

Llegan corriendo a unos escalones que descienden abruptamente hacia la ciudad. El chaval acusa el cansancio, se va quedando rezagado, escupe en el suelo. Pasha le quita la mochila y se la apaña sobre el pecho como un paracaídas. A él no le pesa: su propia mochila está casi vacía, con tan solo unas pocas latas de conserva dentro que chocan entre sí con un ruido sordo. El chaval, mientras tanto, está visiblemente falto de fuerzas, necesita descansar en algún lugar caliente, pero ¿dónde va a encontrar uno un lugar caliente por allí? La niebla se ha despejado por completo, sobre la ciudad cuelga una luna redonda, del color de queso seco, cuyo borde inferior brilla con una luz roja como si la hubiesen sumergido en sangre caliente. El cielo luce completamente desierto: ni una estrella, ni un movimiento, tan solo la luna esparce su luz mortecina sobre aquel valle de la muerte que ellos deben cruzar de punta a punta. A lo lejos, tras las vías férreas, algo arde con una llama blanca y alta. En otra dirección se arremolinan los humos decaídos. Y por toda la ciudad se oye disparar diligentemente ráfagas de metralleta. En general, se nota que la ciudad está en movimiento. Como si allí, bajo la luna llena, corrieran por las calles destrozadas multitudes invisibles en busca de calor y alimento. Desde donde están Pasha y el chaval, no se las ve, pero se las oye, lo cual aumenta todavía más la sensación del espanto.

–¿Bajamos? –pregunta Pasha antes a sí mismo que al sobrino.

El chaval asiente con la cabeza de forma casi imperceptible, pero sigue sin moverse. Entonces Pasha lo coge de la mano con fuerza, con toda la fuerza de la que es capaz. El chaval le coge la mano, agarrándose a sus dedos entumecidos como a lo único en que se puede confiar en esta vida, y entonces se ponen en marcha. Los primeros cincuenta escalones. El viento arrastra desde el fondo del valle el olor a aguas estancadas, el olor a fármacos. Otros cincuenta. La piedra de los escalones se desmenuza bajo sus pies, al parecer, la noche anterior allí cayó una buena: los cascotes saltan directamente de debajo de las suelas para rodar luego cuesta abajo. Otros cincuenta. Ven un árbol con el tronco cercenado por la metralla, la huella de un proyectil impresa con esmero sobre el asfalto. Otros cincuenta. Y otros más. La ciudad se aproxima. Se aproxima el olor a humo, se aproxima la sensación del miedo, la de la impotencia también. Otros más. Y otros, los últimos.

A través de un parque llegan a una calle, luego alcanzan la rotonda del tranvía tras recorrer un paseo de tilos, saltan, agachándose, a la carretera y, haciendo carreras cortas, tratando de no exponerse en espacios abiertos, arriban a la plaza. Se refugian bajo unos abetos. En el otro extremo de la plaza se encuentra la Casa de Cultura. Negra, quemada por dentro. Con las ventanas arrancadas por una onda expansiva. Se parece a una tele sin pantalla. Detrás, comienzan unos callejones que separan unos bloques de cinco plantas; de callejón en callejón, es posible avanzar más allá, en dirección a la avenida. Lo primordial en este momento es cruzar la plaza. Pasha vigila atentamente. Parece que no hay nadie. La plaza está desierta y silenciosa. Cruzarla corriendo es cuestión de un minuto. Da miedo, de todos modos: nadie te ve, pero tú tampoco ves a nadie. La luna pende justo encima de la Casa, parece sugerirles: «No perdáis el tiempo, corred hacia mi luz mortecina». «Vamos», susurra Pasha sin soltar la mano del chaval y los dos arrancan a correr. Y tan pronto como los abetos salvadores que les brindaban protección quedan atrás, desde detrás de la plaza, hacia un lado, allí donde está la carretera, se empieza a oír el chirriar inexorable de las orugas contra el asfalto. Aunque aún queda lejos, a una manzana de allí, Pasha lo distingue sin equivocarse: es un T-64, imposible confundirlo con ningún otro. «¿Me estará persiguiendo?», entra en pánico Pasha y corre desesperadamente hacia adelante arrastrando tras de sí al chaval. Cincuenta metros. El tanque ya está cerca, detrás del edificio más próximo a la plaza.

Otros cincuenta metros. Ahora, ahora aparecerá, Pasha ya lo advierte. Otros cincuenta y otros más. Ya está allí, a punto de aparecer por detrás de la esquina: unos metros más y saldrá rodando delante de ellos. Pasha acelera, el chaval a sus espaldas empieza a sollozar. Las botas se vuelven calientes y pesadas. Están como para hundirse con ellas hasta el fondo. La luz de la luna transforma las cosas en cercanas y nítidamente delineadas, con visos amarillentos, con sombras de ultratumba. El T-64 retumba ya tras sus espaldas. «No mires atrás –grita para sus adentros Pasha–, no mires por nada del mundo, no mires atrás.» Unos instantes después logran meterse detrás de la esquina, se dejan caer sobre el asfalto cubierto con cascotes, el plástico vacío de las botellas, caca de perro y carteles rotos; ruedan por el suelo desollando las manos contra trozos de piedra cortantes. Pasha enseguida cubre con su cuerpo al chaval, como si eso pudiera servir de algo, como si de esa manera pudieran pasar desapercibidos. En efecto, lo consiguen: el T-64, sin detenerse, rueda en dirección a la ronda del tranvía, allí por donde ellos acaban de venir. «Va con retraso –piensa Pasha–, qué suerte.» Se levanta y ayuda al chaval a levantarse. Este se frota el codo golpeado. La parte del hombro de su cazadora se ha roto, la deportiva del pie izquierdo está rajada. En cambio, se le han secado las lágrimas. Sin que se las haya enjugado.

–Y ahora, ¿adónde vamos? –el chaval habla en tono tranquilo: le da vergüenza haber llorado antes. Aunque se nota que sigue atemorizado, su voz tiembla, está deseoso de refugiarse en cualquier agujero por muy pequeño que sea.

Pasha está preocupado por él. «¿Conseguirá llegar? –duda–. ¿Lo conseguirá? ¿O quizá lo mejor es ir directamente donde el médico? Es decir, donde el veterinario.»

–Aquí cerca hay un sótano –reflexiona Pasha en voz alta–. Si conseguimos llegar, podremos pasar allí la noche. No está lejos.

–¿Lo encontrarías? –desconfía el chaval.

–Está a un cuarto de hora de aquí –lo tranquiliza Pasha–. Vamos por los callejones, son dos manzanas, después hay una obra y luego unas torres. Se esconden en el sótano de la tercera de ellas contando desde la carretera. O en la cuarta –vacila Pasha–. Lo encontraremos –vuelve a hablar con seguridad.

–Vamos, pues –asiente el chaval.

Pasha saca el móvil, consulta la hora. Todavía son las ocho. La

sensación que tiene es que llevan tres días corriendo de aquí para allá. Por cierto, el móvil se está quedando sin batería. Por cierto.

El callejón negrea entre dos hileras de edificios de cinco plantas orientadas de norte a sur. En realidad, son barracones viejos remozados que, a juzgar por su aspecto, fueron construidos por las industrias locales para alojar, según parece, a los trabajadores. Estos, al parecer, no se han marchado en todo este tiempo, aferrados a sus ratoneras, haciendo de retén para impedir que los extraños entren en las viviendas. En todo caso, la gente que allí vive no es rica: los marcos de la mayoría de las ventanas son de madera, tan solo unos pocos apartamentos pueden presumir de tener ventanas de aluminio con vidrio aislante. Los portales no tienen interfono, está acristalado un balcón de cada dos. Aunque antenas parabólicas hay muchas. En resumen, no es un barrio exclusivo. El parque infantil está desfigurado con el columpio arrancado. Pasha y el chaval caminan mirando, recelosos, las ventanas vacías, tratando de no hacer ruido. A la luz uniforme de la luna se los ve como en la palma de la mano. Como unos blancos en un campo de tiro. Dejan atrás un barracón, luego otro, después un par más. Cuando alcanzan la calle vecina, Pasha respira con alivio. Llegan a un cruce, miran a los lados, cruzan corriendo la carretera, atraviesan otra manzana. De momento todo va según el plan: delante hay un descampado; en él quedan rastros de una obra: el foso, la valla, bloques de hormigón. El suelo está cubierto de arena; se ven obligados a avanzar por un sendero yendo a través del descampado para no tener que dar un rodeo. Llegan junto a unos edificios de nueve plantas.

–Todo en orden –informa Pasha–. Hemos llegado.

Hay tranquilidad en el ambiente, los disparos se oyen en algún punto lejano detrás de sus espaldas, allí donde ellos estuvieron hace media hora. Pasan delante de una de las torres, luego delante de otra. Pasha siente que la cosa no marcha como debería, que algo no está en su sitio. Sin embargo, no acierta a comprender el qué. Al doblar una esquina, se topan con una aglomeración de personas. Son unas veinte. Están apostadas junto a un portal del edificio. Pasha quiere retroceder, buscando esconderse detrás de la esquina, en la oscuridad, pero se da cuenta de que ya es tarde porque han advertido su presencia. En efecto, los han visto, pero no les prestan atención: permanecen de pie, mirando con nerviosismo la puerta del portal como si algo terrorífico fuera a aparecer allí de un momento a otro. Pasha y el chaval se los acercan, se quedan a un lado.

–¿Es aquí? –pregunta el chaval en voz baja.

Pasha mira con atención. Nueve plantas. Los agujeros negros de las ventanas. El banco de la entrada destrozado. Junto al banco abulta algo negro. Parece un cadáver de perro. Pasha se estremece, pero sigue allí, no se aparta.

–Parece que sí –dice inseguro–. ¿Qué hacéis aquí? –pregunta al sujeto que tiene enfrente.

Este se vuelve: gorra ancha con visera, chaqueta astrosa de mujer, pantalón de chándal, zapatos de cuero sintético con punta. Tendrá unos cincuenta años, pero se nota que padece alguna enfermedad, lo cual lo hace parecer más mayor.

–Queremos entrar en nuestra casa –dice con enfado. Habla en ruso, pero una palabra de cada dos la dice en ucraniano–. La ciudad ya está liberada, esos nuevos –señala a unos individuos con uniforme militar al lado del portal– ya están aquí. Ya podemos volver a casa.

–¿Y entonces? –no se aclara Pasha.

–Dicen que hay minas. –El tipo escupe en el asfalto.

–¿Quién lo dice?

–Bueno, esos nuevos –explica el sujeto señalando a los uniformados–. Qué coño va a haber minas allí.

Pasha observa el grupo de civiles y por fin advierte que son todos vecinos de escalera. En su momento, cuando empezaron las escaramuzas en el barrio, huyeron. Y ahora que esos, los nuevos, han ocupado la ciudad, están de vuelta como si tal cosa. Presentan un aspecto variopinto: cazadoras, gabardinas, fardos, incluso un aparato de televisión; visto lo visto, cogieron lo más valioso al huir de casa. Junto a la puerta reventada del portal, los militares, esos, los nuevos, hacen corro: gorros de astracán, uniformes e insignias sin identificar. Pasha jamás había visto nada parecido. Es muy probable que hayan venido con el convoy con el que Pasha y el chaval se han cruzado antes.

–¿Y tú quién eres? –de repente, el sujeto se dirige a Pasha–. ¿Vives por aquí?

–Mi hermano vive aquí –responde Pasha–. El veterinario.

–Ah, vale –baja la guardia el sujeto–, lo conozco, el que vive en el tercero.

–En el cuarto –le corrige otro vecino: flaco, larguirucho, con un sombrero mojado, una especie de chaqueta de cuero hecha trizas y unas

botas de fieltro que le quedan enormes.

–Y una mierda –le discute el otro–. En el tercero.

–En el tercero –intenta poner paz Pasha.

–Cierto –le da la razón aquel con satisfacción.

–Oye –se decide Pasha–, ¿unos vecinos vuestros no estaban refugiados en el sótano de la escalera?

–¿En el sótano? –se queda perplejo el sujeto.

–Eso.

–Todos los sótanos se inundaron de agua, incluso antes de las fiestas –explica el sujeto.

–Los muy hijos de puta troncharon el acueducto, hubo un reventón y todo quedó inundado –le da la razón el larguirucho–. Maricones –añade con convicción.

–Espera, espera –se muestra incrédulo Pasha–, ¿todo inundado? Pero sí allí había gente.

–Estás confundiendo algo –le dice el sujeto–. Allí no hay nadie.

–Cierto –comparte su opinión el larguirucho, acercándose–. Allí no hay gente.

Varios hombres se giran hacia ellos, atraídos por la conversación. Se acercan, miran con desconfianza, atienden a lo que se habla, observan.

–Lo has oído, ¿eh? –se dirige el larguirucho a un veinteañero que carga un colchón de plumas a la espalda–. Dice que hay gente en el sótano.

–Allí no hay nadie –asegura con voz ronca el joven.

–No hay nadie –confirman los demás.

–Cierto –ratifica con voz apagada alguien desde la oscuridad–. ¿Y quién es ese? –se refiere a Pasha.

–Un hermano del veterinario –explica el larguirucho–. ¿Lo conoces? Vive en el cuarto.

–Lo conozco –le responden desde la oscuridad–. Vive en el tercero.

«Hay que marcharse de aquí –piensa Pasha–, ahora mismo, adonde sea.» Pero ¿cómo? No es tarea fácil cuando veinte pares de ojos lo miran a uno fijamente, con suspicacia.

–¡Está limpio! –gritan a sus espaldas.

Todos se olvidan inmediatamente de Pasha y se giran hacia la voz. Salen dos individuos del portal. Uno es casi un adolescente, flaco, con el andar descoyuntado de escolar. Lleva un gorro redondo de astracán, sobre su pecho cuelga una metralleta. Tiene las manos apoyadas ostentosamente

sobre el cañón y la culata. El otro es sin duda el jefe; aparte de llevar gorro de astracán y metralleta, va pertrechado con puñales y pistolas, como un personaje de cine.

–¡Está limpio! –reitera el joven, saca con un gesto afectado un cigarrillo, lo mete en la boca, saca un mechero, intenta encenderlo.

La piedra queda atascada, mientras tanto; solo consigue sacar unas chispas que vuelan hacia el azul oscuro del anochecer. El chico se pone nervioso; la concurrencia lo mira con una agresividad indisimulada. Como diciendo: «Tú, deja de hacer el payaso».

–Adelante, entrad –da permiso el jefe y se hace a un lado.

Pero la gente congregada junto al portal no se da prisa para hacerle caso. No se mueven, reflexionan. Pasha se lleva aparte con disimulo al sobrino. No obstante, algo se acciona en su interior, algo que hace que permanezca allí: da media vuelta, se acerca al banco, examina, tocándolo con un pie, el bulto oscuro que se parece a un cadáver de perro. Resulta que es un abrigo de pieles. Un abrigo de mujer. Empapado en agua y manchado de barro. Con una manga arrancada que está tirada aparte. Por un instante Pasha cree reconocer el abrigo. Aunque ¿cómo puede uno estar seguro de ello? ¿O sí puede?

–Eh –llama al sujeto de antes–, ¿de quién es ese abrigo?

–¿Y yo qué coño sé? –El sujeto se gira hacia Pasha y lo mira hosco, con animadversión.

Pasha posa la mano sobre el hombro del chaval: reanudan la marcha, caminando por la calle asfaltada, dejando atrás el segundo portal, el tercero, el cuarto. «Ninguno da lástima –repite Pasha–, ninguno.»

*

Después de recorrer el paseo de tilos llegan junto a la guardería. Atraviesan la valla agujereada, suben al porche de la entrada, se sientan en los escalones.

–¿Tienes hambre? –pregunta Pasha.

El chaval niega con la cabeza.

–¿Adónde vamos ahora? –pregunta a su vez.

–Intentaremos encontrar una salida –propone Pasha.

–¿En la oscuridad? –desconfía el chaval.

–Parece que está tranquilo, ya no disparan –supone Pasha.

–Ya han matado a todos, por eso han dejado de disparar.

Pasha se decide, febril.

–Quédate aquí un momento –dice por sorpresa–. Espérame.

–¿Adónde vas? –se asusta el chaval.

–Quédate, quédate aquí –levanta la voz Pasha.

Se pone de pie, se quita las dos mochilas, primero la del chaval, luego la suya propia, coge el bate, se acerca a la puerta. La empuja. Esta cede fácilmente: se abre con un chirrido. Desde dentro huele a comedor y humedad acumulada durante días. Pasha saca el móvil, con la intención de usarlo como linterna, se acuerda de que está casi sin batería. Por otra parte, no necesita más luz de la que hay: los cristales de las ventanas del pasillo están rotos, una luna baja y pesada cuelga tras los marcos. «Hay luz como si fuera de día», piensa Pasha y se adentra en el pasillo. El suelo está cubierto con una alfombra, tan gastada que tiene agujeros y desgarrones en algunos puntos. De las paredes cuelgan macetas con plantas congeladas; los radiadores de hierro bajo las ventanas están pintados de blanco: a Pasha le da la sensación de haber vuelto a la época de su infancia, lo cual le provoca ganas de ahorcarse allí mismo. Abre una puerta, ve juguetes desparramados en el suelo: coches, aviones, ositos de peluche con las extremidades arrancadas. Los juguetes tienen aspecto de haber muerto. De muerte violenta, además. La siguiente puerta está abierta. Pasha escudriña con recelo la oscuridad del pasillo: más allá ya no hay ventanas que dejen pasar la luz de la luna, quién sabe qué habrá allí en el fondo. De pronto, algo chilla agudamente bajo el peso de su pie. Pasha pega un brinco, blande el bate. Silencio. Mira fijamente. Es un perro de goma, un juguete.

Lo ha pisado en la oscuridad. Maldice, se adentra aprisa en la parte oscura del pasillo, camina a tientas, alargando delante de él la mano con los dedos inertes. Desde el pasillo va a parar al dormitorio. Allí hay dos decenas de camas con colchones desgarrados, almohadas rajadas y sábanas sucias. Como si alguien hubiese estado allí registrando minuciosa y largamente el lugar. Y no hubiese encontrado nada. «¿Cómo harán ahora para dormir aquí?», piensa Pasha. Ni que lo más importante en ese momento fuera eso: cómo dormirán los niños cuando vuelvan. ¿Cómo dormirán? En efecto, ¿acaso se puede dormir sobre aquellos colchones hechos trizas? Es imposible usar las almohadas vueltas del revés. Acostarse sobre aquellas sábanas grises, con restos de pisadas, tampoco se puede. ¿Cómo dormirán entonces? ¿Cómo dormirán? Pasha es consciente de que

tiene que salir de allí, debe recoger al chaval que se ha quedado esperándolo en el porche y seguir caminando. Entiende que allí no hay nada que hacer, que quedarse a dormir sobre aquellos colchones retorcidos es sencillamente peligroso; comprende que hay que marchar, cuanto antes y cuanto más lejos, mejor, pero él sigue mirando el dormitorio arrasado y se siente incapaz de moverse. Mira fijamente delante de él, en dirección al vano negro de la puerta que da a la sala contigua, y se dice a sí mismo: «Ni se te ocurra entrar allí, en ningún caso, por nada del mundo, ni se te ocurra». Y poco a poco, como un muerto viviente de película, se dirige hacia allí. Camina aplastando con las botas las almohadas desgarradas, pisa las sábanas tiradas en el suelo, deja huellas sobre los cuadernos para dibujar pisoteados. En ningún caso –se dice a sí mismo–, por nada del mundo, y sigue caminando, pisa las mantas diminutas, trozos astillados de legos, no entres, no entres, repite, extiende la mano y alarga el brazo que se va sumiendo en la oscuridad, primero hasta la muñeca, luego hasta el codo y por último hasta el hombro, por nada del mundo, se dice por última vez y se hunde en la negrura de cuerpo entero. Sale al otro lado yendo a parar a la sala contigua, al parecer, el almacén del comedor: a lo largo de las paredes se extienden unos anaqueles vacíos en los que, con toda seguridad, se guardaban tarros con conservas de frutas y verduras; sobre el alféizar de la ventana se amontonan cajas de galletas vacías; en el suelo se ven restos de sal desparramada. En un rincón hay una gran nevera industrial de color gris. Pasha se acerca a la nevera. La explora con el oído como un corazón gigantesco y muerto. Esta, como es propio de un corazón muerto, no da señales de vida. Entonces Pasha coge la manilla de la puerta –¡no la abras, no la abras por nada del mundo!– y tira de ella. Acto seguido recibe en plena cara una tufarada tan espesa, mortífera e insufrible, exhalada desde dentro por algo tan trinchado, descuartizado y putrefacto, algo tan tajado, pinchado y amputado, que Pasha se dobla violentamente para no vomitar y sale corriendo como un rayo por donde ha venido. Corre entre las almohadas vueltas del revés, sortea las camas acopladas entre sí, recorre el pasillo sumido en la negrura, pasa a través de las puertas abiertas, delante de los juguetes desparramados y los radiadores de hierro y, tras una ventana, ve la luna, insoportablemente cercana, tan cercana que a Pasha le parece que es ella la que desprende aquella pestilencia, que es la luna la que, cernida sobre la ciudad, despide el olor a cuerpo despedazado. Sale a la carrera al porche, y solo entonces espira hasta el fondo, atrapa con la boca

el aire fresco hasta atragantarse, tose pegándole un susto al chaval. Este se le acerca corriendo, sin entender qué es lo que ocurre exactamente, pero consciente de que algo ha pasado, algo aterrador sobre lo que es mejor no preguntar. Mejor dicho, preguntar sí se puede, pero más vale no escuchar la respuesta. Pasha, con un ademán brusco, extiende delante de él la mano con los dedos inertes, como diciendo «no me preguntes nada, no me lo preguntes, no vale la pena». El chaval asiente con la cabeza en silencio: «De acuerdo, no te lo voy a preguntar».

*

Ahora resulta que han caído en una trampa. Sin que nadie se la haya tendido. Y cómo salir de ella ahora, tampoco lo saben. «¿Por qué no fui a buscarlo antes? –se lamenta Pasha, desesperado–. ¿Por qué no salí de la ciudad anoche? Debía haberlo recogido y haberme largado mientras aún se podía. ¿Qué necesidad había de quedarnos allí para pasar la noche? ¿Adónde ir ahora? Si le pasa algo, Dios no lo quiera, ¿qué le diré a su madre? ¿Qué le diré a mi padre?» El chaval no pregunta nada, pero su silencio es tan explícito que a Pasha, involuntariamente, le dan ganas de excusarse. Pero ¿qué puede decir en su descargo? Que es un imbécil que se quedó esperando hasta el último momento, hasta que la ratonera se cerró, y que él solito se ha metido en ella, confiado, arrastrando además consigo al chaval. Y puesto que la ciudad está completamente bloqueada, y han cortado las más mínimas vías de escape, ellos dos no pueden sino ir de rincón en rincón como dos ratas que han perdido su barco.

Entonces el chaval pregunta:

–¿Cómo viniste? ¿Te acuerdas?

–Por la estación de tren –responde Pasha después de una reflexión.

–Pues, vamos a la estación –sugiere el chaval–. Si no la han quemado todavía, claro.

–¿Qué dices? –duda Pasha–. Tú no sabes quién puede haber allí.

–Pashka2 –empieza a enfadarse el chaval–, eres de aquí, tienes discapacidad y a un menor a tu cargo –argumenta refiriéndose a sí mismo–: ¿Qué tienes que temer? En la estación podremos pasar la noche. ¿Serías capaz de encontrar el camino? Pero que no sea por la avenida: allí seguramente disparan.

–Creo que sabré encontrarlo –responde Pasha–. Lo intentaré.

«Y una mierda voy a encontrar yo algo por allí», piensa enfadado, mientras observa el paseo plateado por la luz de la luna. Sin embargo, se pone en marcha confiando en una voz interior que lo guía por la ciudad muerta.

Ven la carcasa de un puente peatonal. Pasarelas de madera y varillas metálicas penden sobre el negro vacío como un trampolín para suicidas. «El puente –susurra Pasha con seguridad–, ayer estuve aquí.» Le hace una seña con la cabeza al chaval y continúa la marcha entre los árboles del parque. Camina tocando con la mano las acacias retorcidas mientras siente cómo dentro del corazón se descomprime, cada vez con mayor fuerza, el muelle helado, lo propulsa hacia delante, no deja que se detenga. Salen del parque, avanzan entre la hierba espesa en dirección al esqueleto calcinado de las *jruschovskas*, que crece ante ellos como una ola oceánica en medio de la noche. El parque infantil con su columpio carbonizado. Los candados de las trampillas de las bodegas que hay cerca han sido forzados: se han llevado todo lo que han podido. «Es por aquí, es por aquí –trata de convencer Pasha, antes que al sobrino, a él mismo–, tiene que quedar por aquí cerca.» En efecto, consigue dar con las vías de tranvía que brillan entre la hierba.

–Va todo bien –tranquiliza al chaval–. Lo vamos a conseguir, ahora sí.

Caminan rítmicamente, sin prisa. Al cabo de un tiempo, se topan con algo voluminoso que corta las vías.

–¿Qué es eso? –no acierta a entender Pasha.

–Una vaca –dice el chaval.

Pasha se acerca, toca con cuidado la masa gomosa de la res con la punta de la bota. La res, al parecer, todavía no se ha enfriado.

–Es verdad –dice Pasha–. Es una vaca.

Tiene los cuernos arrancados, la pata derecha trasera está dislocada.

–¿Qué le ha pasado? –pregunta el chaval.

–Tal vez la estuvieron remolcando con un coche –aventura Pasha–. Habrán calculado mal la velocidad y los cuernos se habrán partido y la pata se ha dislocado.

–¿Por qué la dejaron aquí tirada? –se asombra el chaval.

–Yo qué sé. Tendrían prisa. Jodida Anna Karénina –maldice y rodea la res pisando la hierba mojada.

El chaval calla. Ni siquiera pregunta quién es Anna Karénina.

Hacia las diez llegan a los barracones donde el día anterior Pasha y compañía se refugiaron durante el bombardeo.

–Por la ventana –ordena bruscamente Pasha.

El chaval, obediente, trepa por el hueco, Pasha lo ayuda desde abajo, trepa a su vez. Saltan dentro, uno tras otro. Se sientan en el suelo apoyando las mochilas que llevan en la espalda, sin quitárselas, contra la pared. El chaval saca del bolsillo un paquete de tabaco. De forma ostentosa, sin disimular, saca uno, lo ablanda con los dedos con movimientos de experto, lo coloca en la boca, saca del otro bolsillo el encendedor. Lo que le sobresalta a Pasha es el encendedor: le quita al chaval el cigarrillo arrancándoselo directamente de la boca, lo estruja y lo arroja al suelo. El encendedor se lo quita también.

–¡Qué haces! –le grita el chaval, enfadado.

–Nada de luz –le dice Pasha, reconciliador–. Por aquí disparan.

–Anda ya. –El chaval sigue enfadado, aunque más bien por seguir en sus trece. Esconde el tabaco, sin embargo; no pide que le devuelva el encendedor.

Siguen sentados, en silencio. Pasha se siente avergonzado por su exabrupto; el chaval, mientras tanto, es consciente de que, a fin de cuentas, no tiene razones para seguir enfadado. Por eso callan sin más.

–¿Tienes hambre? –Pasha es el primero en romper el hielo.

–¿Llevas algo? –no da crédito el chaval.

–Conservas –responde Pasha–. Solo que no tengo navaja.

–Claro –sonríe el chaval torciendo el gesto. Mete la mano en el bolsillo y saca una navaja plegable. Es una navaja cuchara.

–¿De dónde la has sacado? –pregunta Pasha.

–Se la cambié a unos vecinos –explica el chaval–. Por cigarrillos.

–¿Y los cigarrillos? –se asombra Pasha.

–Se los había cambiado a unos vecinos también –aclara el chaval.

Pasha se da cuenta de que no vale la pena seguir preguntando.

Saca una lata de la mochila, la agujerea con la navaja en la oscuridad, empieza a cortar furiosamente la tapa metálica. Enseguida se hace un corte en la mano. Es la segunda vez en lo que va del día. Se mancha con sangre los tejanos, el anorak, trata de cortar la hemorragia. El chaval saca de su mochila un pañuelo limpio, planchado, plegado con cuidado. Pasha se envuelve torpemente la mano con él.

–¿Y eso? –pregunta refiriéndose al pañuelo.

–Es del abuelo –explica el chaval–. Me dio un montón. Yo los utilizaba para limpiarme las deportivas. Este es el último.

Pasha se acuerda del padre. «Debería llamarlo –piensa–. Estará preocupado.»

–Se me olvidó llamarlo –comenta Pasha.

–¿Se te olvidó o no quisiste? –matiza el chaval.

–¿Qué quieres decir con eso de que no quise? –se hace el sorprendido Pasha.

–¿Acaso le llamas a menudo? –le recuerda el chaval.

Pasha quiere objetar algo, pero cambia de idea: «¿A quién pretendo engañar, en verdad?». Tiende la lata al chaval. Sobre la lata, a la luz de la luna, se ven unas gotas oscuras de sangre.

–¿Quieres?

–Se me han ido las ganas –contesta el chaval.

Pasha pliega la navaja, se la devuelve al sobrino. Deja la lata en el alféizar de la ventana.

–Hace mucho le compré su primer móvil –cuenta sobre el padre–. Un Nokia sencillito. Grabé en la memoria dos números, el mío y el de mi hermana. Bueno, el de tu mamá. Traté de enseñarle a escribir los SMS. No lo conseguí. No le gustaba escribir mensajes. Sin embargo, una vez escribió uno. ¿Sabes cuándo fue?

–¿Cuándo?

–El día del aniversario de la muerte de mamá. Es decir, de tu abuela. Me escribió el mensaje para recordármelo. Luego le pregunté por qué no me había llamado. Me dijo que le daba miedo romper a llorar mientras hablaba. ¿Te imaginas? Creo que es por eso por lo que no nos habla: le da miedo romper a llorar.

–Y yo creo –replica el chaval– que no os habla porque no tiene de qué hablar con vosotros.

Pasha calla. Se levantan, se encaminan hacia la salida. Pasha vuelve de repente, coge la lata, la deja en el suelo.

–¿Para qué? –se sorprende el chaval.

–Para los perros –responde brevemente Pasha.

Salen bajo la luz de la luna. Cruzan el descampado, encuentran el agujero en la valla de hormigón. Cruzan el barranco, recorren el sendero, pasan delante del camión calcinado que, incomprensiblemente, fue a parar allí. Avanzan un buen rato entre las altas cañas; el sendero los conduce a la aguja de la vía férrea. Comienzan los vagones. Lo que les queda por hacer es recorrer aquel laberinto infinito de hierro calcinado, pasar por debajo de

la cisterna tiznada de hollín y subir al andén, antes de llegar a la estación.

*

Dentro hay todavía más gente. A pesar de que no han dejado de bombardear la zona. Los que estaban antes, al sentirse faltos de espacio, miran con recelo a los que van llegando. La estación recuerda a un barco que zozobra mar adentro: mientras los pasajeros miran el agua que no para de entrar, desde las profundidades del océano emergen los náufragos de otro barco que acabó por hundirse antes. Estos trepan por la borda, agarrándose de las maromas y los salvavidas, pletóricos de haber tenido semejante suerte. Quienes los observan desde la cubierta, los miran con odio, los cubren de maldiciones, se indignan sin mostrar una pizca de empatía ni solidaridad. Es evidente, sin embargo, que tanto unos como otros terminarán por ahogarse.

En el vestíbulo, una patrulla militar enseguida se fija en Pasha. Son dos, jóvenes ambos; su flamante uniforme hace pensar que vienen de participar en un desfile. Distinguen a Pasha y al chaval en medio de la multitud abigarrada de mujeres. Se acercan, saludan de forma marcadamente cortés, los iluminan con sus linternas, piden que les enseñen los papeles. Mientras Pasha hurga en los bolsillos, miran con suspicacia la manga de su anorak manchada de sangre, el barro fresco pegado a las botas, las ojeras, los ojos inflamados a causa de la fatiga y del andar. No muestran ningún interés por el chaval. Acaso detienen la mirada en el bate que asoma de su mochila. Aunque, quién podría asegurarles que entre la población local no haya gran afición al béisbol: para salir de dudas, deberían preguntárselo a sus superiores. Hojean el pasaporte de Pasha, tuercen el gesto al ver en la primera página una imagen impresa de la bandera nacional. Aún no están acostumbrados al hecho de que allí todo el mundo tiene pasaportes con la bandera que ellos consideran del enemigo. Al comprobar el padrón, devuelven el documento.

–¿Funciona la estación? –pregunta Pasha, envalentonado. Habla como ellos, utilizando un ruso correcto, incluso trata de imitar el acento, aunque eso no causa una especial impresión en los militares.

–Aquí no os funciona una mierda –dice uno de ellos de mala gana. El otro simplemente le enseña la espalda para no tener que responder.

–¿Cómo podemos salir de aquí? –no ceja Pasha.

El militar lo repasa con la mirada. Pasha está a punto de dar marcha

atrás cuando intercepta la mirada del chaval que observa al militar como a un sapo. Es decir, sin simpatía alguna. Entonces Pasha, a su vez, recorre con la mirada al uniformado, de abajo arriba. Se fija en sus uñas recortadas, en un corte de navaja de afeitar sobre el cuello, se fija en que el militar se sorbe los mocos debido a que probablemente se haya constipado durante una marcha. «Es un chavalillo –piensa Pasha–, un recluta.»

–¿Acaso usted no representa aquí la nueva autoridad? –le pregunta Pasha sin disimular el sarcasmo–. Tengo a un menor a mi cargo.

–Su seguridad es total y absoluta –se gira hacia Pasha el otro soldado: pómulos anchos, ojos rasgados y algo hinchados. Es igualmente un mozalbete.

–De acuerdo –asiente Pasha–. ¿Puede la nueva administración proporcionar alimentos a las personas desplazadas provisionalmente?

–¿Qué personas? –no entiende el de los ojos rasgados.

–Las desplazadas provisionalmente –repite Pasha–. Nosotros –señala con el dedo inerte al sobrino–, somos personas desplazadas provisionalmente. Estamos aquí, en este lugar, de forma provisional, ¿lo entiende? Ustedes son de la nueva administración, ¿cierto?

–Sí –asiente el de los ojos rasgados–. Oiga –le dice a Pasha con un tono de confianza–, diríjase al comandante.

–¿Dónde está? –pregunta diligente Pasha.

–En el despacho del jefe de guardia de la estación. ¿Sabe dónde es?

–Lo sé –contesta Pasha secamente, coge de la mano al sobrino, sortea la patrulla, cruza el vestíbulo esquivando a los pasajeros somnolientos, desplazados provisionalmente, que han encontrado acomodo en todos los lugares posibles: en el suelo, en los alféizares de las ventanas, al pie de las columnas.

Los recién llegados apenas si llevan equipaje: sin tiempo para hacer las maletas, se fueron con lo puesto, al parecer, cogieron lo que tenían a mano. Los hay que duermen sobre sus propios abrigos, otros están acostados sobre colchas, alguno tiene por almohada unas botas de invierno. Nada de maletas, nada de fardos; el miedo ha hecho oscurecer sus rostros, ha hinchado los párpados, ha arrugado el cutis alrededor de los ojos. Duermen apretando a los críos contra el pecho, para calentarlos con su calor, para protegerlos con su cuerpo. Pasha avanza con cuidado para no pisar a nadie. El chaval también sortea cuidadosamente los cuerpos somnolientos dando brincos. En la puerta del despacho montan guardia dos fusileros,

despatarrados en sendas sillas de oficina. Uno dormita, el otro pasa unas fotos en la pantalla del móvil. A Pasha ni siquiera lo han mirado, uno de ellos se limita a cerrarle el paso con el cañón del fusil. Eso, sin embargo, no lo detiene.

–¿Está en su despacho? –pregunta.

–¿Cómo? –El fusilero despega la mirada de la pantalla.

–El comandante, digo, ¿está en su despacho, joder? –repite la pregunta Pasha.

–No digas palabrotas delante del niño –se ofende el fusilero.

–Soy maestro, puedo hacerlo –explica Pasha, conciso.

Durante unos instantes el fusilero intenta analizar lo que acaba de oír, pero no consigue llevar el análisis a buen puerto.

–Está en su despacho –dice por fin–. Pero está ocupado.

–Ajá –dice Pasha y abre la puerta.

El comandante sobrepasa con mucho los cincuenta años de edad. Es grande, de tez rojiza. Según parece, tiene problemas de presión. Mueve, nervioso, las posaderas, arrellanado en una silla de oficina. Lleva pantalón militar con rayas laterales y botas altas de oficial. Su guerrera, de aspecto extraño, luce unas hombreras con insignias sin identificar. Sobre el pecho cuelgan unas condecoraciones en forma de cruz. Parece un cantante de ópera de provincias. Sobre los hombros tiene echado el abrigo con cuello de piel de castor que Pasha ya conoce. A su lado está de pie otro militar, su edecán, según entiende Pasha de inmediato, mofletudo, con el cráneo rapado a cero. En ropa de camuflaje y con un látigo en la mano. «Para infligir castigo a quienes incumplen en la estación las normas de seguridad contra incendios», supone Pasha. La atmósfera es irrespirable. Las persianas han sido arrancadas sin vacilación, la ventana está cegada con listones de conglomerado. Al televisor que está en el rincón le falta la pantalla. La calculadora yace aplastada en el suelo. Justo al lado, hay un generador a gasolina que funciona fatigosamente. Unos cables lo conectan con una gran lámpara encendida. Al ver a Pasha junto con el chaval, el comandante entra en tensión: una mancha rosada se extiende en el acto por su rostro como una quemadura leve.

–¿Quién es usted? –pregunta con severidad.

Aunque habla en ruso, su modo de entonar la pregunta revela su origen ucraniano.

–Soy maestro. –Pasha le tiende la mano.

El comandante la toma en la suya, perplejo. Al edecán no le queda otra que darle a Pasha un apretón de manos a su vez. Luego este vuelve a estrecharle la mano al comandante.

–Vengo aquí en calidad de representante comunitario –anuncia Pasha sin soltar la mano–. Soy apoderado.

La palabra «apoderado» no le suena nada bien al comandante. Dicho con franqueza, cree que el que la acaba de decir merece ser llevado al paredón en el acto. El comandante suelta con violencia la mano de Pasha.

–¿Qué le pasa en la mano? –pregunta con dureza señalando con la cabeza el pañuelo ensangrentado.

–Nada –responde Pasha, mostrándose despreocupado–. Nada grave.

Mientras lo dice, toca el vendaje con la expresión de quien quiere dar a entender que no tiene importancia, que en la guerra pasan cosas mucho peores. El comandante atiende, comprensivo, a los movimientos de Pasha, pero como este calla, se pone nervioso.

–¿Qué quiere entonces? –pregunta.

–El personal quiere saber –informa Pasha– cómo piensan ustedes solucionar el problema de la alimentación y del transporte. Muchos tienen a niños a su cargo.

–Niños –responde a eso el comandante, contrariado, mientras se seca el cuello cubierto de sudor–. ¿Acaso no ve usted lo que está pasando? La ciudad sufre un bombardeo continuo. Y usted me habla de niños.

–Entonces, ¿qué medidas va a tomar la administración en relación con las personas desplazadas provisionalmente? –Pasha advierte que está hablando con el estilo propio de Valera, el profesor de Educación Física, lo cual lo hace sonar convincente al instante.

El comandante vuelve a entrar en tensión. Alterna la mirada entre Pasha y el chaval, como si estuviera decidiendo a quién de los dos fusilar primero.

–Vamos a ver –comienza–. Vamos a ver. Alexéi Yeliséich –se dirige al otro–, ayude al camarada apoderado a solucionar el problema. Yo tengo ahora una conexión con el mando.

Saca el móvil y les da la espalda. El mofletudo de Alexéi Yeliséich hace un amplio ademán con la mano, como si quisiera ahuyentar unas mariposas, como diciendo «ustedes salgan de aquí, no pueden estar presentes mientras el jefe conecte con el mando». Pasha sale. El chaval lo sigue. Detrás de ellos va Yeliséich, golpeándose perezosamente el muslo con el látigo. Se aposta en el pasillo, mira alrededor. Pasha y el chaval se quedan a su lado,

expectantes. Una muchedumbre compuesta de mujeres y ancianos se congrega en el acto formando un corro.

–Camaradas –anuncia Yeliséich, en una combinación de formalidad e insolencia–, les ruego que no caigan presas del pánico. La administración trabaja en la resolución del problema. Mañana por la mañana vendrá una cocina de campaña. También traeremos dos autobuses: uno saldrá con destino a la planta cárnica, y el otro con destino al arrabal. ¿Entendido?

–Entendido –dice una abuela con una peluca mojada–. Y hasta mañana, ¿qué vamos a hacer?

–Chupar pollas –responde irritado Yeliséich, les da la espalda y desaparece detrás de la puerta.

Tras reflexionar, la concurrencia se disuelve. Pasha saca el móvil. Marca el número del padre. Por supuesto, no hay cobertura.

*

En un lugar cerca de las consignas encuentran un sitio libre. El chaval saca de la mochila un jersey de reserva, lo extiende en el suelo y se sienta encima. Pasha se acomoda a su lado. Siente que su anorak no resiste el clima local: está totalmente calado por la humedad. Pasha se encoge, se envuelve en sí mismo, trata de retener los restos de calor. Como aquel que, al entrar en el mar por la mañana, busca una corriente cálida, procura seguirla, se calienta con ella. Pasha no logra entrar en calor y por eso tampoco logra conciliar el sueño. El chaval dormita con los ojos tapados por la gorra, la cabeza apoyada en la pared pintada de azul. Pasha se cubre la cabeza con la capucha, intenta olvidar el hambre y la humedad, lo intenta una y otra vez, pero no lo consigue. Observa por debajo de la capucha a los vecinos. La mayoría duermen, excepto una mujer que, sentada en un rincón, le está contando algo a otra. Aparenta unos cuarenta años, lleva un abrigo gris, botas oscuras y pelo corto. Aprieta contra el pecho una carpeta con papeles. Debe de ser su documentación, barrunta Pasha, la guardaría en un cajón del escritorio y en el momento de salir corriendo la habría cogido. Como la pierda, estará totalmente desamparada. Su interlocutora es mayor que ella, tosca, de complexión robusta, está sentada sobre unos baúles que se deshacen bajo su peso. Da la impresión de estar sentada encima de alguien para terminar de asfixiarlo. Escucha distraída, sin dejar de sollozar. La del pelo corto, aunque parece percatarse de que debería cortar el rollo y

consolar a la otra, no puede parar: sigue y sigue hablando de lo suyo, en un susurro sordo e insistente, de modo que todos los presentes se enteran al captar palabras sueltas. Así pues, nadie consigue dormir a su lado. Aparte de que la señora sentada sobre los baúles llora con tal amargura que nadie intenta siquiera dirigirle alguna palabra de consolación.

–Una mañana salgo del portal –comenta la del pelo corto– y lo veo sobre el banco. Lo habían puesto allí aquella misma mañana en un lugar visible.

–¿De verdad? –solloza la otra–. ¿Habla en serio?

–Sí, uno de pelo negro, de raza. Sin cabeza –continúa aquella.

La señora, apenada, se enjuga la boca con los extremos del pañuelo que lleva atado en la cabeza.

–Y no era uno de los nuestros, aquel perro, fíjese. Conozco todos los de nuestra escalera. Lo habían traído de fuera.

«Uno de pelo negro –piensa Pasha–, de raza. Sin cabeza.» Tiene mucha hambre. Mucha. Echa la cabeza hacia atrás. Los ojos se le cierran, el frío se estanca en los pulmones como el agua en una pila atascada. En un rincón, alguien se pone en pie y se dirige despacio hacia la salida. Flaco y oscuro. Con unas maletas en las manos. Cuando pasa delante de Pasha, este percibe el tufo a perro mojado que despiden las maletas. Pasha, asqueado, incluso se pone de espaldas como si fuera a él a quien vinieran a buscar. Se aprieta contra la pared, cierra los ojos con fuerza, pero de esa forma tiene aún más miedo, por eso, presa del pánico, alza la cabeza, mira somnoliento alrededor, capta en la atmósfera el olor a perro muerto que paulatinamente se desvanece. Se fija en aquellas dos mujeres. La que sollozaba ahora duerme tranquilamente, con la cabeza colgándole sobre el pecho. La del pelo corto cabecea nerviosa, como si asintiera ante alguien invisible. Junto a ella duerme una familia: la madre con una niña y un niño; más allá están un señor tullido con muletas y más mujeres. El ambiente es silencioso y sofocante. Pasha tiene hambre.

–Tengo hambre. –El chaval le da un empujón a Pasha.

Resulta que tampoco duerme, aguarda.

–¿Te apetece una conserva? –le pregunta Pasha.

–No vale la pena –rehúsa el chaval–. Lo volverás a manchar todo de sangre.

–Entonces espérame aquí. –Pasha se levanta, mira alrededor, se encamina hacia el vestíbulo.

El vestíbulo presenta el aspecto lúgubre de una bodega de barco atestada de esclavos. Se dan cuenta de que todos juntos no lograrán salvarse, pero cada uno alimenta la esperanza de que se salvará solo. Los de la patrulla avistan a Pasha desde lejos, dan media vuelta, se dirigen deprisa hacia la salida. «Mejor», piensa Pasha al verlos alejarse y sube por las escaleras a la primera planta. Pasa por encima del cuerpo de alguien, se engancha el pie en una bolsa; el cuerpo dormido se sobresalta, se despierta con pesadez, como si emergiera desde el fondo del río, por un instante concentra la mirada en Pasha, luego vuelve a desenfocar, se apaga, se hunde en el fondo. En una esquina de la segunda planta Pasha se topa con un letrero que pone «Cantina». Sin embargo, no consigue dar con la entrada: las ventanas están obstruidas por una especie de barricada en la que un cartel publicitario se mezcla con andamios desmontados y reunidos en un montón. En el suelo hay mujeres durmiendo. Está todo cerrado y muerto. Mientras da media vuelta para regresar, Pasha oye de repente unos pasos y voces alegres: aparece una mujer con un abrigo de plumón hasta la cintura, botas altas con tacones y un bolso en la mano. La siguen dos militares, pero no llevan armas. «Serán unos oficiales del Estado Mayor», se le ocurre a Pasha. Caminan intercambiando frases, sin reparar en los que están durmiendo. Uno de los oficiales aparta el cartel publicitario y deja al descubierto una puerta, la empuja, esta se abre con un chirrido. El otro le da un empujón leve a la mujer que, riendo de forma provocativa, desaparece dentro sin resistirse. Los oficiales intercambian una mirada vigorosa y entran detrás de ella. La puerta, con un chirrido, vuelve a cerrarse. «En la cantina debe de haber algo –piensa Pasha–, al menos unas patatas fritas. O chocolate. Es solo cuestión de preguntar.» Se acerca a la puerta, la empuja con cuidado, se asoma a la oscuridad. Dentro hay una sala amplia y desierta, varias mesas, unas sillas colocadas encima con las patas hacia arriba. Sobre los cristales de las ventanas hay pegadas en forma de cruz unas tiras de papel a modo de protección contra la onda expansiva. En una esquina está la barra del bar, también desierta.

–Hola –dice Pasha, pero no obtiene respuesta.

Se acerca al bar, levanta la barra y va a parar detrás del mostrador. Allí hay un pasillo cuyo fondo da al cuarto contiguo. Pasha examina el pasillo con la mirada. Está oscuro. Saca el móvil, que ya está casi sin batería, e ilumina el camino. Ve varias sillas, un calendario del año pasado sobre la pared, una pila de platos sucios. La puerta al fondo del pasillo está

entreabierta. Pasha se dirige allí. Sin embargo, ve sobre una de las sillas el abrigo de plumón. Y un jersey claro de mujer. Y algo de ropa íntima. Y oye allí, detrás de la puerta, unas voces chillonas, impacientes.

–Anna –se oye gritar–. Anna, ¿qué te pasa ahora?

Pasha apaga el móvil, desanda el pasillo a tientas. Cruza la sala, vuelve a la planta baja, se reúne con el chaval.

–Bueno, ¿qué? –pregunta este.

–Durmamos –le pide Pasha.

El chaval lo mira fijamente, asiente.

*

¿Y las maletas? ¿De dónde han salido las maletas? No habían tenido maletas jamás. Los padres, cuando eran jóvenes, no viajaban, no iban de vacaciones. Pasha solo es capaz de recordar un verano, a principios de los noventa: él va al colegio, su hermana está en la misma clase, los padres tienen vacaciones de verano, aunque, para ser precisos, no es así: a los padres empieza a faltarles trabajo, no ganan nada, siguen yendo, sin embargo, a la Estación cada mañana como unos malditos autómatas. La Estación cae en desuso, la hierba se come rápidamente la vía férrea. Mientras el país se había transformado deprisa, todos ellos, sus ciudadanos, los vecinos de un nudo ferroviario concreto, no pudieron cambiar: carecían de los mecanismos necesarios para ello. Así que siguieron yendo al trabajo por el que les habían dejado de pagar. Sencillamente porque no habían hecho otra cosa en la vida. Uno se levanta por la mañana y, como un esclavo en las galeras, se mueve hacia la playa de maniobras de la Estación. El edificio de esta, entretanto, tiene el aspecto de un velero saqueado por piratas: solo quedan las paredes y las consignas del partido que cuelgan de ellas. Los trabajadores se apostan bajo aquellas consignas, dispuestos a cumplir los planes al cien o ciento cincuenta por ciento, atender las peticiones de las autoridades y asumir compromisos, solo que a nadie le importan ya sus compromisos ni nadie atenderá sus peticiones en un futuro próximo: tan solo las palomas, que se han multiplicado inesperadamente, vuelan en bandadas, haciendo piña, de la Estación a la ciudad, del arrabal a la fábrica, en busca de felicidad y manduca gratis. Aquel verano se dan las circunstancias de que mamá obtiene un vale para el balneario que está situado al lado de un pueblo vecino, en un pinar, a orillas del río: algo que

les parece irreal ya que hace mucho tiempo que no obtienen nada, aunque no pierden la esperanza. Porque están acostumbrados a ello: a partirse el espinazo y obtener algo a cambio. Si bien durante los últimos años no consiguieron nada, y eso que estaban dispuestos a seguir partiéndose el lomo, cosa que echaba abajo todos los conceptos establecidos sobre cómo se tienen que hacer las cosas y cómo tenían que ser los fundamentos de una vida justa. Así que llega aquel vale y al principio piensan ir toda la familia. Pasha se alegra con una alegría de adulto, es cierto, y se pone a hacer preparativos, pensando que ya le toca. ¿Cuántos años tenía entonces? Los mismos que ahora el chaval, unos trece. Y tiene que hacer su equipaje. Y, por supuesto, no tienen ninguna maleta, tan solo unas bolsas gastadas que el padre usa cuando va a comprar al mercado. A Pasha le entregan una bolsa de aquellas y le piden que piense qué cosas se llevará con él, le piden que no vaya a dejar nada importante y que se comporte en aquellas circunstancias como un adulto. Pasha repasa largamente sus ropas, las saca del armario de la habitación de sus padres y las lleva a su cuarto, el de los niños, las amontona sobre la cama, las vuelve a repasar. Como en el balneario piensa hacer deporte, necesita llevar ropa deportiva. Pero como también hará excursiones al bosque, necesita tener algo cómodo y práctico. Ah, también conviene llevar un jersey grueso. De modo que se pone a empaquetar todo aquello, lo completa con unas camisetas y calcetines, guarda en la bolsa sus novelas de detectives favoritas. Luego, algo avergonzado, mete en el fondo, debajo de las camisetas y los calcetines, unas gafas de sol viejas que habían pertenecido al padre. Las encontró en un cajón del escritorio, el padre hace tiempo que no se las pone, a Pasha también le da corte, pero por si acaso las guarda en la bolsa. Y solo después, satisfecho de sí mismo, despreocupado y contento, entra en la cocina, se sienta a la mesa. Se queda escuchando, con aire de importancia, las conversaciones de los mayores. Entretanto, las conversaciones rezuman tristeza: no tienen dinero, no se sabe con qué van a pagar el viaje. El pueblo vecino aquel no es la costa del sur, desde luego, sino un agujero como la Estación, pero aun allí habrá que pagar un extra por los niños, aparte de los gastos de alojamiento y comida. «¿Pagar con qué dinero? –pregunta mamá–. ¿Con qué dinero? No iré –dice con decisión–, no iré, no tengo nada que hacer allí.» Y dado que papá la ama, intenta persuadirla, argumentando que tiene que ir en cualquier caso, que lo necesita, que es imprescindible para su salud. Pasha no entiende nada sobre aquello de la salud, ni siquiera

piensa en ello, con la salud no puede haber ningún problema, simplemente no puede haberlo, de salud hay que estar siempre bien. No entiende que pueda ser de otra manera. Sin embargo, entiende que tiene a un padre magnífico, que su padre está enamorado de su mujer, es decir, de la madre de Pasha, enamorado como el adulto que es. Pasha lo entiende perfectamente ya que él mismo se comporta como un adulto, no hace falta decir nada más. Así que está allí sentado, admirado de su propia madurez y de la de su padre. Le conmueve la vulnerabilidad de su madre, su incapacidad de sobreponerse a las adversidades. Y ni siquiera es consciente todavía de que no irán de vacaciones, de que tendrá que quedarse en casa junto con el padre y la hermana, cuidar del huerto, ahorrar en el helado. De que mamá irá sola al balneario, compartirá habitación con alguna fulana del departamento de contabilidad, correrá cada dos horas a hablar con ellos por teléfono para asegurarse de que no pasan hambre. Todavía no se da cuenta de ello cuando los padres se vuelven a reunir en la cocina, el padre se sienta a la mesa, la hermana parlotea, animada, sin parar, sin detenerse un momento. Y entonces mamá comienza a hablar diciendo que las circunstancias obligan a cancelar el viaje en familia y que, de todos modos, ellos tres lo pasarán igualmente bien aunque ella esté fuera. Cuando todavía no ha terminado de hablar y Pasha aún no se ha dado verdadera cuenta de lo que está diciendo, la hermana, al advertir de forma intuitiva, infantil, que la están privando de algo placentero e importante, comienza a llorar a gritos, sin contenerse. El padre ni siquiera trata de consolarla ante lo angustioso y desesperado de su llanto. Incluso él se enjuga una exigua lágrima con un movimiento apenas perceptible. Pero a Pasha no se le escapa nada, por lo pronto se da cuenta de todo y también rompe a llorar, al tomar conciencia por fin de que no habrá nada: ni deportes, ni excursiones al bosque, nada. Y de que toda su pretendida madurez ha quedado sin demanda: a nadie le importa, todo aquello es ridículo y no tiene remedio, han vuelto a decidir por él, lo han vuelto a poner en su sitio, y a partir de entonces toda esperanza será vana.

Mamá, desconcertada por la situación, de repente pierde el control y empieza a gritarle al padre echándole toda la culpa. La hermana, a su vez, llora cada vez más fuerte, porque el padre también le da pena. Pero como ella siente, además, pena por sí misma, llora por los dos: por ella y por el padre. Y Pasha igualmente llora por sí mismo y por él, su padre, quien finalmente no ha podido hacer nada, nada para poner remedio a sus

lágrimas, lo mismo que más tarde no sería capaz de poner remedio a la enfermedad de mamá, de impedir su muerte.

La bolsa de viaje se quedó sin deshacer hasta la entrada del otoño.

*

En esa época del año los días son tan cortos y la luz es tan escasa que, después del anochecer, uno tarda en acostumbrarse a la oscuridad, incrédulo ante el hecho de que por hoy eso es todo: ya no habrá más luz, tan solo sombras. En invierno Pasha suele andar descolocado: el día le queda corto, las noches no traen sosiego, el tiempo lo confunde, también sus deseos. A todas luces es hora de estar durmiendo mientras que él está sentado en el suelo, apoyado contra la pared, sumiéndose intermitentemente en el sueño de donde algo lo expulsa fuera todo el rato, a la vigilia, como si se tratara de unos celadores cuya función consistiera en no dejar que se relaje, impedir que desconecte. Se desvela por enésima vez, a causa de un gemido. Alza la cabeza y ve a la mujer de pelo corto que, recostada en los baúles, habla en sueños. Pasha capta palabras sueltas: dice algo sobre el calzado de recambio, los cubrezapatos, el horario del día. ¿Qué hora es? ¿Cuánto falta para que amanezca? Lleva dos días suspendido en el aire húmedo, sin saber adónde ir, con miedo a detenerse. Encima, tiene al chaval a su cargo. «Menos mal que nos dio tiempo de salir del orfanato. Si todo va bien, mañana estaremos en casa. Y el chaval que se quede con nosotros. Creo que Nina no se opondrá. Por cierto, habrá que encontrarla cuando todo esto acabe. Y al profe también», piensa Pasha y hace memoria: la gabardina agujereada por las balas, el tipo con el paquete de macarrones, las voces junto al pozo. Recuerda a la muchedumbre al lado del portal, los uniformados, el banco destrozado, el abrigo de pieles hecho trizas. «¿Qué habrá sido de Vera, por cierto? –se acuerda–. Al menos debería haber apuntado su teléfono. ¿Qué pudo haberle pasado? ¿Consiguió llegar a su casa o sigue en el sótano? El sótano que finalmente no pude encontrar. Cuando acabe todo eso, sin falta la encontraré, sin falta. Centro de negocios, salón de masajes, agencia de viajes. Si hace falta, la encontraré a través de sus amigas.» Pasha se vuelve hacia el chaval. Está durmiendo a pierna suelta. Junto a él, en el suelo, está el bate, como si fuese un juguete. Entonces Pasha se pone de pie, tratando de no despertar a nadie, se ajusta las gafas, va al vestíbulo, sube a la primera planta.

La puerta de la cantina está semiabierta. Se desliza dentro. Se ilumina con el móvil, pasa al otro lado de la barra, va a parar al pasillo, se detiene delante de la puerta. Vacila unos segundos, luego llama con cuidado. Detrás de la puerta hay silencio, pero pronto se oye un susurro, el chirriar de los muelles de un sofá.

–¿Quién está ahí? –pregunta una voz seca.

Es ella, entiende Pasha y abre la puerta.

En uno de los rincones del cuarto hay una pequeña cocina con un fregadero y un microondas. Unos cuchillos yacen abandonados sobre una mesa. Restos de azúcar están desparramados en el suelo. De la pared cuelga un estante con especias y utensilios de cocina. Aceite, vinagre, kétchup. Alcohol no hay. Al pie de la pared está el catre en el que ella duerme. Nada más entrar Pasha, la mujer se sobresalta, enciende una pequeña linterna. Al principio, Pasha se protege la vista de la luz poniendo la mano a modo de pantalla, aunque luego decide no esconderse: la mira, la observa. Ve una melena color de rosa, con los cabellos enmarañados como un manojo de cables, un jersey grueso. Todo apunta a que estaba durmiendo en el catre, tapándose con el abrigo de plumón y una especie de mantel. Con un movimiento rápido, se arregla su falda corta, pero Pasha logra distinguir los pantis negros, otro jersey más, de color gris, la cara sin maquillar, con una expresión de fatiga e indefensión. Su mirada es desconfiada, aunque no denota miedo: no termina de entender quién es él, si bien advierte que no tiene razones para sospechar de aquel hombre con gafas, cegato y barbudo, con la manga del anorak manchada de sangre y botas embarradas. Pasha presenta un aspecto demacrado y fuera de lugar. Y con más razón porque la ha despertado: más inoportuno no puede ser.

–¿Qué quieres? –pregunta ella en tono seco.

–Vengo solo un momento.

Pasha se va acostumbrando a la luz cegadora, mira dónde podría sentarse. Ella lo advierte, enseguida coge el bolso, se tapa con el mantel, como diciendo «la cama ya está ocupada, ni se te ocurra». Por demás, no se le ocurre; posa la vista sobre una caja de cervezas vacía que hay en un rincón, la coloca en medio del cuarto, se sienta encima.

–¿La he despertado? –pregunta.

–¿Y tú qué crees? –pregunta ella a su vez.

–Disculpa entonces. –Pasha empieza a tutearla para resultar más convincente–. Tú eres Anna, ¿cierto?

–¿Y? –Ella sigue enfocándole la cara con la linterna.

–Te vi entrar aquí. Con aquellos dos.

–¿Y qué más viste, tú? –pregunta rabiosa–. ¿Quién eres?

–Representante comunitario –responde Pasha.

–¿Cómo? –se sorprende ella.

–Representante –repite Pasha–. Comunitario –añade–. No tiene importancia –resume–. Apaga la linterna.

Anna no le hace caso, coloca la linterna encendida cerca de ella, a una distancia segura. La intensidad de la luz disminuye.

–Estoy buscando a una persona –comenta Pasha–. Quizá la conozcas.

–¿A quién? –recela Anna.

–¿Tú no trabajabas en una agencia de viajes?

–¿Qué agencia? –no entiende Anna.

–La del centro de negocios que está en la avenida –aclara Pasha–. ¿Verdad?

–Puede ser. –Anna lo mira con reparo, pero acto seguido suelta un alegre «hum»–. ¿Eres cliente o qué?

–No del todo –replica Pasha–. Soy representante comunitario –le recuerda–. Oye, busco a Vera. ¿La conoces?

–¿Vera?

–Sí.

–¿Cómo es?

–Bueno, es… –intenta describirla Pasha–. Con tacones gastados. Y un abrigo de pieles.

–¿Qué clase de pieles?

–No lo sé –confiesa Pasha.

–Pues yo tampoco –se ríe ella, cansada.

–¡Lleva una alianza en la mano! –se acuerda Pasha.

–¿Una alianza? –vuelve a reír Anna–. ¿De verdad? En nuestra agencia de viajes no gastan alianzas –sigue riendo.

–Ella misma dijo que trabajaba en vuestra agencia –dice Pasha, contrariado.

–¿Quizá de limpiadora? –supone Anna.

Pero como Pasha calla, desconcertado, también ella deja de reír, se queda en silencio. Permanecen sentados, sin decir palabra.

–¿Tienes tabaco? –pregunta ella de pronto.

–No fumo –responde él.

–Yo me he quedado sin –se disgusta Anna–. Por culpa de aquellos dos. Andan sin tabaco, los muy cabrones.

–¿Dónde están?

–¿Cómo lo voy a saber? –se extraña Anna–. Se largaron corriendo a alguna parte.

–¿Y tú por qué te has quedado aquí?

–¿Y adónde voy a ir? Haré noche aquí, luego intentaré salir. ¿Qué tienes con esa Vera? –pregunta tras una reflexión.

–Nada. La conocí ayer.

–¿Te gustó ella?

–No me fijé mucho –confiesa Pasha–. Simplemente me preocupa. Quiero encontrarla cuando todo acabe –añade.

–¿Y qué te hace pensar que todo va a acabar? –pregunta ella.

–Bueno, en algún momento tendrá que acabar –supone Pasha.

–¿Lo crees?

Pasha demora la respuesta. No tiene ganas de mostrarse negativo, pero tampoco le viene a la cabeza ningún pensamiento positivo. Ella también calla. Se arregla el pelo, se arrebuja en el mantel. Visto desde fuera, puede parecer que él haya venido a visitarla al hospital. Así que hela aquí, animosa, sonriente, segura de que ya está mejor, al tiempo que él se esfuerza, a su vez, por aparentar entusiasmo, aunque, a diferencia de ella, está al tanto del diagnóstico real.

–¿Y la alianza? –retoma el tema Anna.

–¿Qué pasa con la alianza?

–Bueno, dijiste que llevaba alianza. Puede que tenga hijos, marido. Abrigo de pieles.

–Creo que no tiene marido –responde a eso Pasha.

–¿Y la alianza entonces?

–Yo qué sé –dice–. La mitad de nuestra plantilla de profesores son mujeres divorciadas. Pero siguen llevando alianza. Para darse importancia.

–¿Eres maestro o qué?

–Sí.

–¿Y qué enseñabas?

–Lengua Ucraniana.

–Ajá –dice Anna–, tiene futuro. ¿Por qué no estás combatiendo entonces?

–¿Por quién?

–Da igual por quién.

–Soy discapacitado. –Pasha le enseña la mano.

–¿Y qué? –no da crédito ella–. Yo por aquí he visto de todo. A uno le faltaba media cabeza, en serio. Había sufrido un accidente de coche antes de la guerra. Sin embargo, venía a vernos. A la agencia de viajes, quiero decir.

–¿Y qué tal él? –no sale de su asombro Pasha.

–¿En qué sentido?

–¿Qué tal lo lleva sin media cabeza?

–Ah, te refieres a eso. Pues no era para jugar al fútbol para lo que venía a la agencia, precisamente. Para lo que venía, no necesitaba tener la cabeza completa. Me daba lástima.

–¿Lástima, por qué?

–Era guapo –explica Anna–. Antes de la guerra, quiero decir. Y ahora parece Terminator.

Anna se anima como una cría a quien sus padres distraen con conversaciones durante mucho tiempo, desviando su atención de la enfermedad que padece, hasta que, en algún momento, efectivamente se olvida del dolor y de los médicos y recuerda la de cosas golosas que la aguardan fuera cuando salga del hospital. Si sale. A Pasha de repente se le ocurre que todas sus conversaciones recientes discurren como si los interlocutores se hubieran pasado varios meses sin hablar: departen deprisa y atropelladamente, tratan de desembucharlo todo, sin guardarse nada para sí. Hablan de más, dicen una cantidad de cosas sin importancia, con el tono subido, dan lecciones, acusan, se justifican. Abandonados, humillados, caídos en el olvido. Ofendidos. «Anda ya –piensa Pasha–, qué ofendidos ni qué ocho cuartos. Abandonados. Ninguno –piensa él–, ninguno da lástima. Ninguno.»

–¿Te dan pena? –le pregunta Pasha–. Te dan pena todos ellos, ¿no? Con todos ellos estás dispuesta a irte a la cama.

–¿Y qué? –se asombra ella.

–No, nada –dice Pasha–. Ninguno da lástima. Ninguno. Y tú, acuéstate con quien te da la gana.

Anna se pone tensa al advertir un cambio en su voz, tira del mantel tapándose hasta la barbilla, aguarda, luego dice:

–Oye, profesor, ¿acaso no sabes que todos los oficios son honrados?

–Ajá –refunfuña Pasha–, y socialmente útiles.

–Bueno, ¿y qué pasa? ¿Qué utilidad tiene lo que haces tú?

–Sí la tiene –argumenta Pasha–. Conocer una lengua es útil.

–Pero si tú mismo ni siquiera la utilizas, esa lengua –sisea ella, y Pasha, por su parte, nota un cambio en su voz, que se torna amenazante como la de una serpiente. Cuando quiere darse cuenta, ella continúa–. Yo, al menos, no le tomo el pelo a nadie haciendo lo que hago.

–No te enfades –dice Pasha.

–¿Que no me enfade por qué? –se indigna ella–. Vienes aquí, pedazo de imbécil, y me dices lo que tengo que hacer, menudo morro tienes. ¡Ninguno te da lástima! Pues a mí sí que me dan lástima. Y los niños a los que enseñas también.

–Esos niños están bien –empieza a ponerse nervioso Pasha.

–Ya –no le hace caso Anna–. ¿Tampoco te dan lástima, ellos?

Pasha calla. Ella lo mira expectante: a ver qué dice, pero como él no dice nada, ella cree conveniente desviar la conversación hacia otro tema.

–Sospecho que tampoco quieres a los niños.

–¿Por qué dices eso? –se ofende Pasha.

–Lo noto en tu mirada –apunta Anna–. Ni tampoco tienes hijos.

–Estoy aquí con un menor, para que lo sepas.

–¿Qué menor? –no entiende ella.

–Mi sobrino –explica Pasha–. Fui a buscarlo al orfanato. –habla con gravedad, como se suele hablar de algo serio, importante. Cuando termina, se queda a la expectativa, esperando la reacción.

–¿Orfanato? –se anima Anna–. ¿El que está cerca de la ronda?

–Ese.

–Vaya, yo fui pupila allí –anuncia ella–. ¿Cuándo has estado en el orfanato?

–Hoy –dice Pasha de mala gana.

–¿Y qué tal por allí? –pregunta Anna.

–Bien –se muestra esquivo Pasha.

Desvía la mirada. Pero ella no lo nota.

–¿Nina sigue trabajando allí?

–¿La conoces? –se asombra Pasha.

–Desde los siete años –afirma Anna con la cabeza–. Habíamos estado juntas en el orfanato. Solo que ella luego estudió Magisterio y yo fui a trabajar a la agencia de viajes.

Se pone tan contenta que incluso aparta el mantel. Busca el abrigo de plumón, se lo echa sobre los hombros. Y cambia radicalmente de tono,

prescinde ahora de aquel cabreo suyo perezoso y se pone a hablar con simpleza y confianza.

–Ella –relata– no caía bien en clase. A mí tampoco me caía bien –confiesa con una sonrisa–. Ni a los educadores les caía bien. Bueno, a esos no les caía bien nadie –puntualiza–. Pero ella caía especialmente mal. Siempre estuvo en contra de todo el mundo. Una costumbre de mierda.

–Cierto –asiente Pasha.

–Tú no eres así, ¿verdad? –dice ella sin dejar de sonreír, y Pasha, al punto, asiente con la cabeza.

–Tú le dices que sí a todo el mundo, ¿verdad? –ella sigue sonriendo, aunque Pasha ya no está tan seguro de que le guste lo que oye–. Cuando en realidad a nadie le importa si estás de acuerdo o no. ¿Verdad? Entonces –ella pierde interés por Pasha y retoma el tema de Nina–, a alguien de nuestra clase los padres le regalaron una vez unas deportivas. Baratas, de fabricación china, pero nuevas. ¿Te puedes imaginar lo que para nosotras eran unas deportivas entonces? –Pasha está por responder, pero ella lo interrumpe–. No te lo imaginas, eres incapaz. Así que una mañana nos despertamos y resulta que alguien había manchado las jodidas deportivas con verde de malaquita. En serio. Entonces hicieron correr el rumor de que había sido ella. Fueron a la directora y se lo dijeron. Ella se lo creyó. Todo el mundo se lo creyó, vamos. –Anna hurga automáticamente en los bolsillos en busca de tabaco, se agita, se pone nerviosa, luego se acuerda de que no le quedan cigarrillos–. Entonces yo la defendí.

–¿Y cómo sabías que no había sido Nina? –pregunta Pasha, escéptico.

–Yo compartía habitación con ella –responde Anna– y sabía que aquella noche no había salido del cuarto. Pero nadie me creyó. Ya sabes cómo son en un orfanato, ¿no? Están dispuestos a saltarle a la yugular a cualquiera. Y más todavía por unas deportivas.

–Entonces la defendiste, ¿y qué?

–¿Qué de qué? –no entiende Anna–. La defendí sin más. Luego, por supuesto, me arrepentí.

–¿Y eso por qué?

–Porque yo también acabé pillando. Es lo que tiene estar en un orfanato. Así que a partir de aquello empecé a caer mal. Una sensación jodida, ¿te das cuenta?

–Me doy cuenta –confirma Pasha.

–Creo que sí te das cuenta –asiente Anna–. ¿Qué te pasa con la mano?

–Un problema –explica Pasha.

–Eso ya lo veo –dice Anna–. A ti también te habrán molestado durante toda la vida por eso, ¿cierto?

–No. ¿Por qué? –replica Pasha.

–Anda ya –no le cree ella–, seguro que te molestaron. Los niños son crueles. Como cachorros de perro. Y son igual de confiados. Luego crecen, se hacen adultos, se vuelven seguros de sí mismos. Aunque la crueldad la conservan. Y la credulidad. Y tú dijiste que no te daban lástima.

Pasha calla, se mira la mano como si quisiera dejar pasar la luz de la linterna, que está sobre la cama, por entre los dedos. Ella también los mira hechizada como si nunca hubiese visto nada igual. No lo había visto, realmente. ¿Dónde iba a verlo?

–Oye –le dice–, ya que has venido. Ven aquí. ¿Quieres?

Pasha se queda inmóvil y lo primero que quiere decir es que sí quiere. Claro que quiere. Le apetece ella. Con su pelo color de rosa. Desea su calor, su voz. Advierte cuánto se ha enfriado durante los dos últimos días, lo helado que está por dentro. Por supuesto que quiere. Luego se acuerda del chaval: «¿Y si se ha despertado? ¿Cuánto tiempo llevo aquí?», piensa.

–Quiero –confiesa Pasha–. Pero llevo dos días sin lavarme. No creo que eso te guste.

–Yo igual, a decir verdad –confiesa ella.

–Me voy. –Pasha se pone en pie con dificultad y retrocede hacia las sombras–. ¿Tendrías algo de comida para mi sobrino? –pide.

–Busca por ahí. –Pierde todo interés por él, se tapa con el abrigo de plumón, luego con el mantel, apaga la linterna y se pone de cara a la pared.

Pasha se acerca a los estantes en medio de la oscuridad. Abre un armario, comienza a explorar a tientas su interior, como si dudara de lo que está viendo y necesitara, para cerciorarse, tocarlo todo, palparlo. Latas, cajas de plástico, recipientes llenos de cereales. Paquetes de azúcar y de macarrones. Y –¡sorpresa!– chocolate. Eso es, chocolate. Pasha reconoce sin margen de error la tableta, plana, escondida debajo de una lata de conservas. La saca del armario con cuidado, la mete en el bolsillo, sale.

*

El chaval duerme profundamente como un niño: la cabeza apretada contra la manga de la cazadora. Se ha encogido como un cachorro de perro para

calentarse con su propio calor. Tal vez esté soñando. Quizá con alguna cosa agradable, por qué no. Pasha está de pie a su lado, no se decide a despertarlo. A sus espaldas, la señora acostada sobre baúles comienza a hablar en sueños. Da la impresión de que está advirtiendo de algo. Pasha se estremece, mete con precaución la tableta de chocolate en la manga de la cazadora del chaval. Vuelve al vestíbulo. «Esperar hasta que se haga de día –se dice a sí mismo–, esperar hasta que se haga de día y largarnos de aquí. Mañana estaremos en casa. Todo irá bien.» Centenares de cuerpos femeninos somnolientos, ropa de abrigo, calzado de invierno, niños en brazos, enseres de cocina sobre trineos, baúles y cajas de cartón. Hay quien conversa en susurros en un rincón, hay quien se tapa con una manta. Está oscuro; tan solo entra desde la calle la potente luz de los faros de un camión que ilumina, al atravesar la penumbra, unos rostros azul claro de mujer. En general, la escena recuerda a un teatro con la función a punto de empezar: las luces de la sala ya están apagadas, el público se ha aquietado, apenas unos pocos tardan en callarse, tratando de terminar de hablar en susurros sobre algún asunto importante. Sin embargo, para que el parecido sea completo, falta algo. Personajes en escena, barrunta Pasha. Por lo demás, están a punto de aparecer. Seguro que aparecerán de un momento a otro: ¿qué clase de teatro es este que no tiene personajes? Es la una de la madrugada pasada. Aún faltan unas horas. Vendrá un autobús. Todo irá bien. El ruido de los disparos ahora llega desde el norte, más cerca de la vía férrea. En torno a la estación el ambiente está en calma, pero nadie sale fuera. Nadie cree que se ha acabado. Todos piensan que es una trampa. Creen que allí, tras la puerta de entrada de la estación, algo aterrador los sigue acechando. Por eso es mejor quedarse dentro, al abrigo de las paredes resistentes de la estación. Se aprietan unos contra otros como animales en el arca. Intentan tranquilizarse a sí mismos. Ni ellos se lo creen. Pasha repara en la patrulla en el otro extremo del vestíbulo, junto a la puerta de entrada. Son los mismos que lo detuvieron el día anterior. Ellos también lo han visto, vigilan cada movimiento suyo. En un momento, uno de ellos le susurra algo al oído al otro, este asiente con la cabeza. «Es mejor que me vaya –decide Pasha–, es mejor no quedarme esperando hasta que les dé por abordarme.» Despacio, sin hacer movimientos bruscos, da media vuelta. Finge estudiar atentamente el horario de trenes que cuelga en la pared. Como si en verdad se propusiera marcharse de allí con el primer tren de la mañana. Mueve con gesto grave la cabeza, hace ver que está memorizando

el horario, se ajusta las gafas simulando querer ver mejor. Luego poco a poco, paso a paso, se dirige hacia la salida, dejando a la patrulla con un palmo de narices. Cuando ya le faltan pocos pasos para ponerse fuera de su vista, no percibe a una mujer que duerme tumbada en el suelo sobre un abrigo de cordero, con dos cubos metálicos a su lado: uno lleno de manzanas, y el otro, de cebollas con piel dorada.

Sin darse cuenta, tropieza con uno de los cubos; este se vuelca en el acto al engancharse a la punta de la bota y rueda ruidosamente por el suelo de piedra sonando como una campana que hubieran hecho repicar para alarmar de un incendio o de la aproximación de una tropa enemiga. El eco de ese repicar reverbera, devuelto por los altos ventanales y el techo frío, y todo el mundo se sobresalta horrorizado, emergen desde lo profundo de su sueño inquieto, asoman, alarmados, arrancados de la ensoñación, sus cabezas a la vigilia, intentando distinguir en la penumbra la causa de aquel ruido, de aquel estruendo, buscando una posible vía de escape. Los niños rompen a llorar. Las mujeres arman griterío sin entender todavía lo que está ocurriendo, pero con la intención de llamar la atención, por si acaso. Las manzanas caídas del cubo volcado ruedan por entre los bártulos ajenos –las suelas de alguien las pisan y las aplastan– y desaparecen para siempre en medio de cuerpos femeninos despavoridos. Todo el mundo mira a Pasha como a un demonio surgido de las tinieblas que ha perturbado la paz general, la ha hecho pedazos con aquel estrépito infernal, como si les trajera algún mensaje. Pasha, de pie, advierte que es a él a quien están mirando, expectantes de que diga algo, de que anuncie algo importante. A los niños los asusta su figura voluminosa y oscura; también las mujeres sienten cierta aprensión en su presencia. Sin embargo, nadie se atreve a preguntarle quién es, de dónde y para qué ha venido. Pasha ya maquina qué podría inventar para salir del paso, cuando repara en que la patrulla viene directamente hacia él: caminan seguros, sin darse prisa, conscientes de que no tiene vía de escape, de que está totalmente en su poder. Entonces Pasha se agacha, recoge unas manzanas del suelo, las endosa en la mano de su dueña, que no se acaba de enterar de nada: sigue sentada, lo mira como a una anomalía de la naturaleza. Luego Pasha vuelve a ajustarse las gafas y desaparece en el fondo del pasillo. La patrulla se detiene: están sopesando si deben seguirlo para prenderlo y fusilarlo detrás de las columnas o dejarlo vivir. Que viva, deciden. Y Pasha vive.

*

La sensación es propia del mes de marzo: inquietud, desasosiego. Duele respirar incluso, al tomar conciencia de que todo es posible, de que puede ocurrir cualquier cosa. Sin embargo, con solo alejarse de allí, dejando atrás aunque sea el semáforo ferroviario más próximo, comenzaría una vida nueva, muy distinta de la que vive, a la que está acostumbrado. Aunque siempre le ha gustado la Estación, el verde seco del verano, el césped oscurecido por la grasa para máquinas, la vía de maniobras que se pierde entre la hierba pegajosa. Las voces de la Estación, su olor. El cielo sobre los tejados de los depósitos. Los vagones, semejantes a casas cuyos habitantes ruedan sin parar y van de una parte a otra, probando suerte. El otoño también le gustaba. En la Estación, el otoño tenía un aire de rigidez y seriedad. En otoño, todos se reencontraban tras los largos meses de verano, de tierra seca y sol caliente, y era notorio cuánto habían crecido, cuánto habían cambiado. Entonces, las huertas colindantes y los terrenos del fin de semana, los patios y los jardines comenzaban a oler a humo: primero quemaban las malas hierbas, luego las hojas caídas de los altos árboles. Poco a poco el aire se iba enfriando, empezaba a saber amargo, la ropa de invierno se extraía de los armarios, comenzaba a llover, la tierra se hinchaba de agua y dificultaba los desplazamientos. Si bien tampoco había tantos destinos donde desplazarse. No obstante, la llegada del invierno devolvía a la vida la alegría y la luminosidad en la Estación: las zanjas que había detrás de los depósitos y el sendero que bordeaba el riachuelo se llenaban de nieve; el riachuelo, a su vez, se cubría de hielo: bajo su capa gris, la fría corriente se movía tan despacio como circula la sangre mientras uno duerme. Por las mañanas llegaban las locomotoras, cubiertas de nieve y escarcha después de las travesías nocturnas a través de la niebla y las barreras de nieve, cansadas pero imparables, dispuestas a seguir arrastrando filas de vagones infinitas. El sol iluminaba los tejados y las vías, los ferroviarios armaban una alegre bronca, los alumnos hacían campana, pasaban al otro lado del terraplén para alcanzar las colinas que bordeaban la torrentera helada. El sol llegaba al zénit; en invierno era constante su escasez, había que ir a su caza, intentar atraparlo en el aire gélido. De tiempo en tiempo, el tren de turno aparecía en medio de la nieve, pugnaba por avanzar más allá de la línea del horizonte, y dejaba tras de sí unos remolinos de escarcha dorados que conectaban lo conocido con lo ignoto.

La primavera traía un cambio, de una forma u otra. El aire se volvía distinto. Entraba en movimiento, se revolvía encima de la Estación, y hacía fluir dentro del espacio denso, estancado, unas corrientes eléctricas de algo desconocido, algo que lo propulsaba a uno hacia delante, haciendo latir con más fuerza el corazón. Las farolas de la noche desprendían una luz desesperada y abrasadora, la niebla se elevaba sobre el río, las locomotoras, como perros, se movían con cautela en medio de la oscuridad. En marzo él acostumbraba a perder la calma, en marzo sentía el impulso de salir de allí, de meter unas pocas cosas en la bolsa y partir en el primer tren de la noche con destino desconocido, de desaparecer dentro del verde anochecer, de esfumarse siguiendo las corrientes del sol. En los atardeceres de primavera, todos ellos se sentían atraídos por la Estación, por sus olores y luces de tránsito. Una bandada ruidosa de múltiples voces, compuesta de adolescentes, hacía corro junto al edificio de la Estación, reaccionaba de forma impetuosa ante las llamadas de atención de los adultos, exponía, indómita, sus jóvenes cabezas rasuradas al encuentro de todos los vientos, de todas las corrientes de aire. Conversaciones sin sentido, risas gratuitas, una felicidad desprovista de todo motivo: todo era como tenía que ser en primavera cuando uno tiene catorce años, y así era.

Y no existía para ellos otra cosa. Ni banderas sobre la Estación, ni el rencor que rezumaban las conversaciones de los adultos, ni fronteras, ni retratos desdibujados por el paso del tiempo en el cuadro de honor. Ni mostradores vacíos en las tiendas sin calefacción, ni rostros oscuros en la pantalla de la tele, ni prensa mentirosa, ni la bazofia mañanera con que las familias habían de subsistir. Solo existía el aire de marzo, fresco como el agua matutina, un aire que se iba calentando tras un largo invierno, un aire compuesto de una fe dulce en que todo estaba a punto de empezar, en que, a partir de entonces, todo no podía ir sino a mejor, y cada vez a mejor todavía; y ya ahora, en aquel mismo momento, allí, dentro del parque cochambroso, con restos de nieve ennegrecida, en medio de la oscuridad sonorizada con el trinar de los pájaros y los bocinazos de las locomotoras, todo estaba bien también, fenomenal, tal como tenía que ser, para percibir en el aire las corrientes de felicidad que se entremezclaban con las corrientes de hambre.

El mundo es sencillo y transparente. Lo es tanto cuanto eres capaz de percibir y abarcar con la memoria. Tiene contornos nítidos y límites sólidos. Esos límites están trazados muy cerca, detrás de la próxima fila de árboles

fríos. Al otro lado de esos límites visibles, comienza alguna otra cosa, algo absolutamente extraño, incomprensible y por eso mismo poco interesante: personas cuya existencia ignoras, circunstancias que no te incumben, todo un país que desconoces. Aquí, de este lado, es todo lo contrario: todas las cosas están en su sitio, las puedes reconocer a tientas, una simple inflexión de voz es suficiente para enterarte. La casa, llena de miles de objetos, en la que cabe de todo, la casa que conoces de memoria, hasta el último botón que se guarda en el desván dentro de una caja. La familia a la que estás acostumbrado del mismo modo en que se acostumbra uno a su propio cuerpo. Los padres que aún viven, sin problemas de salud, de los que te vas distanciando cada vez más, que te entienden cada vez menos, aunque esto no te preocupa en absoluto, simplemente basta con que estén, en algún lugar cerca de ti, custodiando miles de objetos que te son familiares desde que eras niño y guardan relación con miles de voces que conoces desde la infancia; por lo tanto, que se distancian, que no te entienden: de todas formas, encontrarán su lugar en el mundo, habrá tiempo suficiente para corregirlo todo, habrá espacio suficiente para convivir sin estorbarse. Habrá también lugar para el colegio con sus olores mortecinos a comida recalentada, sus resonantes pasillos vespertinos, su cercanía y aislamiento. Habrá lugar para amigos y conocidos, para conversaciones fútiles, un romance pasajero, miedos inconscientes.

Tampoco faltará lugar para los enemigos, para los agravios, para la vergüenza, para las últimas lágrimas de adolescente sobre la almohada que nadie ve, pero que nunca habrás de olvidar. Todo tendrá cabida porque es así como fue creado. Cabrá de todo, no sobrará nada. Lo principal es que no cruces los límites, aférrate a esa nieve frágil de marzo que se deshace tan rápido, asómate a los ventanales de la Estación como a unos acuarios con monstruos, toma de la vida lo que para ti tiene destinado.

La hermana fue creciendo; los de la quinta de Pasha se fueron haciendo adultos; el colegio empezaba a formar parte del pasado. Había llegado el momento de despegarse por primera vez de aquel mundo, salir de él para ir a estudiar a la ciudad. Aquella salida fuera de los límites del capullo, fuera de los límites de lo familiar, resultó ser el primer cataclismo, el primer trauma que lo dejaría marcado por mucho tiempo. En efecto, no eran únicamente su dirección de residencia o sus circunstancias personales las que habían cambiado: la noción misma del mundo, de sus límites y potencialidades, que él tenía, había sufrido una transformación. De pronto

resultaba que el mundo era mucho más grande de lo que él creía, aparte de mucho más peligroso. De pronto resultaba que el mundo contenía un sinnúmero de objetos desconocidos e incomprensibles para él, que el idioma contaba con miles de palabras que él ignoraba, y era urgente y necesario aprenderlas, aprenderlas y saber usarlas, de lo contrario no sobreviviría, no conseguiría regresar a casa. Así pues, arrancado de su cáscara, extraído del capullo, se encuentra en medio de un país desierto y extraño para él, sin poder comprender qué debe hacer a partir de ahora, cómo resistir esa presión invisible que lo expulsa fuera de su realidad. En estado de choque, deja que la desesperación se apodere de él, y lo que más desea ahora mismo es volver unos diez años atrás, volver con su ropa vieja, con los objetos de su infancia, con sus refugios. A los diecisiete años, sin embargo, el miedo cesa por sí mismo, lo superas gracias al instinto de supervivencia, al deseo de arrancar a dentelladas el trozo del pastel que te corresponde. Se acostumbra paulatinamente a la gran ciudad, a las personas extrañas, a las nuevas circunstancias. Eso sí: a la mínima oportunidad, con la mínima excusa, no deja de fugarse a casa, viaja haciendo escalas, como si un muelle frío lo expulsara de su nueva vida hacia el capullo, de vuelta a su zona de confort. Cuando llega, se encierra en su cuarto, sin decir nada a nadie, ignora a los padres, pasa de la hermana. Se asemeja a un canguro joven pero ya crecido, que intenta refugiarse de vuelta en la bolsa de la madre, pero, naturalmente, no cabe, cosa que provoca cierta tensión en las relaciones familiares.

Aquellos fines de semana que pasaba en casa lo devolvían al pasado: los mismos árboles en el horizonte, el mismo cielo sobre los tejados, el mismo olor. Solo que la cáscara ya estaba irremisiblemente rota, el mundo que él había conocido se había desintegrado, y era imposible recomponerlo a su estado original.

Después de soportar los cinco años de carrera, regresó a casa, a la Estación. Se puso a enseñar en el colegio. Durante un tiempo le costaba aguantar el olor del comedor escolar. Luego se resignó al hecho de que, a partir de entonces, aquel olor lo acompañaría: un olor a quemado, a rancio, a indiferencia y distanciamiento, un olor a vida ajena que haces pasar por la tuya. El mundo se había vuelto a encoger dentro de los límites habituales; la puerta se había vuelto a cerrar tras él: se encontraba de nuevo en un lugar seguro. Se impuso el mandato de no mirar fuera, de no trabar conversación con gente desconocida, de limitarse a conocer la situación de todas las cosas

y objetos que le eran estrictamente necesarios. El olor dulzón a gas en la cocina por la mañana, el murmullo de la lluvia, como el rumor lejano del océano, al otro lado de la ventana: cada marzo, él sentía aquel extraño viento que le calaba el cuerpo y le oprimía el corazón como si fuera un muelle. No muy lejos, sin embargo, se encontraba otro mundo, totalmente distinto y extraño, tanto más bello como peligroso, y era su presencia inexorable, tan cercana, allí mismo, a la vuelta de la esquina, detrás de la línea del horizonte, la que le privaba de paz y equilibrio. Entonces, Pasha salía al porche, bajaba al jardín y se quedaba escuchando llover por encima de los árboles, contemplaba cómo el agua lo envolvía, se precipitaba desde arriba, se enganchaba a las finas ramas de los manzanos, caía a sus pies como solo el agua de lluvia de marzo puede hacerlo.

*

Pasha permanece sobre el negro andén, advierte que la lluvia, que comenzó con la entrada de la noche, no va a cesar ni por asomo: cae sobre la ciudad, azotando al sesgo el metal de los trenes de carga, las cisternas maltrechas. Pasha se coloca la capucha y se refugia bajo el cobertizo que sobresale de la estación, se aprieta contra la pared. Son las dos de la madrugada, no tiene ganas de volver dentro del edificio, pero la lluvia arrecia, se extiende desde el otro lado de la avenida en dirección al norte, hacia la Estación donde está la casa de Pasha, cae a raudales desbordando el cielo helado de la noche. «Al menos podemos quedarnos aquí hasta que amanezca –piensa Pasha mientras atrapa con los labios las gotas frías–: ¿adónde iríamos si no?» No hay adónde ir, solo queda permanecer allí y esperar estar a salvo del agua, lograr sobrevivir. ¿Y luego qué?

La puerta de la estación rechina: un sujeto sale exprimido desde dentro. Ciertamente, exprimido, como el dentífrico de su tubo: primero aparecen unos bultos, luego la gorra, después él en persona, trabando la puerta con un pie; se arrastra hacia fuera, pisa el andén, se encoge bajo la lluvia, advierte la presencia de Pasha, se encamina hacia él. Su gorra es una de plato, como la de un oficial del ejército, con la insignia arrancada; el capote que lleva es de ferroviario, mejor dicho, de ferroviaria, de talle femenino; en las manos carga bolsas de supermercado. Dentro de las bolsas, por lo que se ve, hay otras bolsas, un montón de bolsas vacías, enrolladas y retorcidas como unos intestinos. Sus pies, calzados con unas deportivas, negras por el polvo, están

envueltos asimismo en sendas bolsas de plástico transparente, a modo de cubrezapatos de hospital. Las uñas, negras, lo mismo que la dentadura; elástica la sonrisa. Además, profundas arrugas en el rostro alegre. Ah, sí, y la barba. Como la de Karl Marx. De debajo de la gorra, su pelo cae y se posa en los hombros, cae como la pinaza del árbol de Navidad que permanece en un cuarto caliente hasta entrada la primavera. Deja en el suelo las bolsas llenas de bolsas, saca del bolsillo un cigarrillo a medio fumar, lo muerde con sus dientes negruzcos y encara a Pasha:

–Oye, jefe –chilla–, dame fuego.

–No fumo –responde Pasha con un tono glacial y se aprieta con más fuerza todavía contra la pared. «Hay que marcharse –piensa–, ya está, hay que marcharse.»

Pero todo aquello a su interlocutor parece no afectarlo. Ya está montando su tinglado con sus bolsas llenas de bolsas; las gotas de lluvia brillan con una luz fría en sus barbas como las del rocío en la hierba de agosto. Señala a Pasha con su uña negra e insiste alegremente:

–¡Dame fuego, jefe!

Lo dice con tanta convicción que Pasha, sin querer, lleva la mano al bolsillo y encuentra el encendedor que le quitó al chaval. El yayo sigue encarándolo como si fuera a besarlo. Pasha se inclina hacia él, nota el olor mortecino a podredumbre y vejez, le tiende la mano con el encendedor haciendo pantalla con la otra. El breve fogonazo de la llama ilumina por un instante en medio de la oscuridad de la noche unos labios resecos, la cara abotargada como la de un muerto, además de una pupila amarilla de lunático que mira por debajo de una ceja fruncida. El viento apaga la llama en el acto. El abuelo que, sin embargo, llega a tiempo para prender el cigarrillo, inhala el humo con tanta fuerza como si fuera a aspirar todo el calor del entorno. Retiene la respiración, expira pesadamente, vuelve a señalar a Pasha con su uña negra.

–¿Qué? –dice entre risas–. Les están dando duro los nuestros, ¿eh?

–Duro, sí –asiente Pasha, distraído, sin saber cómo quitarse de encima a aquel chiflado con sus bolsas.

–Les están dando duro –insiste, complacido–. Los nuestros pueden.

–Pueden, sí –opta por no llevarle la contraria Pasha.

–Pueden, pueden –se ríe, contento, el yayo.

–Ajá –vuelve a asentir Pasha.

–¿Y por qué los vuestros no responden? –pregunta por sorpresa el

abuelo.

Pasha se estremece, lo observa y se da cuenta de que no es ningún loco, de que lo entiende todo perfectamente, de que se entera de todo como el que más. Y a Pasha lo tiene calado. El abuelo, a su vez, es consciente de que Pasha se da cuenta y por eso lo mira atento, con reparo, rezumando odio por sus ojos amarillos. Pasha se pone nervioso porque no sabe qué hacer, se ajusta las gafas con un dedo. «Hay que bajarle los humos –piensa Pasha mirando al yayo–. Bajarle los humos sin más.» Su mirada, la de Pasha, se aploma poco a poco, se enfría como la tierra bajo la lluvia de invierno, y lentamente, muy despacio, Pasha se guarda el mechero de vuelta en el bolsillo; el abuelo, no obstante, capta la intención de aquel, y a pesar de la oscuridad nota cómo se le ha cambiado la mirada, y cuando el silencio que se ha originado entre ambos se vuelve insoportable, el anciano se aparta de repente y suelta una risa ronca.

–¡Sí, jefe! –se ríe a carcajadas–. ¡Es lo que hay! ¡Ajá!

Su risa es tan contagiosa que Pasha no consigue contenerse y sonríe. Al abuelo, entretanto, por reír de aquella manera, le entra un ataque de tos; es una tos cavernosa, tóxica, que hace que Pasha se apriete con más fuerza todavía contra la pared. El abuelo aclara la garganta, recobra el aliento, se serena.

–Está cayendo la del pulpo, ¿eh? –dice con la misma alegría–. ¿Tú adónde vas?

–A la Estación –responde Pasha.

–Eso queda por allí. –El yayo señala convencido la oscuridad con la uña–. Allí, ¿lo ves? Y aquella es la Estrella Polar.

Pasha mira las tinieblas. Estas rebullen y palpitan. No hay ninguna estrella allí, por supuesto. Lo único que se ve es toda aquella lobreguez que, desde hace días ya, se cierne sobre la ciudad, la aplasta, la invade. «Cuánto tiempo hace falta todavía para que todo eso acabe –reflexiona Pasha mientras contempla los torrentes de agua que caen al sesgo–. ¿Cuánto tiempo falta para que todo eso desaparezca bajo el agua?» El tiempo se ha detenido, no queda nada, nadie da lástima. «Nunca podré salir de aquí, nadie podrá salir vivo de aquí, aquí nos quedaremos todos, caeremos todos aplastados bajo estas aguas muertas.» Pasha repasa mentalmente los acontecimientos de los dos últimos días: recuerda todas aquellas miradas llenas de sufrimiento, los rostros deformados por la ira, todas las voces roncas por la deshidratación, los cuerpos tambaleantes por falta de sueño,

todo aquel frío y la humedad, y por lo pronto comienza a sentir náuseas, porque está helado, porque tiene mucha hambre, porque está aquel abuelo que huele a muerto como si se estuviese descomponiendo allí mismo, bajo la lluvia torrencial.

–¿Ves? –pregunta el anciano–. ¿La ves?

–No la veo –contesta Pasha.

–Cierto –confirma el anciano–. Cierto, allí no hay nada –y sigue hablando como poseído por la fiebre, mientras señala la oscuridad con el dedo–: Dos furgones llenos de cadáveres. Dos vagones de carga, jefe. Lo vi con mis propios ojos. Yo estuve. No queda nadie. Nadie da lástima.

Coge las bolsas, sale bajo la lluvia, desaparece tras la esquina.

---

1. Diminutivo de Nina que denota mayor informalidad en el trato. *(N. de T.)*

2. Diminutivo de Pasha que denota mayor informalidad en el trato. *(N. de T.)*

Tercer día

Tiene pinta de pescador que no ha conseguido pescar nada en todo el día: un chubasquero encima de la ropa de camuflaje, botas de agua. La barriga le cuelga como la bolsa a un cartero. De la caña de la bota asoma el mango del látigo para que a nadie le quepa duda de con quién está tratando. Gira su testa voluminosa y rapada, grita, da órdenes. Aunque nadie le hace caso. Los combatientes se agitan a su alrededor, no tanto para hacer algo como para entrar en calor. Remolcan junto a los escalones de la entrada de la estación una cocina de campaña cubierta de hollín, la encienden, calientan la comida. No ha parado de llover desde la noche anterior, el agua sigue cayendo, sofoca el fuego. Los combatientes traen de alguna parte una carpa grande, con la publicidad de una cerveza local, protegen con ella la cocina, ellos mismos se refugian debajo. Alexéi Yeliséich permanece bajo el frío cielo de enero y no sabe cómo proceder: o bien se refugia con el resto en la carpa y se pone de esa forma al mismo nivel que sus subordinados, es decir, pone en riesgo su autoridad, o bien sigue donde está y en consecuencia acaba calado hasta los huesos. Unas gotas pesadas y frías se deslizan por sus mejillas gordas y sin afeitar. Apostado delante de la carpa, insulta con saña a los combatientes. Estos le devuelven los insultos: queda probado que aquella es su manera de comunicarse, demasiado emocional, por decirlo de alguna manera.

Como la de los esposos que llevan conviviendo varios decenios: hace tiempo que han gastado todas las palabras decentes, solo les quedan maldiciones para seguir comunicándose. Tampoco es cuestión de dejarse de hablar, ¿verdad?

Pasha y el chaval se dirigen al vestíbulo. Se abren paso entre la muchedumbre, intentan llegar más cerca de las ventanas. Al otro lado, Yeliséich, dirigiéndose a los combatientes, se desgañita. No se oye lo que les grita, pero gesticula con tanta vehemencia que no hacen falta palabras. La lluvia aplasta el humo de la cocina contra el suelo. Abandonar el edificio de la estación y salir bajo la lluvia es de lo que menos ganas tiene uno. Las mujeres se apretujan en la sala, se pegan a las ventanas. Como si estuvieran

mirando una película muda. Quien interpreta el papel protagonista es Yeliséich. El gran mudo. Manotea, amenaza con el puño, señala con la cabeza, lanzando miradas torvas, algún punto más allá de la línea del horizonte. De pronto se vuelve y se percata de la presencia del público: decenas de rostros femeninos asustados que vigilan cada movimiento suyo, cada gesto. Durante un instante trastabilla, fulmina con su severa mirada de caudillo a la concurrencia, vuelve a enfocar la vista y se pone a vociferar de nuevo, exhortante y alentador. Si bien, al parecer, sigue empleando el mismo vocabulario que antes, ahora mete la barriga, e incluso estira las mejillas: adopta un aire marcial, en resumen. Pasha lo observa, y su mirada le resulta hasta tal punto obstinada y penetrante que empieza a dudar de si no es a él, a Pasha, a quien realmente se dirige, de si no es con él, con Pasha, con quien pretende compartir alguna confidencia. «Demonios, es que es verdad –cae por fin en la cuenta Pasha–: es a mí a quien grita.» Pasha se abre paso a empujones entre las mujeres, alcanza la puerta, la abre.

–¡Eh, representante –le llega la voz furibunda de Yeliséich– de la jodida comunidad!

Pasha baja los escalones, se coloca la capucha. El chaval no se queda atrás, lo sigue, blandiendo el bate. Al llegar, Pasha tiende a Yeliséich la mano entumecida. Yeliséich se pone tenso, pero se la estrecha. Luego hace lo propio con el chaval, por inercia. Por lo que se ve, vacila en decidirse por cómo hablarle a Pasha, busca el tono adecuado. Es evidente que no puede hablarle del mismo modo como lo hace con los combatientes a su mando: tiene que tratar con un representante comunitario, acompañado, además, por un menor. Por eso recapacita, se sacude las gotas del rostro, señala con su carrillera carnosa en dirección a la cocina.

–Vamos a ver –dice afónico, en tono autoritario–, lo prometido es deuda. –Señala la cocina–. Estamos organizando –continúa– la distribución de alimentos. Entre la población civil –añade diligente–. O sea, usted, señor representante comunitario, póngase a ello. O sea, son órdenes –concluye–. Del mando –aclara.

Los combatientes miran a Pasha con odio. Dando a entender que si no fuera por él, ese pedazo de imbécil, ahora estarían recuperando el sueño atrasado en vez estar mojándose en aquella plaza dejada de la mano de dios. Pasha toma nota de la ira justificada que sus ojos reflejan, pero no tiene opción: al autonombrarse representante comunitario, es su obligación asegurar la distribución ininterrumpida de alimentos. Se pone a ello.

Regresa al vestíbulo, donde enseguida es rodeado por una muchedumbre de mujeres: empapadas, desconfiadas, silenciosas. Su silencio, empero, denota reproche y disgusto. Así que se adelanta levantando la mano y empieza a hablar:

–Vamos a ver –arranca–. Son órdenes del mando, como prometieron –explica–. Distribución de alimentos –añade–. Entre la población civil –aclara.

Las mujeres escuchan sin interrumpir. Pasha tiene la sensación de que si no lo están entendiendo es porque no consigue dar con las palabras adecuadas. Baja la mano, se ajusta las gafas.

–Escuchen –dice con tono de cansancio–. Allí –señala tras la ventana– se puede comer algo. Quien tenga algún recipiente, que vaya.

–¿Traerán autobuses? –pregunta una mujer tocada con un pañuelo de luto con el mismo tono de cansancio.

–Lo prometieron –responde Pasha.

–¿El mando? –vuelve a preguntar la mujer.

–El mando, sí –decide no contradecirla Pasha.

Las mujeres comienzan a salir a la calle, se protegen de la lluvia con lo que tienen a mano, van hacia la carpa, tienden los cuencos vacíos. Un combatiente, con una bata blanca sucia y guantes de goma, les sirve generosamente una especie de papilla aguada, mezclada con trozos de carne oscura. Otro sirve té en tazas y termos. «Habrá para todas –se ríe– ya lo veréis, chicas, habrá para todas.» Las mujeres no reaccionan, no lloran siquiera. Hace frío, el ambiente es húmedo, hay hambre. Cogen su ración, vuelven corriendo bajo chorros de agua al edificio de la estación. Pasha, apostado en los escalones, hace ver que mantiene el control del proceso. El chaval se zambulle dentro del gentío, se hace con un plato de usar y tirar, regresa corriendo con la papilla. La mitad se la engulle, con avidez y aprisa, como un pato; la otra mitad se la ofrece a Pasha. Este al principio la rechaza con la excusa de que no tiene hambre, pero luego se rinde, coge la cuchara y acaba el plato rápidamente. Se da cuenta del mucho tiempo que llevaba sin probar bocado, de lo hambriento que estaba. Fatigado, apoya la espalda en una columna de la entrada, se queda contemplando a la muchedumbre a través de la lluvia. Las mujeres pasan delante de él, alguna lo saluda con un movimiento de cabeza como a un viejo conocido, como si dijera «todo bien, gracias, estamos comiendo». Lo miran como a un jefe. Tal vez de verdad piensan que él tiene competencias allí. Aparte, Yeliséich trata

exclusivamente con él, de forma clara e inequívoca. Se acerca, se frota las manos frioleras, informa: «Estamos terminando de distribuir los alimentos según las órdenes dadas».

–Misión cumplida –asiente Pasha de buena gana–. Descuide. Los autobuses, ¿cuándo llegarán?

–Llegarán –responde de mala gana Yeliséich mientras tuerce, nervioso, su moflete grueso– según el horario fijado de llegada.

–Qué bien –responde a eso Pasha–. Cojonudo.

Los combatientes han formado un corro a un lado: miran la cola mojada compuesta exclusivamente de mujeres, intentan subirles el ánimo, destensar, por así decirlo, el ambiente de mierda gastando bromas y burlas entre ellos. Sin embargo, no consiguen más que asustarlas, ya que estas no esperan nada bueno de los militares, así que ellas cogen su ración y regresan corriendo dentro. A Pasha, los combatientes lo siguen mirando con desaprobación, como a un lugareño que debería estar en la guerra en vez de esconderse detrás de las mujeres. Se gastan bromas en susurros con las que ellos mismos se ríen enseñando sus dentaduras jóvenes y fuertes. Pasha se hace el duro y finge que aquello no va con él. Sigue de pie, apoyado en la columna, escucha el arrullar de las palomas heladas encima de él. Desde debajo de la carpa sale un combatiente, joven, de unos veinte años, de pelo claro y aspecto cuidado. Lleva las botas lustradas. ¡Y si solo fueran las botas! Incluso las uñas las tiene recortadas. Rellenito, eso sí. Un mono de camuflaje de color blanco cubre un abrigo de plumón negro. «Parece un pingüino –piensa Pasha–: negro por arriba, blanco por abajo.» Más una vieja bolsa de oficial que lleva en bandolera. Será un comisario político. Sube los escalones hacia donde está Pasha, acomoda la bolsa en la espalda, saca del bolsillo una manzana, se la tiende al chaval. Este lo mira con desprecio, aunque coge la manzana y se pone a mordisquearla, sin darle las gracias. El combatiente pingüino lo observa a su vez, pero no le aguanta la mirada y se gira hacia Pasha.

–¿Qué hay, compadre? –pregunta diligente–. ¿Cómo está la situación?

Habla con corrección, sin acento, se nota enseguida que viene de fuera. Pretende averiguar cómo están los ánimos entre la población local.

–La situación está como está –responde Pasha. ¿Qué otra cosa podría decir?

–¿Fue duro? –sigue con el interrogatorio el pingüino.

–¿En qué sentido? –no entiende Pasha.

–Bueno, quiero saber si fue duro –señala con la cabeza en dirección al norte– estar bajo la ocupación de esos.

El chaval, socarrón, alza la cabeza hacia Pasha, como diciendo «a ver, a ver, ¿fue duro o no?». Las palomas allí arriba asoman, al parecer, sus picos, atentas también a la respuesta que va a dar.

–Aquí hay mujeres y niños –se muestra cauteloso Pasha–. Es duro para ellos.

–Está claro –asiente comprensivo el pingüino–. Pero no pasa nada, saldremos adelante, lo reconstruiremos todo. ¿Es tuyo? –Señala con la cabeza al chaval.

–Es mi sobrino –avisa Pasha de entrada para evitar cualquier malentendido.

–¿Dónde está tu papá? –El pingüino se inclina hacia el chaval. Su tono es amistoso, pero se le nota el reparo, no pierde detalle.

–Se quemó dentro de un tanque –dice el chaval mientras hace crujir la manzana con los dientes.

–¿En qué tanque? –dice el pingüino con un destello en la mirada.

–En el suyo –responde sin pestañear el chaval–. Se lo había traído de la guerra como regalo su papá. Mi abuelo –aclara.

–Te está tomando el pelo –se impacienta Pasha–. Su padre lo abandonó. Estaba en un orfanato.

–Es huérfano entonces –cabecea compasivo el pingüino–. ¿Y mamá, tiene?

–Mamá tiene –confirma Pasha–. Mamá está de viaje. Es azafata de tren. –En el acto se muerde la lengua.

–¿Azafata de tren? –pregunta con recelo el pingüino–. ¿Y dónde está ahora? ¿Qué ruta hace?

En ese momento le llama la atención Yeliséich. Muy oportuno, por demás.

–Vasia –le reprueba–, ¿por qué mierda estás jorobando a un civil?

Vasia vuelve a dirigir una mirada de reprobación al chaval; este muerde la manzana, imperturbable, dando a entender al otro con todo su aspecto: «De verdad, Vasia, ¿por qué estás jorobando?». Vasia da media vuelta y regresa corriendo con los suyos. Las palomas, decepcionadas, se apretujan para entrar en calor.

*

Los autobuses llegan pasadas las nueve. Se trata de dos coches LAZ destartalados: uno verde y azul, y el otro, simplemente sucio. Además, es evidente que ambos son de uso militar: del autobús verde y azul cuelgan unas banderas rotas, en uno de los laterales pintaron con espray una consigna de guerra que ya resulta ilegible. El que está sucio, gris, llega con los cristales de las ventanas rotos y las cortinillas húmedas que penden tristemente como unas velas rajadas. Las luces también están rotas. Tampoco llevan matrícula, para ser del todo sinceros. Los que están al volante son militares, de modo que se trata de vehículos de guerra. La carrocería del autobús sucio aparece incluso perforada en algunos puntos: le dieron duro. Las mujeres salen en trompa de la estación, acarreando baúles, bolsas, distintos enseres caseros, y arrastran tras sí a los niños. Se lanzan hacia los autobuses, gritan, vociferan. En un primer momento, Alexéi Yeliséich ni siquiera sabe qué hacer con toda aquella población civil, pero enseguida supera el desconcierto, se abre paso hacia los autobuses, levanta la mano y aguarda a que todo el mundo se calme. Una vez que se restablece una relativa calma, monta en cólera y se pone a explicar que tienen que calmarse y escuchar lo que él va a decir, que armar jaleo no es nada constructivo y no favorece en absoluto un ambiente de trabajo, y que, en general, ya le tienen hasta los huevos. Explica que ha hecho traer el transporte del frente de batalla donde en aquel momento se está vertiendo sangre por una causa justa, y que si ellos no retroceden unos pasos, él tiene una orden del mando de mandarlos a todos a la mierda y devolver los autobuses a la vanguardia de la lucha por un futuro feliz. Cuando, por fin, todo el mundo se calla, Yeliséich indica, haciendo mover sus mejillas carnosas con aires de importancia, que aquel coche de allí, el verde y azul, irá con destino a la planta cárnica, y el otro, simplemente sucio, con destino a la barriada.

–¿Y ya está? –le pregunta decepcionada una mujer joven con un sombrero elegante que lleva una manta de algodón en la mano.

–¿Te parece poco? –se enfurece con ella Alexéi Yeliséich–. ¿Quieres que te acompañe a casa? ¡Te acompañaré! –promete amenazador y se abre paso a empujones a través del gentío para volver con los suyos.

La mujer rompe a llorar mientras el resto empieza a tomar los autobuses por asalto, convencidas de que es mejor ir con destino a la planta cárnica que quedarse allí, en la estación, en compañía de aquel imbécil mofletudo. Alexéi Yeliséich, con un ademán de comandante, hace venir a Pasha. Este

se le acerca, aunque sin mostrar entusiasmo.

–Vamos a ver –comienza Yeliséich–. Irá usted de responsable en el coche que saldrá en cabeza.

–¿En cuál? –no se entera Pasha.

–Bueno, en ese de ahí –señala Yeliséich–. El que va a la barriada. Será responsable del personal civil. ¿Entendido? –pregunta. Dicho con propiedad, no pregunta. Ordena y manda.

Pasha y el chaval son los últimos en subir al autobús. El único lugar disponible que queda son los escalones de la entrada, al pie de la puerta. El conductor se enfada, chilla a las mujeres para que circulen hacia el fondo del vehículo. Cómo hacerlo, sin embargo, si está atestado de almohadas, colchones, tarros de conservas caseras. Las mujeres están sentadas, apretándose contra las ventanillas, dos o tres por asiento, una encima de otra en algunos casos. Las hay que se cuelgan de sus vecinas, se apretujan, discuten, sollozan. Los niños lloran a gritos; vuela el plumón del relleno de las chaquetas de fabricación china. El conductor esconde su kaláshnikov, le grita a Pasha:

–Anda, cálmalas.

–¿Cómo quieres que las calme? –le grita en respuesta Pasha–. Arranca de una vez, con el traqueteo se calmarán solas.

El conductor escupe. Pasha cierra la puerta maltrecha. Aunque no tiene ningún sentido: los cristales de la puerta están rotos, cerrarla equivale a abrigarse con un diario en pleno invierno. Pero las normas son las normas: la puerta se cierra, el LAZ se pone en marcha, Alexéi Yeliséich se enjuga las mejillas, aliviado. La cocina de campaña se va enfriando como un corazón después de un gran amor.

Hace frío dentro del autobús, el viaje es incómodo: Pasha y el chaval van apretados contra la puerta. Una mujer ha colocado encima de Pasha una maleta grande de piel. Al principio Pasha intenta apartarse, pero como no hay espacio, se ve obligado a viajar de aquella manera. La lluvia entra en el vehículo por el hueco del parabrisas; el conductor se protege los ojos con unas gafas tácticas militares de color amarillo, si bien no son de gran ayuda. En dirección al norte, en algún punto cerca del límite de la ciudad, vuelven a bombardear. Aunque no se ven los fogonazos detrás de la cortina de lluvia, se oye perfectamente el impacto de los proyectiles que caen más allá de los barrios dormitorio. Las mujeres vuelven a dar voces, todas juntas, sin excepción; el chaval se aprieta con cierta torpeza contra el anorak de Pasha:

no se entiende si acaso tiene frío o es que está a punto de llorar también. De todos modos, aunque lo esté, no llora.

Después de girar a la derecha partiendo de la plaza de la estación, se dirigen al sur. Sortean una señal de tráfico volcada; luego, una furgoneta de reparto de pan acribillada a balazos, y después, un montón de muebles abandonados: un sofá, un armario, un sillón con el forro roto. Como si alguien hubiese soltado el lastre en su huida. La ciudad matutina; los portales quemados como bocas de horno; los escaparates destrozados de las tiendas de comestibles. El interior de las tiendas está a oscuras; las rejas protectoras de las ventanas fueron arrancadas: al parecer, alguien intentó llevarse algo, pero es poco probable que lo haya conseguido. Los dueños de las tiendas habían evacuado todo antes, dejaron los mostradores vacíos, aparte de las viejas neveras muertas. Daría vergüenza robar una: ¿para qué va a necesitar uno en casa una nevera vieja? A no ser que quiera esconder dentro un cadáver. Al ver tras las tiendas una iglesia de reciente construcción, el conductor se persigna automáticamente. Una parte de las mujeres hacen lo propio. A las que no se persignan las miran con desafío y reprobación. Así miran en la playa los bañistas con el agua fría hasta el cuello a quienes tienen miedo de entrar en el agua.

En el cruce giran a la derecha, pasan delante del edificio chamuscado del juzgado, y del de la Caja de Ahorros con los ventanales cegados con planchas de contrachapado. Luego, dejan atrás la farmacia: los huecos fríos de sus ventanas, las rejas descuajadas dan testimonio de que también allí alguien intentó pillar cacho, a saber si lo consiguió. Más allá están el colegio desierto; el quiosco de prensa arrasado; el obelisco acribillado a balazos. Trozos de hierro, ladrillos quemados, ropa manchada de sangre. Excepto por unos militares que están apostados junto al quiosco, fumando y hablando, indiferentes a todo, apenas si se ven transeúntes en las calles. Una anciana arrastra por el asfalto mojado un trineo cargado con cartón: no se sabe si para encender una estufa o para remendar alguna ventana. Por lo demás, el entorno aparece desolado, húmedo, no se percibe ni un solo movimiento, ni una sola voz. En el siguiente cruce, sin embargo, un turismo por poco embiste el autobús. El conductor se lleva tal sorpresa, que apenas consigue pegar un frenazo. El LAZ cruje, se detiene, el conductor choca el pecho contra el volante. El turismo se detiene también y se queda quieto como un muerto. Pasha mira por la ventanilla y enmudece de sorpresa. El turismo detenido enfrente del autobús es un Opel con la carrocería llena de

barro. Quien está al volante es la Iguana en persona, con el semblante plomizo, una mueca de susto y de mala leche. Permanece al volante con los ojos como platos, sin saber qué hacer: insultar o disculparse. Junto a él, en el asiento del copiloto, hay un tipo con un gorro de piel de rata almizclera y gabardina gris; lo mismo que el de la Iguana, su rostro está plomizo por el susto. Esto, sin embargo, no es lo que más llama la atención. Lo realmente llamativo es que, sobre el techo del Opel, sujeto con unas sogas, va un féretro. En un primer momento, Pasha no da crédito a lo que está viendo: «No puede ser –piensa–. ¿De dónde lo traen?». Pero, en efecto, es un féretro. Las mujeres lo miran como hechizadas. Incluso el conductor del autobús se ha quitado las gafas para cerciorarse de que no le falla la vista. Es un féretro, sí. Pasha comienza a entender que lo más seguro es que el tipo del gorro de piel de rata es un cliente que hace transportar el féretro a su casa para el entierro de algún familiar. Y como en la ciudad, en esos momentos, el transporte escasea, ha encargado un traslado en taxi. A la Iguana, a su vez, parece darle lo mismo qué transportar: si es un féretro, pues que sea un féretro. Conociendo a la Iguana, se puede suponer, incluso, que el féretro no va vacío, que dentro hay un cuerpo. Toda la escena dura unos pocos segundos, a nadie le da tiempo a decir nada: las mujeres sollozan y el conductor del LAZ mira a la Iguana como al capitán de un barco fantasma. La Iguana, por su parte, reconoce a Pasha, y sus ojos, redondos como los de un pez, se hacen más redondos todavía, como la luna. Se queda mirando a Pasha como a un difunto que haya vuelto del cementerio para acudir a sus propias exequias. No obstante, el susto se le pasa rápido: la Iguana pisa el acelerador, el Opel sale a la carrera, rueda a ninguna parte, desaparece en la lluvia.

Llegan al límite del barrio: la carretera continúa a través de un descampado en medio del cual hay unas construcciones de hormigón que se comenzaron a levantar en los ochenta; tras quedarse a medio edificar, posteriormente acabaron abandonadas para siempre y al final rematadas, hace poco, por el fuego de mortero. Después del descampado hay un barranco atravesado por un puente en cuya entrada está instalado un puesto de control. Se nota que la pugna por él fue encarnizada: cuesta creer que el puente no haya sido destruido, pero está entero, en su sitio. Llegan a la entrada del puente, desaceleran. El asfalto de alrededor del puente está totalmente rajado por la metralla: da la impresión de que alguien lo ha estado cortando con una pala. Los bloques de hormigón también presentan

numerosas rajaduras, se han ennegrecido a causa del humo; a su alrededor hay ropas mojadas tiradas en el suelo, botellas de agua vacías, envoltorios de medicamentos, trozos de papel, ciertos objetos de madera rotos, fragmentos metálicos deformados. A un lado, en el suelo, han instalado unas señales de advertencia. Los que están a cargo del puesto son tres o cuatro combatientes, nerviosos, cabreados. Todo apunta a que llevan poco tiempo allí, desde el momento en que el puesto se quedó en tierra de nadie: evitan meterse en el refugio, no quieren arriesgar, permanecen bajo la lluvia controlando el tráfico. El conductor acerca el LAZ al puesto, se asoma por la ventanilla rota. Uno de los combatientes se aproxima al vehículo: barba roja, calzado de invierno, la culata del fusil está reforzada con un cordón grueso. El conductor le pregunta algo en tono alegre, bromea, pero el barbudo se limita a torcer el gesto en respuesta, espía con la mirada el interior del autobús. Mientras Pasha se aparta de la ventanilla, despacio, para no llamar atención, ve por el retrovisor con el cristal rajado cómo, por detrás del coche, sale otro combatiente. Camina tambaleándose pesadamente y dando puñetazos al compás contra la carrocería agujereada por las balas del vehículo. Es bajito, paticorto, lleva unas botas pesadas y la cabeza sin cubrir, su pelo es corto y cano, aunque parece joven. Gasta unas gafas de sol reflectantes. Una cicatriz reciente le cruza el cráneo. Lleva en las manos unos guantes sin dedos, de piel oscura, manchada de sangre, desgarrada: como si hubiera estado ablandando un trozo de carne a puñetazos en la cocina. Viene caminando sin mirar siquiera a las mujeres: no le interesan, intuye que lo más atractivo está en la parte delantera del autobús, junto al conductor. Nada más llegar, su mirada se topa con la de Pasha.

Pasha observa cómo se le cambia la cara, se le nubla la mirada y le tiembla el ojo derecho con un movimiento mortífero, como si pusiera a Pasha en el punto de mira. La sospecha que alimenta hace que los pómulos incluso se le contraigan en un espasmo y le rechinen los dientes de rabia. Pasha se queda paralizado. El chaval, que está con la cabeza apretada contra la barriga de su tío, intuye que algo va mal, pero no puede girarse, inmovilizado por el cuerpo de Pasha contra la puerta, de modo que solo consigue levantar la vista y preguntar en susurros:

–¿Qué pasa?

–Todo bien –responde también en susurros Pasha, sin apartar los ojos del combatiente–. Está todo bien.

El combatiente, entretanto, cree que le está hablando a él, que es a él a quien se está dirigiendo. Eso hace que rechine los dientes con más furia todavía.

–¿El qué? –dice tragándose saliva en un arrebato de rabia–. ¿Qué es lo que está bien, joder?

–Pasha. –El chaval le tira de la manga para llamar su atención.

–Todo bien, todo bien –se limita a responder Pasha, apretándole muy fuerte el hombro con sus dedos entumecidos.

–¡El qué! –se sulfura el combatiente descolgando de un tirón el fusil que lleva al hombro–. ¡El qué!

En esas, no obstante, al presenciar la escena, un militar muy joven se separa de los bloques de hormigón con un caminar enérgico: lleva un gorro negro con el borde doblado hacia arriba sobre el pelo oscuro, es flaco, risueño, su mano se apoya con seguridad sobre la culata del fusil. Se acerca, se asoma tras la espalda de su compañero, ve a Pasha, sonríe y cae en la cuenta de que lo conoce. Aunque no puede recordar de qué. Pero lo conoce, seguro. Pasha también lo conoce. Y tampoco puede recordar de qué. Se quedan mirándose el uno al otro durante un rato, uno muy breve, pero al militar le da tiempo para posar, entretanto, su mano sobre el hombro del compañero, con un gesto convincente y disuasivo.

–Está todo bien, Rustem –dice mientras sigue sonriendo, aunque más bien por inercia–. Está todo bien, son de los nuestros. Déjalos pasar.

Rustem, con un gesto nervioso, mueve el hombro como si quisiera sacudirse la mano del otro, pero el joven militar no lo suelta, sonríe, lo sujeta con fuerza. Rustem achina los ojos, presa del odio y la desconfianza, rechina los dientes, pero se contiene, calla. Y como él calla, el resto de los presentes tampoco tienen nada que objetar. El conductor se despide del barbudo con un movimiento de mano, el LAZ arranca, se desliza entre los bloques de hormigón, entra en el puente.

Solo entonces Pasha advierte lo aterrorizado que está. Su miedo es frío y pegajoso. Como si alguien se le acercara con un morral, extrajera de dentro su muerte, se la enseñara y la volviera a guardar. Pero él ya la ha visto. Ya es consciente de que la pueden volver a sacar dondequiera y cuandoquiera. ¿Y de qué conoce a aquel joven militar? ¿Quién es? ¿Quién era?

–¿Quién es aquel? –le pregunta el chaval–. ¿Quién era?

–No lo sé –responde Pasha–. No lo recuerdo.

–Anda ya. –El chaval lo mira desconfiado–. Quizá fuiste su profesor.

–Puede ser –le sigue la corriente Pasha y entonces es cuando se acuerda.

¿Fue hace dos años? ¿O tres? ¿Cuándo fue? Fue en primavera. En abril quizá. ¿O en mayo? En mayo, seguro. Cree recordar que había muchos aromas, nuevos, frescos. La ciudad, un bloque de pisos, el portal frío como un sepulcro, el ascensor, la última planta, el pasillo recién pintado –la capa de cal deja traslucir unas manchas oscuras–, la escalera soldada a la pared, la trampilla abierta en el techo. ¿Qué hacía allí? ¿A quién fue a ver? Pasha intenta recordar, pero no le da tiempo. Sobre el autobús el cielo se ilumina, unos fogonazos longitudinales cruzan el fondo gris de la lluvia: lanzamisiles Grad disparan desde el recinto de la factoría, directamente por encima de sus cabezas; unas sombras luminosas despegan y vuelan hacia el otro extremo de la ciudad, en dirección al norte, más allá de la ronda. Pasha vuelve a sentir cómo el muelle le oprime el corazón y le acelera los latidos, impulsando a Pasha hacia delante, lejos de allí, antes de que desde el norte respondan con una descarga y las llamaradas se deshagan contra el suelo anegándolo todo de metal y de muerte. El conductor se pone tenso también, y acelera todo lo que el LAZ puede dar de sí. Mucho no puede, sin embargo: el autobús tiene que atravesar el polígono, pasa delante de una fábrica, luego delante de otra, deja atrás el centro logístico, después unos almacenes. Lo primordial es alejarse de allí, cuanto más lejos, mejor. En los márgenes de la carretera se ven álamos, barreras de tráfico, portones metálicos con el cierre echado. Lo principal es salir del polígono donde no se ve un alma: si allí ocurre una desgracia, nadie lo sabrá, nadie podrá ayudar, el muelle aprieta desde dentro, acelera el fluir de la sangre, lo más importante es alejarse de allí todo lo que se pueda, piensa Pasha. El conductor, según parece, también está atemorizado: no esperaba que hicieran fuego justo por encima de ellos, así que ahora hace girar el volante, lo hace girar sin disimular ya nada: ni el cansancio, ni el cabreo, tampoco el miedo. «Lo mismo que aquel militar del puesto de control, joven, sonriente», piensa Pasha. Aquel tampoco disimulaba nada, lo tenía todo escrito en su rostro, en su sonrisa. Es verdad, no disimulaba nada, en efecto, como diciéndole a Pasha: «Aquí estoy yo, he tomado esta jodida ciudad por asalto, entré en este puesto de control y expulsé a todos los que lo defendían, despejé el terreno, soy yo quien lo controla todo aquí, es de mí de quien todo depende, si lo quisiera te podría vender, hijo de perra, con todas tus tripas, así que anda, lárgate, no me importas una mierda, largo de

aquí, vete lejos, la palmarás solito». «Y algo más, allí hubo algo más», sigue pensando Pasha, febril. Pero ¿qué? El pasillo recién pintado, la escalera de metal, la última planta. Algo que forma parte de la vida pasada.

Cuando el frío se vuelve insoportable, hasta el punto de que el chaval se abraza a Pasha para entrar en calor como sea; cuando el conductor esconde las manos en los bolsillos y se aprieta contra el volante haciéndolo girar con la barriga; cuando las mujeres han dejado de sollozar y arrebujan sus cuerpos y sus cabezas en mantas y almohadas, el autobús sortea finalmente la última valla del polígono, cruza un campo negro arado y se adentra en el suburbio. Pasha, con el cuello encogido, se ha puesto de costado al parabrisas para evitar el frío, pero se impacienta, echa miradas a la carretera: a ver qué hay delante. Delante hay una calle larga con casas particulares. Muchas de ellas presentan signos de haber sido tiroteadas: agujeros en la uralita, marcas negras en las paredes y las verjas. Por detrás de un portón metálico pintado de verde asoma un lugareño, atemorizado, embrutecido, mira a los recién llegados con suspicacia, como si dijera «¿quiénes son? ¿A qué vienen?». Y lo más importante: «¿Volverán a disparar?». Pasha había estado allí un par de veces cuando era niño, acompañado por su padre. Es decir, no guarda ningún recuerdo. Ningún recuerdo bueno, en todo caso. Se trata de una barriada obrera, edificada como un apéndice de la mina, absorbida en los ochenta por la ciudad, aunque siempre separada de esta por el polígono interminable. Con cierta autonomía e independencia. A pesar de que la totalidad de la población va a la ciudad para trabajar. Mejor dicho, iba. Antes de la guerra. Ahora la barriada está aislada; los bandos fueron disputándosela desde septiembre, aunque es verdad que los combates habían cesado tiempo atrás: cuando en la ciudad todavía seguía habiendo tiroteos, en la barriada ya se habían puesto a remendar la uralita y reconstruir las vallas. Imprescindibles, las vallas. El LAZ recorre la calle principal hasta el final, entra, por así decirlo, en el centro histórico, llega a una parada de autobús, frena. Pasha abre la puerta con los dedos calados de frío hasta los huesos, él y el chaval se dejan caer fuera como dos paracaidistas que saltan con un solo paracaídas para los dos. El cuerpo entumecido, las piernas agarrotadas, la ropa húmeda, la cabeza pesada. Son las diez, una agradable mañana de enero.

Pasha se fija de inmediato en lo que había cambiado en los diez años que no estuvo allí. No había cambiado nada. Levantaron una iglesia nueva. Construyeron un supermercado. Y para de contar. El edificio del antiguo

consejo local no tiene bandera: la que había, la nacional, según parece, la habían arrancado, y la otra, la nueva, no han llegado a izarla todavía. La antigua Casa de Cultura no da señales de vida. No muy lejos de allí está el colegio, también desierto; sobre el campo de fútbol pende la cortina de lluvia. En un extremo se alinean los edificios de las tiendas: piedra blanca oscurecida por el tiempo, la pintura azul de los marcos de las ventanas, anuncios de Coca-Cola pegados en las puertas de la entrada. Y la muchedumbre, negra, silenciosa, que vigila de cerca a los recién llegados con actitud tensa y recelosa: da la sensación de que poco le falta para abalanzarse sobre estos y hacerlos pedazos. Las mujeres comienzan a descargar: arrojan por las ventanillas fardos y almohadas, salen bajo la lluvia, se apiñan en torno a Pasha porque lo toman aún por un apoderado, no se separan de él cargándole toda la responsabilidad de lo que les pueda ocurrir a partir de ahora. Una vez descargado el autobús, el conductor mira la multitud congregada desde hace tiempo junto a las tiendas; luego mira a Pasha que, en compañía de toda su tropa desembarcada, se moja ahora bajo la lluvia. El conductor esboza una sonrisa torcida, arranca el motor y sale marcha atrás. De modo que los dos grupos se quedan el uno enfrente del otro: dos masas de personas empapadas y cabreadas, que ocupan el espacio en torno a la parada de autobús, separadas tan solo por un centenar de metros de aire denso y húmedo de enero. Siguen de pie, sin saber qué se puede esperar de los otros, de qué hablar con ellos. Pasha tampoco sabe de qué hablar, observa a la multitud de enfrente, distingue algunos hombres entrados en años, una mujer con un abrigo de plumón color frambuesa, dos niñas de unos diez años que están sin la compañía de adultos, con carteras de escolar a las espaldas. Al resto no acierta a discernirlo: sus rostros no son más que manchas borrosas bajo los pañuelos y los gorros de piel. Ojos hundidos, mechones de pelo que asoman por debajo de las capuchas, labios pintados deprisa, el rímel negro de los ojos emborronado por la lluvia. Mujeres, en su mayoría son mujeres. Miran con hosquedad, como si sospecharan alguna trampa. Ni un atisbo de sonrisa. Pasha recuerda la risita del conductor al marchar, la sonrisa de aquel mozo en el puesto de control que lo había reconocido pero no había dicho nada, y de pronto se acuerda de todo.

El año anterior a la guerra, vida pasada. Pasha se pasa la primavera dando clases de refuerzo y metiéndole caña a un chico alegre de dieciséis años que se está preparando para la selectividad. El papá del zagal, un

hombre acaudalado, se dedica al comercio del carbón. Quiere que el hijo vaya a estudiar a la capital. Él mismo quiere luego mudarse allí. Había dado con Pasha. Hacía falta que el chico dominara la lengua ucraniana, con vistas al futuro. Pasha es un buen profesional y no de los caros. Aparte, nunca dice nada. En el sentido de que no se va de la lengua. Usa el ucraniano exclusivamente durante las clases, se puede pensar que se trata de una especie de jerga profesional de los médicos que no se hace servir en la vida cotidiana. El zagal es perfectamente consciente de las vistas al futuro. Además, quiere ir a la capital. En efecto, ¿qué iba a hacer en su ciudad natal si se quedara? ¿Comerciar con carbón? Para eso está el padre y le va bien. Por eso tiene que aprender ucraniano. El problema está en que el chico odia todo aquello: a Pasha, a papá, el carbón. A papá es a quien más. Aunque a Pasha también lo odia un montón. Ni siquiera lo disimula. Pasha va a su casa dos veces por semana: los miércoles y los sábados. Viaja en tren, luego desde la estación camina un cuarto de hora. El zagal vive en su propio piso. Un piso no muy grande, de dos ambientes. En un edificio de bloques, en la última planta. La novena. Cada clase acaba en bronca. Es decir, el que arma escándalo es el chico. Pasha se limita a escuchar. En varias ocasiones había estado a punto de dejar de darle clases, había llamado al padre, pero este pidió con insistencia que las clases continuaran. Incluso le iba pagando extras. Aunque no era mucho, la verdad. En una ocasión, en mayo quizá –los días eran templados, el cielo alto–, el padre se presenta en el piso del chico durante la clase, para supervisar el asunto, por así decirlo. Al chico, por alguna razón, se le empieza a ir la olla: a Pasha ni siquiera lo mira ya, se sulfura, se pone a chillar, el padre tampoco se anda con chiquitas. Padres e hijos,[1] en una palabra. Pasha intenta intervenir, calmarlos a los dos, pero el zagal es el primero en mandarlo a tomar viento, luego el padre hace lo propio, y cuando el chico se viene arriba y manda al padre a la mierda, este pierde la paciencia y le arrea una hostia en la cabeza. El zagal se derrumba sobre el sillón, pero inmediatamente se vuelve a poner de pie, suelta baba, se enjuga las lágrimas, rechina los dientes de rabia e impotencia y sale corriendo. El padre corre detrás. Pasha, al intuir que algo va mal, sale corriendo también; incluso llega a ver cómo el zagal trepa por la escalera metálica que sube al tejado, cómo el padre repta dificultosamente en pos de él, cómo los dos, uno detrás de otro, desaparecen por la trampilla del techo. Pasha se queda abajo, mirando el azul intenso del cielo de mayo recortado por el hueco de la trampilla, mientras repite para sus adentros: «Lo

importante es que no salte al vacío, lo importante es que no salte».

El verano termina. El chico se queda sin ir a la universidad: catea. Suspende todas las asignaturas excepto Lengua Ucraniana. Pasha sufre por él de todos modos, cree que tiene una parte de culpa, está preocupado por que el chaval tenga ahora problemas con su padre.

Sin embargo, a Pasha lo dejan en paz, no vuelve a ver más al chico y pronto se olvida de él. Y ahora le ha tocado recordarlo, mira por dónde. «¿Cómo es posible? –se pregunta Pasha al tiempo que observa la multitud sombría frente a él–. ¿Cómo sucedió? ¿Cómo no me di cuenta de que mis propios alumnos estaban peleando en el bando contrario? ¿Cómo se me pasó? Aunque –intenta tranquilizarse a sí mismo–, ¿el bando contrario por qué? Yo no estoy de parte de nadie. ¿Qué tengo que ver yo? Anda ya, de parte de nadie –se contradice a sí mismo–. Está claro que pelean justo contra ti, contra ti en concreto. Contra todo aquello que tiene que ver contigo. ¿Y qué es eso que tiene que ver conmigo? –se lía Pasha–. Pues todo eso –se da la respuesta–: tu asignatura, tu colegio, la bandera que ondea sobre este. Es por eso por lo que pelean. En contra de eso, para ser precisos. ¿Por qué no me delató? –se devana los sesos Pasha–. ¿Por qué me dejó marchar? Podía haberme delatado. Razones había, a decir verdad. ¿Y qué habría pasado con mi chaval en ese caso?»

Entonces, a Pasha le entra miedo. Mucho miedo. Y mucho frío también.

*

Así es como trasladan a los difuntos al cementerio: caminan despacio por la calle, con parsimonia, llevando el féretro, dejan atrás las últimas casas del pueblo, salen al campo abierto, como si acarrearan algo inútil lejos de las miradas ajenas, lejos de casa. Lo mismo que ahora: la multitud se extiende a lo largo de la calle como una manguera de bomberos, se encamina a través de la lluvia hacia las afueras, lejos del centro. Cuando los que van en cabeza ya han desaparecido detrás de la cortina de agua, los últimos todavía siguen apiñados junto a las tiendas, discuten intentando convencerse los unos a los otros.

Antes de eso, ambos grupos se habían mezclado, cruzando preguntas sobre quién era de dónde y quién iba a qué parte. Rápidamente destacaron quienes decían estar mejor informados que el resto, y afirmaban que seguramente intentarían reconquistar la barriada, que durante toda la noche

anterior habían ido llegando a la Estación convoyes con vehículos militares provenientes de la región de Járkiv, y que todo aquel contingente hoy mismo se iba a poner en marcha en dirección a la barriada para recuperarla. A la pregunta de por qué iban a querer recuperarla, daban respuestas completas del tipo: en primer lugar, allí se encontraban las minas de carbón; en segundo lugar, la barriada estaba situada en la entrada de la carretera que conducía directamente a la ciudad, y, por último, en aquella zona nadie esperaba un contraataque: los que habían tomado la ciudad por asalto se encontraban todos allí, ninguno se dejaba caer por la barriada, así que era pan comido: estaba para entrar, tomarla bajo control e izar sobre el consejo local la bandera estatal. Los hombres callaban haciéndose los interesantes, y cuando hablaban, si bien dejaban que las mujeres los interrumpieran, las interrumpían a su vez sin miramientos y trataban de hacerles entender que nadie, desde luego, se iba a meter en la barriada; que un bombardeo había arrasado la Estación con toda aquella maquinaria militar la noche anterior, pero que, sin embargo, no se podían quedar allí porque iban a intentar reconquistar la ciudad y esos, los nuevos, los que la habían tomado, se batirían en retirada pasando por la barriada de la que, al cabo de un par de días, no quedaría piedra sobre piedra. Las mujeres les replicaban a gritos, aducían haber hablado personalmente con unos familiares apenas el día anterior, y estos a su vez con su gente de confianza, y les habían dicho, los susodichos familiares, que nadie se iba a replegar, que la nueva autoridad había llegado para quedarse, por lo que se tenía que salir huyendo sí o sí. Los hombres respondían a eso con desprecio, diciendo que lo de llegar para quedarse, de eso nada, que los bandos negociarían, llegarían a un acuerdo, unos dejarían la ciudad y otros volverían a ella, mientras que ellos, en efecto, era mejor que se largaran de la barriada a algún lugar seguro. En eso de que hay que largarse todo el mundo está de acuerdo: algunos lo afirman convencidos y cortantes; otros, tímidos y perplejos. Ninguno quiere quedarse. Pasha trata de entender dónde pretenden largarse, cómo piensan salir de allí, dónde y cómo irán, llama al orden, pide la palabra. Pero ya nadie lo escucha, nadie le hace caso. Acaso se giran desconfiados cuando él se les acerca: bajan el volumen de voz para que él no pueda oírlos, le dan la espalda, le ocultan algo importante. Finalmente, el chaval pierde la paciencia.

–¿Por qué hablas con ellos? Déjalos estar. Que vayan donde quieran.

Pasha se fija en el chaval: desde la mañana se muestra inusualmente

sosegado, calla todo el tiempo, no fuma, no molesta a nadie. Esconde las manos en los bolsillos, aparta el rostro a la lluvia. «¿Estará todo bien con él? –se preocupa Pasha–. Solo falta que tenga un ataque aquí mismo.»

–¿Está todo bien contigo? –le pregunta.

–¿Y contigo? –le devuelve la pregunta el chaval con el mismo interés.

–Escucha –Pasha se sienta en un escalón húmedo, trata de sonar tranquilo y convincente–, tenemos que irnos de aquí. Aquí no nos podemos quedar.

–¿Y adónde iremos? –pregunta el chaval.

–A casa.

–¿Campo a través? –se interesa el chaval.

–Iremos junto con los demás –responde Pasha tras una reflexión–. Quieren salir por el paso a nivel. Según dicen, los nuestros lo abandonaron ayer y esos aún no han entrado.

–¿Los nuestros? Vaya –suelta el chaval con desdén.

–De acuerdo, no comiences –se molesta Pasha–. Allí, de hecho, ahora no hay línea de frente, se puede cruzar al otro lado. A alguna parte llegaremos, luego llamaremos un taxi. Por la noche estaremos en casa. Si no han arrasado con todo, claro.

–¿Y cuánto tenemos que caminar? –pregunta el chaval–. ¿Hasta el paso a nivel? –puntualiza.

–Unos diez kilómetros –calcula Pasha–. Y otros diez desde el paso hasta el pueblo más cercano.

–Uf –se sorprende el chaval–. ¿Y cómo llegaremos?

–Llegaremos –sostiene Pasha–. Si queremos llegar, llegaremos.

–¿Y si es verdad que arrasaron con todo allí? –pregunta el chaval en voz baja.

–Anda ya –lo intenta tranquilizar Pasha–. Nadie arrasó con nada. No te preocupes.

–No te preocupes tú –responde a eso el chaval–. Si tú lo dices…

–Vamos –da por concluida la conversación con el chaval y enfila en pos de la multitud que marcha.

Pasha se pone en pie, se gira para contemplar la ciudad. En dirección al norte, más allá de las líneas de lluvia, el aire tiembla de vez en cuando, como si alguien acometiera unas reformas a fondo en el interior de la casa oculto detrás de unas cortinas.

La calle está desierta, el cielo parece un montón de ropa de cama usada

que los pasajeros del tren fueron apilando, antes de bajar, en la entrada de la cabina de la azafata: cúmulos gruesos de nubes se extienden hasta el horizonte, desordenados y vueltos del revés. La procesión ocupa la calle entera. Caminan como si realmente acompañaran apenados a alguien rumbo a su última morada. Las mujeres acarrean baúles, sorteando agujeros llenos de agua. Es inútil, sin embargo: el agua está por todas partes, helada, invernal. «Ya va el tercer día desde que intento ponerme a salvo –piensa Pasha–. Llevo tres días corriendo en círculos como un oso de circo. Y esa carrera parece no tener fin. Hace tres días que camino con personas a las que ni siquiera conozco. Como propulsado en el aire por un muelle que no deja que me pare. Y a todos ellos –Pasha mira a su alrededor– los propulsa también, los empuja lejos de casa. Aunque la mitad de ellos sencillamente ya no tienen casa. Ni familia tampoco. Así que yerran de aquí para allá sin ninguna posibilidad de ponerse a salvo. Caminan en círculos, caminan en torno a su ciudad. Y yo, por alguna razón, camino con ellos. Y llevo conmigo al chaval a todas partes.» El chaval, en esos momentos, es su mayor preocupación: las deportivas que calza no sirven para aquel clima, seguramente tiene los pies mojados. Cómo piensan llegar es una incógnita. Se podría acudir a alguien de la barriada, pedirle que los lleve en coche, pero no se ve a ningún residente, según parece, la barriada fue abandonada por sus vecinos: Pasha y el chaval son los últimos en el trance de dejarla. Caminan por la calle, larga y desolada, chapoteando con el calzado empapado en la papilla amasada con nieve, lodo y arena; caminan dentro de un oscuro torrente humano a lo largo de las empalizadas de las casas ajenas.

Tras la última empalizada comienza la estepa. La nieve incluso es azul a causa de la humedad, con calvas negras en los puntos elevados; la franja erizada de una zona forestal se avista, apenas visible, en el horizonte. Junto a la carretera hay una ambulancia vieja hundida hasta el fondo en la nieve. La puerta del conductor, arrancada de cuajo, está tirada cerca. Las puertas de la parte trasera están abiertas. Dentro, aparte de unos trapos sucios, una chaqueta de camuflaje y la rueda de recambio, no hay nada. La muchedumbre pasa caminando delante y mira con cara de susto el vehículo abandonado. Algunas de las mujeres se persignan. Se podría pensar, incluso, que lo hacen al ver la cruz roja de la ambulancia. Pasha camina con la mano apoyada en el hombro del chaval. A este quizá le pesa, pero no quita la mano: así tiene menos frío. «Estaría bien secarle los pies –piensa Pasha, preocupado–, cambiarle los calcetines. Tal como está ahora, no

llegará, habrá que cargar con él.» Que no será fácil, eso lo entiende rápidamente. Nada más salir de la barriada, el camino comienza a subir. Al principio todo el mundo va a buen paso, procuran adelantarse los unos a los otros o, al menos, no bajar el ritmo, pero un par de kilómetros después, en campo abierto, las mujeres hacen un alto, se sientan sobre sus baúles a la vera del camino, descansan intentando recobrar el aliento. Tratan de entrar en calor bajo una lluvia fina, invisible, infinita. Una de ellas, con la cabeza envuelta en un pañuelo que casi le tapa la cara, un abrigo amarillo y botas altas de goma, sentada sobre un cubo, se mira los pies, incapaz de moverse. Pasha no aguanta, se le acerca, quiere ayudar. La mujer alza bruscamente la cara hacia él: tiene llagas en la piel, los labios cortados. Pasha da un paso atrás, desvía la mirada sin querer. Acto seguido, no obstante, hace acopio de valor.

–¿Está bien? –le pregunta–. ¿La puedo ayudar?

La mujer lo mira sin entender nada. Ni responder tampoco. Pasha permanece de pie a su lado, encorvado, trata de no mirarle a los ojos. El chaval se asoma, temeroso, por detrás de él.

–¿La puedo ayudar? –vuelve a ofrecerse Pasha.

La mujer, con un ademán brusco, niega con la mano. Está llagada también. Pasha agarra al chaval del hombro, tira de él hacia delante.

–¿En qué la podrías ayudar, tú? –oye a sus espaldas una voz airada.

Cuando Pasha se vuelve, ve a un adolescente, probablemente quinceañero, aunque bajito para su edad –solo le lleva una cabeza al chaval–, con un gorro negro Adidas, una cazadora de entretiempo que no retiene nada de calor, las deportivas mojadas, hundidas en la papilla de nieve, que esconde, aterido, las manos en los bolsillos, y carga en la espalda una vieja mochila de excursionista desteñida por el sol. Mira a Pasha desafiante, sorbiéndose los mocos: ¿de dónde habrá salido?

–¿La conoces, tú? –le pregunta Pasha.

–¿Cómo no la voy a conocer? –no sale de su sorpresa el chico–. Vive por aquí, todo el mundo la conoce.

–¿Dónde es aquí? –no entiende Pasha–. ¿En la barriada?

–Eso –confirma el adolescente.

–¿Qué le pasa en la piel?

–Y yo qué coño sé –confiesa el chico con franqueza–. Está enferma, es mejor que no te acerques a ella.

–¿Y por qué huye entonces? –insiste Pasha–. Si vive por aquí…

–Como todos huyen, ella huye también –explica el chico–. Te lo estoy diciendo: está mala. No te acerques a ella –le recuerda.

Se coloca la capucha, adelanta a Pasha, corre hacia delante, saltando los charcos.

*

El camino desciende hacia el valle. La cantidad de nieve alrededor aumenta, unas cañas se yerguen en los márgenes de la carretera. Sus tallos punzantes sin vida señalan la dirección del viento. Las mujeres hacen paradas cada vez más frecuentes, envuelven a los niños con los chales, los arrebujan en sus propias ropas, caminan cada vez más despacio, discuten con voces cada vez más débiles: avanzar a trompicones en aquel revoltijo de nieve mina las fuerzas, es mejor dejar de hablar para no malgastar energías. Primero emprenden un largo descenso hacia el valle, luego vuelven a ascender para llegar arriba de una loma. Una vez allí, vislumbran un sendero recién abierto que se desvía partiendo de la carretera. Unos doscientos metros más allá, a mano derecha, se distinguen las siluetas oscuras de unas construcciones: un caserío no muy grande, con árboles y cobertizos, una finca. Hacia allí, una fila de personas avanza por el sendero desde la carretera. Otra fila avanza, por el mismo sendero, en dirección contraria. Cuando llegan, en sus miradas se percibe cierto susto y una especie de vacío, como si se arrepintieran de haber estado allí, de haber ido.

–¿Qué hay allí? –pregunta Pasha a dos de esas mujeres, que en ese momento emergen de la nieve para pisar la carretera.

Una de ellas baja la cabeza en el acto, le da la espalda, hace oídos sordos y continúa su camino. Otra tropieza con Pasha, y como se ve obligada a sortearlo, se lía por un instante con su largo abrigo de pieles, tratando de recoger los faldones, de modo que alcanza a decir:

–Allí puede calentarse. Han encendido el fuego.

También ella esconde la mirada, se precipita detrás de su comadre. «¿Quiénes son esas dos? –se pregunta Pasha–. No llevan ni bolsas, ni nada. ¿Adónde irán?»

–¿Un poco de fuego para calentarnos? –se vuelve Pasha hacia el chaval.

Este asiente con la cabeza en silencio, como si dijera: «Vamos pero ya, no te quedes allí parado».

*

Recorren el estrecho sendero; la nieve en sus márgenes se va cubriendo, a ojos vistas, con una costra húmeda. No dan ganas de abandonarlo: es bastante gruesa la capa de nieve que lo bordea. Cuanto más se acercan a su meta, más dudas tienen: ven una casa grande con tejado de uralita, los manzanos que crecen junto a las ventanas, unas construcciones de uso doméstico. Por el patio delantero va y viene gente: no se entiende qué está ocurriendo allí. Un hombre se acerca a la valla que rodea el patio, uno de los primeros que salieron de la barriada. Derrumba la valla de una patada, recoge las maderas partidas y se las lleva en dirección a la casa. En el suelo del patio hay trozos de ladrillos y de uralita desparramados; por debajo de la capa de nieve que lo cubre asoman restos de un sofá.

–¿Qué habrá pasado aquí? –se pregunta Pasha en voz alta.

El chaval no sabe qué decir. Doblan la esquina de la casa. Lo que ven recuerda a un escenario del que hubiesen retirado los decorados dejando que la vista se deleite con las paredes de ladrillo desnudas y con el equipo técnico que está a disgusto a falta de tarea en que emplearse. De hecho, allí no hay pared: al parecer, fue un impacto directo. La casa está partida en dos; el mobiliario se quedó a la vista como las tripas después de un navajazo en el vientre. La casa es grande, pero apenas está equipada: en su interior no queda casi nada, excepto cacharros de cocina llenos de nieve, platos rotos manchados con restos de salsa, unas cortinas pisoteadas sobre el suelo mojado, ladrillos astillados, papel de diario, trapos. Y un montón de gente congelada dentro. Están sentados junto a la chimenea y tratan de calentarse, alimentándola con las maderas de la valla. Aparentemente, hace mucho que alguien peinó la casa a conciencia: no queda nada por pillar, ni comida, ni joyas. Los dueños, tal vez, ni siquiera saben cuántas de las paredes siguen en pie: más bien estarán preocupados por que no fuercen las cerraduras. Nadie podría hacerlo, sin embargo: la pared entera se vino abajo. Y con ella, la terraza. Lo mismo que la puerta de la entrada. Pasha se refugia bajo el techo agujereado. Allí dentro la lluvia casi no se nota, aparte, hace calor al lado de la chimenea. Lo cierto es que no es nada fácil abrirse camino para llegar a ella: unos hombres embutidos en cazadoras negras ocupan posiciones estratégicas, controlan los accesos, y deciden a quién dejan pasar junto al hogar y a quién expulsan bajo la lluvia. Miran a Pasha con expresión hostil como preguntándose quién es ese tipejo con barba y

gafas. Enseguida huelen la competencia. Las mujeres presentes, unas que viajaron con Pasha en el autobús, desvían la mirada como si vieran a Pasha y al chaval por primera vez en su vida. Pero Pasha no se corta un pelo: pasa por encima de unos bártulos que hay en el suelo, llega junto a la chimenea, le da una palmadita en el hombro a uno de los tipos.

–Déjale sitio al chaval.

El hombre lo mira desafiante y con repulsión, si bien su repugnancia le dura poco, además de que su desafío resulta poco convincente, y como no tiene con qué responderle a Pasha, sencillamente lo mira y calla.

–Anda, déjale sitio –insiste Pasha con severidad. Lo hace con la firmeza suficiente para que el tipo deje de hacerse el mudo, aunque a la vez amistosamente: solo falta que se líen a hostias en medio de aquellas ruinas.

–Bueno, vale –refunfuña el tipo y quiere decir algo más pero Pasha ya se ha desentendido de él.

–Siéntate –indica Pasha al chaval.

Este se acerca, se sienta sobre unos ladrillos apilados, tiende las manos congeladas hacia el fuego.

–Quítate las deportivas –le aconseja Pasha–. Y cámbiate de calcetines.

El chaval obedece: se quita las deportivas, luego los calcetines, hurga en la mochila buscando otros, secos. Pasha se hace a un lado para no poner nerviosos a aquellos tipos serios de las cazadoras negras. Encuentra una silla maltrecha a la que le falta una pata, la apoya contra la pared, se acomoda como puede. Los tipos, al ver que Pasha se ha apartado y no pretende nada más, se calman y dejan estar al chaval. Como unos perros, en resumen: una vez que han ahuyentado el peligro, se relajan. Las mujeres no se les acercan, les tienen miedo, están sentadas a cierta distancia intentando cazar algo de calor.

–¿Ir adónde entonces? –pregunta uno, de cara oscura, dentadura amarillenta y un gorro raído de piel en la cabeza, que se parece a un castor–. ¿Acaso crees que llegarás lejos? –pregunta no se sabe a quién.

–Cruzaremos las líneas, llegaremos a la Estación –le responde otro, bajito, con ojos de ratón y nariz afilada.

–¿Y qué sentido tiene? –le replica el Castor–. Tomarán la Estación un día de estos. ¿O crees que echarán el freno? –Señala el techo con el dedo–. Van a perseguir a esos –señala a Pasha con el dedo– hasta el Dniéper. Así que, ¿ir adónde?

–¿Y tú adónde quieres llegar? –le pregunta el otro con una voz fina.

–Con tal de llegar al motel… –dice el de los dientes amarillos–. Tengo a mi hija allí. Trabaja de camarera. Allí me quedaré mientras tanto. Ella tiene un cuarto propio en el motel.

–¿Motel? –pregunta el bajito–. ¿El que está a la salida de la carretera?

–A la salida, sí, a la salida –corrobora de buena gana el de los dientes amarillos–. Allí me puedo quedar incluso hasta el verano si quiero. Un motel no lo va a bombardear nadie. El dueño es un buen tío, lo conozco.

–¿Cómo se llama tu hija? –pregunta Pasha de repente en voz alta.

La pandilla enmudece y todos se giran hacia Pasha.

–¿Se llama Anna? – pregunta Pasha con la misma voz alta.

–¿Cómo? –refunfuña el de los dientes amarillos.

–Te estoy preguntando cómo se llama tu hija –dice Pasha con claridad–. ¿Se llama Anna?

El de los dientes amarillos se vuelve hacia los suyos con cierto aire de desconcierto, esboza una sonrisa vacilante como si quisiera pedir perdón. Por haber metido la pata de aquella manera, digamos. Luego hace un registro precipitado hurgando en los bolsillos, saca un móvil viejo, sucio y gastado, que parece antes un cepillo para el calzado que un teléfono, aprieta un botón, sale con la misma prisa al patio, desaparece detrás de una esquina. Sus compañeros continúan sentados, callan con un silencio que denota depresión y decaimiento, mientras miran el fuego sin saber cómo reaccionar. Luego uno de ellos se levanta, sale bajo la lluvia, desaparece. Le sigue otro. El último en marcharse es el bajito, el de los ojos de ratón. Se pone en pie, mira al chaval a los ojos como si quisiera camelarlo, echa en la chimenea un par de maderas, sale corriendo, sin despedirse.

–¿Qué ha pasado? ¿Tiene una llamada, ese? –Pasha se dirige en voz alta a las mujeres.

Estas, no obstante, también callan, escondiendo la mirada. Pasha saca el móvil. No hay cobertura, estaba claro.

*

La cuestión de quién podría haber habitado aquella casa despierta el interés de Pasha. Observa su interior destruido. En la cocina, encima de la mesa arrimada al tabique, pende un calendario del año anterior. En el cuarto donde ellos se calientan, cuelgan de las paredes pingajos chamuscados del empapelado. El suelo es de madera; en un rincón hay un somier metálico

abollado sobre el que se han acomodado las tres mujeres, oscuras como árboles en invierno. Al pie del somier yacen en el suelo varios almohadones pequeños, con el forro desgarrado. Por lo visto, aquel era el cuarto de los niños. Hay quien entra desde la calle, se arrima al fuego de la chimenea. Otros, después de entrar en calor y reponer fuerzas con las reservas de comida que llevan en sus bolsas de viaje o bolsas de plástico de supermercado, vuelven a salir bajo la lluvia. «No me gustaría en absoluto –piensa Pasha– que algún día en nuestra casa se reuniera una panda como esta.» Espiar el interior de las casas ajenas es como hojear revistas pornográficas que no son de tu propiedad: nunca sabes con qué te vas a encontrar. Allí, mientras tanto, esa vida ajena queda al descubierto como unos bolsillos vueltos del revés. Lo mismo que en un orfanato: no se puede ocultar nada, todo está a la vista, tanto el papel de las paredes, como las almohadas. Y centenares de personas extrañas que pasan por tu vida sin dejar rastro. Queman los muebles que no les pertenecen, sin saber quiénes en ese momento se alojan en sus propias casas: tal vez también allí alguien esté alimentando la chimenea con los libros de la biblioteca de su verdadero propietario. «Hay que marchar –se disgusta Pasha–, hay que llegar cuanto antes a casa. Padre probablemente se haya vuelto loco de preocupación. También se le debería ahorrar todo esto al chaval.»

–¿Has entrado en calor? –le pregunta Pasha.

–Estoy bien –responde el chaval.

–Ya es hora –le apura Pasha–. Es casi la una. Es mejor no tener que caminar en la oscuridad.

El chaval se levanta, echa al fuego una madera pintada. Las llamas acaban a lengüetazos con la vieja pintura agrietada al instante. Las mujeres permanecen sentadas sin apartar la vista del fuego. Tampoco dicen nada, temerosas de hablar de más. Aunque nadie haría caso a sus palabras: ¿a quién le importa ese «de más» que podrían decir?

*

Poco tiempo después, la ropa vuelve a estar empapada, los pies chapotean en el agua dentro de las botas, empieza a ser difícil caminar, no hay dónde hacer un alto y volver a calentarse. Lluviosos campos infinitos, que se quiebran hacia el sur en forma de recias pendientes hinchadas de agua, se extienden hasta el mar de Azov, blancos por la nieve y negros por la tierra

en los tramos en que el terreno se fractura. La curva de la franja boscosa que bordea la carretera a baja altura debería servir de retén contra el viento y la nieve. Sin embargo, no detiene nada: el viento se mete debajo de la ropa, le envuelve a uno, estorba los movimientos. De cuando en cuando, sobre la nieve del arcén aparecen objetos abandonados como manchas negras: una bolsa vacía, un par de zapatos, un jersey de mujer –los viajeros sueltan lastre, tienen que caminar lejos, el viaje es duro, la carretera ya asciende, bordeando una cantera de piedra caliza, ya desciende hacia las solitarias charcas de la estepa rodeadas de juncos. La siguiente subida se les hace especialmente difícil: los pies resbalan, el viento hiela la sangre, un blanco infinito se extiende más allá de los confines de la vida. Da la sensación de que uno jamás conseguirá salir de aquella hondonada, de aquella trampa, vagará hasta desmayarse entre los compañeros de viaje atemorizados y calados hasta los huesos. Mientras asciende, Pasha repara en que en lo alto de la colina la multitud se va congregando: están discutiendo, no se dan prisa en avanzar. «Todavía habrá que volver», se asusta y aprieta el paso. Al chaval lo lleva cogido del brazo. «¿Vas bien?», le pregunta de vez en cuando, a lo que este responde asintiendo con la cabeza: «Voy bien, voy bien». Alcanzan la cima del altozano. El viento allí arriba es especialmente violento. La lluvia, en cambio, ha cesado. La atmósfera huele a aguanieve. Delante se abre otra hondonada en cuyo fondo blanco negrea, hundido en la nieve, un bosque invernal. El camino desciende bruscamente entre árboles hacia el corazón helado del bosque, para emerger más allá, subiendo hasta la cima de la siguiente loma, y detrás de esta se vislumbran las escombreras y el gris de los bloques de edificios de viviendas donde, al parecer, comienza una vida totalmente distinta. Allí está, al alcance de la mano: solo hace falta bajar hasta el bosque, atravesarlo, volver a ascender y uno está a salvo. Lo único que preocupa es aquella columna de humo negro, alta y torcida, que se eleva por encima del bosque. La humareda es espesa y siniestra, como si alguien estuviese quemando allí los papeles con las listas de las bajas humanas. Y lo más problemático es que el camino pasa justo por el lugar de la quema: no hay manera de bordear el bosque por ningún lado. A no ser que uno esté dispuesto a caminar hundido en la nieve hasta la rodilla durante vete a saber cuánto tiempo y vete a saber cómo.

–¿Dónde debe de ser ese incendio? –pregunta Pasha remarcando el acento ucraniano a unos tipos que fuman nerviosos.

–En el paso a nivel. –Uno de ellos se vuelve. Pasha reconoce al Castor. Este también lo reconoce en el acto, intenta morderse la lengua, pero ya es tarde–. Por allí pasa la vía férrea.

–¿Por el bosque? –no le cree Pasha.

–Sí –se reafirma el Castor–. Hacía de la línea del frente. A un lado estaban los de un bando. –Mira confiado a Pasha–. Al otro, los del otro. Era una especie de frontera, digamos.

–¿Y los trenes? –sigue interrogando Pasha, incrédulo.

–Bueno, dejaban pasar unos y detenían otros –aclara–. Como en la frontera –le recuerda.

–¿Y qué es lo que arde? –sigue indagando Pasha.

–Bueno, no lo sé. –El Castor se pone nervioso, busca las palabras adecuadas, se vuelve hacia sus amigos, pero estos callan y esconden la mirada–. Tal vez el puesto de control.

–¿Y qué hay que hacer? –Pasha casi se pega a él, lo mira a los ojos, le impide que se escabulla.

El Castor es consciente de que Pasha carece de justificación para presionarlo, pero hay un algo que lo obliga a estar en posición de firmes y responder a sus preguntas. Ese algo que él advierte en Pasha lo hace estar alerta. Sus compañeros, mojados y apestosos a causa del tabaco, no intervienen tampoco, prefieren esperar. Fuman protegiendo los cigarrillos del viento al esconderlos en las bocamangas de sus negras cazadoras de invierno.

–Qué sé yo –dice el Castor–. Quizá habría que volver.

–¿Cómo que volver? –se asombra Pasha.

–¿Y cómo si no? –se sobresalta por la reacción de Pasha el Castor–. ¿No ves el humo? ¿Cómo piensas pasar?

–Eso mismo –interviene ahora desde su corta altura el bajito, el de la nariz afilada y ojos de ratón–. Volvamos a casa. Y mañana será otro día.

Y entonces el grupo entero, como si formaran un complot, se vuelve hacia Pasha y el chaval, y dicen al unísono que sí, que hay que volver a casa. Que mañana será otro día. Y además le insinúan a Pasha con mucha cautela que puede ir con ellos, que descuide, que con ellos puede quedarse hasta mañana, que no tiene razones para desconfiar. El Castor toma nota de lo que sucede, mientras ve cómo sus compinches se acercan a Pasha, fingen comentar entre ellos la situación como quien no quiere la cosa, aunque en realidad su único objetivo es que Pasha preste oídos a eso que dicen: sí, hay

que volver, mañana será otro día, cómo no. Entonces el Castor baja también la cabeza, mira desafiante a Pasha al sentir el apoyo general y dice que sí, que se quedarán todos juntos y esperarán hasta mañana. Y Pasha con ellos. Este capta su mirada, y las otras miradas también, y da un paso hacia delante. El de la voz atiplada y ojos de ratón trata de cerrarle el paso sacando el pecho, pero es tan poca cosa que Pasha lo aparta fácilmente con la mano, tira del chaval, luego se gira hacia ellos.

–Sí, claro –les dice–. Vosotros id tirando. Nosotros iremos después. En marcha –ordena en voz baja al chaval.

Descienden por la otra pendiente aparentando no darse prisa, y se alejan cada vez más de aquellos tipos. Pasha los oye discutir entre ellos nerviosamente, la discusión enseguida acaba en bronca: «… ¿Qué mierda quieres que le diga? ¿Por qué no lo has detenido tú? ¿Y tú por qué te has quedado de brazos cruzados?», etcétera.

–Deprisa, deprisa –apremia Pasha en susurros más para sí mismo que para el chaval–. Deprisa, deprisa, no nos seguirán, no se atreverán a perseguirnos.

A la caída de la tarde el cielo se cierne bajo sobre el bosque. Una recua oscura compuesta exclusivamente por mujeres –algunas más jóvenes, otras mayores– avanza con precaución por la carretera, cuidando de no resbalar. Pero cuanto más cerca están del bosque sobre el que la humareda se quiebra, tanto más rápidos se vuelven sus movimientos, tanto más nervioso se hace su andar. Ahora Pasha y el chaval caminan más deprisa, sin mirar atrás, tratando de descolgarse del grupo de los tipos que se han quedado en lo alto de la loma. Adelantan a las mujeres, corren casi. Estas, al verlos tan apurados, aprietan el paso por si acaso: no vaya a ser que aquellos dos sepan algo que impone ponerse cuanto antes al abrigo del bosque porque detrás, sobre el altozano, está a punto de suceder algo aterrador de lo que ya no habrá manera de escapar, de evadirse. Entonces, Pasha y el chaval advierten cómo, a su espalda, las mujeres pisan esforzadamente los charcos procurando no rezagarse. Toda aquella recua ya empieza a trotar para llegar hasta los primeros árboles del bosque que ni siquiera proyectan sombra bajo el cielo plomizo de enero. Una vez que se internan en la floresta, su situación no mejora, sino todo lo contrario: las cosas se ponen feas, el terror se acrecienta. Los árboles se ven castigados por los impactos de proyectiles, uno de los márgenes de la carretera está socavado por trincheras, y la nieve –¡la nieve!– es de color ocre como si estuviera podrida, como si hubiese

muerto varios días atrás y ahora se descompusiera bajo el cielo abierto. En algunos tramos, las manchas ocres se expanden y se vuelven completamente pardas; en otros, presentan una especie de oscuros coágulos menudos como lunares en la piel. Toda aquella nieve de allí presenta ese aspecto, toda ella se ve tocada de podredumbre.

–¿Qué pasa con la nieve? –grita aterrado el chaval mientras corre, jadeante, pero sin detenerse–. ¿Qué le pasa?

–¡No lo sé! –le grita Pasha en respuesta, también corriendo–. ¡Deprisa!

–¿Qué le pasa? –insiste el chaval.

Las inflexiones de su voz revelan pánico y terror. Parece que tiene ganas de romper a llorar, pero comprende que no se puede, que no se debe aunque quiera hacerlo. Por eso aguanta, pero no por mucho tiempo, está claro. «Está claro –Pasha lo entiende enseguida–. Está claro que no podrá aguantar mucho tiempo más.» Lo mismo que en aquella ocasión. Lo mismo que aquella vez cuando tuvo el primer ataque. Cuando empezó a sentir náuseas y acabó por vomitar, salió corriendo de casa, era de noche, Pasha tuvo que salir detrás de él y perseguirlo entre los árboles como a su propia sombra. «Ahora va a pasar lo mismo –se dice Pasha–, está claro.» Entonces coge al chaval junto con la mochila que este lleva y lo carga a la espalda. En el acto acusa todo el peso de un adolescente de trece años, el peso de la ropa de invierno y el cansancio acumulado de tres días. «Lo importante es no resbalar», se dice a sí mismo y sigue trotando mientras siente cerca el jadeo de las mujeres fatigadas. Trota a través de la nieve ocre y muerta y de los árboles maltrechos, por una carretera larguísima, serpenteante, en la que se topa con maderas arrancadas en alguna parte, con trozos de metal pisoteados y hundidos en la nieve y con trapos sucios simplemente. A medida que avanza, la nieve se vuelve de un color más oscuro. Y de pronto ya no queda nieve, lo único que se ve es aquel suelo negro, quemado, entre los árboles. Los árboles también están calcinados. La atmósfera entera está saturada de humo y fuego. Y es en aquel momento cuando llega corriendo al paso a nivel.

*

El escenario recuerda un basurero al que alguien prendió fuego por descuido: vigas de metal, maderas rotas, ropas desparramadas cubiertas de hollín, cristales fundidos, desperdicios. Sacos terreros rajados como los

almohadones en el cuarto de los niños de aquella finca bombardeada. A un lado, entre los troncos castigados por la metralla de los árboles, yace la barrera del paso a nivel. La caseta del guardavía está destrozada; el parapeto de las trincheras que habían abierto alrededor, ahora tapadas con arena congelada, fue pasto de las llamas. Blanco como el hueso, el acero frío de la vía férrea. A los lados, marcas de los impactos de proyectiles y un montón de equipos militares. Sobre la pendiente del talud de la vía férrea están diseminados retazos ensangrentados de ropa de camuflaje. La sangre no se ha coagulado todavía: según parece, acaban de cortar esos retazos para intentar curar las heridas hace poco, y los que lo han hecho es posible que estén muy cerca, no les habrá dado tiempo de llegar lejos, pueden volver en cualquier momento. Aunque lo que más llama la atención es aquel camión militar cargado con cajas de un color oscuro que se encuentra parado al otro lado del talud, detrás de la caseta del guardavía. La cabina está carbonizada, lo que queda de los neumáticos son varios trozos de goma quemada, mientras que las cajas, por alguna razón, no han ardido, sino que tan solo echan humo que se eleva despacio, como de la chimenea de un crematorio, llenando el cielo invernal. Era eso lo que ardía y echaba humareda, cae en la cuenta Pasha. Deja al chaval en el suelo; se quedan mirando los dos el camión. Van llegando poco a poco las mujeres que corrían detrás: jadean exhaustas por el esfuerzo. Una abuela, que carga en la espalda una gran bolsa de plástico, la tira en el suelo y se deja caer encima, totalmente sin fuerzas ni palabras siquiera para quejarse.

–¿Eso qué es? –le pregunta a gritos a Pasha, asustada, una mujer en la cincuentena. Su grueso gorro de piel deja escapar un mechón de pelo teñido de negro; lleva un chaquetón de ante sucio y botas de invierno con los tacones rotos. El maquillaje se le ha diluido como un dibujo hecho sobre la arena de una playa.

–Quemaron el camión –explica Pasha–. Tal vez por un impacto de metralla.

–No es eso –sigue chillando la mujer–. ¿Qué es lo que echa humo? ¿Qué hay en las cajas?

–No lo sé –se sincera Pasha–. ¿Comida quizá?

–¡Qué comida ni que ocho cuartos! –grita con cara de susto. Arrepentida, se tapa la boca con la mano y sale corriendo a través del talud, al otro lado del paso a nivel, lejos de allí, cuanto más lejos, mejor.

El chaval tira de Pasha.

–¡Vamos! –le grita–. ¡No te quedes ahí! Va a explotar.

Y también echa a correr. Pasha va detrás de él. Cruzan la vía, se deslizan por entre bloques de hormigón agujereados por los impactos de bala, pasan delante de la trinchera, de los rollos de alambre de espino, llegan detrás del último blindaje. En el campo de visión lateral de Pasha, sobre el parapeto de la trinchera, aparece una bota de piel negra, la derecha, con los cordones cortados, salpicaduras de sangre alrededor y, según cree ver este, un pie dentro, restos de un pie, un revoltijo de sangre. Pasha quiere detenerse, ir allí para verlo mejor, pero el chaval, que no deja de correr, le grita con una voz estentórea: «¡Corre! ¡Corre! ¡No te pares! ¡Sígueme!». Pasha corre por el asfalto roto, a través de un bosque negro, húmedo y tronchado, corre, alcanza al chaval, lo agarra del hombro y tira de él, tiende la otra mano a la mujer del gorro de piel ofreciéndole su ayuda, pero esta se aparta de ellos, espantada, como si diera de frente con su propia muerte; de modo que Pasha y el chaval la dejan en medio de la negra carretera, siguen corriendo sin mirar atrás, se alejan cada vez más por el camino forestal que serpentea, avanzan a grandes zancadas, pensando en una sola cosa: ahora, ahora mismo, ya está a punto, en un instante va a explotar, estallará, reventando cuanto hay alrededor, quebrando desde dentro aquel espacio húmedo, invernal, rajará el cielo por encima de sus cabezas, hará detenerse el tiempo, ya, ahora, allí mismo.

Tras alcanzar la linde del bosque, se dejan caer en la nieve, resollando, respiran jadeantes como si hubieran subido a una planta alta sin ascensor.

–¿Lo oyes? –pregunta el chaval después de recuperar la respiración.

Pasha aguza el oído. Es un ruido de motor. Alza la cabeza, otea la carretera. Sobre una loma lejana envuelta en niebla aparecen dos *jeeps* que avanzan despacio: descienden con cautela, como temerosos de toparse con algo desagradable. Llevan las luces apagadas, sin embargo: lo mismo tienen miedo.

–¿Qué hacemos? –se dirige Pasha a no se sabe quién–. ¿Tal vez son los nuestros? –dice esperanzado–. Estaría bien que lo fueran.

–¿Y si no lo son? –pregunta el chaval.

–Si no lo son, vamos mal –comenta Pasha–. Muy mal.

–Pashka –le dice el chaval, serio y reflexivo–, si no son los nuestros, te van a pegar un tiro. No me explico cómo no lo han hecho hasta ahora.

–No había por qué –responde a eso Pasha, ofendido.

–Anda ya –le objeta el chaval–. No había por qué, claro. No te hagas el

tonto.

–De acuerdo –cambia de opinión Pasha por sorpresa–. Dejemos la carretera. A saber quiénes son.

Es justo lo que pretende el chaval: se pone en pie y corre hacia la carretera. Los dos la cruzan, ruedan por el arcén, se zambullen en la nieve, avanzan por una pista apenas visible que los desvía de la carretera. Al parecer, hace mucho que está en desuso; sin embargo, bajo la capa reciente de nieve, se vislumbra la huella congelada de unas orugas, como una cicatriz bajo la fina tela de una camiseta de fútbol. Siguen la huella, suben corriendo un montículo, bajan deprisa por la otra pendiente, haciéndose invisibles desde la carretera. El chaval, sin dejar de correr, saca de la mochila el bate y lo lanza en la nieve. «Cómo ha crecido –piensa Pasha mientras corre tras él–, qué serio, qué adulto está hecho. Tiene toda la razón: puede que no me peguen un tiro, pero un calabozo no me lo ahorro seguro, hasta que alguien pague un rescate.»[2]

«Y es que está claro qué soy, dónde trabajo o a qué me dedico.» De pronto, Pasha toma conciencia del mucho tiempo que llevaba sin ver al chaval, realmente. Incluso cuando lo había visto, no habían hablado de verdad: intercambiaban palabras sin importancia, totalmente anodinas, para volver a separarse cada cual a su rincón, hasta la próxima vez, hasta la próxima conversación. «Hasta la próxima discusión», se corrige Pasha y se acuerda de cómo, aquella vez, dio con el chaval entre árboles, cómo lo arrastró con él, cómo aquel se le resistió negándose a acompañarlo. Cómo le mordió la mano: Pasha, incluso, chilló sobresaltado. Entonces tuvo que agarrarlo por el cuello como a un perro travieso y el chaval intentó zafarse aullando asustado y rabioso, lo mismo que un cachorro de verdad. Luego, en la cocina de la casa, se produjo un griterío general. Las voces, airadas, sonaban como en un entierro en el que se pretende depurar responsabilidades por la muerte acaecida: estentóreas e histéricas, sordas a las razones ajenas, sin el menor asomo de perdón, sin insinuar una pizca de indulgencia. Mientras tanto, el chaval, hecho un ovillo, con el rostro apergaminado de repente, había empezado a temblar y convulsionar. No obstante, era tal el escándalo que estaban armando, cada uno deseoso de soltarlo todo a grito pelado, que simplemente no se fijaron en él. Solo cuando hubo lanzado un alarido y empezado a rodar por el suelo como en una sesión de exorcismo, se dieron cuenta. Pasha fue el primero en advertirlo y se le quebró la voz al instante. Se abalanzó sobre el chaval, lo

volvió boca arriba. Estaba macilento, con los ojos en blanco, un reguero de baba espesa le colgaba del labio. Pasha lo cogió en brazos, lo llevó a la cama. Fue cuando la hermana, es decir, la madre del chaval, empezó a berrear a plena voz como una plañidera, se precipitó hacia el niño, y el padre se quedó con la palabra en la boca sin haber conseguido articular del todo su más arcana maldición que les tenía reservada a todos. Se inclinaron sobre el chaval sin saber qué hacer ni cómo comportarse, miraban aterrorizados cómo el niño se iba quedando quieto cual si se adentrara en un sueño cálido y profundo. Entonces Pasha fue corriendo a llamar a la ambulancia. Sin tener claro todavía qué decir ni cómo explicar la emergencia. Mientras la hermana trajinaba en torno al niño, sin dejar de berrear angustiosamente, asustando a Pasha y al padre. Pasha intenta recordar cuántos años tenía el chaval entonces. ¿Nueve? ¿Diez? ¿Cuántas veces se repitieron luego los ataques? ¿Dos? ¿Tres? Poco tiempo después, la hermana comenzó primero a mantener conversaciones telefónicas discretas con unas amigas suyas y luego les fue diciendo a Pasha y al padre, en voz alta, cada vez con más seguridad y conocimiento de causa, que el chaval tenía un grave problema, que había que hacer algo al respecto, que hacía falta algún tratamiento antes de que fuera demasiado tarde, aunque sinceramente, decía, hacía mucho que era tarde ya, que no tenía mucho sentido, la situación era la que era, y no había nada que hacer, que lo más sencillo era internarlo y desentenderse del asunto. El padre, por supuesto, se indignó. Pasha también. Pero la hermana acabó saliéndose con la suya. Ni Pasha, ni tampoco el padre, se lo habían impedido: la habían dejado hacer. Tal vez porque realmente llegaron a creer en la gravedad de la dolencia, en que internarlo era lo mejor. Aunque lo más seguro es que simplemente habían desistido de luchar por el chaval, lo habían traicionado, le habían negado su protección. Quizá pensaran que este todavía era muy pequeño, no entendía nada, y que, al hacerse más adulto, verían qué hacer. Pero según parece, el chaval lo entendía todo, lo entendía todo perfectamente. «En general, es inteligente: también ahora lo entiende todo perfectamente y habla con criterio –piensa Pasha mientras avanza a duras penas por la pendiente nevada–. ¡Y cómo había crecido en ese tiempo! ¿Por qué soy tan blandengue? –piensa ahogándose–. ¿Por qué no salí en su defensa entonces? No me lo perdonará jamás. Nunca –se pone de acuerdo consigo mismo Pasha–. Nunca jamás.»

La pista bordea la falda de la colina; la habrán utilizado para evitar los

puestos de control de la carretera. Los pies resbalan, una corriente de viento gélido empieza a llegar del lado de la estepa. El frío se intensifica, la humedad se hace notar más todavía. En el punto donde la pista se desvía hacia la derecha y sube la cuesta, se advierte que los tanques detuvieron allí su avance, dieron vueltas una y otra vez: todo el terreno de alrededor se ve removido por orugas. La nieve a los lados de la pista ha desaparecido como si allí hubiesen cavado una zanja para luego volver a echar tierra encima: el suelo se ve hundido bajo el peso de la lluvia. Pasha se queda mirando, tratando de entender qué fue lo que podrían haber enterrado allí, qué podría haber sido aquello. Llega el chaval, capta la mirada de Pasha. Se quedan los dos de pie, sin decidirse a hablar. Y en ese momento suena la señal del móvil. Allí mismo, en medio de la nada, entre el color gris de las nieves acuosas. Pasha se estremece al recordar al zapador muerto junto al orfanato. «Está sonando bajo tierra –piensa Pasha, horrorizado–. Habrán enterrado a alguien con su móvil.» El chaval contrae el cuerpo también, encoge el cuello, calla. Luego se impacienta.

–Cógelo –le dice a Pasha–, te están llamando.

Pasha palmea los bolsillos, saca el móvil. ¡Lo están llamando, es verdad! Es el padre. Pasha se lleva el teléfono a la oreja e intenta distinguir algo entre los ruidos mecánicos, las crepitaciones y los ecos fríos que hacen pensar en una llamada efectuada desde dentro de un barril metálico herméticamente soldado. La llamada se corta. Pasha marca el número, pero no hay nada de cobertura. Es incomprensible cómo el padre ha podido establecer la conexión.

–Ha llamado tu abuelo –informa Pasha–. Hay que devolverle la llamada.

–Ajá –dice el chaval–. ¿Y qué le vas a contar? ¿Que te estás escondiendo de unos tanques en medio del campo? Vámonos.

Reanuda la marcha, camina delante, con las manos en los bolsillos de la cazadora, en silencio. Pasha resopla, pero no se queda atrás. De golpe, algo explota a sus espaldas en dirección al bosque. Pasha se sienta en la nieve, se agazapa; el chaval hace lo propio. Otra explosión, y otra. Y otra más.

–¿Qué es eso? –grita Pasha.

–Es en el bosque –responde el chaval, concentrado, remarcando las palabras, como temeroso de que Pasha no le haga caso–. ¡A correr! ¡Rápido!

Se incorporan, echan a correr por la pista, resbalando sobre la nieve

dura y helada. Llegan al fondo de una quebrada entre matojos de arbustos que empiezan a abundar. La pista serpentea a través de las ramas negras y torcidas, y los conduce inesperadamente hasta las primeras casas de una aldea. Ya antes, mientras se encontraban en campo abierto, Pasha creyó haber oído unos ladridos de perro, roncos y afónicos, pero supuso que eran alucinaciones. Pues no: delante tienen toda una aldea, han ido a parar cerca de una casa, y allí, en medio de un temprano atardecer, por detrás de las nieves y los árboles, el perro guardián ya está despedazando el aire a dentelladas al advertir que se aproximan, ladra para avisar de la presencia de extraños, hace añicos el silencio del atardecer que resuena al romperse.

–*Stop!* –chilla Pasha.

El chaval se detiene de mala gana. Pasha lo alcanza y le pone la mano sobre el hombro. El chaval también se ha desfondado, se ahoga, vigila con sus ojos rojos de cansancio las inmediaciones en prevención de un posible peligro. Calla, expectante.

–¿Qué vamos a hacer? –pregunta Pasha mirándole a los ojos.

–¿Hacer qué? –se asombra el chaval–. Buscar a alguien vivo y preguntarle cómo está la cosa.

–¿Y si nos delatan? –dice Pasha en voz baja.

–¿Y si no lo hacen? –le devuelve la pregunta el chaval.

–Es arriesgado –razona Pasha.

–Estamos congelados –le recuerda el chaval–. Pashka, no hagas el tonto, vayamos a buscar gente.

La calle comienza de repente como aparecida de la nada, como si hubiese caído del aire. El aire, a su vez, se parece a un zapato que se hubieran quitado al entrar en casa desde la calle nevada y lo hubiesen puesto junto al radiador para que se evapore la fría agua del deshielo que lo empapa. Vuelve a llover. La primera es una vieja casa de ladrillo que se esconde tras una cerca torcida. En el amplio patio delantero, junto al porche, se apila un montón de leña recién cortada: probablemente han hecho la reserva esa misma mañana. Los cortes frescos de la madera se impregnan de agua con rapidez. Las ventanas se ven oscuras. Si bien la oscuridad es general: la casa de enfrente también está sin iluminar. Tan solo los perros se desgañitan encerrados en cobertizos.

–Está oscuro. –Pasha señala la casa con un movimiento de cabeza.

–Por supuesto que está oscuro –responde el chaval–. La luz está cortada.

En efecto: un poco más allá, en medio de la calle, yace un poste

eléctrico. Su cableado recuerda a pelo cepillado con un peine duro. Por detrás de los árboles del fondo de la calle, llega el ruido de un potente motor, probablemente el de un tanque. No se entiende adónde se dirige, aunque es mejor no quedarse esperando para averiguarlo, desde luego.

–Vamos –dice el chaval y se desliza dentro del patio por un agujero en la cerca.

Ahora es él quien dice lo que hay que hacer; Pasha se limita a obedecer. «Por qué no –piensa–: razón no le falta, habla con criterio.» Cruzan por el huerto inexistente. A mano izquierda queda un garaje que huele a gasolina; a mano derecha se encuentra una construcción endeble; un sendero enlodado pasa por el medio. Lo enfilan mirando atentamente por dónde pisan. De golpe, unos ladridos de perro desgarran rabiosos el aire a sus espaldas. El chaval pega un salto hacia delante. Pasha se agacha instintivamente: un pastor de pelaje oscuro con manchas amarillas se abalanza con todo su cuerpo nervudo contra la valla destartalada, se alza, como una bailarina, sobre las patas traseras intentando salir fuera de la perrera, atrapa con sus fauces el aire a bocanadas, ladra con odio contra aquellos dos, asomando el morro bajo la lluvia. El aire huele a perro mojado. La puerta del porche se abre bruscamente: un hombre aparece en el umbral. Se agacha y se queda oteando, con actitud de desconfianza, el crepúsculo. Pantalón de chándal, jersey raído, pies descalzos. Encoge los dedos como si fuera a entrar en un mar frío. Se le nota congelado; no acierta a distinguir nada en la oscuridad.

–¿Quién está ahí? –grita y se ahoga al instante con un ataque de tos. Con una mano sujeta la puerta; con la otra, blande el hacha que probablemente había utilizado antes para cortar la leña–. ¿Quién es?

El perro está enrabietado a más no poder: se lanza contra la valla, la sacude con su cuerpo tenso, intentando salir fuera cueste lo que cueste para matarlos a mordiscos.

–¡Descuide! –grita de pronto Pasha–. ¡Descuide! ¡Está todo bien!

Se acercan al porche. El hombre aparenta unos cincuenta años, mira asustado, sin bajar el hacha.

–Somos de la Estación –grita Pasha tratando de hacerse oír por encima de los ladridos del perro–. Estoy con un menor. Necesitamos calentarnos.

Mientras lo dice, aprieta el hombro del sobrino con la mano para darle a entender que deje que sea él quien hable. El chaval le sigue el juego: se encoge lastimosamente bajo la lluvia, sorbiéndose los mocos. El hombre

sigue tosiendo; luego les da la espalda y desaparece dentro de la casa. Deja abierta la puerta. Pasha sube los escalones de la entrada, el chaval va detrás.

En medio del porche hay una mesa abarrotada de manzanas. Están heladas como si fueran meteoritos cuyo fuego se fue extinguiendo tras una caída masiva sobre la estepa a lo largo del otoño. Huele a humedad y podredumbre. Pasan a la habitación. En un rincón está la cama, con una gabardina por manta. La bombilla cuelga del techo como un micrófono de estudio desconectado. No hay luz eléctrica: la estancia se ilumina con la llama de una lámpara de queroseno. El dueño está sentado detrás de la mesa, los mira con el ceño fruncido. Ha dejado el hacha a mano, encima de la mesa. Dos tazas, dos platos, una hogaza de pan de centeno. Da la impresión de que la va a cortar con el hacha. A pesar de la poca luz, es posible distinguir las facciones de su rostro. Piel cetrina, bolsas pesadas debajo de los ojos, entradas en el pelo. «Es un borracho –barrunta Pasha– o lo ha sido.» El hombre golpetea con sus pies descalzos contra una alfombra sucia en el suelo. Pasha y el chaval se han quedado parados en el umbral: demoran en pasar dentro. Aunque tampoco tienen la intención de volver fuera.

–Disculpe –se excusa Pasha con el tono de mandar al hombre a tomar viento–. El chaval necesita secarse la ropa para no resfriarse.

–¿Tú quién eres? –pregunta hosco el hombre. Se nota que su hosquedad es forzada: no impresiona, al tiempo que las bolsas de los ojos le dan un aire no tanto de amenaza como de resaca. Habla en ruso, si bien con errores de acentuación.

–Soy maestro –explica Pasha–, de la Estación. Hemos ido a la ciudad, ahora estamos volviendo a casa.

–¿Venís de la ciudad? –se asombra el hombre–. ¿Cómo habéis conseguido pasar? Si allí hay un puesto de control, en el paso a nivel.

–Ya no hay puesto de control –responde a eso Pasha y comienza a quitarse en silencio el pesado anorak empapado de agua.

El dueño lo mira hacer sin dejar de fruncir el ceño, aunque no dice nada, se toma su tiempo para formarse una opinión. El chaval, sin pedir permiso tampoco, también en silencio, se quita las deportivas, pisa el suelo haciendo plof con los calcetines mojados, se sienta a la mesa enfrente del dueño. Por lo pronto, desde una habitación contigua, asoma una mujer. Entrada en carnes. Asustada. Tiene el pelo corto, teñido de color castaño, papada, los ojos llorosos. Lo que ve es a su marido sentado a la mesa, el hacha a su lado

y a dos desconocidos: uno es adulto, barbudo y con gafas; el otro es casi un niño. Vete a saber quiénes son.

–¿Qué pasa aquí? –pregunta con acritud dirigiéndose en primer lugar al marido como si hubiese sido este quien los ha invitado a casa para una charla informal–. ¿Qué pasa?

–La ropa, ¿dónde puedo colgarla a secar? –la interrumpe Pasha.

Se acerca a la mujer mirándola con los ojos enrojecidos a través de las gafas empañadas. La mujer no le aguanta la mirada, desvía los ojos, observa al chaval, quien también tiene los ojos enrojecidos a causa de la lluvia y el sueño acumulado.

–¡No te quedes ahí sentado! –le grita al marido–. ¡Muévete!

El dueño se levanta nerviosamente, le coge a Pasha el anorak.

–Ven conmigo –le dice–. Allí hay una estufa.

Pasan a la habitación de al lado. Una cama, una silla, un fotomural rasgado. La estufa está encendida; en el suelo se apila leña seca. Tienden la ropa mojada. Pasha coloca sus botas y las deportivas del chaval junto al fuego. Cuando vuelven a la otra habitación, el chaval ya está durmiendo sobre la cama. El dueño, con cuidado, lo tapa con la gabardina. Luego vuelve a sentarse a la mesa, cerca del hacha.

–¿Qué pasa en la aldea? –le pregunta Pasha con severidad.

El dueño lo mira sin contestar, vigilante. A primera vista, no tiene por qué desconfiar de ese maestrillo, pero algo lo obliga a estar alerta. «Tiene algo raro», piensa de Pasha el dueño.

–No lo sé –dice por fin–. Llevo tres días encerrado en casa. Hubo tiros, eso sí.

–¿El transporte funciona? –especifica Pasha.

–Qué transporte ni qué hostias –se enfada el dueño–. Si te acabo de decir que hubo tiros.

–¿Y cómo vamos a llegar a la Estación? –Pasha formula la siguiente pregunta.

–Y yo qué sé –responde, sintiéndose arrinconado.

Sigue sentado, escondiendo la mirada, tamborilea con los dedos en la mesa.

Pasha se cierne sobre él, insistente.

–¿Y qué vamos a hacer entonces? –continúa.

El dueño acaricia el mango del hacha, medita, sopesa, se alisa con los cinco dedos su pelo ralo sobre las entradas.

–¿Y allí, en la Estación, qué pasa ahora? –pregunta a su vez.

–Está todo en orden allí –le asegura Pasha mientras empieza a ponerse nervioso. «Si intenta echarnos –piensa sin quitarle el ojo al dueño– me lo cargaré. Con su propia hacha»–. Está todo bajo control, la situación es estable.

Al oírlo, el dueño, temeroso, baja la mirada. «Hay algo que no me cuadra –duda el hombre–, me esconde cosas, el maestro este.»

–De acuerdo –se decide por fin–. ¿Con quién estáis, me lo puedes decir al menos? –pregunta esperanzado.

Entonces Pasha se acerca a la mesa, apoya los puños cerrados contra la madera, mira al dueño directamente a los ojos, se le queda mirando así un buen rato, hasta la extenuación, sin apartar la vista.

–¿Y tú qué crees? –le espeta.

El dueño reflexiona cabizbajo. Parece que esté pensando con las bolsas de los ojos.

–Entiendo –responde al final.

«¿Qué es lo que entiendes? –se dice Pasha para sus adentros–. ¿Qué es eso que entiendes, joder?»

–De acuerdo –se dirige, no obstante, al dueño.

–Oye –se pone nervioso el tipo–, vamos a hacerlo así: os sacaré de la aldea con mi coche si allí no hay puesto de control.

–¿Y? –regatea Pasha.

–Intentaré llevaros hasta la carretera, allí os bajáis y llamáis un taxi para que os lleve a casa. No hace falta que me pagues.

–¿Qué pasa? ¿No necesitas dinero? –pregunta Pasha inquisitivo.

–Oye –se pone el hombre todavía más nervioso–, yo no te hago preguntas. Os llevo y ya está. Quizá un día me devuelvas el favor.

Pasha no contesta. Mira al dueño como a un trozo de carne pasada.

–Te lo devolveré –le dice duramente–. Te daré una medalla.

El dueño le lanza una mirada ofendida. Las bolsas debajo de los ojos se le mueven con un temblor nervioso. Pero no responde, se contiene.

–Que el chico duerma un rato –dice levantándose de la mesa–. Saldremos dentro de una hora.

Después de levantarse apaga la lámpara y sale. Pasha se queda cierto tiempo a oscuras, de pie. Observa al chaval, su cara quieta como la de un muerto, la cazadora que finalmente no se ha quitado: duerme con ella puesta. En algún momento llega a creer incluso que el chaval ha dejado de

respirar y hasta nota el sudor frío en la espalda al pensarlo. Entonces el chaval se pone a hablar en sueños, dice algo ininteligible, y Pasha se tranquiliza: está todo bien, sigue vivo. Encuentra a tientas la silla, se sienta, apoya la cabeza en los brazos cruzándolos sobre las rodillas, se sume en el sueño. No sueña con otra cosa que con la nieve que aún tienen que atravesar. Da el primer paso, se hunde, saca el pie, se vuelve a hundir, va dando pasos, uno tras otro, con mucho esfuerzo, como si caminara dentro de un río a contracorriente, se arrastra por la nieve mientras sigue haciendo en sueños lo mismo que ha venido haciendo despierto durante todo el día: intenta ponerse a salvo, trata de llegar a alguna parte, siente cómo el muelle aprieta desde dentro y lo hace avanzar paso a paso. Y además, nota a sus espaldas el aliento de alguien: jadeante, animal. Se vuelve. Pero no ve a nadie, tan solo una llanura nevada se extiende hasta el horizonte. De vez en cuando se despierta, percibe la luz húmeda de la luna al otro lado de la ventana, el golpeteo de la lluvia contra el cristal, el olor dulzón a queroseno y vuelve a hundirse en la nieve, vuelve a arrastrarse por ella, otra vez se congela, se extravía, trata de escapar a la muerte. Aunque ¿cómo quieres escapar con esa nieve? No escaparás, ni lo intentes. La nieve te debilita, te vuelve indefenso. Una vez que te has hundido en ella, te abrasa hasta los huesos, y ya no hay manera de borrar jamás esta marca de la muerte, no dejarás de notarla mientras vivas. ¿Y cuánto tiempo vivirás? ¿Cuánto?

Aquel invierno la nieve tardó en llegar. Todo el mes de diciembre, desde el sur, del lado del mar, venía un aire frío y seco, que helaba los árboles y los ríos. La víspera de las fiestas navideñas la nieve por fin cayó. Y continuó sin parar varios días seguidos. Durante la Nochevieja, ellos, todavía toda la familia al completo, estaban en el salón cambiando una y otra vez de canal de televisión como a la espera de buenas noticias. ¿Qué edad tenía entonces? A punto de cumplir los quince. La hermana, agotada, se había ido a dormir; los padres callaban con un silencio que provocaba una sensación de pérdida, como si les hubiesen quitado algo valioso, como si los hubieran desvalijando la casa y despojado de todo. Un silencio de aquellos que incomoda a todos los presentes, pero nadie dice nada. En algún momento Pasha también se fue a su cuarto, pero tardó en acostarse: se quedó de pie frente a la ventana mirando caer la nieve mientras oía a los padres apagar por fin la tele y empezar a recoger. Oía a la madre hacer ruido con la vajilla en la cocina; oía al padre salir al patio para coger algo y volver a entrar: el aroma fresco de la nieve nocturna, azul, se trasvasaba

entonces dentro de las habitaciones desde la calle, tocaba la piel y hacía sentir de pleno el invierno, sentir lo mucho que era, notar cómo empezaba allí, al otro lado de la ventana, entre aquellos árboles, y abarcaba todo el entorno: el patio nevado, la calle con las casas somnolientas de cuyas chimeneas subía el humo, la calzada que habría que despejar de la nieve caída a la mañana siguiente, la pasarela también nevada, los comercios y la biblioteca, el colegio, las oficinas, las dependencias de la Estación, su edificio principal, desierto a esa hora: es decir, toda aquella ruta que él podía recorrer con los ojos cerrados, a la que se había acostumbrado desde niño, con la que asociaba justamente su infancia. El invierno, apostado en cada cruce, reflejado en cada ventana oscura, presente sobre los tejados y las laderas. Y todo aquello a lo que estaba tan habituado, lo que tan bien conocía, el invierno lo llenaba como se llena de periódicos la bolsa del cartero. Y había que vivir aquel invierno, había que hacerse a él, había que aprender a disfrutarlo. «Mañana mismo empezaré a aprender de él –se dijo a sí mismo–. Todo el tiempo que haga falta, con tesón. El invierno no tiene por qué dar miedo. Es como ese perro que, una vez que lo adoptas y lo haces parte de tu vida, estará dispuesto a morir por ti mientras viva, te reconocerá por la voz y el olor, te seguirá a todas partes sin perderte de vista, te esperará estés donde estés y vuelvas cuando vuelvas. Lo aprenderé sin falta –pensó–, todavía tengo tanto tiempo por delante, me saldrá todo bien.» Y al pensarlo se dejó vencer por el sueño.

A la mañana siguiente, corre hacia la ventana y ¡no ve nada! No hay más que nieve, profunda, reluciente, cuyos cristales hieren la vista, la ciegan. Se viste deprisa y se desliza hacia la calle. Mientras todos duermen, mientras aún nadie se ha dado cuenta de que la Nochevieja hace mucho que acabó y empezó un nuevo día, rebosante de nieve y luz, él sale corriendo al patio y se hunde en la nieve, salta, vaga bajo los árboles, blancos y cargados. Pisa la calle, la calle desierta del primer día del año nuevo, en la que no hay nadie, que nadie ha pisado todavía. Camina al azar por la nieve fresca, virgen. Llega hasta el colegio; luego, al pasar delante de los comercios, va a parar junto a la Estación. También está desierta: todo el mundo duerme. Nadie se da cuenta de que ha empezado un nuevo año, una nueva vida, nadie se da cuenta de nada, no se ve a persona alguna en ninguna parte, él pasa por encima de las vías de la playa de maniobras, hundiéndose en la nieve hasta la rodilla, alcanza el macizo blanco del terraplén de la vía principal y todo un mundo se abre ante él: lleno de nieve

hasta los bordes. Y tiene ganas de recorrerlo entero, de punta a punta. Rueda por la cuesta del terraplén, cruza la franja boscosa, camina por la nieve, que se hace cada vez más profunda. Desciende a la quebrada, por entre las lomas nevadas, en cuyos contornos se intuyen los cimientos de una fábrica a medio construir, y sale al campo abierto que se extiende hasta el horizonte, hasta donde alcanza la vista. Camina y camina al perder la noción del tiempo y del espacio, siente tan solo a su alrededor la nieve y el sol, que va ganando altura en el cielo de enero. Y cuando se cansa, se deja caer en la nieve, hunde la cara en ella, la toca con los labios, abrasándoselos, luego se tiende boca arriba y contempla el cielo, infinitamente alto, perfecto. Y entonces repara en una nube, la primera, la única en todo aquel espacio reluciente. «De dónde vendrá», se pregunta a sí mismo, disgustado; ladea la cabeza y ve que, desde el sur, del lado del mar, se acercan unos nubarrones que cubren el horizonte y dentro de cierto tiempo con toda seguridad estarán allí, encima de su cabeza. Se encoge de hombros, friolero, y advierte que estar tumbado sobre la nieve tampoco es tan confortable como en un primer momento ha creído, que los dedos se le empiezan a congelar, que la nieve sobre las bocamangas se ha escarchado. «Es hora de regresar –se dice para sus adentros–. Y una mierda –se replica a sí mismo en el acto–. Ni pensarlo –se reafirma, menos seguro esta vez–. Hoy no. Hoy nada ni nadie podrá detenerme. Hoy aprenderé a amar y aceptar este mundo tal como es. Y el mundo, a su vez, que aprenda a amarme también.»

Se incorpora y sigue adelante, caminando por la nieve profunda, virgen. Es verdad, sin embargo, que cada vez le cuesta más esfuerzo. Aparte de que los pies, dentro de las botas de invierno de caña baja, se le congelan y le duelen. «Tengo que volver –se recuerda, ya un poco nervioso–. Ni hablar –se responde a sí mismo, cortante–. De acuerdo –comienza la negociación–, irás hasta aquellos árboles y volverás. Ya veremos», no tiene fe en sí mismo, desdeñoso. Camina teniendo que sacar los pies de la nieve profunda. Los árboles se aproximan despacio, no se dan prisa alguna. El frío es cada vez más intenso. Los nubarrones, finalmente, alcanzan la quebrada, tapan el sol. El ambiente se vuelve de golpe gris y sombrío. Pero él ya ha conseguido llegar hasta los árboles y, triunfante, mira desde la pendiente el cauce helado del río allí abajo. «¡El río! –grita alborozado en su interior–. ¡He llegado hasta el río! Estupendo –repone nervioso–, y ahora para casa. Espérate –se contradice–, bajaré hasta el río y volveré. No lo

hagas –objeta–, vuelve a casa. Anda ya –hace caso omiso–. Iré allí y volveré.»

Rueda por la pendiente, alcanza la orilla, cubierta por juncos menudos, llega corriendo a mitad del río. Triunfante, alza los brazos hacia el cielo plomizo, del que comienza a caer nieve. «¡Ah, ah, ah!», grita exultante y acto seguido el hielo se quiebra bajo sus pies. Debido al grosor del manto de nieve, no se ha dado cuenta de que la capa de hielo es extremadamente fina, sobre todo en la parte media del cauce. Ni siquiera tiene tiempo de asustarse. Menos mal que el río es poco profundo y es fangoso, de modo que se ha quedado clavado de pie, con el agua helada hasta la cintura, aterrado e impotente. De pronto lo ve claro: hasta que consiga salir de allí y llegar a casa ya habrá oscurecido. Y todavía está por ver si llega, caminando con la ropa mojada, muerto de frío, a través de las nieves oscuras y profundas. Entonces, entra en pánico.

Durante mucho mucho tiempo, una eternidad, anda a rastras por la nieve, sin notar las manos ni los pies, forzándose, con las últimas energías que le quedan, a no detenerse, a no dejarse engullir por la materia blanca, a alcanzar la siguiente loma, a caminar, caminar sin detenerse, como sea pero sin detenerse. En un momento mira atrás y ve una perspectiva gris, uniforme, que se despliega alrededor, lo envuelve, sin dejarle una sola oportunidad de salvación, y esa grisura inabarcable hace que se aterrorice, que haga de tripas corazón y eche a correr, a correr y a llorar, mirando de vez en cuando hacia atrás y vislumbrando con horror unos puntos negros –uno, dos, tres, cuatro, cinco– que aparecen en el horizonte y comienzan a aumentar de tamaño a medida que se acercan hacia él. Aún no puede distinguir qué son, pero ya comprende con claridad y nitidez que tiene que salir corriendo cueste lo que cueste, tiene que huir de aquellos puntos negros sobre el fondo gris porque es su propia muerte la que lo está persiguiendo, y de ninguna manera hay que dejarse atrapar por ella. Es todo lo que necesita: no dejarse atrapar, tratar de salir de aquel amasijo gris, insondable, llegar a casa, intentar burlar a su propia muerte.

Luego, sumido durante toda la noche en la fiebre y la enfermedad, nota cómo le arde el cuerpo y cómo le explota la cabeza aquejada de pesadez, maldice al mundo entero, se maldice a sí mismo por su frivolidad, maldice su propia simpleza, maldice al mundo por haberle hecho caer en la tentación. Mientras maldice, toma conciencia de que aquel resabio invernal de la perdición, el aliento glacial del miedo y del no ser, lo acompañarán

hasta la muerte, que aunque esta vez ha errado el tiro, es improbable que renuncie a sus derechos. Él lo entiende: la muerte no ha renunciado a nada, sabe esperar y caerá sobre él justo en esas mismas circunstancias, en medio de las nieves profundas, bajo los cielos plomizos, entre las aguas crecidas y frías de los ríos. En algún momento se saldrá con la suya, seguro, a la mínima que él se relaje y se olvide de su presencia y del rencor que le tiene guardado. Por eso mismo, tendrá que andar el resto de su vida con el miedo ante aquella incertidumbre hecha nieve, ante aquella vacuidad glacial. De todos modos, lo primero es lograr sobrevivir, necesariamente. Porque los muertos no tienen miedo. No tienen miedo en absoluto. De nada. Entonces se duerme.

–Pashka –lo llama el chaval–, despierta.

Pasha se incorpora bruscamente. El chaval saca unas cerillas, enciende, diligente, la lámpara. Ya está calzado. Pasha sacude la cabeza, somnoliento. Encuentra las gafas que se le han resbalado de la nariz mientras dormía, se las pone.

–¿Dónde está el dueño? –pregunta.

–Ha salido –informa el chaval.

–¿Cómo que ha salido? –se sobresalta Pasha.

«Nos delatará –entra en pánico–. Nos delatará seguro.»

–Ha ido al garaje –dice el chaval como si le leyera el pensamiento–. Está calentando el motor. Nos llevará a la estación de autobuses. Prepárate para marchar.

Y sale al patio. Pasha va a la habitación contigua, encuentra su ropa, coge las botas. El anorak se ha secado del todo, las botas más o menos. Se viste, se ata los cordones, coge la mochila, sale. En el pasillo tropieza con la mujer. Esta lo deja pasar apretándose, asustada, contra la pared. Mientras pasa con cuidado a su lado, Pasha nota el olor a jabón de lavar ropa. Como si ella hubiese estado comiéndolo, aquel jabón. Pasha sale fuera sin despedirse siquiera.

Es un Lada azul, el tercer modelo. La carrocería está carcomida por la herrumbre, remendada con trozos de plastilina. Una capa de pintura disimula los remiendos; no obstante, da la impresión de que el coche entero esté fabricado de plastilina. El asiento del copiloto no está: probablemente el dueño transporta en el coche hortalizas de su huerto y tan solo lo desmontó para ganar espacio. Pasha y el chaval se acomodan en los asientos traseros. El dueño lleva puestas unas botas de invierno y un tabardo. A

Pasha ni lo mira. Abre el portón, se pone al volante. Hurga un buen rato en los bolsillos, como si quisiera retrasar todo lo posible la salida, pero al final arranca. El coche sale a la calle, se deja engullir con cautela por la niebla. Pasha, sentado detrás, observa el cogote del conductor, los pliegues de su cuello, el pelo gris sin lavar que asoma por debajo de su gorro negro. El chaval, despatarrado al lado de Pasha, con las piernas extendidas, mira con curiosidad lo que ocurre al otro lado de la ventanilla. Allí no ocurre nada, sin embargo. La calle está desierta y oscura; la niebla no hace más que resaltar la oscuridad. El conductor conduce con las luces apagadas, a ciegas, despacio pero con seguridad: se nota que conoce el camino, se mueve por aquella calle como por el pasillo de su propia casa. Incluso se esfuerza por esquivar los baches. Llegan a un cruce, el coche desacelera. El conductor escudriña, alerta, la niebla, hasta husmea en ella; luego se decide y gira a la izquierda. Recorre cien metros, frena, se pone a persignarse.

–¿Qué haces? –se asombra Pasha.

–Allí está la iglesia –explica el hombre señalando con la cabeza la oscuridad.

Pasha mira por la ventanilla. Por supuesto, no ve ninguna iglesia. El chaval se vuelve hacia él, le guiña el ojo, jocoso, como sorprendido porque Pasha no se persigne también. Pasha le devuelve la sonrisa. Salen al campo abierto, la niebla se descose como una bota vieja. El conductor pisa el acelerador.

–Han quitado el puesto de control –advierte el conductor–. Estaba allí, en la salida.

–¿De quién era al menos? –pregunta Pasha.

–Bueno… –titubea el otro–. De los vuestros –se decide–. Hará dos días que se retiraron.

–Ajá –asiente Pasha con frialdad, como queriendo dar a entender al conductor que si se retiraron fue por una causa justificada, y ni se molestaron en pedirle permiso.

Es exactamente así como el conductor lo entiende. Conduce en silencio, con la mirada clavada en el asfalto negro de la vía. La lluvia cesa. La calma se hace total: la negrura todo lo llena, todo lo inunda. Pasado un tiempo, llegan a la carretera, en efecto. A un lado se yergue el poste metálico torcido de una señal. El conductor frena, apaga el motor, baja del coche, se aleja.

–¿Adónde va ese? –quiere saber Pasha.

–Vete a saber –le responde el chaval–. Quizá quiere salir corriendo.

–¿Y el coche? –se asombra Pasha.

–Es que te tiene tanto miedo que está dispuesto incluso a abandonar el coche –se ríe el chaval.

De súbito, la luna, grande, de un amarillo luminoso, hace su aparición en medio de la oscuridad circundante. Resulta que ha estado colgando sobre ellos durante todo ese tiempo; era por la nubosidad que no se la ha podido vislumbrar hasta entonces. Y una vez que el cielo se ha despejado, hela aquí, enfrente, y todo a su alrededor se ha vuelto de repente visible y cercano. Como quien enciende la luz en el cuarto de los niños para ahuyentar los miedos y hacer ver que no hay ningún monstruo debajo de la cama. Pasha y el chaval avistan al conductor: está parado en medio de la carretera y mira, desconcertado, a los lados. Pero el entorno se ve desierto: nadie circula hacia ninguna parte, no hay quien tenga necesidad de viajar. Tan solo la señal torcida hace recordar que la antigua frontera no queda muy lejos de allí: una hora de viaje y ya has llegado. ¿Qué hacer allí, no obstante? El conductor vuelve, se deja caer pesadamente en el asiento, suspira, gime, en un intento de provocar la compasión general. No lo consigue, sin embargo. Así que entra con el coche en la carretera y gira hacia la derecha. Ya entonces enciende las luces y pone su tercer modelo a correr, acelerando al máximo, como si le diera miedo llegar tarde. Corre sin preocuparse de los baches, acelerando todo lo que el vehículo es capaz de dar de sí. Pasado cierto tiempo, una escombrera empieza a dejarse ver en la oscuridad.

Pasha reconoce el pueblo. La mina junto a la cual pasan ahora no la cerraron, de modo que algo de vida seguirá sobreviviendo allí, en el poblachón. Queda ya muy poca distancia hasta la Estación, unos treinta kilómetros por carretera. Si fueran campo a través, sería mucho más lejos. Dejan atrás la escombrera, las casitas de fin de semana vacías, avistan los bloques de cinco plantas a lo lejos. El conductor desacelera.

–Ya está –anuncia–. Hasta aquí hemos llegado.

–No seas así –trata de camelarlo Pasha.

–Allí hay militares. –El conductor niega con la cabeza–. No pienso ir.

–Yo hablaré con ellos –le come el coco Pasha–. No tengas miedo, están de nuestro lado.

–No. –Sigue negando enérgicamente con la cabeza el conductor–. Seguid a pie.

–Déjalo estar –levanta de pronto la voz el chaval–. No te cabrees, es arriesgado.

El conductor asiente con la cabeza como diciendo: «Eso mismo, es arriesgado. Bájate de una vez».

–Toma. –Pasha saca las conservas, se las tiende al conductor.

Este agarra una lata con sus manazas, sin entender qué es eso, pero la agarra.

–¿Por qué? –se incomoda–. No hacía falta.

–Anda, cógelo –insiste Pasha–. Después de la guerra ya se verá. Si sobrevivimos, claro –añade.

El chaval mete la mano en el bolsillo y saca la tableta de chocolate. Se la tiende al conductor.

–Toma –le dice displicente–. Y no te enfades.

Para su sorpresa, el conductor se conmueve; hasta se le humedece la mirada. Las bolsas de los ojos le bailan en un arranque de emoción; trata de esbozar una sonrisa, pero no lo consigue.

–Buena suerte –se despide de Pasha y del chaval.

–Igualmente –responde Pasha–. Para ti también.

El chaval baja del coche, Pasha lo sigue y cierra la puerta tras de sí. Mientras se alejan, oyen que los neumáticos chirrían contra el asfalto: el Lada vira bruscamente y sale a la carrera.

–No te has comido el chocolate, ¿eh? –dice Pasha.

–Lo quería compartir contigo –se excusa el chaval.

Pasha cree que el sobrino está de broma. O tal vez no. Bordean el primer bloque. Luego pasan delante del colegio, del cubo negro del centro comercial. De repente, por detrás de este sale a toda velocidad un TBP[3] cargado con cosas y personas. Pasha y el chaval se agazapan, sobresaltados. El TBP, entretanto, desaparece tras el siguiente bloque. Como si no hubiera existido. ¿Y ahora qué van a hacer? No lo saben. O bien se dirigen hacia la estación de autobuses, tras los pasos del TBP, o bien se quedan donde están, en mitad de la calle. Como allí no se quieren quedar, rodean el bloque y se quedan petrificados del pasmo.

La calle está atestada de vehículos militares. Camiones ennegrecidos por el barro, blindados de helado metal, coches de distinto calibre: forman una columna infinita en doble fila, de manera que no hay cómo pasar ni deslizarse entre ellos. El TBP que acaban de ver está aparcado en un extremo de la columna; los militares saltan de él directamente a los charcos,

luego caminan calle arriba, abriéndose paso entre una multitud de otros militares que están apostados allí sin saber hacia dónde tienen que dirigirse ahora. Forman corrillos grandes y pequeños, se calientan junto a las hogueras, se apiñan a la vera de los bloques, se sientan o se tumban en los bancos, se ocultan en la oscuridad. Los edificios están a oscuras, no dan señales de vida, aunque si uno se fija bien, puede distinguir tras los visillos y las mantas, que hacen las veces de cortinas, ciertas miradas recelosas, ciertos rostros que, nada más notar que unos ojos los detectan desde la calle, se esconden en el fondo de los apartamentos. Pasha y el chaval, de pie en la bocacalle, comprenden que han de pasar por medio de aquella muchedumbre aterida de frío, que lo que más les conviene es mantenerse al lado de los militares antes que vagar por la ciudad negra y desolada. «¿Qué nos pueden hacer? –trata de convencerse Pasha–. La bandera impresa en mi pasaporte es la misma que ondea en sus tanques. Soy maestro, al fin y al cabo –se acuerda–. Podría ser profesor de sus hijos. Seguro que lo podría ser», piensa Pasha y se pone en marcha. El chaval se mantiene a su lado.

–No habrás perdido el pasaporte, ¿no? –pregunta el chaval–. Por si te piden el padrón.

–¿Crees que servirá de algo? –pregunta Pasha a su vez.

–Tal vez sirva –supone el chaval–. O tal vez no –añade impasible.

Pasha nota cómo al sobrino se le ha cambiado la voz tras todos esos días: habla con tranquilidad, despacio. Como si realmente le tuviera confianza. «Ahora solo falta conseguir llevarlo a casa», piensa Pasha mientras examina con la mirada a los militares en la oscuridad. Estos no les hacen caso: hablan entre ellos, preguntan, dan explicaciones. De vez en cuando mencionan el nombre en clave de algún compañero; entonces se callan en seco como si no tuvieran ganas de hablar de ello. A veces se ponen a discutir, se sulfuran, intentando demostrarse algo los unos a los otros con voces enronquecidas. Entonces, algún compañero agarra por los hombros al más exaltado y se lo lleva a un lado, le coge la cabeza con las manos, lo mira a los ojos y le dice algo tranquilizador. Pero todos, tanto los que tranquilizan como aquellos a los que se intenta tranquilizar, hablan a gritos, chillan como en la grada durante un partido de fútbol. «¿Por qué gritan? –no acierta a comprender Pasha–. ¿Para qué? Probablemente –supone– para sonar más convincentes, y es por eso que chillan cada cual más alto. Es lo que siempre hacen los niños para llamar la atención, para hacerse escuchar: se ponen a vociferar para imponerse al resto a fuerza de

gritos. Y esos son como niños», concluye Pasha mientras recorre con la mirada los rostros acartonados por el frío, los maxilares sin afeitar, los flequillos enmarañados. Por lo pronto repara en el reguero de sangre seca bajo la oreja de uno de los combatientes: muy joven, de unos dieciocho años de edad, que sostiene con ambas manos una taza metálica con algo caliente dentro. Más que beber, se calienta las manos con el metal incandescente de la taza. Ese también grita, grita mientras sostiene el recipiente frente a la cara. «A los niños no les sangran las orejas», advierte Pasha y al instante cae en la cuenta: todos ellos han sufrido conmociones cerebrales. Están todos sordos. Y ahora chillan como niños que escuchan música alta con los auriculares puestos sin darse cuenta de que nadie, excepto ellos, la oye. Así es, están conmocionados, han estado en combate, y ahora tratan de comprender qué es lo que les ha pasado, qué va a ser de ellos, intentan contactar con alguien llamando por teléfono. «Cierto –se acuerda Pasha–: aquí hay cobertura, hay que llamar a papá para decirle dónde estamos, tranquilizarlo.» Saca el móvil, que, aunque se está muriendo poco a poco, aún sigue encendido. Ve aparecer en la pantalla las rayas que señalan el nivel de cobertura: primero una, luego otra más. Puede intentarlo. Marca el número del padre. Aguarda un rato largo. Cuelga y vuelve a marcar. El chaval espera pacientemente, consciente de con quién intenta comunicarse Pasha. Aunque parezca mentira, el padre responde la llamada. No se le oye en absoluto, y si se tiene en cuenta todo el jaleo y algarabía que hay alrededor, el padre debería ponerse tenso al oír en el auricular aquel estruendo. Entonces, la comunicación se corta. Pasha se guarda el móvil y con cautela, para no llamar la atención, empieza a abrirse paso entre la multitud, avanza de un grupo de militares a otro, mientras procura vigilar, con la visión lateral, movimientos y colores. Botas militares embarradas, sangre seca bajo las uñas, ropa de camuflaje sin lavar, voces roncas por el frío, barbas de varios días: salta a la vista que han pasado los últimos días al descubierto, bajo un cielo lluvioso, y tampoco ahora tienen dónde guarecerse de la lluvia que vuelve a ceñir el alto cielo de enero. Alguien ajusta la posición de las ramas que arden dentro de una de las hogueras: vuelan, altas, las chispas; los combatientes meten las manos casi en la llama; huele a humo y sudor, a ropa raída y a diésel. En un lugar de las afueras de la ciudad, en la lobreguez de la noche, suenan, rítmicas, las explosiones: los combatientes se vuelven instintivamente en esa dirección, aguzan, tensos, los oídos, pero enseguida pierden el interés, regresan al

fuego, a sus discusiones a grito pelado. Los nubarrones se alejan, la lluvia, por enésima vez, vuelve a cesar, encima de la larga fila de los bloques de viviendas pende de nuevo la luna, que baña en plata el metal frío de los blindados. Cerca de uno de los portales se amontona un grupo de mujeres embutidas en abrigos de plumón: han traído unas ollas con algo comestible; sirven un puchero caliente y espeso en platos hondos de plástico, los distribuyen entre los militares mientras lloran. Los militares, con algo de reparo, las rodean, toman en las manos los recipientes de plástico sin importarles lo calientes que están, dan las gracias, intentan consolar a las señoras. Comen deprisa como temerosos de que, en cualquier momento, tendrán que dejarlo todo y volver a salir a la carrera hacia alguna parte; engullen el puchero ardiente sin masticar. Un minibús de línea viejo, acribillado por las balas, con los cristales rotos y la puerta arrancada, corta la acera puesto de través. Para rodearlo, hay que pegarse a la pared del bloque. En el hueco de la puerta se ha acomodado un militar de edad avanzada; una pequeña hoguera arde a sus pies: es como se calienta, sentado sobre el escalón, sin bajarse del vehículo. Mientras seca sus pesadas botas en el fuego, repara en Pasha y el chaval.

–Eh –les hace una señal con la mano–, acercaos.

Pasha hace ver que no lo oye, tira del chaval intentando escabullirse entre la pared y el minibús. Como diciendo: «Qué ruido, cuánta gente, por eso no te he oído, me tengo que ir, déjame tranquilo». El estruendo es tal, realmente, que uno no puede oír sus propios pasos, aquel chapotear repugnante de las botas mojadas en los charcos de agua fría. Sin embargo, parece que el militar no piensa así. Piensa muy distinto, de hecho.

–Paisano –se dirige con una voz enronquecida a Pasha como a un viejo conocido.

Pasha se para en seco. Mira interrogante al tipo como diciendo «¿qué quieres?». El militar vuelve a agitar la mano para indicarle que se acerque. Pasha y el chaval intercambian una mirada, van donde el militar.

–¿Qué hay, paisano? –pregunta a gritos el hombre–. ¿Tienes tabaco?

Su cara está surcada por arrugas como si la hubiesen estrujado durante un buen rato. El pelo cano, cortado al rape, causa la impresión de un cráneo fabricado de una pieza de metal frío y gris. Aparenta unos sesenta años, el uniforme de camuflaje que viste le cuelga por todas partes, la barriga está ceñida con un cinto. Sobre los hombros tiene echado un abrigo de pieles. La mirada distraída con la que recorre a Pasha y al chaval hace pensar que ve

una cosa distinta de la que mira. Y aparte chilla. Con una voz afónica, rota.

–¿Tienes tabaco? –vuelve a preguntar.

–No fumo –responde Pasha.

–¿Cómo? –no entiende el del cráneo de metal–. Paisano, no oigo nada, tuve una conmoción.

Habla *súrzhik*[4] pasando del ruso al ucraniano cada dos palabras que dice.

–Tú –se dirige a Pasha–, habla más despacio, te voy a leer los labios.

–No fumo –repite Pasha–. Yo no fu-mo.

–¿No fumas? –adivina el militar.

Pasha afirma con la cabeza.

–¿Y por qué? –se interesa el militar, decepcionado.

–Es malo –explica Pasha alargando las palabras.

–¿Es malo? –acierta el militar–. Tienes razón, es malo. ¿Y tú? –le pregunta al chaval.

–¿Yo qué?

–¿Fumas?

El chaval vacila un momento, mira de reojo a Pasha, luego da un paso hacia delante, saca el paquete de tabaco, se lo ofrece al militar. Este coge un cigarrillo, después piensa unos segundos y coge otro.

–Anda, quédatelo todo –le grita el chaval–. Yo lo he dejado.

–¿Has dejado de fumar? –cae el del cráneo de metal–. Bien hecho. Y tú, paisano, ¿quién eres? –El militar enciende el cigarrillo con el fuego de la hoguera y desvía la mirada hacia Pasha.

Pasha observa el fuego, el cigarrillo que el otro sostiene con sus dedos ennegrecidos y también algo metálicos, observa al sobrino que se calienta las manos con el calor de la hoguera, y se siente arropado y en paz.

–Maestro –dice al militar. Luego repite despacio–: Ma-es-tro.

El del cráneo metálico queda paralizado. El cigarrillo se le queda pegado a la comisura de la boca, humeante, deshaciéndose en cenizas. El hombre entorna los ojos como si la luz le cegara la vista. Su expresión se endurece. A Pasha se le hiela la sangre al instante. «Algo va mal –piensa–. ¿He metido la pata?»

–Soy maestro –repite–. Estamos de vacaciones.

Pero el hombre, según parece, ya no lo escucha. Se incorpora, da un salto pisando un charco, acomoda el abrigo sobre los hombros.

–Anda, maestro, entra –le ordena el militar.

–¿Para qué? –pregunta Pasha sin poder entender.

–Entra, entra –insiste el del cráneo metálico.

Pasha titubea, echa una mirada al chaval. Pero este, por lo visto, no se da cuenta: está sentado junto al fuego, calentándose. Tampoco Pasha tiene nada que temer. Rodea la hoguera, toma la manilla, pone el pie sobre el escalón. El militar lo empuja ligeramente por la espalda, sube al vehículo detrás de él.

El interior huele a cordero mojado como si allí guardaran ovejas. En realidad, lo que hay sobre los asientos son pilas de ropa de abrigo: pellizas, zamarras, abrigos de plumón. Pasha, sorprendido, se pregunta si se dedican a traficar con todo aquello y pasa más adentro. En el suelo del pasillo se amontonan cajas con municiones, varios kaláshnikov, palas de zapador: tiene que pasar por encima. Y además debe mirar por donde pisa: a saber qué más puede haber allí, dentro de aquel montón. El militar lo sigue, mirando vigilante por las ventanillas sin cristales del minibús, en silencio. Al final, Pasha no se decide a pasar por encima de aquella chatarra abrasada y, cortante, quita de uno de los asientos una caja metálica y se sienta. El militar se cierne sobre él como una sombra oscura que huele a lana mojada. A Pasha se le ocurre que ese olor le viene persiguiendo durante los últimos días. Como si unos perros mojados y hambrientos lo acecharan husmeando desde la oscuridad, y lo atosigaran obstinados. Lo mismo que montañas y montañas de enseres domésticos: ropa, vajilla, muebles rotos, libros mojados que se parecen a pájaros abatidos bajo la lluvia: la intimidad ajena se expone sin rubor una vez que alguien ha corrido el velo, arrancado el empapelado, dejado al desnudo las paredes viejas, y ahora cada grieta, cada rotura, cada veta quedan a la vista. Y encima, aquella intimidad tiene un aspecto tan triste, tan sin esperanza: la ropa está gastada y desteñida; los libros, amarillentos por el paso del tiempo y sin leer; la vajilla, fea y barata: ¿qué otra cosa se espera que sea posible comer en una vajilla así que no sea algo frito con falta o exceso de cocción? Antes, en cálidos hogares, donde un extraño no tiene acceso, todo eso, quizá, hubiera tenido un aspecto doméstico decente, por ser algo propio, a lo que uno está acostumbrado, pero ahora no: arrancado de su medio habitual, expuesto a los elementos, cubierto de cenizas, todo aquello ha perdido cualquier valor, de manera que la ropa huele a pobreza y enfermedad; la vajilla, a la luz de los faros, brilla con unas manchas de grasa sin lavar; los muebles recuerdan esqueletos desenterrados del suelo húmedo de enero. Su olor impregna todo el entorno,

de forma que no hay cómo extinguirlo ahora, cómo descontaminarse.

–¿Entonces eres maestro? –reitera sin una razón aparente el militar.

Pasha asiente con la cabeza en silencio. Para qué hablar, piensa, si el otro está sordo como una tapia.

–Tu colegio, ¿dónde queda? –interroga el militar inclinando su cráneo metálico hacia Pasha como si quisiera embestirlo con su frente de hierro.

–En la Es-ta-ción –musita Pasha.

–La Estación es nuestra –le responde el otro sin quitarle el ojo.

–Sí –asienta Pasha–, es nuestra, cómo no.

El militar calla. Sigue sin apartar la vista. Pasha vuelve a agitarse, como si otra vez hubiese metido la pata. Durante cierto tiempo ambos se quedan callados. Pasha, por supuesto, es el primero en perder la paciencia.

–Es nuestra –dice en voz alta mirando al militar a los ojos–. ¡La Estación es nuestra!

–Ajá –responde el hombre, y su mirada se desenfoca enseguida: ¿se habrá acordado de algo desagradable pero a la vez de gran importancia?

Quita del asiento de enfrente de Pasha cajas metálicas arrojándolas sobre el montón de chatarra que hay en el pasillo, se sienta.

–¿Entonces eres de aquí? –pregunta a Pasha.

Este asiente con la cabeza.

–¿Conoces nuestra mina? –El militar señala con la mano hacia fuera del vehículo.

–Sí –se lo confirma Pasha.

–Trabajé allí –explica el de cráneo metálico–. Antes de la guerra –puntualiza–. Diez años –agrega–. Hace diez años que llegué aquí –dice, pero sin precisar desde dónde.

–¿Desde dónde llegaste? –pregunta Pasha.

El militar esboza una sonrisa afable en respuesta. No oye. O hace ver que no oye.

–Entiendo –dice Pasha.

¿Qué otra cosa podría decir al respecto?

–¿Has estado en casa? –pregunta Pasha.

–¿Cómo? –se pone en guardia el militar.

–Te estoy preguntando si has estado en casa. ¿Has ido a ver a tu familia? –pregunta Pasha despacio.

El hombre se queda petrificado. Su mirada también se solidifica como el plomo vertido en unos moldes. «No debía habérselo preguntado», barrunta

Pasha.

–No queda nadie en casa –dice el militar–. Se marcharon todos.

Adónde se marcharon tampoco lo dice. Aunque esta vez Pasha desiste de preguntar.

–Se marcharon, sí –reitera el de cráneo metálico–. Y yo he pasado por el museo esta mañana. Eres maestro, ¿verdad?

–Maestro, sí –confirma Pasha en voz alta.

–Llévate eso contigo –dice el de cráneo metálico.

Se agacha, rebusca algo entre los hierros debajo del asiento, extrae una bolsa para máscara antigás, saca de ella un cuchillo, se lo tiende a Pasha sujetándolo por la hoja. Este coge el arma, repara en las manchas ocres de sangre seca sobre el metal y piensa en qué podría ser lo siguiente que el otro fuera a sacar de allí. El militar, mientras tanto, saca algún objeto contundente, envuelto en unas hojas de diario con anuncios publicitarios, y Pasha entiende que aquello podría ser cualquier cosa: tal vez un trozo de dinamita, o tal vez el hígado de algún enemigo extirpado con aquel mismo cuchillo, cualquier cosa. El militar va deshaciendo despacio el envoltorio, capa tras capa, como si arrancara las vendas de una herida ya seca, y lo que al final queda a la vista es un trozo de hulla con terrones húmedos pegados.

–¿Sabes lo que es? –chilla mientras lo blande en las narices de Pasha.

–¿Carbón? –pregunta Pasha, desconfiado.

–¡Carbón! –discrepa el militar a grito pelado–. ¡Trae!

Le quita a Pasha el cuchillo y comienza a rascar con él la hulla quitándole los terrones. Luego tiende la piedra a Pasha.

–¿Lo ves? –le pregunta.

Pasha, en la penumbra, aguza la vista, se ajusta las gafas. Es una piedra y nada más.

–No lo veo –confiesa.

–Un helecho –grita el militar–. Es un helecho.

Pasha se arrima a la ventanilla rota y, volviendo a mirar la piedra a la luz lunar, plateada y espesa, distingue unos dibujos, apenas visibles, como perfilados con un lápiz de grafito, impresos sobre la dura superficie de la piedra. Los toca con los dedos y siente aquellas frías muescas petrificadas, siente las finas hendiduras y los cortes que salpican el mineral. «Extraordinarios, los dibujos –se admira Pasha–. ¿Quién podía haberlos trazado?»

–Es un helecho –repite el cráneo metálico–. Tiene un millón de años.

¿Tú qué edad tienes? –pregunta a Pasha.

–Treinta y cinco –responde este, perplejo.

–Y él tiene un millón –le recuerda el militar.

–¿Y qué? –se desconcierta Pasha.

–Y tan pancho –trata de explicarle el otro como a un niño–. Un millón. Tú y yo no habíamos nacido todavía cuando él ya tenía un millón de años. Tú y yo la palmaremos y él seguirá allí, en algún lugar. Historia, ¿lo entiendes? Esto es historia. Y tú y yo no somos historia: hoy estamos, mañana ya no. Lo cogí del museo –aclara el hombre.

–¿Para qué? –no puede entender Pasha.

–¿Para qué el qué? –pregunta con énfasis el militar.

–¿Para qué lo cogiste? –aclara Pasha–. Deberías haberlo dejado en el museo.

–Es que ya no hay museo –explica paciente, grito aparte, el militar–. Lo habían destruido. Solo quedaron escombros. Además se fundieron por el calor. Y el helecho quedó indemne. Eres maestro, ¿verdad? –pregunta otra vez como si ya se le hubiera olvidado.

–Sí –dice Pasha, molesto.

–Cógelo. –El militar señala la piedra–. En el colegio tendréis algún museo. O un aula de geografía. Que esté allí. Tiene un millón de años, poca broma. Antes de que se quede pudriéndose bajo tierra… ¿De acuerdo?

–De acuerdo –le promete a voz en cuello Pasha.

–¿Te lo llevarás?

–Me lo llevaré.

–Oh, gracias –Espira aliviado el cráneo metálico, esconde el cuchillo debajo del asiento y se limpia las manos con una hoja de diario húmeda–. Gracias.

Salen fuera. Pasha toca al chaval en el hombro. Este alza interrogante la cabeza queriendo saber cómo ha ido la conversación.

–Ya hemos hablado –cuenta Pasha–. Hemos hablado ya.

El militar se les acerca, les da un apretón de manos a los dos, en silencio. Pasha quiere decirle algo a modo de despedida, pero no encuentra las palabras, de modo que guarda la piedra en la mochila, posa la mano sobre el hombro del chaval, lo empuja ligeramente hacia delante. Cuando ya se están alejando, el militar les grita:

–Una tía mía trabajaba en el museo. Y ahora ya no habrá más museo.

–Mal –dice Pasha en voz baja.

–¿Mal? –lo entiende el militar inesperadamente.

–Mal –corrobora Pasha.

–Irá a peor –le asegura el otro. Vuelve dentro del minibús, se sienta junto a la ventanilla, se cubre la cabeza con la pelliza.

«Va a dormir –adivina Pasha–. O a llorar.»

La luna flota en el cielo rumbo a la noche y deja un vacío tras de sí. Hay que marchar, se acuerda Pasha, hay que llegar a casa. El muelle oprime el corazón, lo impulsa hacia delante, evoca el tiempo, que cada vez queda menos. El agua de los charcos se hiela, se cubre con una costra cortante. El chaval se desliza entre el minibús y la pared, Pasha lo sigue. Van caminando por la calle entre militares que cada vez son más: ojos hundidos e inflamados, bocas resecas y gritos –broncos, atronadores, airados– a los que recurren para entenderse entre ellos. El transporte va llegando: autobuses dañados por la metralla, turismos manchados de barro, camiones con consignas de guerra; más y más combatientes salen de las cabinas, saltan de los remolques, pasan a través de las ventanillas sin cristales; el olor a humo, a sudor y a pólvora se hace cada vez más intenso, cada vez cuesta más esfuerzo avanzar sorteando las figuras hieráticas de los soldados. Pero Pasha avanza, se abre paso a empujones con terquedad, consciente de que lo propio ahora sería darle de comer al chaval y dejarlo en algún lugar cálido, encontrar transporte e intentar llegar a casa. Porque si él, Pasha, todavía puede aguantar cierto tiempo pugnando entre aquellos cuerpos, a merced del viento húmedo, bajo la luna plateada, el chaval, en cambio, no se sabe cuánto más será capaz de soportarlo; de manera que es mejor no correr riesgos, no tentar la suerte. Porque como al chaval, no lo quiera dios, le vuelva a dar un patatús de aquellos allí mismo, a ver cómo harán y a quién podrán pedir ayuda. Por eso, lo mejor ahora es salir de allí, encontrar un taxi, ir a casa, olvidar todo aquello y pasar página. «¿Es posible olvidar todo eso? –se pregunta Pasha–. Claro que es posible –se da él mismo la respuesta–. Por supuesto. Lo olvidaré todo –se convence–, y el chaval también. No hace falta que recuerde todas estas cosas, la crudeza del olor a azufre y a carne humana, no vale la pena que se acuerde de la suciedad bajo las uñas. Una persona no debería retener en la memoria tanto miedo y tanto mal. ¿Cómo se puede seguir viviendo con todo esto? Lo olvidará todo, le irá todo bien, olvidará el orfanato, el desamparo, la sensación con la que uno se despierta encerrado en un sótano oscuro. Más vale que se acuerde de algo bueno, algo que no provoque odio ni desesperación. El olor a casa, el aroma

de los árboles en el patio o el olor a un prolongado deshielo, en pleno enero, con fragancias del río. Recordará el deshielo –se convence Pasha–, lo recordará sin duda. Nada de sangre ni de metal.» Y cuanto más trata de convencerse, tanto mayores son la lucidez y la seguridad con las que comprende que eso no ocurrirá, que nadie olvidará nada ni pasará página, y que el chaval, le suceda lo que le suceda a partir de ahora, cargará con esos recuerdos como con bolsas llenas de piedras, y que ese olor a cuero roto y a saladas lágrimas masculinas lo perseguirá el resto de su vida, y la sombra del orfanato lo acechará esté donde esté, sean cuales sean los lugares soleados a los que vaya a parar. También la comida a partir de ahora no le dejará de saber a comedor del orfanato, y sus sueños se llenarán de voces huérfanas, y las mujeres le recordarán a sus amiguitas del búnker, pintarrajeadas y llorosas, y no podrá hacer nada con aquello ni nadie podrá ayudarle. Lo único que se puede hacer por él ahora mismo es lograr llevarlo a casa, bañarlo, reconfortarlo con un té dulce y acostarlo a dormir. Que descanse, que duerma todo lo que pueda, hasta que deje de soñar. Mañana todo será distinto, mañana todo será como antes: días normales en casa donde cada cual se dedica a lo suyo, donde todo está en su sitio, donde nada sobra ni falta. Las mañanas llenas de quehaceres domésticos, el trabajo al que uno se acostumbra como a su ropa habitual: no aprieta, no molesta, se lleva mientras se lleve. Tardes apacibles, noches oscuras. Cuánta alegría, cuánta calidez hay en todo aquello, al fin y al cabo. Ha valido la pena haber ido a parar allí, al corazón del infierno, para apreciar todo lo que uno tenía y lo que perdió. Sencillamente hay que regresar cuanto antes a casa, cesar en aquel deambular por los círculos de la desgracia ajena: ¡volver a casa! ¡Volver cuanto antes! Pasha aprieta el paso y advierte que los militares también se ponen en movimiento: echan a correr, los adelantan al tiempo que lanzan gritos incomprensibles hacia el aire negro. Pasha entra en pánico al instante. «¿Qué ha pasado? –piensa–. ¿Adónde van todos?» Echa a correr detrás del resto, procurando no soltar la mano del chaval. Son una muchedumbre cabreada que corre mojada por la lluvia, empujan en la espalda a los que van delante, reparten codazos a diestro y siniestro a medida que su nerviosismo va en aumento. Salen a la plaza y se topan con una barrera compuesta por espaldas oscuras que les cierra el paso, atestada la plaza de gentío. Pasha se acuerda de aquel edificio de dos plantas de allí, fabricado con ladrillo rojo, es el hospital, el hospital municipal. Las ventanas, con los cristales rotos por la metralla, están tapadas con plástico,

proyectando luz dentro de la cerrazón de la noche. Visto desde lejos, el hospital tiene un aire a un trasatlántico que zozobra despacio, agonizante. La multitud se agita como un cañaveral al paso del viento. Pasha intenta salir de allí, pero los que han llegado después presionan desde atrás, aprietan, empujan hacia delante. De pronto un camión KAMAZ con caja abierta y el parabrisas roto viene por un costado: el conductor brama furioso, tan furioso que la multitud se disuelve, retrocede para ceder el paso. El camión avanza lentamente por el hueco hasta llegar más cerca del pabellón del hospital. Una vez que lo consigue, la multitud vuelve a cerrar filas y empuja a Pasha y al chaval hacia delante, junto al camión. Del hospital salen corriendo cuatro que portan unas camillas, se abren paso hacia la caja del camión y la emprenden a empujones con los que están más cerca; estos no se quedan atrás, de suerte que se enzarzan en una discusión, chillan, pero no retroceden, como si aguardaran algún acontecimiento importante. Alguien abate uno de los laterales metálicos de la caja y resulta que está abarrotada de heridos, imposibles de contar. Pasha se encuentra al lado, contemplan muy de cerca el metal abollado cubierto de agua mezclada con sangre, las botas militares, justo al nivel de sus ojos, sus suelas negras herradas. Los heridos yacen directamente en el suelo metálico de la caja, sobre su frío fondo de hierro. Alguien sube allí de un salto y chilla: «¡Cógelo, cógelo, joder, despierta!», y Pasha cae en la cuenta de que es a él a quién están gritando.

–¿Cómo? –pregunta–. ¿Qué pasa?

–¡Cógelo! –le gritan desde arriba–. ¡Joder, cógelo!

–¿Cómo? –se pone nervioso Pasha.

–¡Por las piernas, joder! –le gritan.

Pasha se quita de un tirón la mochila, se la pasa al chaval.

–¡Espérame aquí! ¿Entendido? ¡Espérame!

El chaval asiente con la cabeza como si dijera: anda, no te preocupes, estoy aquí. Pasha va a por el herido que está más cerca de él, lo tira de las botas.

–¡Qué haces! –oye cómo le chillan desde arriba–. ¿¡Qué haces, joder?! ¡A ese no! ¡Al otro! ¡Coge al otro! ¡Al que está vivo!

En el momento Pasha no entiende de qué le están hablando, pero enseguida se da cuenta. Suelta bruscamente las botas que tiene cogidas, estas se dejan caer golpeando con un ruido sordo contra la superficie metálica. Se mira instintivamente las manos para comprobar si están

manchadas de sangre. Lo vuelven a apremiar gritando desde arriba:

–¡Vamos! ¡Despierta, coño!

Pasha coge otro par de botas, tira. El que le ha estado gritando desde arriba, un sanitario joven y rellenito, con ropa de camuflaje y chaleco antibalas, con dos trozos de cinta adhesiva de color rojo pegados encima en forma de cruz, acarrea al herido cogiéndolo por los hombros, hasta que alguien lo recibe al pie del camión: el cuerpo cae en los brazos de los combatientes, Pasha agarra con fuerza las botas para impedir que se le escurran de las manos. Transportar al herido es incómodo, pesado y engorroso: la multitud se agita pero no retrocede, tiene que ir pisando pies mientras se abre paso hacia el hospital. Pasha ya ha perdido de vista al chaval, pero repara en que, desde la caja del camión, están descargando a otro herido.

–¡Paso! –piden a gritos adelante–. ¡Paso, joder!

Avanzan paso a paso cargando con aquel bulto aún vivo, se encaminan hacia la luz que ilumina los escalones de la entrada, los suben. Alguien les abre la puerta, grita:

–¡Aquí, deprisa, deprisa!

Pasha se ahoga, a punto está de caerse mientras suben los escalones y siente que no puede seguirles el ritmo a los que van delante. Dos combatientes corpulentos transportan al herido asiéndolo por los brazos mientras Pasha va detrás, casi doblado en dos, sujetándolo por las botas. El pasillo del hospital está abarrotado de militares. Hace calor, huele a ropa sucia y grasa para máquinas. El suelo mojado está manchado con barro color sangre. Es un hospital equipado pobremente, reacondicionado a la situación de guerra, con las paredes recubiertas de carteles hechos a mano. Las ventanas están cegadas con planchas de contrachapado; sobre los radiadores macizos se secan trapos para fregar suelos. A lo largo de las paredes del pasillo se alinean unas camillas. Sobre la que está más cerca de la puerta de entrada yace un militar entrado en años: el cuerpo desnudo de cintura para arriba, desaseado, piel mugrienta, una venda ensangrentada en la parte del corazón, botas desgastadas, pantalón de camuflaje roto, los ojos entornados –tal vez esté durmiendo. O hace ver que duerme. Junto a la camilla, en el suelo, hay un cubo manchado de sangre, aparte de un montón de cajas con ayuda humanitaria: al parecer, las habrán descargado allí y luego se habrán desentendido. Transportan al herido hacia el fondo del pasillo, pasando delante de otra camilla con otro militar encima, tapado con

una chaqueta. Pasha lo examina con la mirada, temeroso: ¿respira?; no acierta a averiguarlo, siguen avanzando, uno de los dos que van delante empuja con la punta de la bota la puerta de la habitación antes de entrar al herido. Dentro hay seis camas, todas ellas ocupadas, más otros dos heridos que yacen en el suelo en el centro de la habitación sobre unas mantas. En un rincón, hay alguien que gime largamente; una mujer, con el abrigo empapado, se inclina sobre él mientras le susurra algo para consolarlo, entre lloros.

–¡Aquí no! –grita el que va delante y se gira para coger al herido con la otra mano–. ¡Vamos, vamos! –espolea furibundo a Pasha.

Este recula sin soltar al herido. No atina a abrir la puerta, se detiene.

–¡Deprisa! –le gritan–. ¡Deprisa, joder!

Pasha suelta una mano, ladea el cuerpo, abre la puerta.

Salen a trompicones al pasillo. Pasha se queda parado sin saber adónde ir, mira a los lados, hasta que le vuelven a gritar desde atrás: «¡Vamos, adelante! ¿Qué coño haces ahí parado?». Pasha echa a correr por el pasillo cargando con el herido al tiempo que oye cómo le maldicen con un siseo rabioso; corre sin saber dónde tiene que detenerse. Llega a la siguiente habitación, abre la puerta de un puntapié, mira dentro. Pero allí también hay cuerpos en el suelo, sucios, doloridos, cubiertos de sangre, que yacen sobre mantas y chaquetones: no hay dónde meter un pie, de modo que sigue corriendo por el pasillo angosto en el que alguien se apoya en la pared, alguien se pincha para ponerse una inyección sentado en el suelo, a alguien le están vendando la cabeza. A Pasha nadie le hace caso, y él sigue abriéndose paso a golpes de pecho, avanza y de pronto ve delante a un hombre flaco con bata blanca de hospital. Un médico, se da cuenta enseguida, es médico, seguro.

–¡Eh! –le grita–. ¡Eh! ¡Señor!

El señor se vuelve y Pasha enmudece en el acto: la bata está profusamente manchada de sangre, el hombre no tiene en absoluto aspecto de «señor», vamos, de «señor» no tiene nada. Aun así Pasha reitera, mirándolo:

–¿Dónde hay que llevarlo, señor? –se refiere al herido.

Queda a la vista, mientras tanto, hasta qué punto el médico está cansado, extenuado incluso; da miedo pensar en cuándo fue la última vez que pudo dormir. Al parecer estaría buscando algún rincón donde meterse para descansar, recostarse, dormir veinte minutos al menos. Mira a Pasha

con una irritación mal disimulada. Y ni siquiera…, lo mira como a una mierda. Aparte, se muestra dispuesto a decirle todo eso a Pasha a los ojos, pero la palabra «señor» de repente lo frena de alguna manera, hace que reconsidere y se comporte como un señor, recompone incluso su bata sanguinolenta, mientras se mece con un movimiento cansado la barba de varios días y pregunta:

–¿Grave?

–Normal –responde Pasha, animoso–. Unos setenta kilos.[5]

–Demonios –maldice el señor–. Estoy preguntando qué tiene. ¿Algo serio? ¿Está grave?

–¡Señor! –comienzan a gritar los que sujetan al herido por los hombros–. ¡Joder, señor! ¿No lo ves? ¡Está a punto de diñarla! ¿¡Dónde lo llevamos?!

El médico mira por encima del hombro de Pasha, advierte la presencia de aquellos dos, reflexiona un instante.

–¡Vamos! –dice–. ¡Seguidme!

Habla tranquilo, sereno, a diferencia de los que cargan el cuerpo junto con Pasha. Ellos, a su vez, se contagian de su falta de histerismo, se callan, deponen su actitud, la de «¡vamos, señor, haga algo!». Y mientras el doctor avanza por el pasillo, todos los heridos, los mugrientos y los aturdidos le abren paso y le presentan de ese modo a él, un señor, sus respetos. Él, en respuesta, saluda a uno con la cabeza, a otro le palmea en el hombro, a aquel de allí le estrecha la mano. Su mano es pequeña, seca; la calva es ancha, reluciente, bien cuidada. Su figura, cargada de hombros, es fina y correosa. La bata le cuelga del cuerpo como de una percha.

Las botas que calza están manchadas del barro de la calle; todo él está pringado de sangre, yodo, tierra negra. Se parece a un pasajero que lleva tres días esperando en la estación, durmiendo sentado y alimentándose de *fast food*, pero que, una vez que llegue a casa, recobrará la normalidad: se aseará, se quitará la mugre, dormirá por fin en su cama. Lo urgente ahora es socorrer aquel otro cuerpo, no dejar que se muera, intentar revivirlo.

El señor llega al fondo del pasillo, abre una puerta, imperceptible a primera vista, pintada de verde, y les señala con la cabeza que lleven al herido dentro. El grupo entra a trompicones en la estancia, dándose prisa, y caen en la cuenta de que se encuentran en un comedor al ver varias mesas y sillas, aparte de la ventanilla por la que, al parecer, deben repartir alimentos a los pacientes. Se percibe el olor a comida recalentada, a platos sucios, que

vicia el aire. «Me suena haber visto algo parecido hace poco –se acuerda Pasha–, ya he visto algo similar en algún sitio. Da la impresión de que sigo caminando en círculos: de comedor en comedor, de refugio en refugio, de orfanato en orfanato.»

–Joder, ¿qué es eso? –grita uno de los que acompañan a Pasha–. ¿Qué es?

Pero el señor no le hace caso, está llamando por teléfono. «Tiene cobertura, qué listo –piensa Pasha–, aparte de que hay alguien que espera su llamada, menudo listillo.» Lo piensa al oír que el doctor da indicaciones por el auricular a una tal Lida, a quien le explica algo, algo le sugiere, le pide que no se demore, le recomienda que deje de dudar. Luego cuelga y se vuelve hacia el grupo.

–¿Por qué seguís con él a cuestas? –dice cabreado, pero en voz baja, como si ahorrase energías para armar una verdadera bronca luego–. Dejadlo de una vez.

–¿Dónde? –la incomprensión es general.

–¡Encima de las mesas! ¿Dónde si no? –explota finalmente el señor. Sus nervios tampoco son de hierro, está claro.

–¿Encima de las mesas? –pregunta perplejo uno del grupo, un gordo bajito, con el pelo corto y gris, erizado sobre su cráneo voluminoso–. ¿No es mejor llevarlo al quirófano?

–Al quirófano irás tú, en un par de días –le responde con frialdad el señor recuperando la compostura–. Déjalo allí, te estoy diciendo.

Juntan dos mesas y depositan con cuidado al herido encima. Entonces entra corriendo la enfermera, que trae sábanas e instrumental quirúrgico. Alzan al herido con precaución y despliegan debajo una sábana. El señor coge unas tijeras y se pone a cortarle el jersey desde el cuello hasta la barriga como quien recorta adornos de papel. En un momento se detiene, levanta la mirada hacia el gordo, luego observa a su compañero y después a Pasha. Este último es el que lo convence.

–Tú –le dice firme y seco, como si le anunciara algo ingrato pero inexorable–, sujeta aquí.

Le señala el jersey. Pasha agarra la prenda, tira de ella.

–Con cuidado –le advierte el médico–. La sangre se ha secado. Ahora dolerá.

Además, no se lo dice al herido, sino a Pasha. Como si fuese a este a quien le va a doler. Sigue cortando; luego, de un breve tirón, despega la tela

de la herida. El combatiente lanza un grito y contrae el cuerpo.

–¡Sujétalo! –grita el señor a Pasha–. ¡Sujétalo para que no se caiga!

Pasha le aprieta la mano al combatiente y procura desviar la mirada para no ver la carne encostrada, sanguinolenta.

–¡Despierta! –le llama la atención el señor–. ¡Sujétalo más fuerte!

De modo que Pasha se ve obligado a mirar aunque no quiera.

El herido es casi un adolescente: no tendrá ni veinte años. El cráneo rasurado, sobre la barbilla un corte: se habría estado afeitando a oscuras. Nariz afilada, ojos oscuros. Los va entornando cuando le duele. Debajo del jersey lleva una camiseta de marinero de manga larga. Un cinturón macizo del ejército, pantalón de camuflaje, botas militares. Está herido en la garganta: cuando tose, la sangre le cae sobre la camiseta. Por eso se esfuerza por retener la respiración, como si se zambullera bajo el agua. Cuando suelta el aire, vuelve a toser, vuelve a escupir sangre. Pasha, hechizado, mira aquella sangre sin poder desviar los ojos, mira las gotas de suave color frambuesa que absorbe la tela, mira la costra oscura que bordea la herida, el tajo en la carne por el que al cuerpo se le escurre la vida.

–Córtale la camiseta –dice el señor–. ¡Muévete, córtala!

Le alcanza las tijeras y luego saca una jeringuilla y unas ampollas, se pone a trajinar con todo aquello. Pasha sujeta dubitativo la tela sin saber por dónde empezar. Se queda inmóvil.

–Corta –le ordena secamente el señor.

Pasha corta la camiseta abriéndola hasta la cintura. La piel del combatiente es blanca y fría. No tiene ni un pelo en el pecho. Sobre aquella blancura, el color rojo de la sangre luce especialmente brillante. Y cada vez hay más sangre. El combatiente traga el aire con dificultad; se nota cómo le cuesta respirar: pone los ojos en blanco, intenta atrapar el vacío con la mano. Pasha se la intercepta y la aprieta diciéndole: «Aguanta, aguanta, ahora, ahora».

El señor se gira bruscamente con la jeringuilla a punto, se inclina sobre el herido, le clava la aguja. Este se estremece, intenta soltarse.

–¡Sujeta! –grita el señor con mala leche–. ¡Sujétalo!

Pasha inmoviliza al herido con el peso de su cuerpo, procurando no apretarlo demasiado. El señor, entretanto, comienza a desplegar su magia y trata la herida con algo que hace que el combatiente vuelva a estremecerse y rompa a llorar a gritos. Pasha lo sujeta con todo el peso de su cuerpo, desvía la mirada para no ver cómo brota la sangre. El herido se contrae e incluso

empieza a pedir que por favor no lo toquen, que lo dejen tranquilo, pero vuelve a ahogarse con la tos. Pasha nota la tensión de su pecho, pero lo sigue sujetando, no lo suelta. El gordo y su compañero desvían la mirada, luego no aguantan más, dan media vuelta y desaparecen en el pasillo. El señor le dice algo a la enfermera con voz queda; esta abre una caja metálica, saca de ella una especie de tenazas y se las tiende al doctor. Él las coge sin mirar, trabaja mecánicamente como si podara arbustos en un jardín. No se da prisa, no se pone nervioso. Como quien no duda de que todo irá bien, de que tendrá un final feliz. Esa seguridad del médico debería tranquilizar también a Pasha, pero por alguna razón no lo hace. Por alguna razón, Pasha comienza a temblar, a tener escalofríos al tiempo que el olor a sangre se acentúa cada vez más, se vuelve cada vez más pegajoso. Pasha traga el aire a bocanadas, respira hondo, trata de calmarse.

–¿Qué te ocurre? –le pregunta el señor mientras hurga con las tenazas en la carne sangrante.

–Estoy bien –responde brevemente Pasha.

–¿Seguro? –duda el señor.

–Seguro –afirma Pasha.

–Pues qué bien –reacciona el señor e inserta las tenazas en el amasijo sanguinolento.

El herido chilla e intenta zafarse del abrazo de Pasha. Este lo placa consciente de que poco le falta para no poder aguantar más. El combatiente, sin embargo, afloja al momento el cuerpo como si expirara.

–¡Señor! –grita Pasha volviéndose hacia el médico–. ¿Qué le pasa ahora?

–Nada –responde el señor–. Al parecer, se ha aliviado.

–¿Y ahora qué? –sigue sin entender Pasha.

–Nada –se mosquea el señor–. Que se quede donde está.

–¿Vivirá? –se empecina Pasha.

–Yo qué sé –responde simplemente el señor–. Vivirá –añade tras una breve reflexión.

Entonces recibe una llamada. El señor saca del bolsillo un iPhone con la mano cubierta de sangre. Desliza el dedo por la pantalla dejando una huella sangrienta. Atiende.

–De acuerdo –responde–. ¿Y qué? –pregunta–. ¿Está grave? ¿Sin que esté yo, imposible? De acuerdo –acepta–. Ahora voy.

Se pone a recoger el instrumental. Lo mete, con un frío ruido metálico,

en la caja.

–¿Adónde va usted, señor? –pregunta Pasha.

–Al quirófano –responde el otro, impasible.

–¿Y qué pasa con este? –comienza a entrar en pánico Pasha.

–Vigílalo –le recomienda el señor–. Vigila que no se caiga. Cuando yo acabe allí, vendré para echarle un vistazo. –Señala al herido.

Sale. La enfermera también sale sin prometer siquiera que volverá. Pasha sigue junto al herido, sujetándole la mano, sin saber qué hacer. En el pasillo hay jaleo y trajín. Y allí, donde está Pasha, hay olor a comedor, luz velada y aquel imberbe recostado sobre las mesas. Está quieto, callado. La venda sobre la garganta se está empapando en sangre.

Pasha observa el espacio. Suelo de baldosas, paredes encaladas. Como en la morgue. Un grifo sobre la pared envuelto en trapos como un dedo vendado. El agua gotea de él dentro del lavamanos. Con resonancias, rítmicamente. Al final lo enerva a uno, hasta hacerlo rabiar, lo saca de sus casillas. Hace eco en algún punto dentro de la cabeza. Pasha trata de distraerse, pero no lo consigue: siente que las gotas intentan perforarle el cráneo. Gota a gota, gota a gota. De forma metódica y letal. Incapaz de aguantar más, quiere ir donde el grifo. En ese mismo instante el herido lo agarra de la mano, con fuerza depredadora.

–Alto –mueve los labios con dificultad–. Alto, no te vayas.

Quiere decir algo más, pero se atraganta, tose, luego tarda en recobrar el aliento respirando fatigosa y entrecortadamente.

–Espera –le dice a Pasha–. ¿Tú quién eres?

Habla en ucraniano. Un ucraniano sin acento alguno, además. Debe de ser universitario.

–Soy maestro –explica Pasha.

–¿Eres de aquí? –Aunque le cuesta mucho esfuerzo, el chico se afana en seguir hablando.

–Soy de la Estación –responde Pasha.

–¿Y qué haces aquí?

–Es una larga historia.

–Entiendo –dice el herido sin entender nada–. Oye, maestro, ¿cómo te llamas?

–Pasha –contesta Pasha.

–Oye, Pasha, por aquí tengo un teléfono. Llama a mi familia.

–¿Para qué? –se sorprende Pasha.

–Diles que estoy bien.

–Díselo tú mismo –sugiere Pasha.

–¿Eres idiota o qué? –pregunta bruscamente el herido y vuelve a toser.

Su tos es ronca y cavernosa, como si el corazón se le hubiera quedado atravesado en la garganta. Pasha lo sostiene sujetándolo por el codo, aguarda. El combatiente recupera la respiración, mira a Pasha a los ojos.

–¿Eres idiota? –repite la pregunta–. ¿Cómo voy a decirles algo con esta voz?

–Diles simplemente que estás en el hospital.

–¿Qué dices? –se asombra el chico–. Si ni siquiera saben que estoy en el ejército. ¿Tienes familia, tú? –pregunta.

–Tengo. Tengo un sobrino.

–Ajá –dice el herido–. Llama entonces.

Pasha vacila, pero el otro lo mira con firmeza.

Con la misma firmeza con la que le agarra de la mano, sin soltarla. Así las cosas, Pasha le mete la mano en el bolsillo del pantalón y da, en efecto, con un sencillo Nokia.

–¿Qué número?

–El último marcado –responde el combatiente–. Los había llamado justo antes de que me dieran. Llama.

Sigue cogiendo la mano de Pasha, aunque este advierte que no lo hace con la misma fuerza de antes: cada vez le cuesta más, los ojos se le ponen en blanco, su respiración es dificultosa y entrecortada. «Solo falta que se me muera aquí –se inquieta Pasha–. Y encima el médico ese, ¿dónde se habrá metido?»

Presa del nerviosismo, Pasha encuentra el último número marcado, registrado con el nombre de «casa», debe de ser aquel; demora, piensa en qué va a decir, no se le ocurre nada, por eso simplemente marca.

El combatiente se tensiona, aguza el oído. La señal suena larga, infinitamente larga. «Anda, cógelo –alienta Pasha a no se sabe quién–, cógelo de una vez. ¿Dónde estás?, venga. Vamos, contesta: está a punto de palmarla, este. Coge el teléfono, anda.»

–No contestan –comenta Pasha al herido con cierto alivio.

«Desde luego –piensa–, ¿qué podía haberles dicho? Habría tenido que inventarme algo. Si no contestan, pues qué le vamos a hacer», resuelve y deja el móvil sobre la mesa al lado del herido. Pero este vuelve a apretarle la mano a Pasha.

–Maestro, espera. –Toma un respiro, hace acopio de fuerzas–. Vuelve a marcar –pide.

–Es que no contestan –se excusa Pasha.

–Está mi abuela –explica el herido–. Está casi sorda. No lo habrá oído. Marca otra vez.

A Pasha no le queda otra opción que volver a marcar el número. Aprieta el botón, se queda escuchando. Advierte que el combatiente, tenso, hace lo propio. Y que cada vez le cuesta mayor esfuerzo escuchar. Pasha también acusa ya el cansancio. Tiene ganas de sentarse y de tomarse un respiro. Y de no ver a nadie. No oír nada. Olvidar todos aquellos ruidos y los olores. Olvidar la estación, el autobús, la carretera destrozada, el paisaje lunar detrás de la ventana, a la gente infeliz que deambula por los campos de enero, el bosque negro pasto de disparos, las casas oscuras, las voces de terror. Las ventanas sin un asomo de vida, las encrucijadas tras cada una de las cuales la muerte puede acecharle a uno. Todo aquello lo lastra con su peso de plomo frío, lo arrastra hacia el fondo, lo vuelve torpe y vulnerable. ¡Y las gotas! Las gotas que le golpean directamente en el parietal, resuenan dentro de la cabeza, una a una, como si alguien, de pie ahí cerca, se burlara de él, lo observara y se riera al ver lo mal que se lo está pasando, pero sin acudir en su ayuda, sin darse prisa para socorrerlo, sin correr a coger el teléfono. «Vamos, vamos, qué te pasa –ruega Pasha–, ¿dónde te has metido?» Pero nadie contesta. El herido se apaga, cierra los ojos, se queda en silencio. Sigue estrechándole la mano a Pasha, no obstante, se la estrecha como si le pidiera: «Vamos, maestro, no dejes de marcar». Pasha vuelve a marcar el número y se pone a contar las gotas que se estrellan con un ruido frío. Las cuenta, se lía, vuelve a contar, pierde la cuenta, empieza de nuevo, terco, pertinaz, mientras siente que el muelle le impide respirar, le empuja el corazón fuera del pecho, impide que lata, se aprieta dentro, punzante e inexorable. «¿Por qué no contestas, por qué? Vamos, contesta, mientras él esté aquí, mientras siga vivo; contesta mientras él pueda oírte, antes de que sea demasiado tarde, vamos. Es que está en las últimas, ahora mismo, y una vez que cierre los ojos, se acabó: nadie volverá a oír su voz, él ya no dirá nunca más nada. Pero todavía le quedan algunos minutos, todavía se le puede decir algo: no puede morir así como así, sin haber oído nada antes, morir de aquella forma, tumbado sobre las mesas con un tajo en la garganta.»

De repente Pasha advierte una presencia cerca, la presencia de alguien

invisible, de alguien que espera allí, insistente: una especie de transparencia que acecha, como si decidiera algo. ¿A quién acecha? ¿Por quién viene? «Es obvio que viene por mí –adivina Pasha–. Es obvio que es por mí por quien viene; sin perderme de vista, hace ya tres días que me sigue, oliendo a perro mojado, intenta cazarme, apuntándome. Ahora es el momento más propicio: estamos solos aquí, no hay nadie más, ese zagal ni se dará cuenta, no se entera de nada ya. Sí, justamente ahora, es el momento», comprende Pasha viéndose perdido.

Entonces el herido vuelve a apretarle la mano pidiéndole que no ceje, que siga marcando. Pasha nota cómo la transparencia se pone tensa a sus espaldas y dirige su atención finalmente a aquel chico, su nueva presa, lo examina con reparo en trance de tomar una decisión. Y tan pronto como este cierre los ojos, se deje ir, suelte la mano de Pasha, nada habrá de salvarlo. «Para –dice Pasha–. Así no puede ser. Si has venido por mí, ¿qué tiene que ver el chavalillo este? Para.» Vuelve a pulsar el botón verde. «Vamos –repite desesperado–, vamos. ¿Dónde os habéis metido todos? ¿Hay alguien allí? ¿Dónde estáis?» No hay nadie, no se oye a nadie. Ninguno da lástima. «Ninguno –repite Pasha solo con los labios–, ninguno da lástima. Ninguno da lástima, ninguno.» Siente que la muerte se desentiende de él, se retira, va a por el otro. La señal del teléfono se diluye, el tiempo se agota, el aire se enrarece. Ya es tarde para remediar nada, para salvar a nadie. La carretera atraviesa campos nevados. Hay tanto blanco alrededor que da la impresión de que el resto de los colores se haya extinguido. El blanco se extiende hasta donde abarca la vista, es una blancura infinita, honda e inmóvil, hasta la línea del horizonte. Campos blancos y la traza negra de la carretera por la que él procura salir de allí para salvarse. Corre apartando la vista de la blanca bruma cegadora que lo rodea; corre y carga con todo el peso de su cuerpo fatigado, constreñido, calado por la humedad. Lo más importante es no parar, no parar pase lo que pase. Llegarás, llegarás, saldrás de aquí, te escabullirás. Lo conseguirás, todo va a salir bien. Un poco más, un poco más todavía. El asfalto hace un eco sordo bajo los pasos. Los campos de nieve avanzan como el mar durante la marea. Blanquísima, la superficie de la vida. Blanquísimo, el espacio, donde no hay nadie que pueda ayudar. Entonces advierte cierto movimiento. Una oscilación apenas visible del lienzo blanco, un temblor apenas perceptible ante el cual la retina de su ojo reacciona. Unos puntos negros –uno, dos, tres, cuatro, cinco– aparecen en el horizonte, aumentan de tamaño, vienen

hacia él. Enseguida se da cuenta del peligro, de algo inexorable, de algo que pondrá fin a todo aquello, de algo de lo que debe escapar, cuanto antes, cuanto más lejos, mejor. De modo que corre con sus últimas fuerzas por el lecho negro y pedregoso de la carretera. Mientras corre, capta con la visión lateral los malignos movimientos sincronizados de los puntos negros sobre el lienzo blanco; advierte cómo crecen, cómo palpitan, cómo se precipitan hacia él como imantados por su calor. No mires, se dice a sí mismo, no mires, no hace falta, corre sin más, corre tan rápido como puedas, todo lo rápido de lo que seas capaz, corre mientras tengas tiempo, corre y no mires, se ordena a sí mismo. Sin embargo, mira. Y distingue con claridad sobre el fondo blanco unos perros negros que se abaten con el peso de sus cuerpos contra el lienzo escarchado, sueltan con las patas grumos de nieve, aúllan al sentir cada vez más cerca el olor cálido de la presa. Están cada vez más próximos, más furiosos y excitados al entender que la presa no tiene escapatoria, que está allí, delante, a varios tirones enérgicos de distancia: un poco más, algunos instantes, y podrán caerle encima, saltarle a la yugular; allí está, intentando escapar, tratando de burlar el destino. Él ya siente el olor a perro mojado, oye que la costra de nieve cede bajo el peso de las patas, se queda sordo a causa de sus ladridos roncos que desgarran el silencio a su alrededor. ¿Cuántos son?, intenta comprender, ¿cuántos? Uno, dos, tres, cuatro, cinco: trata de salir huyendo hacia delante, corre, busca con la mirada algo que pueda salvarlo o simplemente le ayude a retrasar la muerte. Pero el espacio se ve desolado y enrarecido, tan solo la luz blanca abrasa los ojos, y es tanta esa luz que no hay otra cosa, solo está ella, la luz, y nada más. Y solo le queda correr, sin detenerse, sin mirar atrás, hasta que se quede sin fuerzas ni tiempo. ¿Cuánto tiempo le queda, por cierto? ¿Cuánto?, se pregunta y se pone a contar:

Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez

Cada vez hay más luz: inunda todo a su alrededor, es tanta que lo llena todo. Como si la vida entera se compusiera solo de luz, como si dentro de aquella luz la muerte no tuviese cabida.

*

Llevo dos horas esperando en el pasillo, primero sentado, luego caminando y leyendo una y otra vez los carteles que hay sobre la pared. Eso no tarda en aburrirme, así que saco el móvil –ya hay buena cobertura– y me quedo pensando en a quién voy a llamar. Marco el número de Nina. Su teléfono, por supuesto, está fuera de cobertura. Por si acaso, le escribo un mensaje. Como diciendo «estoy bien, no se preocupe». ¿Estará preocupada? Tal vez. Siempre se preocupa por todo el mundo. Es por eso que no la quiere nadie, creo.

Pashka aparece cerca de la medianoche, pálido, cansado. Al verme se sienta en el suelo, niega con la cabeza. «Ninguno da lástima», no para de repetir. No entiendo muy bien a qué se refiere, me siento a su lado. «¿Quién no te da lástima?», le pregunto. «Ninguno», repite otra vez. Luego se vuelve hacia mí. Se me queda mirando largo rato, me mira como si no me viera. Sonríe. Me reconoce. Le doy una palmada en el hombro. «¿Quieres té?», le pregunto. Él asiente con la cabeza. Voy donde los militares, les pido té, se lo llevo. Pasha me da las gracias, pero no se lo bebe, aunque sostiene el vasito en la mano. Sus dedos atenazados tiemblan. Siempre me han dado miedo sus dedos, jamás había visto nada parecido. Lo importante, sin embargo, no son sus dedos, lo importante es que él esté bien. Tras estos últimos días se ha quedado algo chupado, tiene la cara gris y la mirada cansada. Lo toco con cuidado en el hombro. «¿Estás bien?», le pregunto. Me mira agobiado, se ajusta las gafas, con su gesto habitual, inclina, afirmativo, la cabeza.

–Está todo bien –dice–. ¿Tienes hambre?

–Tengo hambre –le respondo–. Vámonos ya a casa.

*

No hay manera de salir por la entrada principal: unos militares tratan de meter una camilla; se ha quedado atascada, los militares discuten, alguien intenta empujar la camilla hacia dentro, otros, en cambio, tratan de tirar de

ella para sacarla: se forma un atasco, no hay cómo pasar. Encontramos la puerta de la salida de atrás, la abrimos, vamos a parar a unas dependencias del hospital. El pasillo está recién encalado, la capa de pintura deja entrever unas manchas oscuras debajo. Hay una escalera metálica soldada a la pared.

–Espérame –dice Pasha–, quiero ver por fin qué hay allí. –Señala la escalera.

–Allí no hay nada –le digo–. Olvídalo.

Me atiende, no replica, me hace un movimiento con la cabeza como si renunciara para siempre a algo obsesivo y desagradable.

Salimos a la calle, nos abrimos paso entre los militares. Yo voy delante y lo guío como un lazarillo. Me sigue, la mano apoyada en mi hombro.

–Busquemos la estación de tren, cojamos un taxi –propone–. ¿Tienes dinero?

–Tengo.

–Entonces nos alcanzará –se alegra él.

Me gusta cómo me habla ahora, su manera de tratarme. Antes me hablaba como si se disculpara por algo. Eso nos hacía sentirnos incómodos a los dos. ¿Por qué debería disculparse al fin y al cabo? No tiene por qué. Más bien era yo quien me sentía incómodo siempre al fastidiarlo: tiene problemas del corazón, hay que evitar ponerlo nervioso. Podía haber tenido un ataque en cualquier sitio y en cualquier momento. Por eso he pasado miedo por él durante todos estos días. No sabía si conseguiría llegar. Pero ha llegado, es un campeón. Ahora me habla tranquilo, me tiene confianza y cuenta con mi comprensión. No me grita, no manda, sino que explica con calma: llegaremos a la Estación, encontraremos un taxi, tendremos suficiente dinero, comeremos en casa. Lo peor ya ha pasado, aquí nada malo puede sucedernos. Pronto estaremos en casa. Los militares no nos hacen caso, se gritan cosas los unos a los otros, evacúan a los heridos, acompañan hacia fuera a quienes ya han recibido atención médica. Llegamos hasta la carretera, sorteamos un remolque y cuando ya lo estamos dejando atrás oímos llamar a gritos a nuestras espaldas:

–¡Eh, maestro!

Pasha se detiene. Desde la oscuridad aparece un hombre: un anorak oscuro de marca cara, botas embarradas, una mochila. En general, va bien vestido, aunque presenta un aspecto algo desastrado como si los dos últimos días lo hubiesen tenido prisionero en una mazmorra. Si bien habla con seguridad, despacio. Habla en ruso, pero incluso yo me doy cuenta de que

es extranjero.

–¿Qué está haciendo usted aquí? –pregunta mirando a Pasha con una sonrisa algo desagradable.

–Estamos volviendo a casa –responde Pasha.

–¿Este es su sobrino tal vez? –Me señala con el dedo como a un perro–. ¿Al final pudo recogerlo? –Se refiere a mí igual que si hablara de un perro.

–Lo he recogido, sí –asiente Pasha.

–Yo creí que no se atrevería –sigue sonriendo el hombre.

–¿Y usted se habría atrevido? –le pregunta Pasha.

El hombre suelta un «hum».

–Bueno, yo… –Su seguridad desaparece momentáneamente–. ¿Qué tengo que ver yo? ¿Quiere un cigarrillo? –cambia de tema de conversación mientras saca un paquete de tabaco fuerte y barato y se lo ofrece a Pasha.

Este niega con la cabeza. El hombre me lo ofrece a mí con una sonrisa.

–Yo una basura como esta no fumo –digo.

–¡Sasha! –me llama la atención Pasha, poniéndose severo.

–No pasa nada –se ríe el hombre–. Está todo bien, no lo riña.

–No lo estoy riñendo –dice Pasha.

El hombre deja de sonreír, se guarda el tabaco.

–¿Van a la Estación? –pregunta a Pasha–. Los puedo llevar. ¿Vamos?

–Vamos –acepta Pasha y me empuja ligeramente hacia delante.

El hombre da media vuelta y se pone a andar por la carretera a lo largo de la extensa columna de vehículos militares.

Camina cabizbajo, como si quisiera esconderse de alguien. Los militares, a su vez, lo miran como si supieran que se quiere esconder. Llega junto a una ambulancia con un tipo gordo dentro, que está durmiendo sentado en el asiento del conductor. Golpea con la palma de la mano en la puerta. El conductor se estremece, escudriña la oscuridad, ve por fin al hombre, maldice. El hombre se mete en el vehículo y nos señala con la cabeza los asientos de atrás. Pasha abre la puerta, me deja subir, sube detrás.

–A la Estación –ordena el hombre. Habla como un jefe, aunque no de alto rango.

El conductor lo mira con cara de pocos amigos, pero no dice nada. «Qué tropa más extraña esos dos –pienso yo–. Bueno, es lo que hay.»

Las calles están a rebosar de militares. No se entiende de dónde han salido tantos. Deambulan por las aceras, encienden hogueras, se calientan

junto al fuego. Unos andan en grupo, otros van solos. Algunos llevan armas, otros no. La estación de tren también está abarrotada de gente. A un lado se encuentra un tanque con un enjambre de combatientes encima. Parece que estos tienen miedo de despegarse de sus planchas blindadas. Cruzamos la plaza central, atravesamos un paso a nivel y salimos fuera del poblado. Todo está oscuro, no se ve ninguna luz, ningún movimiento. El hombre que viaja junto al conductor saca un cigarrillo, lo enciende, baja la ventanilla.

–¿No se constipará el chico? –pregunta a Pasha.

–No me constiparé –respondo yo.

Pasha se limita a mascullar.

–¿Has llamado al abuelo? –le pregunto.

–Sí –responde–. Está todo bien.

Sé que no dice la verdad. No quiere que me preocupe. Él sí está preocupado. Siempre lo está, se preocupa por mí. Yo, a decir verdad, también me preocupo por él. Tal vez yo sea el único que se preocupa por él. Marina lo dejó plantado, su hermana, es decir, mi madre, no se interesa por él en absoluto, el abuelo anda a la greña con él. Yo, en cambio, lo quiero. Yo sabía que iría a buscarme, no tenía duda. Simplemente había calculado que vendría antes, mientras aún se podía salir de la ciudad. Y cuando apareció anteayer por la noche, pensé: «¿Cómo vamos a salir de aquí?». Pero qué bien que lo hayamos conseguido. Y el que no diga la verdad también está bien. Que diga lo que quiera. Lo importante es que no se preocupe por mí. No me cabe en la cabeza cómo puede seguir en pie todavía, después de tres días bajo la lluvia y el viento. Cuando vino a mí allí, en el pasillo del hospital, creí que acababa de hablar con su propia muerte. Y había conseguido convencerla de algo. O no lo había conseguido. Aunque ella tampoco había conseguido convencerlo.

–¿Entonces? –El hombre se vuelve hacia Pasha con el cigarrillo entre los dedos–. ¿Cuándo volverá al colegio?

–Después de las vacaciones –responde Pasha con tranquilidad.

El hombre suelta una risa sonora como si oyese un chiste ya conocido.

–Usted enseñaba Historia, ¿verdad? –pregunta.

–No –responde Pasha.

–¿Qué, entonces? –insiste el hombre–. ¿Química?

–Lengua Ucraniana.

El hombre suelta, incluso, un silbido de asombro.

–Es lo mismo que enseñar latín –se ríe.

–No exagere –objeta Pasha.

–De acuerdo, como quiera. –El hombre desiste de discutir. Saca otro cigarrillo, lo enciende con el que estaba acabando–. Dígame una cosa: ¿cómo piensa ahora enseñar su lengua? Después de todo esto –Señala con el dedo las tinieblas de la noche.

Pasha calla, reflexiona. Se me ocurre que se ha quedado chafado. Pero no, para nada.

–Peter –le dice al hombre. Resulta que sabe cómo se llama–, dígame: ¿sus lectores le envían cartas?

–¿Mis lectores? –no entiende el hombre.

–Bueno, los lectores de su periódico –precisa Pasha–, ¿envían cartas a la redacción?

–¿Por qué? –sigue en la inopia el hombre.

–A ver –se impacienta Pasha–. Quiero decir que, aunque escriben esas cartas, ustedes probablemente no las leen. Tal vez porque no les interesan. Y todos nosotros tampoco les interesamos. A eso me refiero.

–Pero ¿por qué dice eso? –se ofende el hombre, aunque trata de ser correcto.

–Es como se suele hablar en el colegio –aclara Pasha–. Dicen lo que piensan. De lo contrario, ¿qué sentido tiene hablar, cierto?

El hombre, al parecer, no sabe si tiene que mostrarse ofendido o tragarse la ofensa sin más.

–Es usted raro –comienza con suavidad–. No hay manera de comprenderle.

–Es usted quien sencillamente no entiende nuestra lengua –responde Pasha, impasible–. Es que por aquí todos hablamos en latín.

–No hace gracia –reacciona el hombre.

–En absoluto –asiente Pasha–. Pero intente rebatirlo.

*

Pasamos por el puesto de control. A lo lejos se vislumbran las luces de la Estación. Los militares reconocen la ambulancia al momento: se nota que no es la primera vez que pasa por aquí. Saludan al conductor. Le dan la espalda a Peter, adrede.

–Los llevaremos hasta el motel –informa secamente Peter a Pasha.

–Gracias –le agradece este con el mismo tono seco.

Ya no vuelven a hablar. El conductor enciende la radio, pero solo se oye ruido.

En las inmediaciones del motel hay una gran cantidad de transporte militar; los uniformados corren de un vehículo a otro, se fijan en la ambulancia, pero al ver a Peter pierden interés. El conductor frena, aunque no apaga el motor: tiene intención de llegar más cerca. Nos quedamos esperando, en silencio.

–Ayer recogimos aquí a una mujer –pierde la paciencia el conductor–. Habían venido a buscarla unos de la contrainteligencia. Resulta que pasaba información al otro bando.

–¿Quién era? –pregunta Peter con desgana.

–Una camarera.

Peter se limita a carraspear.

–¿Y cómo se llama? –pregunta de repente Pasha.

–¿Quién? –no entiende el conductor.

–La camarera –aclara Pasha–. ¿Anna?

–No –responde perplejo el conductor–. Anna, no. Anna, no, seguro. ¿Por qué?

–Por nada –dice Pasha–. Baja –se dirige a mí–, vamos a casa.

Pasha cierra con un ruido sordo la puerta de la ambulancia tras de sí a modo de despedida. Pero cuando aún no nos hemos alejado ni un paso, Peter salta del coche.

–¡Maestro! –grita–. ¡Espera!

Pasha camina por inercia unos pasos y se detiene. Se queda parado, sin decir nada. Peter se acerca frotándose las manos heladas como si no supiera dónde meterlas.

–¿Quieres que te diga el santo y seña? –pregunta.

–¿Qué santo y seña?

–Es de noche –explica Peter–. ¿Dónde vais a ir sin conocer el santo y seña? La primera patrulla que os vea os va a detener.

–No necesitamos saber el santo y seña –dice Pasha–. Pero gracias –añade tras una breve reflexión.

–No te ofendas –dice Peter y tiende a Pasha con cierta torpeza su mano congelada.

Pasha se la estrecha.

Se quedan así, con las manos entrelazadas, sin saber qué hacer. Peter,

con la misma torpeza, suelta la mano y la esconde en el bolsillo.

–Tal vez pienses que soy un imbécil –dice–. No lo hagas. No sabes nada de mí. ¿De acuerdo?

–De acuerdo –acepta Pasha y sonríe.

Pero no rebate lo de imbécil.

–¿Por qué te has puesto de esa manera con él? –pregunto a Pasha mientras nos alejamos.

–¿Y cómo tenía que haberme puesto con él? –se asombra Pasha–. No le interesa nadie realmente. Nosotros tampoco le interesamos. Él se irá y nosotros nos quedaremos. Eso es todo.

*

Vuelve a llover. Aunque ya no importa. Tengo ganas de llegar cuanto antes a casa. De cuando en cuando hay cobertura. Llama mamá. Habla con calma como si todo estuviera bien y no hubiera pasado nada, avisa de que mañana volverá. Yo también le respondo con tranquilidad. En efecto, no ha pasado nada. Pasha se comunica con el abuelo, le dice que pronto llegaremos, le pregunta si hace falta comprar algo. Da la impresión de que hayamos ido de pícnic al campo y ahora estemos volviendo a casa, cansados, sucios, oliendo a humo. Cuanto más nos acercamos a la Estación, a más militares se ve en la calle. Todo un convoy de blindados pesados pasa delante en dirección a la ciudad. Por lo visto, vienen de la Estación, donde los transportaron por vía férrea. Los militares se ven concentrados, tranquilos. Ninguno grita. Nadie riñe a nadie. Se están preparando para la guerra, que continúa. Cada uno planea sobrevivir, piensa volver a casa. Todos quieren volver a casa, a todo el mundo le gusta volver. A mí, por ejemplo, me gusta volver a la Estación, me gusta contar las casas, reconocer a los vecinos en la parada de autobús, aguardar el momento en que nuestra casa, parecida a media hogaza de pan negro, aparezca detrás de la esquina. Sobre los árboles junto a la parada de autobús hay pájaros. Bandadas enteras de ellos. Somnolientos, mojados, inmóviles. Como si estuvieran esperando el autobús. Probablemente hayan venido desde la ciudad, para estar más cerca de los suyos, se sentirán más seguros aquí.

La calle bañada por la lluvia, las ventanas negras, el cielo bajo. Al lado de la parada me fijo en una caja de cartón. Algo chilla dentro.

–¡Pashka! –le grito–. ¡Espera!

Son dos cachorros de perro. De pelaje color naranja, con manchas. Uno ya está frío. El otro está a punto de morir.

–Adoptémoslo –le digo a Pashka.

–Anda ya –me replica–, el abuelo nos echará la bronca.

–Lo hará, pero al final se acostumbrará –le digo.

–Déjalo –me pide Pashka–. Se va a morir de todas formas.

–Si lo dejo, morirá seguro –protesto yo, cojo al cachorro con cuidado y me lo guardo en el pecho.

El cachorro se mea al instante, sobre mi jersey. Pero se calma, deja de gimotear. Qué bien, pienso.

–¿Se ha muerto? –pregunta Pasha, esta vez con interés.

–Y una mierda –respondo–. Cuando crezca, hará pedazos a todos.

Pasha ríe escéptico. Doblamos la esquina.

Las ventanas de nuestra casa están iluminadas con la luz uniforme de la tele.

Dentro de la casa huele a sábanas limpias.

---

1. Alusión a la célebre novela de Iván Turguénev *Padres e hijos*. *(N. de T.)*

2. Una práctica habitual entre las milicias separatistas del Donbás. *(N. de T.)*

3. Transporte blindado de personal. *(N. de T.)*

4. Variedades mixtas derivadas del contacto entre las lenguas rusa y ucraniana. *(N. de T.)*

5. En ucraniano se utiliza la misma palabra para «grave» y «pesado», de ahí el malentendido. *(N. de T.)*